ADIÓS MAFIA HOLA MAFIA

CERCO AL MAFIOSO EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Esteban Pérez Bolívar

ADIÓS MAFIA, HOLA MAFIA

Esteban Pérez Bolívar

Copyright © 2022 Esteban Pérez Bolívar
www.estebanperezbolivar.com
www.zafarranchopodcast.com
Diseño de la portada: Ana Miranda
Todos los derechos reservados
SAFE CREATIVE: 2208161794785

A los sicilianos.

Si la Mafia hubiera sido una asociación en vez de un modo de vida, tal vez Mori habría podido suprimirla durante algún tiempo. Pero en realidad sus complejas causas sociales y económicas no podían ser suprimidas en tan poco tiempo o solo con esos métodos.

Andrea Camillieri

La seguridad del poder se basa en la inseguridad de sus ciudadanos.

Leonardo Sciascia

Para que todo se mantenga como está, es necesario que todo cambie.

Giuseppe Tomasi Di Lampedusa

ÍNDICE

PRÓLOGO
PRIMERA PARTE
SEGUNDA PARTE
TERCERA PARTE
NOTA DEL AUTOR
POST SCRIPTUM
OTRAS OBRAS DEL AUTOR
CONTACTO

PRÓLOGO

I

«Basta ser siciliano para ser tachado de mafioso».

Esas palabras, materializadas unas veces en voz alta mas casi siempre como pensamientos, se repetían cada vez con más frecuencia en ese bien entrado siglo XX.

Ese día, el noveno del año 1926, quien las pensó fue el hombre con más poder que había pisado la isla desde Pedro III de Aragón, el primer rey de Sicilia.

Decidido a acabar con las causas de tan lesivo estigma, Cesare Mori dio la primera calada al puro que había encendido tan solo con una cerilla, tarea nada fácil por estar a lomos del mejor caballo que el Real Cuerpo de Carabineros tenía al sur de Roma. Junto a él, sobre otra excelente montura, estaba Francesco Spanò, su ayudante.

Exhalados los primeros humos Mori cambió la mirada de la candente punta a la orgullosa villa que se alzaba ante él, enganchada en la cima de una escarpada colina.

—Si esos infelices no se doblegan, le prenderé fuego al pueblo.

—No lo dirá en serio, señor. En Gangi hay mujeres, viejos y niños. No me gustaría su nuevo apodo, el Prefecto de Fuego no le quedaría bien.

—¿Y Prefecto de Hierro, sí?

—Bueno, considerando todas las espadas, fusiles, pistolas y hasta ametralladoras que rodean al pueblo, creo que sí, que le hace justicia. —El ayudante abarcó el entorno con un movimiento de su brazo.

Cesare Mori no respondió, su ánimo no estaba para chácharas, es más, las detestaba. Rara vez ese exoficial del ejército reconvertido a policía en 1898 mantenía conversaciones informales, y menos durante la mayor operación antimafia jamás organizada donde participaban centenares de carabineros, policías y hasta soldados del ejército.

Empeñado en capturar a todos los bandidos que consideraban a Gangi su santuario, el Prefecto de Hierro llegó a la conclusión de que los nueve días de asedio no habían rendido frutos. Era obvio que no incendiaría la villa, pero privar a los pueblerinos de comida, electricidad y contacto con el exterior no había convencido a nadie a salir y delatar a los malvivientes parapetados en ese pueblo, el más aislado de la provincia de Palermo.

«Tengo que elevar la apuesta», pensó el policía de cuerpo compacto, brazos fuertes y pelo cortado a modo cuartelero que

resaltaba su cuadrada cabeza.

—Suspenda el suministro de agua, Spanò.

—¿El agua, señor?

—Como escuchó, el agua, así reinará la desesperación y abreviaremos los tiempos. Esa gente debe entender que hay un Estado, y que es ese Estado el que manda, no la Mafia. Por cierto, envíe de nuevo al pregonero para que dé aviso.

II

Veinticuatro horas sin una gota en las espitas bastaron para que un primer grupo de mujeres y niños saliera. Los pueblerinos se sorprendieron al ser catalogados por los asediadores en colaboradores o cómplices. Para su jefe, Cesare Mori, no había medias tintas. Si se estaba del lado de la ley, se debía dar información. Todo aquel que optara por respetar el código de silencio mafioso estaba en contra de la ley y de quienes la hacían acatar, como los centenares de hombres que cercaban el pueblo en esa primera y fría semana de enero.

Pero la interpretación de la ley que hacía el Prefecto de Hierro era muy particular. Investido de plenos poderes en el aspecto policial y judicial por Benito Mussolini, Cesare Mori era policía, juez y jurado en virtud de un telegrama, firmado por el Duce el 20 de octubre de 1925, que decía:

«Su excelencia tiene carta blanca, la autoridad del estado debe ser absolutamente restablecida, repito, absolutamente restablecida en Sicilia. Si las leyes actualmente en vigor lo obstaculizan, no será problema, promulgaremos nuevas».

Pero Mori no había necesitado tomarle la palabra al Duce en lo que a nuevas leyes se refería. Solo aplicó las existentes sin olvidar que lo hacía en un lugar peculiar, Sicilia, cuna de unos seres únicos, los sicilianos. Esto dio como resultado velocísimos procesos en los que el prófugo de la justicia era capturado, condenado y encerrado en una prisión fuera de la isla. Los juicios o eran obviados o eran transformados en un mero trámite administrativo.

La captura y envío a prisión de los malvivientes atrincherados en Gangi no solo incrementaría de forma significativa el número de mafiosos barridos de las ciudades, pueblos y campos del occidente siciliano, también enviaría mensajes a los demás miembros de esa red, tuvieran la jerarquía que tuvieran y estuvieran donde estuvieran. Esa amenaza se extendía a políticos y nobles de Palermo y Roma.

«Pero todo a su debido tiempo», se dijo Cesare Mori con la vista clavada sobre el gran plano de Gangi hecho a lápiz por un furriel de los carabineros conocido por sus retratos de bandidos.

—¿Es confiable esta información?

—Todo lo que cabe esperar de estas personas. Hemos incluido

datos contrastados —contestó Francesco Spanò—. Yo diría que aquí están reflejados un ochenta por ciento de los zulos y escondrijos.

Una vez el Prefecto de Hierro aplastó el enésimo puro con la suela de su bota y revisó que el revólver estuviera cargado, dijo con voz grave y serena:

—Llegó la hora. Tomemos el pueblo.

III

Francesco Spanò se dijo que debía ser la carga de caballería más extraña de la historia. Las que había estudiado se daban en llanuras, con los animales lanzados al galope en interminables filas uno al lado del otro, cabalgados por furiosos jinetes que blandían sables en alto.

Lo que veían sus ojos, en cambio, eran carabineros montados que serpenteaban por las callejuelas empinadas, algunas tan estrechas que las rodillas del jinete rozaban las rústicas paredes erigidas con la misma piedra del pavimento.

Junto a los caballos iban militares a pie, unos del ejército y otros de los carabineros reales, el ramo de las Fuerzas Armadas encargada del orden público y combate al crimen creada por Víctor Manuel I de Saboya aún antes de que Italia existiera como nación.

También a pie, precedido por un par de los mejores jinetes carabineros, iba Cesare Mori, flanqueado por su ayudante y amigo Francesco Spanò, ambos con trajes civiles, con botas de campaña y pistolas en mano, ambas usadas varias veces durante esa larga jornada.

Al llegar a una plazoleta batida por el sol de media tarde, Mori y Spanò vieron a varios policías que forcejeaban con un grupo de mujeres. Así como los funcionarios vestían con uniformidad, ellas también, con vestidos en tonos oscuros muy parecidos los unos a los otros, además de velos negros sobre sus cabezas.

—Su excelencia, estas mujeres no cooperan, nos lanzan piedras y nos escupen —informó un cabo.

—Hagan una ristra con ellas y llévenlas al retén exterior. Recorran todo el pueblo antes de ir al campamento.

Las ristras de Mori se habían hecho famosas. No solo en Sicilia, también en Italia y el resto del mundo, sobre todo en los Estados Unidos de Norteamérica. Los periódicos de Chicago y Nueva York adoraban las fotos de mafiosos esposados, enganchados a una larga cadena y conducidos a prisión uno detrás de otro. Aunque a veces usaban cuerdas, como en Gangi.

La batalla por el último reducto del pueblo fue larga y sangrienta. A diferencia de los zulos o paredes con dobles fondos de donde habían sacado a las decenas de mafiosos y bandidos que ya tenían en su poder, el último refugio equivalía a una aldea subterránea, con

túneles, estancias interconectadas y una entrada secreta en la cocina de una casa muy pobre. En ese bastión estaban, como rehenes, varios soldados, policías y carabineros atrapados en las escaramuzas previas.

—Dicen que si entramos, los matarán —anunció un capitán de los carabineros, con su uniforme de combate, no de patrulla urbana.

—Acabemos con esto de una buena vez, capitán, deme a seis de sus mejores hombres. Esperen aquí en caso de que necesite refuerzos.

—Señor, no, es muy peligroso.

Spanò hizo la advertencia con los ojos fijos en la negrura que la derruida pared había expuesto. Al otro lado de la humilde cocina una mujer se prodigaba en insultos, perfecta encarnación de un pueblo dejado a su suerte, abandonado por un Estado que nunca había ejercido autoridad real en el rural siciliano, dando espacio a aprovechadores locales, individuos que con el discurrir de las décadas asumieron todo el control social y económico y que terminaron convertidos en los mafiosos del siglo XX.

Iluminados con antorchas y lámparas de aceite el grupo, capitaneado por Mori, se adentró en el laberinto excavado en la piedra. El origen de ese tipo de refugios se remontaba a las muchas invasiones sufridas por Sicilia, la primera de ellas llevada a cabo por los fenicios novecientos años antes de Cristo. A cada invasión, correspondía una lucha y tras cada lucha, una asimilación. El resultado final arrojó un pueblo muy particular, fruto de la amalgama de muchas idiosincrasias, fundidas en ese crisol con forma triangular enclavado en el Mediterráneo.

Esta vez el invasor de turno, a ojos de los habitantes de Gangi, era el Reino de Italia. Representando a Roma, Cesare Mori y sus seis hombres lucharon por cada pasillo, cruce y zulo. Unos pocos fueron conquistados con la persuasión mientras que la mayoría requirió muchas balas.

La ilimitada reserva de reemplazos para sus carabineros heridos permitió a un casi exhausto Prefecto de Hierro alcanzar el último rincón, aquel donde se había hecho fuerte Giuseppa Salvo, más conocida como la Reina de Gangi, importante figura de la banda del pueblo y madre de una feroz camada de criminales.

Vista la situación, la bandida decidió no oponer resistencia. Pocos minutos después, ella y sus adláteres recorrieron las calles de la villa formando una de las famosas ristras del Prefecto de Hierro.

IV

El fotógrafo que tenía la cabeza oculta bajo la tela negra de su cámara estaba feliz. El encuadre que había logrado era tan bueno que estaba seguro sería publicado en primera plana. La imagen era un contrapicado, con Cesare Mori de pie sobre una gran piedra, con

Gangi al fondo, esa pirámide urbana con sus casas aferradas a la cumbre de una colina y desde la que aún se elevaban varias columnas de humo, huellas de una de las redadas policiales más impactantes de la historia.

Cuando los numerosos flashes de polvo de magnesio y cloruro potásico cesaron de brillar, llegó el turno de las preguntas.

Aunque no se sentía a gusto con la política de Roma de dar publicidad a sus raids antimafiosos, Mori era consciente de que para consolidar el imperio de la ley no bastaba con sacar de circulación a los malvivientes, había que inocular el cambio en las mentes de todos los sicilianos.

Ante la lluvia de preguntas siempre iguales, Mori disfrazaba su fastidio con una actitud institucional de la que emanaban frases manidas del tipo «con todo el rigor de la ley»; «no cejaremos en nuestro empeño por traer la paz y justicia a Sicilia» o «caiga quien caiga». La nota de color ante el gris chaparrón periodístico la puso una reportera parisina.

—*Monsieur* Mori, se comenta que esta enconada guerra contra la Mafia emprendida por el Fascismo obedece a una embarazosa experiencia vivida por Benito Mussolini la primera vez que visitó Palermo como Primer Ministro.

Irritado por el indiscreto tema expuesto, el policía plenipotenciario trató de ignorar a la incómoda metomentodo.

—No sé a qué se refiere, ¡siguiente pregunta! —Mori señaló al más insistente y desesperado de los periodistas que saltaban frente a él.

El interpelado, contagiado por la misma curiosidad que se había apoderado de todos esos corresponsales, con un gesto de la cabeza cedió la palabra a la mujer.

Con la vía libre y en medio de un sepulcral silencio, la parisina arremetió.

—Al parecer, el capo mafioso de Palermo, que también era el alcalde por cierto, quiso demostrar quién mandaba de verdad en la capital de la isla. Por eso ordenó que nadie asistiera al mitin que el Duce planeaba dar desde el balcón del Palacio del Gobernador.

—¿Y qué pasó? —preguntaron a coro varios de sus colegas.

—Pues que anuló el discurso. La plaza estaba *totalment solitaire*.

El ametrallamiento de los reporteros fue instantáneo.

—¿Es eso cierto?

—¿Algo que declarar?

—¿Entonces la lucha antimafia es una venganza personal de Benito Mussolini por haber hecho el ridículo?

Cesare Mori apretó la mandíbula, dejó caer su puro y lo aplastó contra la piedra sobre la que seguía parado. «Así no fue» pensó. «Ese

maldito alcalde mafioso tuvo la desfachatez de decir que por estar con él no necesitaba guardaespaldas. Pero no daré alas a una francesa chismosa».

—Eso no es cierto —dijo el prefecto con tono brusco—. Su Excelencia no da discursos cada vez que visita una ciudad.

Al notar que la promesa de una historia sensacionalista había triplicado la concentración de los periodistas, Mori aprovechó la ocasión para concluir esa difícil excursión judicial con un mensaje que consideraba trascendental para lograr sus propósitos.

—Terminaré con unas palabras dirigidas a los sicilianos. Quiero que sepan que esto que ocurrió en Gangi, —el policía alzó el brazo y la mano en dirección al aún humeante pueblo—, no fue hecho por Cesare Mori, ha sido el Estado el que buscó casa por casa y zulo por zulo a esos canallas.

Guiados por el movimiento del brazo del Prefecto de Hierro, los reporteros centraron su atención en el más de medio centenar de prisioneros, esposados y encerrados en una suerte de corral construido por los soldados.

Una vez volvió a ser el centro de las miradas, Mori encendió otro puro, siempre de pie en lo alto de la gran piedra. Mientras, a sus pies, algunos periodistas pasaron página en sus libretitas. Otros mojaron en sus lenguas la punta de sus lápices.

—Señores de la prensa, por favor transmitan al pueblo mis palabras… ¡Sicilianos! Lo que acaba de suceder aquí en Gangi no es casualidad, la Mafia será acorralada y luego exterminada, primero aquí en la provincia de Palermo y luego en toda la isla. El gobierno, a través de mis oficios, cumplirá con su deber. Vosotros, queridos ciudadanos de bien, tenéis un papel que cumplir. Los sicilianos tienen menos miedo a las pistolas o a los fusiles que a nombrar a un mafioso. Debéis entender que para hacer la guerra a estos delincuentes se necesita la participación de todos y cada uno de los ciudadanos honestos de esta isla. Vosotros sois gente buena, capaz de realizar los más grandes sacrificios… Llegó el momento de escoger entre ser personas u ovejas. ¡Defendeos! ¡Hay que contraatacar!

PRIMERA PARTE

I

«Entraré en esta guerra colgado desde lo alto, cual *deus ex machina*».

La enésima jugarreta de su mente denotaba lo muy nervioso que estaba el teniente de artillería paracaidista cuyas insignias aún relucían de lo nuevas que eran.

De no ser por el conflicto que a partir de 1939 había incendiado al mundo entero, el joven oficial estaría ante la redacción de algún periódico neoyorquino y no allí, de pie ante la entrada ovalada de un C-47 en esa fría madrugada del 11 de julio de 1943. Tampoco estarían las casi tres decenas de norteamericanos destinados a ese aeroplano, uno de los muchos esparcidos en ese aeródromo norafricano.

—Teniente Damat, ¿nos lanzarán sobre una batalla? ¿Y si nos disparan desde abajo? —preguntó un joven con las mejillas salpicadas de pecas.

El oficial aprovechó la ocasión para revisar el voluminoso equipo que cargaba el chaval en pecho y espalda. Después de moverlo a un lado y al otro encontró una cincha muy floja.

—Espero que recuerdes mejor la técnica de toma de tierra que las lecciones sobre las convenciones y tratados de guerra.

Apretada al máximo la sujeción, el teniente se dirigió a su segundo, un correoso y experimentado sargento.

—Este tenía una correa floja.

El grito del suboficial a la fila de soldados que aguardaba ante la puerta del avión no se hizo esperar.

—Si no fuera por el teniente el pecas se habría escurrido por debajo del paracaídas… ¡Apretad bien las correas si no queréis que os pase! Control por pares, ¡ahora mismo!

Los soldados se organizaron en parejas y tiraron de cuanta faja, cincha, broche y cáncamo había en el otro. Algunos conjuraron la horrible imagen de verse descolgados y caídos al vacío burlándose del pecoso.

—Así llegará a Berlín el primero.

—Quiere matar a Hitler aplastándolo.

—A quien quiere aplastar es a Mussolini.

—¿Hitler o Mussolini, teniente? ¿Dónde nos lanzarán, en Roma o en Berlín?

—¿Qué tienes debajo del casco, Benett? —respondió el oficial con

acento del bajo Manhattan— ¿Tú crees que un avión como éste nos puede llevar desde el norte de África hasta Berlín?

Muertos de la curiosidad por saber dónde se arrojarían, los hombres trataron de sonsacar a su comandante.

—¿Roma entonces?

—Sicilia, ¿a que sí, mi teniente?

—Eso es una isla. Iremos a tierra firme, a Grecia.

—Cinco pavos a que es la Riviera Francesa.

—Venga, cinco pavos… Yo digo que es Córcega.

—¡Callaos y subid de una vez! Somos los únicos que seguimos fuera de su avión.

La arenga surtió efecto. Subido el último soldado, el teniente saltó a bordo y cerró la compuerta con ayuda del auxiliar del C-47.

—¡Todo listo aquí atrás! —gritó el tripulante hacia el otro extremo del largo pasillo.

—Todo listo, capitán —dijo el copiloto desde el asiento de la derecha.

—Ya era hora, —el piloto empujó las dos palancas de potencia—, seremos los últimos en despegar.

Con sus soldados sentados hombro con hombro en ambas bandas, el teniente ocupó el lugar más cercano a la cabina. La cortina abierta le permitía ver el trabajo de los dos pilotos y su auxiliar. Tras ellos el área de transporte estaba atiborrada de militares. «Veintiocho paracaidistas completamente equipados, o catorce camillas con el personal médico correspondiente», recordó. Aficionado a la lectura desde niño, solo cinco meses antes había terminado sus estudios en la Universidad de Nueva York. Su diploma, en vez de ayudarlo a encontrar una mejor posición en la redacción de un periódico, había hecho que el sargento de la oficina de reclutamiento donde se alistó lo señalara como candidato a oficial.

El hábil toque del piloto sobre las palancas de potencia hicieron que el C-47 diera tumbos por la polvorienta pista norafricana. Poco después carreteó, corrió y levantó vuelo. La casualidad quiso que las ruedas dejaran de tocar tierra en el instante preciso de la salida del sol. Cinco minutos después el aeroplano formaba parte de una inmensa bandada de aviones de transporte que migraba al norte, con sus panzas llenas de paracaidistas norteamericanos.

«La capacidad de aguante del C-47 Dakota es notable ya que logra completar misiones o regresar a su base severamente dañado». Tal vez el avión podría aguantar una granizada de metralla antiaérea, pero sus ocupantes no, teorizó el teniente antes de sacudir la cabeza para exorcizar los funestos pensamientos que las sacudidas del despegue le habían provocado.

Una vez estabilizado a varios centenares de metros sobre la

superficie de un cada vez más luminoso Mediterráneo, el piloto miró hacia atrás y asintió al cruzar miradas con el oficial paracaidista.

Movido por la curiosidad, el teniente dejó su asiento y se plantó en el vano que separaba la cabina de la zona de carga. Embutido como estaba entre mochilas, arneses, uniforme, botas y casco, el oficial no se diferenciaba de los demás. Pero debajo de tanto equipo estaba un hombre delgado, fibrado, de tez blanca y facciones angulosas. Sus ojos marrones bajo cejas pobladas casi rectas y nariz griega lo distanciaban de los hombres bajo su mando, casi todos provenientes de la América profunda. Su metro y setenta y cinco lo hacía el más alto del aeroplano, lo mismo que el negro de su pelo, también único entre los varios tonos de rubio y castaño de sus hombres.

Después de ver como piloto y copiloto bregaban con sus respectivas columnas de mando, el jefe de los paracaidistas observó el frenético quehacer del operador de radio que también era el mecánico y hombre para todo, enfrascado en ese momento en traducir la serie de puntos y rayas que brotaban de un pequeño altavoz.

—Confirmado, señor, penetraremos al sur de Gela. Dos buques de la fuerza de desembarco darán referencia visual para el alineamiento.

—Pues será una buena ayuda —comentó el copiloto—. Eso reducirá el riesgo de colisión. Con tantos aviones en el aire podemos comernos alguno con patatas.

—¿En serio podríamos chocar? —preguntó el teniente.

—Descuide, —el piloto señaló con la barbilla hacia levante—, en plena oscuridad, tal vez, pero ahora no.

El sol, ya desconectado del horizonte mediterráneo, bañaba de luz el espacio que los separaba de su destino y, lo que era más importante, iluminaría el descenso y el aterrizaje de los paracaidistas.

Dispuesto a sacar a sus hombres de la incertidumbre, el teniente se giró. De inmediato cayeron sobre él veintisiete pares de expectantes ojos.

El oficial recorrió el pasillo hacia la cola.

—Ni Berlín, ni Córcega y menos la Riviera Francesa.

—¡Ohhh! —exclamaron los que creyeron que visitarían lujosos casinos de la Costa Azul.

—Nuestro destino es Sicilia, somos las primeras tropas de reserva convocadas por el general Patton. La misión del 376º de Artillería Aerotransportada es reforzar el frente para evitar que alemanes e italianos contraataquen y expulsen la cabeza de playa al mar. Nos lanzaremos sobre el aeródromo de Farello.

—¿Un aeródromo, teniente? ¿Para qué saltar pudiendo aterrizar?

—Los italianos dañaron la pista antes de que nuestras tropas lo capturaran poco después de los primeros desembarcos.

—¡Uf! Qué suerte, así no nos dispararán desde abajo.

—¡Cierra la boca! —gritó alguien desde el fondo—. No digas eso o traerás mala suerte.

El oficial no riñó a nadie, los nervios estaban a flor de piel y era mejor dejarlos salir.

Dos soldados, los bufones que todo pelotón del Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica tenía, aprovecharon el momento para lanzar un nuevo chiste:

—¿Sicilia, teniente? Eso significa que regresa a casa.

—¿No tiene miedo de matar a un primo?

Sentado al lado de la compuerta, el sargento dio rienda suelta a su rol de protector de todo y de todos.

—¡Mulgrove! ¡Hill! Os toca cargar un mortero cada uno por graciosos.

Sin dejar notar lo mucho que le habían molestado los comentarios, el teniente les recitó la lista de verificaciones que el manual obligaba a ejecutar.

El pecoso, cual autómata, controló enganches, fusil, correas, paracaídas principal, casco y paracaídas de emergencia. La mecanización de los movimientos le dejó espacio en su mente para cuchichear con el colega sentado a su lado.

—No entiendo… ¿Cómo regresar a casa? El teniente Damat es tan americano como tú o como yo, ¿no?

—¡Uf! Será mejor que espabiles, chaval. Así no llegarás ni a pisar tierra.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no es Damat, como él dice, en realidad es Damato, Tony Damato. Nuestro jefe es un puto italiano.

—Pero si habla bien, como tú y como yo —rebatió el muchacho.

Reducido aún más el tono y el volumen de su voz, el rubio interlocutor completó la idea, mezclándola con toda la hiel que tenía dentro.

—Es cierto que nació en Nueva York, pero a ese lo criaron dándole pizzas y lasañas.

Un cambio de tema en el discurso del teniente silenció a los dos chismosos.

—Ahora aprovechad el tiempo. Nos queda casi media hora. El que quiera rezar, que lo haga. O podéis escribir una carta para vuestra familia. Recordad colocarla en el bolsillo de la camisa, por si acaso os pasa algo y alguien pueda recogerla y mandarla. O echad una cabezadita como haré yo. Sargento…

—Pierda cuidado señor, ya vigilo yo que nadie se lance antes de tiempo —respondió su segundo mientras el teniente Tony Damato regresaba a su lugar junto a la entrada de la cabina.

II

Cada vez que viajaba en un traqueteante avión del Ejército de los Estados Unidos, Tony se sentía como en el bus que lo llevaba del Gansevoort Market, el pobre y hediondo barrio de Manhattan, a la CUNY, la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Esos cuatro años de sacrificios le sirvieron para obtener el título en Humanidades, pasaporte con el que esperaba cumplir su sueño de convertirse en periodista del New York Times. Pero hasta ese punto de sus veinticinco años los únicos sueños que alcanzaba eran los que tenía cuando se quedaba dormido durante esos recorridos urbanos.

Sintiéndose muy incómodo por el abultado paracaídas que tenía encima, se quitó el casco para sentir algo de alivio y poder dormir un rato.

Una vez en manos de Morfeo, el dios del sueño decidió tomar al pie de la letra la idea que Tony había formulado antes de abordar el avión conectándola con las clases de cultura y filosofía griega a las que asistió en la CUNY. El resultado mostró a Tony viéndose a sí mismo como un paracaidista norteamericano que se lanzaba sobre Sicilia, pero que en vez de bajar suspendido de un semiglobo de seda blanca, lo hacía colgado de la cuerda que salía de una grúa de madera, que él no veía pero sabía que estaba allí, situada tras los bastidores de un pueblo siciliano de utilería, real a la vista y a los sentidos, pero que a la vez dejaba entrever que estaba hecho en cartón piedra.

—Soy un paracaidista *ex machina* —dijo Tony en voz alta al desenganchar el mosquetón que lo unía a la cuerda y que se evanesció una vez cumplió el propósito de depositarlo en tierra.

Conocedor de que en el teatro griego antiguo las tramas se resolvían por la intervención de un Dios bajado por una máquina -el *deus ex machina*-, Tony sintió mucha curiosidad por saber cuál sería su papel en esa gran invasión de la que formaba parte, la mayor en la historia de la humanidad hasta esa mañana del 12 de julio de 1943.

Aunque sabía que era uno entre ciento sesenta mil soldados canadienses, británicos y norteamericanos, en ese pueblo siciliano estaba solo y avanzaba libre de su paracaídas. Sin mochila pero con pistola en mano y casco en cabeza.

Al caminar sobre los escombros de una callejuela destruida, Tony pisó un cartel que decía:

«Bienvenido a Enna».

Enna… La cuna de sus padres, ciudad enraizada en el centro de Sicilia, equidistante a las tres puntas de la triangular isla, capital de una rica provincia agrícola y de la que su madre nunca cesó de hablarle y relatarle historias, a pesar de la virulenta prohibición de su padre.

«Hijo, ahora te contaré otra historia de Giufà».

Las divertidas fábulas del travieso niño siciliano hacían muy feliz al pequeño Tony, que tardó mucho en entender por qué su madre se las contaba en secreto y entre susurros.

Un balazo estrellado al lado de sus botas disolvió la ensoñación que a su vez había surgido dentro de su sueño.

—¡Francotirador! —gritó uno de los muchos soldados que, de repente y como por magia, estaban desplegados a su izquierda y su derecha, comandados por el mismísimo general Patton, de pie en el capó de un jeep, con sus pantalones y botas de equitación, su guerrera plagada de medallas, brillante casco y una pistola en cada mano.

—Tenemos que entrar en esa madriguera y neutralizar la amenaza —bramó Patton con el cañón de una pistola apuntado a una alta ventana—. Teniente Damat, vaya y elimine a esa rata siciliana.

—¡Señor, sí señor!

Recorrer la calle a lo largo bajo el acoso del francotirador fue lento y rápido, difícil y fácil, descansado y extenuante. Pero aún más desconcertante fue subir las escaleras, tan parecidas a las del edificio del matadero de Gansevoort, aquel en cuya segunda planta vivió toda la vida.

La patada con la que derribó la puerta fue el primer paso con el que entró a su propio piso, vivienda neoyorquina injertada por obra de Morfeo en Enna, en plena Sicilia.

—Si buscas al abuelo está en la ventana con su fusil —dijo su madre mientras repartía platos de sopa por la mesa—, y date prisa antes de que se enfríe.

Ese abuelo al que nunca había visto pero que tanto quería, en efecto estaba en la ventana, sentado en su cómodo sillón recargando, apuntando y apretando el gatillo en un ciclo interminable.

Al reconocerlo y darse cuenta de que lo apuntaba con su pistola, Tony titubeó y bajó el arma.

—¿Eres americano o no eres americano? ¿Por qué dudas, soldado? —escuchó el confundido Tony.

Quien lo increpaba era un general, tan imponente como Patton, pero con el rostro y la voz de su padre.

—¡Claro que soy americano! —dicho esto Tony apuntó el arma contra su abuelo y apretó el gatillo.

III

La claridad diurna, que a esa hora ya se extendía de levante a poniente mostró, nítido delante de ellos, el golfo de Gela cuyas aguas estaban abarrotadas de buques aliados al ancla. El panorama vislumbraba el final de la misión para los tripulantes del avión y el comienzo de la campaña para sus pasajeros.

—Según esto tenemos que dejar a los paracas un kilómetro tierra adentro. —El copiloto comparó su mapa con las referencias en la costa —. Cuanto menos estemos sobre territorio enemigo, mejor.

—Lo que sobrevolaremos no es zona hostil —apuntó el piloto—. Las naves, la costa y la franja de tierra antes de las montañas ya son del Tío Sam —agregó, con la mirada puesta sobre el amplio paisaje que se abría ante ellos, con la bandada de aviones que los precedía en primer plano.

El aviador tenía razón. Al amanecer del tercer día de invasión el tramo central de la costa sur de Sicilia había sido conquistada por el Séptimo Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica. Las decenas de buques fondeados ante la costa, las aldeas de pescadores y el aeródromo que se veía al fondo se encontraban en zona amiga.

—¿Cuánto falta? —escucharon los tres tripulantes de cabina.

La azarosa pregunta provocó que los tres miraran al que la formuló y supusieran, además, que tenía miedo. Pero la ansiedad del teniente no surgió por lo que estaba por suceder sino por lo que había padecido en sueños.

—Cinco minutos para el preventivo.

La respuesta del copiloto hacía referencia al momento en el que una luz y un zumbador indicarían que los veintiocho paracaidistas debían alzarse, formar una fila en el centro del pasillo y enganchar el mosquetón de la correa de apertura de su paracaídas en el cable de acero que recorría el techo del fuselaje de proa a popa.

—Pero qué puñetas… —El copiloto soltó el mapa para aferrar los mandos con ambas manos.

El motivo de la alerta apareció ante ellos en forma de explosiones, efímeros estallidos de fuego que un instante después se transformaban en nubes grises casi negras. Las había pequeñas y lejanas. Otras grandes, más cercanas. Unas pocas, las que aparecían junto al avión, lucían enormes.

Sacudido cual hielo en coctelera de barman, el piloto estiró el cuello y miró hacia abajo, al sector de mar que sobrevolaban, muy cercano a la playa.

—Son los barcos. ¡Los nuestros nos disparan! También disparan desde la playa.

Como confirmación a tan desconcertante situación un C-47, de los primeros que ya volaban sobre tierra, fue engullido por una de las explosiones, magnificada gracias al combustible contenido en los tanques de las alas.

—Teniente, prepare a sus muchachos.

—Radioperador, ayúdalo, atrás estarán asustados.

—Como yo, jefe —contestó el auxiliar.

Nada más ponerse en pie para cumplir la orden se topó con Tony,

que con tanto equipo encima y tantas sacudidas bregaba para girarse en la estrecha cabina. El operador de radio se vio obligado a ayudarlo.

—Vayamos a popa, teniente, esto pinta muy mal…

El mal al que el operador de radio tanto miedo tenía se materializó en forma de proyectil antiaéreo. Haciendo gala de un buen entrenamiento, antes de dispararla los artilleros en la superficie habían regulado esa bala para que estallara a cierta altura, que era la misma a la que volaba el C-47. En el momento en el que la bala parecía que seguiría de largo rumbo a las nubes más altas, el automatismo de su interior la hizo detonar a menos de un metro, muy cerca de la esquina superior izquierda de la cabina.

Lo último que con el rabillo del ojo percibió el piloto fue el nacimiento del estallido que lo mató. Los muchos fragmentos de metralla no solo se ensañaron contra el comandante, también destrozaron el lado izquierdo de la cabina, arrancando tres fragmentos, grandes y cortantes que una centésima de segundo después se habían incrustado una en el cuello del copiloto y otra en la base de su columna de mando, dejando los controles de dirección bloqueados. El tercer trozo se alojó en la espalda del operador de radio justo en el momento en el que había logrado encauzar al teniente hacia la salida de la cabina. El brutal impacto de esa metralla empujó al tripulante, haciéndolo chocar contra el oficial paracaidista.

Arrollado por el operador de radio, Tony cayó, batió la sien contra el borde del banco y quedó inconsciente, tirado al comienzo del pasillo. Sobre él quedó el radioperador. Su espalda lacerada y sangrante lo convirtió en cadáver, dejando al avión sin piloto, sin copiloto y sin auxiliar.

IV

El temple del sargento era el mismo que el del cable al que los veintiséis soldados debían enganchar las correas de apertura de sus paracaídas. Sus órdenes lograron abrirse paso entre el picante olor del explosivo, el tufo metálico de la sangre de los fallecidos y el traqueteo de un avión muy dañado el cual, aunque volaba de manera estable, su altura disminuía poco a poco.

Una rápida inspección lo llevó hasta la proa del aparato. El cañonazo antiaéreo había destrozado la cabina y a los que estaban en ella, incluyendo al teniente. Lo que no pudo descubrir el sargento era por qué diablos el C-47 no caía. Pero eso no duraría para siempre, porque tarde o temprano se estrellaría.

De regreso a la cola verificó que todos sus muchachos tuvieran enganchadas las correas de apertura del paracaídas al cable superior. Cuando alcanzó el final del avión tomó posición junto a la compuerta, la abrió y tras dar un manotazo en el hombro del imberbe pecoso,

bramó:

—¡Vamos, lánzate! Los demás, ¡síganlo!

V

Los azotes de las veintisiete correas de lona asomadas por la compuerta fueron el gancho que trajo a Tony de vuelta a la realidad. El neoyorquino luchó para centrarse, confundido por el golpe de su sien, que aún le hacía creer que esos latigazos eran hachazos de carniceros, los descuartizadores a sueldo que trabajaban en el matadero situado bajo su piso en el Gansevoort Market.

Para levantarse tuvo que luchar tanto con el dolor de cabeza como con el peso muerto del radioperador, tirado sobre el paracaídas que tenía a sus espaldas. Una vez en pie el oficial, movido por acto reflejo, cogió su casco y, una vez colocado en su cabeza, abrochó el barbiquejo.

La necesidad de conocer su situación lo llevó a la cabina. Con horror comprobó que el avión volaba solo, con dos cadáveres en los mandos asistidos por una pieza de metal clavada en la base del manubrio del copiloto. Pero lo peor no era eso, el mayor problema era que el aparato bajaba poco a poco hacia unas montañas cada vez más cercanas.

Espoleado por el inminente estrellamiento, el paracaidista corrió hacia el pasillo, pero resbaló al pisar la sangre del operador de radio. La segunda mala caída en el mismo sitio no lo dejó inconsciente como antes, pero sí con un desgarro en un tobillo que la adrenalina que tenía dentro impidió que le diera importancia. En ese momento lo que apremiaba era reincorporarse y correr hacia la abierta y solitaria portezuela trasera.

Cuando Tony se zambulló hacia las estribaciones de unos montes que no había visto en los mapas de la misión, no era consciente de que uno de sus pies estaba lesionado. Su instinto de supervivencia no solo ignoró la señal de dolor, también dio prioridad a asuntos más acuciantes, como preguntarse si su paracaídas sería capaz de reducir su velocidad de caída a pesar de haber saltado desde tan poca altura.

De haber quedado enganchado en alguno de los árboles del valle al que se dirigía podría haberle ahorrado a su tobillo el duro trance de soportar el impacto. Pero al ver que se dirigía a un claro Tony, que seguía sin tener conciencia de su lesión, adoptó una posición de manual, que incluía pies juntos y rodillas algo flexionadas.

La toma de tierra distó mucho de cualquiera hecha durante los entrenamientos. Tan mala fue que Tony no pudo evitar recordar las palabras preferidas de su sargento instructor cuando alguien lo hacía mal: «¡Ahí cayó otro saco de patatas!».

Lo único que evitó que su tobillo lastimado se doblara hasta

superar el punto de ruptura fueron sus bien apretadas trenzas de las botas, otra recomendación del mismo sargento instructor. Si bien no se rompió, el tobillo se dobló tanto que el paracaidista no creyó que hubiera diferencia.

Su llegada a Sicilia distó mucho de la que había experimentado en sueños, colgado de una cuerda que lo depositaba sano y salvo en tierra. El descenso real lo había dejado tirado en el claro de un bosque al tiempo que, hecho un ovillo en medio de la blanca seda del paracaídas, gemía, evitando con todas sus fuerzas gritar de dolor.

VI

Pese a que el paracaidista creyó caer en una zona agreste y despoblada, no muy lejos se alzaba un pueblo único en Sicilia, al nororiente de la provincia de Enna.

Una interminable sucesión de invasiones acostumbró a los isleños a vivir en lugares defendibles como la cima de una montaña. El pueblo en cuyos predios aterrizó el soldado era de ese tipo, con la gran diferencia de que la cumbre presentaba tres promontorios tan verticales y abruptos que jamás nadie pudo construir casas en ellos, salvo una pequeña ermita plantada en lo alto de la elevación central.

Los tres montículos no estaban juntos sino distribuidos a lo largo de una cresta, el eje natural donde se levantaron las primeras cabañas. El paso de los siglos transformó la aldea de los tres promontorios en un pueblo que creció desparramándose por las dos laderas de la filosa montaña. En la cresta se asentó la única calle ancha de la urbe junto a los edificios públicos de los gobernantes de turno. A su alrededor prosperaron las casas más grandes, pertenecientes a los pueblerinos acomodados.

Vista desde la distancia la villa parecía un camello con tres jorobas, con sus casas de piedra parduzca engarzadas las unas a las otras, conectadas con la cresta por zigzagueantes veredas y escalinatas hechas con la misma piedra de las casas.

Al pie del promontorio central, el de la ermita, yacía la plaza, rectangular, grande, de pavimento empedrado y con una pequeña fuente al centro. En uno de los lados largos yacían una hilera de casas; en el otro una iglesia con un monasterio; en una de las cabeceras estaba el Palacio Comarcal; frente a él, al otro lado de la plaza, la más suntuosa casa de la villa, más grande y más ornamentada que el edificio de gobierno. A cierta distancia se encontraba el primer promontorio, el del castillo, que señalaba el inicio de la villa. El último, el del cementerio, marcaba el final tanto del camino como del pueblo porque tras él se abría un precipicio vertical de cientos de metros.

La quietud mañanera de la plaza se vio interrumpida por la

actividad en la esquina izquierda del Palacio Comarcal. Allí, junto a una rústica puerta auxiliar, se alzaba una escalera apoyada contra la fachada. Sobre ella un joven carabinero se esforzaba en enganchar un reluciente cartel en las dos escarpias que él mismo había clavado un rato antes.

Al pie de la escalera tres colegas formaban un semicírculo. Todos, incluido el que estaba arriba, vestían uniformes de diario con pantalón y guerrera de cuatro bolsillos con solapas. Ambas prendas lucían ese color que unos catalogaban como gris verdoso y otros como verde grisáceo. Entre las solapas de la guerrera asomaba una camisa blanca con corbata negra. Todos cubrían sus cabezas con la gorra de tela reglamentaria, centrada o ladeada según la costumbre de cada uno.

El semicírculo lo presidía un suboficial voluminoso. Lo flanqueaban otros dos, entrados en años ambos, uno con grados de cabo y el otro soldado raso. El carabinero trepado a la escalera, también soldado raso, bregaba con el cartel al tiempo que recibía un chaparrón de consejos, órdenes, críticas y contraórdenes del comité supervisor. Cada comentario iba acompañado de un gesto que decía lo mismo y que, como sicilianos que eran los cuatro, podían haber usado para comunicarse sin palabras, siempre que el destinatario los viera, algo que no ocurría porque el joven tenía los ojos puestos en los ganchos del letrero.

—Súbelo un poco más.

—Date prisa, el capitán está al caer.

—Si no lo bajas, no engancha.

—Está torcido.

—Es que aún no está puesto del todo —se defendió el único que trabajaba.

—Mira que poner un cartel ahora. Los americanos lo quitarán en nada.

—Para mí que lo quitan los ingleses.

—¡Pues no! Las fuerzas combinadas ítalogermanas expulsarán al invasor de nuevo al mar. Nuestra retirada de África fue solo para reagruparnos y contraatacar… —dijo el joven militar una vez colgó uno de los dos lados del rótulo.

—Hablas demasiado, novato. Si no gastaras tanta energía hablando, ya habrías terminado —dijo el soldado raso al pie de la escalera, el que peinaba canas.

—No es lo mucho que habla, sino las tontadas que dice… ¿Reagrupamiento? No puedes hacerle caso a todo lo que dijo la radio esta mañana. Lo que de verdad importa es que el sur de la isla está plagado de yanquis —observó el cabo.

—Y de británicos. —El brigada cogió una escoba, la alzó y levantó un poco el cartel del lado que aún no enganchaba.

—¡Listo! ¡Colgado! Gracias jefe.

—Brigada. Aquí solo hay un jefe y ahí viene.

La llegada de un pequeño sedán militarizado Fiat 508 CM aguijoneó a los carabineros, que en un santiamén despejaron la entrada y se ajustaron los uniformes. A una voz de mando del brigada, los cuatro formaron una línea, se pusieron firmes y saludaron, con sus rígidas manos llevadas al unísono hasta el borde de sus gorras.

Nada más apearse el conductor se envaró y devolvió el saludo. Él también vestía el mismo uniforme que los demás, diferenciándose solo por los distintivos de grado y jerarquía, que en esos trajes estaban cosidos en las solapas y el cuello: de capitán para el recién llegado; de brigada para el suboficial que presidía la fila; de cabo para el segundo y de soldados rasos para los otros dos, uno muy mayor y el otro muy joven.

Aunque no lo tenía previsto, el capitán aprovechó la ocasión para darle un toque de formalidad a lo que era una simple mudanza. Con paso marcial se acercó a la fila con el fin de pasar revista a su pequeño destacamento rural. Primero se detuvo delante del brigada Nicola Spadaro, un suboficial confiable que lo había acompañado durante casi todo su trabajo en esa provincia. Al ver su redondeado torso le entraron ganas de decirle que ya era hora de que rebajara, pero no lo hizo porque no era el momento, y menos ante los tres subalternos que tenía a su izquierda. Una recriminación como esa en público sería desastrosa para su liderazgo, algo de lo que Spadaro siempre había hecho gala, junto a un buen desempeño como sabueso investigador.

El siguiente paso lo situó delante del segundo de la fila.

—Cabo Marco Pizzuto, supongo.

—Sí, mi capitán —respondió un hombre casi tan alto como el oficial y con tantos años encima que debería tener un grado aún mayor que el brigada.

—Soy el capitán Settimo Taibi. Tengo entendido que usted y el soldado Mazzola aquí presente, —el oficial miró al tercero de la fila—, hacíais acto de presencia en este pueblo de vez en cuando.

—Habremos venido un par de veces en estos años, señor. Nunca nos llegaron reportes o denuncias al cuartel provenientes de esta villa.

Al capitán le dio la impresión de que no habían sido un par de visitas, pero no dijo nada. Era consciente que los isleños no solían dar mucha información en su primer encuentro y menos aún sí, para colmo, también eran carabineros, como los cinco allí reunidos. El oficial se limitó a señalar una tapa de bolsillo abierta y levantada, que el cabo alisó y cerró sin mucha premura.

Al llegar a la altura del tercero, el capitán Taibi pensó que la guerra había extendido el servicio de funcionarios que debían estar jubilados, como ese soldado raso o su compañero el cabo. El pelo cano

y sin una brizna de negrura acentuaba esa sensación.

—Usted es Alfio Mazzola. Tengo entendido que conoce el pueblo.

—Como dijo el cabo, estuvimos un par de veces, señor, solo de pasada.

—¿Tiene barbería?

—Sí, una.

—Pues visítela. Y usted también, cabo.

Al detenerse ante el cuarto hombre de la fila Taibi tuvo la sensación de estar ante una de las ilustraciones del Reglamento de Uniformes del Real Cuerpo de Carabineros. El soldado, imberbe aún, era atlético, tenía el cabello al ras, sacaba pecho y lucía un uniforme impecable. Su porte marcial era el mismo con el que había salido de la escuela de carabineros pocos días antes.

—Soldado Parisi. Su nombre se me escapa por el momento —dijo el oficial.

—Enrico, mi capitán. A sus órdenes, mi capitán —contestó el novato en italiano a una pregunta hecha en siciliano.

Taibi decidió que hablaría del tema, pero no en ese momento. Terminada la revista se colocó delante de la fila y miró el recién colocado cartel que rezaba «Estación carabineros Villamonti». Las palabras, saboreadas en silencio por el capitán, lo llenaron de satisfacción, pero no por su significado material, a fin de cuentas no era sino una oficina policial, la más pequeña de las que tenía en su jurisdicción, sino por su importancia simbólica, algo que muy pocos en Sicilia valoraban. La pequeña comisaría concretaba la vuelta del Estado a una zona dejada a su suerte desde hacía generaciones. El vacío resultante había sido ocupado por individuos muy listos cuyo poder creció década a década hasta enseñorearse en sus comarcas. Estos hombres suplieron la falta de autoridad de un Estado ausente y se transformaron en policías, jueces y verdugos. En el caso de Villamonti el problema era aún peor porque el aislamiento del pueblo lo había hecho resbalar hacia el más absoluto olvido, manifestado en el desmantelamiento de todas sus instituciones. Hacía mucho que el pueblo no tenía dispensario, ni juzgado, ni servicio de correos, ni cárcel, ni policía. En el enorme Palacio Comarcal ahora pacía un único empleado y su ayudante, fantasmales recuerdos de los tiempos en el que el edificio era el centro de mando de un pujante ayuntamiento, degradado hacía muchos años a simple comarca.

Para Taibi ese cartel significaba la vuelta del Estado a un pueblo del que jamás debió irse.

La cavilación del carabinero se vio interrumpida por un súbito agarrotamiento de su muslo derecho.

—¡Grrr…!

—¿Se siente bien? —El brigada echó los brazos hacia delante al

ver el ligero traspiés de su jefe.

—Sí, casi me da un calambre. Descarguen el coche, vamos, traje lo que faltaba —ordenó.

La mentira del espasmo muscular solo fue aceptada por el soldado Parisi, el novato. Los demás sabían que se trataba de las secuelas de una herida de guerra, un lanzazo brutal recibido durante la conquista de Etiopía. El brigada Spadaro se había enterado varios años antes por boca del mismo capitán. El cabo Pizzuto y el soldado Mazzola lo habían averiguado al husmear en el expediente de su próximo jefe durante su última visita al cuartel provincial de Enna. A medida que descargaban el sedán los dos fisgones cavilaron sobre la información que habían acumulado sobre el capitán Taibi.

Si bien su objetivo fundamental era entender porqué aquel que sería su nuevo jefe se había empeñado en abrir una oficina permanente en un pueblo perdido, la incursión en el archivo les brindó más información de la que buscaban. El dossier comenzaba con su nombre y edad: Settimo Diotisalvi Taibi tenía treinta y cuatro años. Había crecido en Trapani en el seno de una familia adoptiva cuyo cabeza de familia había sido agente especial de policía en Trapani y Palermo, a las órdenes de Cesare Mori y asesinado durante su convulsa campaña antimafia.

«Adoptado… A saber qué ricachona piamontesa lo parió y después lo desechó ante la puerta de un orfanato… Por eso es que no parece siciliano», habían murmurado los fisgones al ver las fotos del expediente que mostraban a un oficial cuyo metro y setenta y cinco, tez blanquísima, ojos azules y cabellos claros lo sacaban de la norma en la isla. Si a eso se le agregaba su buen estado de forma, el de las fotos se parecía más a un norteño alpino que a un sureño siciliano.

Graduado en 1924, Taibi sirvió primero en el norte de Italia y luego en su Trapani natal. En 1936 fue enviado a Etiopía. En la Segunda Batalla de Ogaden recibió una herida que le restó movilidad en una pierna. Finalizada una larga rehabilitación que le permitió regresar al servicio, el oficial pidió ser incorporado en la lucha antimafia primero en Enna, luego en Nicosía y por último, en Troina. Pizzuto y Mazzola cerraron el expediente después de leer una solicitud de Taibi, fechada a finales de la primavera de 1943, en la que solicitaba autorización para crear una estación fija en Villamonti.

Conjurado el agarrotamiento a fuerza de voluntad, el oficial señaló el coche y dijo en siciliano:

—En el asiento trasero encontrarán más útiles para la estación junto a un sobre con un mapa de esta zona. Tengan cuidado con él, fue difícil encontrar uno.

El soldado novato levantó una ceja y miró con curiosidad a su comandante.

—Parisi, estamos en lo más profundo de Sicilia. Si queremos alcanzar nuestro objetivo no debemos agregar más barreras de las que hay. Aunque no sea reglamentario hablaremos siciliano entre nosotros y más en presencia de los lugareños, ¿entendió?

—Sí señor —el joven contestó con palabras que eran casi iguales en ambas lenguas, pero con una inflexión y timbre que no dejaron dudas sobre su sicilianidad.

En lo que una máquina de escribir; libros de registro; plumas y lápices; papel secante; impresos de denuncias y declaraciones; sellos húmedos; tubos de tinta; un par de cajas de utensilios varios y un doblado mapa quedaron apilados sobre uno de los tres escritorios, Parisi, el carabinero joven, pensó en voz alta:

—Con todo esto y el cartel que pusimos se acabó el ir y venir a Troina, ¿no capitán? Pero bien nos habrían venido algunas ametralladoras y cajas de granadas no sea que terminen llegando los americanos.

—El cartel de la entrada dice «Estación carabineros Villamonti», soldado. —El oficial cogió las fotos del rey Víctor Manuel III y de Benito Mussolini y las colgó en sendos clavos en la pared detrás del escritorio del fondo, que era el suyo—. Eso es lo que reza nuestro letrero, no dice Caserna de Carabineros de Montaña ni Cuartel del Ejército. Este destacamento tiene propósitos policiales y de orden público. En síntesis, una comisaría común y corriente.

—Yo no la veo tan común y corriente, capitán —dijo el cabo Pizzuto al tiempo que mostraba el recinto con una mano—. El último malnacido que pasó por la celda lo habrán fusilado los españoles.

—O lo degollaron los árabes —agregó su colega Mazzola.

Aunque exageradas, las observaciones tenían base porque el lugar no había sido usado desde hacía casi un siglo, cuando el edificio dejó de ser sede de un ayuntamiento. Una reorganización política degradó la urbe a pedanía, dependiente de Troina, modificación que, poco a poco, había despojado al pueblo de instituciones. La estación que el jefe de la zona Settimo Diotisalvi Taibi había instalado usufructuaba «las instalaciones del antiguo calabozo», tal y como fue mencionada en el informe que el capitán había remitido al Cuartel Regional en Enna, la capital de la provincia que englobaba una buena porción de la zona centro oriental de la isla, con fértiles campos tanto en zonas bajas y llanas como en las tierras altas como las que rodeaban a Villamonti.

La apertura de ese puesto avanzado era el más reciente de la serie de movimientos realizados por Taibi desde su reincorporación al servicio tras la Guerra de Etiopía.

Tras negarse de plano a ser relegado a tareas administrativas después de su difícil convalecencia, a mediados de 1937 el carabinero

pidió entrar a formar parte del servicio rural en el cuartel de Enna. Convertido muy pronto en el motor principal del rodillo antimafia puesto en marcha por el Prefecto Cesare Mori más de una década atrás, Settimo Taibi cobró buena fama en el Real Cuerpo de Carabineros por su ansia de «meterse campo adentro», frase con la que resumían su manía de perseguir bandoleros allí donde se refugiaban una vez limpiaba la ciudad donde estaba destinado.

De Enna, en el verano de 1940 pasó a Nicosía, pequeña y antigua ciudadela medieval. Año y medio después pidió traslado a Troina, donde dedicó todo 1942 a desarticular una red mafiosa muy entretejida con la dispersa población rural, formada por campesinos que no confiaban en gente como él, servidores de un Estado que nunca los había atendido.

Ahora, en ese incipiente verano de 1943, se metía aún más campo adentro, hasta un lugar fantasmagórico, in-existente en mapas modernos y que, en aquellos en los que aparecía, era catalogado como aldea, una incongruencia monumental que lo dejó estupefacto la primera vez que llegó a Villamonti, movido por el impulso de indagar hasta dónde llevaba una desviación que no tenía señal alguna.

Si bien la oficina policial funcionaba desde hacía casi un mes, el cartel, el mapa y los últimos útiles tomados de los cuarteles de Enna y Troina daban carácter permanente a algo que todos -carabineros y pueblerinos- creyeron sería efímero.

Todos menos Settimo Diotisalvi Taibi.

Dentro de la nueva estación el zafarrancho de orden y limpieza prosiguió. Con una llave entre sus dedos, el brigada habló.

—Parisi, ya que tanto te importan las armas, serás responsable del parque. —El brigada señaló con la barbilla un armario, el más robusto que habían tomado días atrás en el casi abandonado edificio que albergaba a la estación.

—Espadas y fusiles… Menudo parque —rezongó el joven ante el armero.

—También hay pistolas y munición, así que límpialas y ordénalas, pasaré revista al final del día.

—¿De verdad dormiremos aquí? —preguntó el cabo—. El Cuerpo de Carabineros debería asignarnos casa.

—Estamos en un edificio que pertenece al Estado, que tiene espacio de sobra. —Taibi tomó nota mental de qué preocupaba a cada uno de sus hombres, desconocidos para él a excepción del brigada.

La aparición en el centro de la oficina de un niño de cara redonda y bronceada, pelo negro lacio y revuelto, camisa blanca, pantaloncillos oscuros, zapatos de escolar y rodillas huesudas, tomó a todos por sorpresa.

—¿Llegasteis en el avión?

—¡Joder! —dijo el soldado novato—. Con perdón, mi capitán… ¿De qué agujero saliste?

Sujetado de cada brazo por los dos carabineros veteranos, uno de ellos explicó:

—Es el hijo de Lía, la lavandera del pueblo.

—Hijo no, hermano —aclaró el pequeño revolviéndose.

—¿Cómo te llamas, renacuajo?

—Cumerdia.

—¿Cumerdia? —preguntó el novato— Nunca oí eso como nombre de alguien. Solo para…

—Será un apodo —interrumpió uno de sus captores—, ¿cuál es tu nombre verdadero?

—Fortunato. —El niño siguió revolviéndose.

—Estrenaremos la celda contigo, mocoso, por incumplimiento de la obligatoriedad de asistir a clases —dijo el otro llevándolo hacia la esquina formada por las dos paredes del fondo, vallada a su vez con dos tramos de reja de suelo a techo.

—No, no, yo solo quiero saber dónde bajó el avión para ver a los mericanos.

—Dejadlo ya —ordenó el brigada, rescatándolo—. Querrás decir americanos…, ¿de qué avión hablas? —preguntó cuando lo escoltaba a la salida.

—Yo lo escuché cuando me subía a la escalera para poner el cartel —dijo el soldado Parisi.

—Yo también lo oí mientras conducía montaña arriba. Pierde cuidado niño, no puede ser americano, estamos muy lejos de las playas del sur —explicó el capitán—. Por aquí solo vuelan los nuestros. Así que ve a la escuela, porque si no…

El dedo apuntado al calabozo funcionó mejor que una varita mágica, vista la instantaneidad con la que el niño desapareció.

Convencido de haber contribuido a combatir el abandono escolar, el capitán regresó a sus quehaceres, dispuesto a zanjar rápido la puesta en marcha de la estación y retomar el caso en el que trabajaba, el más difícil de todos los que había instruido.

VII

Sin saber que el ingobernado avión había recorrido una hondonada entre los montes Nebrodi que le permitió alcanzar el mar Tirreno y estrellarse en él, el niño decidió explorar una de las vertientes que nacían en el elevado pueblo. Su deambular lo condujo a los sembradíos más grandes de trigo, segmentados en infinidad de ineficientes minifundios, cada uno a cargo de una familia campesina que se dejaba la piel en una tierra que nunca llegaría a ser suya.

El curso de una torrentera que aún tenía agua lo acercó al

cobertizo de un campesino. La búsqueda había hecho mella en el niño, y como su estómago se lo reclamaba, pensó en calmarlo con algunas mandarinas del señor Amodio, una de las muchas despensas escondidas en cabañas y graneros de Villamonti y alrededores.

Después de beber de un recodo en el que el hilo de agua se empozaba, se acercó a la pared trasera del cobertizo. Con el sigilo de un gato avanzó en cuclillas entre los arbustos para no dejarse ver ni por el labriego ni su familia. El cobertizo formaba parte de un conjunto integrado por la casa familiar; una amplia área de trabajo; un granero y un pozo de agua, delimitado por un murete circular con el manubrio para extraer líquido cubierto por una lona. Más allá se abría un dorado y ondulante campo de trigo.

Fortunato notó que algo había cambiado desde su última visita, ya que la tabla suelta que él movía para allanar el cobertizo yacía a un lado, arrancada del todo. El niño lo achacó a una tormenta reciente.

«Mejor, así hago menos ruido», pensó mientras sin dificultad atravesaba la abertura.

Su sigilo, propio de los roedores que también tenían en ese cobertizo una fuente de frutas, granos y harina, le permitió extender su incursión hasta casi el frente del recinto, allí donde las puertas dobles estaban abiertas de par en par. Eso también le extrañó. A esa hora el señor Amodio debía estar en el campo, después de recoger las herramientas que guardaba allí.

De pronto algo lo puso en alerta. Era el sonido de un papel al ser rasgado. Quieto como una estatua buscó la fuente. Era un hombre vestido de verde, agazapado tras las cosas viejas y rotas que el señor Amodio tiraba en un rincón. Con gran curiosidad el niño vio como el desconocido dio un bocado a una cosa plana, cuadrada y negra.

Como buen pillo que era Fortunato supo que ese adulto estaba escondido como él, aunque no tan bien oculto porque lo había visto primero.

«Soy el rey de las escondidas», se dijo al tiempo que recordaba que en la escuela nadie lo encontraba. La única que lo descubría era la maestra pero, según él, hacía trampa porque podía leer la mente.

Todo el sigilo puesto en práctica por el chaval se vino al traste cuando entendió lo que el hombre masticaba.

«Chocolate…».

La palabra no surgió de los labios del niño. Tampoco se forjó en su mente. Fue pronunciada por su barriga, cuya pequeñez contrastaba con la magnitud de sus borborigmos, palabra que él nunca recordaba pero su maestra repetía siempre:

«Fortunato, ¿cómo es posible que sigas con los borborigmos si te acabas de comer una naranja?».

Apretarse la pancita no sirvió para acallarlos. Cuando el niño

volvió a mirar hacia el rincón, el soldado lo observaba.

Finalizado un cruce de miradas de varios segundos, ambos comprendieron que estaban en la misma situación, ocultos. Por esa razón el niño se acercó, poco a poco, siempre atento a dónde estaba el agujero en la pared, por si acaso.

El gemido silente del soldado cuando el chico, sin querer, rozó uno de sus pies, dejó claro que estaba herido.

Los ojos abiertos de par en par y cabeza de medio lado del chiquillo bastaron para que el adulto se sintiera interrogado.

El soldado se tocó el sello bordado de su hombro, aquel que mostraba un puño cerrado sobre un paracaídas abierto junto a las palabras *Look out bellow*, el lema del Tricentésimo septuagésimo sexto Batallón de Artillería Aerotransportada.

—«Americano» —dijo sin emitir sonido alguno y con exagerados movimientos de sus labios—, «soy americano» —repitió tocando de nuevo el sello.

—«Chocolate» —El niño movió los labios tal y como había hecho Tony, en silencio.

«Tú no te andas con chiquitas, chiquillo», pensó Tony antes de transformar su ingesta calórica de supervivencia en una merienda en compañía.

Las voces provenientes del camino hicieron que niño y soldado hundieran la cabeza entre los hombros, y con ella el resto de sus cuerpos, encastrados a su vez en su escondite compartido al fondo del cobertizo. Un momento más tarde tres hombres se plantaron frente a las puertas abiertas, a medio camino entre la cabaña y el pozo de agua. Dos de ellos vestían de la misma manera, con pantalón y chaleco oscuro, camisa blanca y boina. Sin corbata ambos y con una escopeta recortada uno de ellos, colgada del hombro, en vertical, con el cañón doble apuntado al cielo despejado y más azul que de costumbre. El más alto también era el de más edad, en sus treinta calculó Tony, con una cara muy afilada coronada con una nariz grande y ganchuda. El más bajo se notaba inquieto y apenas había alcanzado la adultez. Era él el que llevaba el arma. El tercero era un campesino, vestido con desgastadas ropas de trabajo y su delgadez contrastaba con la buena forma de los dos hombres con chaleco y camisa.

Incapaz de caminar sin el bastón de fortuna que había fabricado allí donde había aterrizado, el soldado colocó un índice sobre los labios para que el niño siguiera igual de callado como hasta ese momento. Luego recogió sus piernas para pasar más desapercibido, pero sin doblar del todo la izquierda ya que el tobillo seguía doliéndole horrores.

Camuflado detrás de una red de varas, sierras y escardillas

oxidadas apiladas en un oscuro rincón, niño y paracaidista escuchaban con nitidez la conversación…, pero el adulto no la entendía. Si bien su madre le había hablado en siciliano toda la vida, estaba acostumbrado a su cadencia y tono, suaves y dulces, distinta a la de esos hombres. Lo que sí percibió, gracias a las inflexiones y posturas, que entre el campesino y los otros dos existía un conflicto, un reclamo, un… ¡Un cobro de protección!

De inmediato el guardián de los recuerdos en la mente de Tony se adentró en los tortuosos vericuetos donde, a medida que avanzaba en la adultez, sus memorias eran tapiadas para dejar espacio a vivencias americanas y americanizantes, que más tarde se convertirían en recuerdos bienvenidos y accesibles.

Una vez establecida la conexión, Tony se metió en la piel del agricultor, cuya flacura asustó al paracaidista, en especial al compararla con unos hombres bien alimentados, como todo capataz rural siciliano.

Si bien las extorsiones sufridas por Tony de niño ocurrían más en el marco de una broma de mal gusto que en el de delito, al final siempre debía entregar uno o dos de los bocadillos con los que su madre juntaba algún dinero extra, vendiéndolos, con Tony como buhonero entre los trabajadores del matadero sobre el que vivían en Nueva York.

«A ese le están haciendo lo mismo, cobrándole tarifa». El corazón de Tony latió unas veces con rabia, otras con impotencia y otras con el mismo miedo de tiempos pasados.

El soldado se equivocaba, pero no en el fondo de lo que ocurría. El campesino si recibía amenazas en ese momento, pero no por pago de protección ya que siempre cumplía, sino por tomarse unas atribuciones que solo una persona en la comarca tenía.

Con la mente asaltada por las sangrientas imágenes con las que la prensa neoyorquina -esa de la que él quería formar parte- ilustraba las reyertas de la Mafia sículoamericana, Tony sintió pena por el niño, otro chaval condenado a moverse entre sus redes, como le ocurrió a él en la Nueva York de los años veinte.

—«Márchate». —Los labios del soldado armaron la palabra solo con movimiento—. «Vete de aquí» —agregó con el dedo apuntado hacia la abertura de la pared.

Con la boca, mentón y mejillas llenas de baba achocolatada, el niño le dijo con las manos que viniera con él, a su escondite especial a prueba de maestras.

—«No puedo caminar». —El soldado se tocó el tobillo y señaló el palo-muleta con el que había llegado hasta allí—. «Vamos, vete, peligro. Hombres malos allí afuera».

Tras asentir y tenderle lo que quedaba de la barra -que Tony no

aceptó- Fortunato se desvaneció en el más absoluto silencio.

Afuera, la conversación siguió entorchándose sobre sí misma, tensándose y acalorándose con el discurrir de las palabras y ante la presencia de la esposa del labriego. Junto a ella estaba una de sus hijas, la adolescente. Ambas observando desde la distancia, muy preocupadas y de pie ante la humilde casa de la granja.

—¿Nos tomas por idiotas, Vincenzo? —preguntó el mafioso veterano de cara y nariz afiladas, quien llevaba la voz cantante—. Ya sabes que el único que muele grano en Villamonti es Don Petru. Los labriegos como tú siembran, cuidan, recolectan y entregan la cosecha. El patrón se encarga de todo lo demás.

Su compañero, cuya bisoñez en el arte del amedrentamiento le impedía conservar la calma, habló y lo empujó, ambas cosas al mismo tiempo.

—¡Dilo de una vez! ¿Dónde tienes el molino?

El campesino cayó de espaldas, muy débil y muy mayor para librar cualquier batalla, fuera contra esos dos o contra los casi doscientos mil soldados que invadían, lejos, por el sur.

Colocada su puntiaguda nariz a un par de centímetros de la del aprendiz, el enviado de Don Petru habló:

—¿Te dije que hicieras eso?

—Es que no entiendo… —susurró, si ya estamos seguros de que este desgraciado muele grano con un molino casero, ¿por qué preguntamos?, ¿a qué esperamos? —La voz sonó tensa, como su cuerpo—. Hay que castigarlo y basta.

Sin alzar la voz, el maestro zanjó la cuestión.

—Castigar sin antes doblegar no sirve. No lo repetiré más. Además aún no sabemos dónde tiene el artefacto.

Terminada la lección el hombre se giró y clavó los ojos en el campesino. Después de sentir que tocaba su espíritu, movió la mirada, poco a poco, hasta posarla en su mujer y su joven hija.

Con el alma invadida de aterradoras imágenes premonitorias, el campesino señaló el pozo de agua y dijo:

—Está allí, el molino está allí.

El brazo extendido arrastró todas las miradas hacia el sólido y circular muro. Las de los dos mafiosos estaban acompañadas de medias y burlonas sonrisas; la de la hija estaba nublada por el llanto; la de la esposa no tenía lágrimas, mantenidas a raya por la resignación. Otra mirada, furtiva y confusa, provino del cobertizo.

—Enséñanos —ordenó el mafioso.

Sin recibir ayuda alguna el campesino se levantó con dificultad. Cada paso dado le recordó el proceso con el que llegó a tener su propio molino. En primer lugar la conversación con su amigo Gino, el carpintero; el momento en el que venció la resistencia de su esposa,

asustada por lo que pudiera pasar y, semanas después, el resultado de la primera molienda.

Cuando el campesino llegó al pozo tenía en mente la gran alegría que su familia sintió al hornear la primera hogaza amasada con harina de su molienda. El pan tenía la costra crujiente y un exquisito aroma a emancipación.

Una vez la raída lona cayó a tierra, en vez de dejar a la vista la usual noria con cuerda y cubo, lo que vieron los enviados de Don Petru fue una pequeña, redonda y antigua muela de molino, erecta, apoyada sobre el murete circular. Lo que no era antiguo era el ingenioso bastidor de madera incrustado en el interior del pozo y que servía como punto de apoyo y giro del eje que atravesaba el centro de la piedra, eje que, cual rayo de bicicleta, se prolongaba hacia afuera para ser empujado por una persona o atado a una bestia.

—Vaya, vaya, así que debajo de la lona no había un cubo… —El aprendiz puso sus manos en el eje y dio una vuelta entera, asombrándose por lo bien que funcionaba el artilugio.

—¿Quién fabricó esto? —preguntó el veterano al tiempo que arrancaba de un tocón la pequeña hacha de mano con la que Vincenzo cortaba leña.

—Lo hice yo. —El interrogado decidió que asumiría la totalidad del castigo.

—Vincenzo coge esto, parte el eje y lanza la piedra al fondo del pozo. —El mafioso veterano apoyó el hacha sobre el murete—. Don Petru quiere que hoy se quiebre algo, mejor que sea este trasto que uno de tus brazos.

Decepcionado y ansioso, el aprendiz se asomó al gran agujero. Luego abrió su navaja y posó la punta en un muy trabajado entramado de apretada soga, en el punto central del bastidor.

—Déjame cortar aquí, creo que caerá todo dentro.

El cálculo del mafiosillo era correcto. Para Vincenzo la caída de la muela, los palos y las cuerdas al profundo agujero sería como si él mismo arrojara a su familia al pozo, el derrumbe de sus esperanzas. Eso lo enfureció.

—Cabrones —masculló.

Mirándose uno al otro sin dar crédito a lo que habían escuchado, el jefe puso su rostro al lado de la mejilla del campesino y preguntó:

—¿Qué dijiste, Vincenzo?

—Lo que oísteis —contestó, ahora con más decisión—. No tenéis derecho. Y tampoco Don Petru. Yo solo muelo grano que sale de mi parte de la cosecha.

Aunque cierto, los arrendatarios de tierras de Villamonti jamás habían dispuesto de sus granos en bruto. Siempre los habían recibido en forma de harina procesada en los molinos secretos del caporal.

—Nos llamó cabrones —apuntó el mafiosillo.

Sin atender a lo que decía su ayudante, el mafioso decidió dar una oportunidad.

—Vincenzo, coge el hacha y rompe tu molino.

Ver a su marido alzar la barbilla y abandonar su perenne encorvamiento dio muy mala espina a la esposa. Vincenzo solo adoptaba esa actitud en las discretas asambleas a las que asistía con Gino, su revolucionario amigo carpintero. Pero nunca había levantado la cabeza en presencia de extraños y menos ante los capataces rurales de Don Petru.

—Hija, corre al pueblo y trae gente, ¡rápido!

—¿A quién traigo, madre? ¿Al señor Pandolfino? —preguntó la moza aún acostumbrada a la única figura con cierta autoridad presente desde siempre.

—Pandolfino ni sirve ni vendrá. —La madre descartó al Jefe Comarcal, inútil en cualquier conflicto—. Corre y trae a…

La esposa de Vincenzo Amodio, entendió con total amargura que nadie acudiría de saber qué acaecía en realidad. Tampoco había interiorizado que Villamonti contaba, desde hacía casi un par de meses, con cada vez más presencia policial que esa precisa mañana se había vuelto permanente, la primera estación de carabineros en el pueblo desde hacía un par de generaciones. De ahí el motivo por el que decidiera recurrir a una mentira.

—Ve y avisa en el pueblo que se nos quema el cobertizo, ¡vamos!

Ver a su hija salir a la carrera más el implorante gesto de su mujer pidiéndole que agachara la cabeza y destruyera el molino fue el giro de clavija que tensó la aletargada confianza en sí mismo de Vincenzo, abonada de antemano por las incendiarias consignas de su amigo Gino.

—¡No! —Vincenzo aferró el hacha— ¡No! —repitió al levantarla, dispuesto a girarse y lanzarla de vuelta contra el tocón, gracia circense con la que divertía a su familia.

Pero al mafiosillo el movimiento le pareció de todos menos divertido. Un aspaviento la mar de peligroso.

De ahí su reacción. Rápida. Instintiva. Irracional. Una estocada perfecta, hecha con navaja en lugar de espada y directa al corazón.

La cabeza de Vincenzo y la cabeza del hacha tocaron tierra al mismo tiempo, sincronizados con el desgarrador grito de su mujer, que corrió a socorrerlo.

El grito tardó un segundo en alcanzar a la chica que al ver lo que sucedió desde lo alto del serpenteante camino, supo qué había ocurrido. A partir de ese momento corrió aún más rápido colina arriba. Su llanto fue escuchado por el niño que muy cerca de allí, caminaba rumbo al pueblo por uno de los muchos atajos que conocía.

VIII

Al ser Villamonti un pueblo fundado sobre la cresta que unía tres promontorios, solo había podido crecer hacia abajo. El paso de los siglos tapizó las dos laderas con un mosaico de casas hechas de la misma piedra de las calzadas. El tupido, abarrotado y agobiante tejido urbano solo se abría en su diáfana plaza central, llamada plaza Cavour y la menos estrecha calle principal de la cima, la vía Garibaldi.

Alcanzado el pueblo por su linde inferior, la niña subió serpenteantes callejuelas y escaleras. Su hondo pesar y desconcierto brotaban de ella como un ronco ulular que penetraba puertas y ventanas, todas abiertas a esa hora de la mañana.

El poder de atracción de la desgracia ajena, tan fuerte como aquel que impelía a las polillas a acercarse a una bombilla, se encargó de que a la muchacha se le uniera un séquito, compañía que crecía con cada quiebre del ascendente camino.

Palabras como «padre está muerto» o «lo mataron» sirvieron para que el séquito compuesto de mujeres y viejos armara conjeturas y se sintiera reflejado. Si bien todos acataban el statu quo vigente en Villamonti desde que tenían memoria, las eventuales muertes que ese mismo orden imponía siempre los impactaba y los hacía comentar en susurros, temerosos de alzar la voz so pena de atraer la atención sobre ellos mismos.

De todas esas voces ninguna se dirigía a la muchacha. Nadie le hablaba, nadie le preguntaba, nadie la tocaba. Una vez la hija de Amodio, seguida por su estela de parroquianos, subió los escalones de una estrecha vereda, se topó con una joven mujer que llevaba un cesto cargado con atados de ropa lavada y planchada.

Al ver el desespero reflejado en el rostro de la que subía, la lavandera dejó la cesta en el suelo, tendió sus brazos hacia la infortunada y preguntó:

—¿Qué pasó, niña?

—Lo mataron. Padre está muerto. El cobertizo se quema… —La chica aceptó el abrazo al tiempo que mezclaba lo que había visto con el recado que debía dar.

La lavandera arrimó con el pie la cesta a un rincón, rodeó la cintura de la muchacha y la acompañó cuesta arriba.

La buena samaritana que ofreció un hombro sobre el cual apoyarse era Rosalía Rizzo, conocida por todos como Lía la lavandera. Para ella abrazar a la muchacha era como abrazarse a sí misma. La lavandera intuyó que la desgracia había visitado a la chica, tal y como tantas veces se había ensañado con ella, con su madre y con Fortunato, muy pequeño todavía para aceptar su negro destino. Aún así Lía mantenía vivo algún rescoldo de esperanza, manifestado en su

reticencia a vestir de negro como todas las mujeres que iban detrás de ellas, con faldas muy largas, hasta los tobillos; camisas de mangas largas abotonadas hasta el cuello; delantal; sayo y pañuelo sobre la cabeza. Todos en tonos pardos oscuros o negros, excepción hecha para las camisas, que eran o blancas o negras.

Lía aún no había llegado a eso. Sus veinte años y sus cada vez más tenues rescoldos de juventud se manifestaban en camisas claras de discretos estampados, ausencia de sayo y pañuelo y libertad para los últimos ojales de su camisa, que dejaban dar un atisbo de una magnífica figura escondida entre tanta tela.

Al acercarse a una de las casas altas, llamadas así por estar en la cima, cerca de la plaza o de la avenida, un estruendo detuvo a la comitiva. El alboroto lo causó Gino, el carpintero, cuando dejó caer el cajón de madera con asa en la que llevaba sus herramientas.

La pregunta, idéntica a la formulada por Lía poco antes, obtuvo la misma respuesta, aunque no la misma reacción ya que Gino pronto supuso qué había pasado.

«Nunca debí ayudar a Vincenzo a montar ese molino, maldita sea», se dijo a sí mismo cuando el grupo alcanzó la plaza, cerca del Palacio Comarcal, desparramándose frente a su lado izquierdo, ese que exhibía un letrero que nadie había visto hasta ese momento.

Sacados de la estación por el retumbar de las voces, la presencia de los cinco carabineros barrió todo sonido y toda expresión. Bocas y rostros regresaron a su perpetuo estado de clausura.

Hasta la chica callaba. Y sus lágrimas también que caían silentes en su raído delantal.

El perfecto semicírculo de lugareños abarcaba el frente de la estación, encarados contra otra línea, corta, recta, de los cinco carabineros, militares con atribuciones policiales alineados por jerarquía. El capitán, el más alto del grupo y del pueblo.El brigada, el suboficial segundo al mando, poseedor de una voluminosa panza. Luego el cabo, muy viejo para tan baja jerarquía, pero mejor clasificado que su compañero situado a su izquierda, igual de mayor pero soldado raso. Por último el novato, moreno y con la piel tan curtida como los dos veteranos y su brigada, pieles más oscuras que la de su capitán, blanca, coronada con un pelo claro y unos ojos azul vibrante, gran incongruencia para alguien que decía ser siciliano.

Obtenido el permiso para actuar gracias a un gesto de su capitán, el brigada se adelantó y preguntó:

—¿Qué está pasando aquí?

Nadie dijo nada. Bocas y rostros se mantuvieron herméticos al tiempo que las lágrimas de la chica empapaban el delantal.

«Aquí estamos de nuevo», pensó el capitán con esa conocida sensación de sentirse como un salmón que remontaba un río,

impresión que siempre tenía cuando buscaba información entre el populacho. Al descubrir que Villamonti existía y que tampoco era una mísera aldea como reflejaban los pocos registros oficiales en los que se mencionaba al pueblo, las cada vez más frecuentes visitas del policía -con sus respectivas conversaciones con personas tales como la maestra, el cura o el jefe comarcal-, le dieron datos suficientes para entender el rompecabezas económico y social que él conocía bien y que tan común era en los pueblos en los que había servido.

Servido y luchado.

Dando el relevo a su segundo, el capitán Taibi se acercó a la chica en pena.

—Dime, ¿qué sucede? —preguntó con tacto.

—Mi padre… Mi padre…

—¡Su padre fue asesinado! —se oyó decir a una voz potente y rabiosa.

—¿Quién dijo eso? —preguntó el brigada al tiempo que dos viejos sacaban fuerzas de flaqueza para sujetar con la mayor de las discreciones a Gino, el carpintero, quitándole la piedra que habría arrojado de no habérselo impedido.

La mención de un delito capital fue el equivalente policial a meter un palo en un avispero. Un par de minutos después los carabineros se habían armado y distribuido. Pizzuto y Mazzola quedaron a cargo de la estación. Taibi, el brigada Spadaro y el novato Parisi abordaron el coche y emprendieron viaje a la granja siguiendo las indicaciones dadas por la lavandera, no por la afligida adolescente. Una ruta que obligaba a los policías a tomar la carretera de salida del pueblo, bajar un buen trecho, desviarse en una rústica senda más apta para mulas que para coches y volver a subir la ladera. La ventaja de ir en coche no significó que llegaran antes que la chica, la lavandera, Gino y demás lugareños que recorrieron a pie la empinada línea recta que unía la plaza Cavour con la granja.

Sumido en sus pensamientos en el asiento del copiloto, el capitán Settimo Diotisalvi Taibi se debatía entre la pena y la alegría. La tristeza surgía del recuerdo del asesinato de su padre, ocurrido ante sus propios ojos siendo él un adolescente como la hija del campesino. Por otro lado el optimismo que lo invadía brotaba de su experiencia en el combate a la Mafia, ya que hechos trágicos como un asesinato solían abrir resquicios en el férreo código de silencio que atenazaba a todos los sicilianos. Código impuesto por aquellos que habían sustituido al Estado, allí, en sitios como ese, Villamonti, refugio y feudo de Pietro Costa, a quién todos reverenciaban y al que llamaban, fuera por obligación o por pavor, Don Petru.

IX

El manual que el ejército le había dado no contemplaba situaciones tipo ratón enjaulado como en la que estaba. Agazapado en el fondo del cobertizo el teniente resistió la tentación de hojear la «Guía del soldado en Sicilia» que mantenía doblada en uno de los bolsillos de su guerrera. Fue en ese pequeño libro donde leyó eso de «…se espera gran colaboración de la población civil, en general pacífica y amigable». Si de él dependiera reescribiría ese párrafo y colocaría «…se espera gran colaboración de la población civil, siempre que no sean un par de malnacidos mafiosos del tres al cuarto».

Otro cambio que haría sería dotar de fusiles a los oficiales. Con la pistola que tenía al cinto jamás podría cargarse a los dos mafiosos porque estaban a mucha distancia de su escondrijo y muy cerca de la mujer que se deshacía en lágrimas. Lo único que le importaba a los dos malvivientes era destruir el artilugio, tarea nada fácil porque parecía haber sido hecho para durar siglos.

Una colorida blasfemia sacó a Tony de su carrusel de rabia, frustración y tristeza. Los desesperados y muy mal dados hachazos del mafiosillo sobre el duro eje de la muela trajeron como resultado que, una vez roto el grueso palo, la piedra cayera del lado externo del murete y no hacia el profundo y oscuro interior del pozo.

—¡Me cago en Dios! ¡Eres un maldito inútil! —le espetó el otro, con el rostro colorado y aún más ofídico que de costumbre—. Don Petru fue muy claro, la muela tiene que desaparecer.

El jefe se quitó la boina. Mientras la sujetaba, con la otra mano se rascó la cabeza como siempre hacía cuando pensaba. Pero la solución no llegó al ser ahuyentada por un murmullo creciente llegado de lo alto de la colina.

—Lo que nos faltaba, testigos.

—Nadie dirá ni pío —afirmó el ayudante.

—Siempre es mejor que sepan dos a que sepan muchos… Mejor nos largamos, ya vendremos después a por el pedrolo.

—¿Y la viuda? —el mafiosillo señaló con el hacha a la mujer.

Sin mediar palabra el jefe le arrancó el arma al joven y se acuclilló frente a la mujer que, cabizbaja y bañada en lágrimas, sostenía al marido en su regazo. Tras colocar el contrafilo del hacha bajo su mentón, la obligó a alzar la cabeza y mirarlo.

—Tu hija tiene tus mismos ojos. También la misma boca, que es más bonita cuando está cerrada.

Más allá del runruneo de voces que descendía por la falda de la montaña, los malvivientes escucharon otro ruido.

—¿Qué diablos es eso? —dijo el mafioso.

—Parece un coche —respondió el joven.

—Un coche… —El jefe pasó lista mental del puñado de vehículos que había en Villamonti, todos detenidos por las restricciones

impuestas por la guerra—. ¡Los carabineros!

La súbita carrera campo abajo de los dos hampones llenó de curiosidad a Tony. La respuesta llegó cuando las voces de los lugareños que acompañaban a la hija del finado se hicieron claras y nítidas a medida que formaban un círculo alrededor del pozo, concéntrico al del murete. Dentro quedó un ya pálido Vincenzo en brazos de su esposa, representación casi exacta de la Piedad de Miguel Ángel, pero con la diferencia de tener a su hija arrodillada a su lado. Los murmullos, rezos y peticiones a los santos a favor del muerto enmascararon el tenue sonido hecho por Fortunato al acuclillarse al lado del soldado.

—¡Psss!

—Joder, chaval —susurró Tony—. Qué susto me has dado.

—«Ven, vámonos» —dijo el niño en el habla silenciosa de antes, con el dedito apuntando primero a las personas y luego al agujero en la pared.

—«¿Quieres que aproveche el momento? Chico listo» —dijo Tony —. «Pero recuerda que tengo el pie malo».

—Policías —esta vez el niño susurró.

—¿Viene la policía?

—Policías soldados —aclaró el rapaz cuyo vocabulario se negaba a retener la palabra carabineros.

—¡Que me aspen! —dijo Tony y echó mano de su palo-muleta.

Con un escenario del crimen tan definido, los carabineros no recorrieron el entorno, limitándose a descender del coche y mirar el círculo de espaldas, casi todas muy arqueadas, salvo la de alguna mujer que todavía mantenía cierta verticalidad, como Rosalía.

Una vez se abrió paso entre un hombre y una mujer de manos y rostros cuarteados como tierra seca, el capitán Settimo Taibi se acuclilló ante la viuda y la huérfana de padre, viéndolas no a ellas, sino a sí mismo, tan joven como la chica, y a una madre, su madre, con su marido en brazos, atropellado en Palermo a finales de los años veinte con el único propósito de hacer saber a Cesare Mori que la Mafia siempre contraatacaba. Su padre, al ser colaborador del Prefecto de Hierro, había tenido la desdicha de ser el centro del mensaje.

—Lamento lo de su marido, señora. ¿Puede decirme qué pasó?

La viuda cambió su llanto por sollozo, sin pronunciar palabra.

—Eh… Yo… —dijo la joven, balbuceante e indecisa hasta que una dura mirada materna la silenció.

El capitán de carabineros suspiró. Ni siquiera con la sangre aún manando de un cadáver los deudos se manifestaban.

De nuevo en pie, el capitán Taibi reparó en una extraña piedra redonda que parecía recién arrancada de su bastidor. Luego recorrió la muralla circular de personas allí presentes para mirarlas una a una. Su

intención no era preguntarles qué sabían, el carabinero era consciente de que nunca le dirían nada. La idea era hacerles sentir que él estaba allí; que el Real Cuerpo de Carabineros estaba allí; que el Estado italiano estaba allí y que la ley, la verdadera ley, había llegado a Villamonti para quedarse y aplicarse.

X

El borrador arrasaba todo a su paso. Su tupido manto de fieltro atrapaba, por un lado, las partículas de tiza al tiempo que, por el otro, dejaba una estela de negritud. Su acción continua dejaba cada vez más espacio libre para la siguiente lección. Las únicas letras y números que quedaron intactos, arriba del todo, fueron «Miércoles, 14 de julio de 1943».

A Alessandra Rinaldi, la maestra de la escuela de Villamonti, le parecía mentira haber cubierto dos de los tres temas del día. Al principio lo había atribuido a la conmoción por la suerte de Vincenzo Amodio, trastorno transmitido a los niños, supieran o no los detalles.

Al borrar el último nombre de la lista de los ríos de Sicilia, el Troina, la maestra entendió la razón de tanta tranquilidad en clase… Fortunato había estado sin decir ni mu toda la mañana, ni siquiera cuando incluyó al río de la comarca, el Troina, tan local que no aparecía en los textos pero que el niño consideraba su feudo, sobre todo desde que llevaba las cabras de su hermana a pastorear en sus laberínticas riberas. Hacía poco que era pastor solitario, un pastorcito de nueve años, un ascenso que le ponía un pie fuera de la escuela, un muy próximo abandono contra el que la maestra estaba luchando con uñas y dientes.

Entre sus tácticas para retener a cuantos más niños pudiera en su red de educación y enseñanza de valores estaba el siguiente punto en la agenda del día, la merienda. Las viandas las costeaba unas veces con su propio dinero y otras pidiendo donaciones en el pueblo, tarea nada fácil porque a quienes pedía colaboración casi no tenían qué compartir. La gran ventaja de ese proceder era que así evitaba pedir limosna al más rico del pueblo, Don Petru, alguien muy dado a brindar favores siempre que quedaran en deuda con él.

Ese día repartiría, trocito a trocito y gajo a gajo, unas rosquillas y unas naranjas, compradas por ella. Lo haría como siempre, poco a poco, de pupitre en pupitre contando una fábula con moraleja. Esas lecciones extracurriculares no aparecían, ni por asomo, en el plan de estudio fascista. Pero a ella le daba igual, porque siempre distorsionaba tanto el pensum que si algún día Mussolini se enteraba de lo que hacía, él mismo la colgaría de su querido balcón del Palacio Venecia, en Roma.

La buena racha del día llegó a su fin al abrir el cajón inferior de

su escritorio.

Estaba vacío.

El enfado de la maestra Rinaldi no guardó proporción alguna con lo menudo que era su cuerpo. De altura equivalente a las sicilianas ancianas dobladas por el peso de los años, todos los que la conocían la veían como a una gigante, obnubilados por su estatura moral e intelectual, forjada en la comunidad italiana de Alejandría de Egipto, donde nació y pasó su adolescencia; en Turín, donde se educó y entró al servicio público; y en Sicilia, el lugar más al sur que encontró cuando no pudo continuar en los colegios italianos de su querido Egipto, ahora territorio enemigo.

Los niños intuyeron que algo malo había pasado al ver que su maestra resoplaba al tiempo que con el índice enganchaba sus grandes gafas, bajándolas hasta la punta de la nariz. De inmediato todos hurgaron en sus recuerdos cercanos para ver si eran ellos los causantes del enfado, acto innecesario porque el responsable ya trataba de empequeñecerse. Pero por más que lo intentó, su cabeza no se metió entre sus huesudas clavículas.

Cuando los ojos de Alessandra Rinaldi fijaron los de Fortunato Rizzo, dijeron lo siguiente:

«Esta vez has ido demasiado lejos. Sé que siempre pillas algo, por eso pongo ese trocito suelto de pan o esa galletita extra, encima de la comida. Pero cogerlo todo… ¡Ven conmigo fuera del aula ahora mismo!».

Aunque enviado sin palabras, el niño captó el mensaje, incluido lo de salir del aula, orden que cumplió tieso como un palo, con los brazos estirados y en vertical y la cabeza siempre hundida entre los hombros.

Mientras en el pasillo daba inicio el interrogatorio, en el atrio de la escuela resonaron los pasos del capitán Taibi, ecos que no sacaron a la maestra de su equilibrado esfuerzo para evitar que su recriminación adquiriera visos de rapapolvo. Alessandra era consciente de que sobre cada niño del rural siciliano pendía una espada de Damocles porque casi todos, más pronto que tarde, se veían obligados a dejar la escuela por el trabajo. La maestra sabía que cuando esa espada caía, rompía para siempre el lazo que unía a esos chicos con ella, con la escuela y con un futuro distinto y mejor.

—Sé que escondes algo, Fortunato. Te has portado muy bien toda la mañana.

El acorralado escolar suspiró cuando alguien habló a sus espaldas, dándole más tiempo para armar una mentira creíble.

—Es la primera vez que asisto a un proceso judicial en el que al imputado se le acusa de buena conducta.

—Capitán Taibi. —La mujer sintió la tentación de usar al recién

llegado como hombre del saco, para amedrentar. Tras desechar la idea agregó: —Vete Fortunato, ya seguiremos después.

La interrupción fue muy bien recibida por la maestra Rinaldi. La aparición del carabinero el pasado invierno había sido como si un rayo de luz se hubiera abierto paso hasta Villamonti, pueblo sumido en las tinieblas a pesar de estar emplazado en la cima de una montaña y bañado por un sol que alumbraba campanarios, casas y campos pero que jamás lograba iluminar las almas de sus habitantes.

Pero ese hombre era distinto. Con él se podía conversar, debatir y hasta disentir, porque era agudo e inteligente. También era extraordinariamente guapo. Para ella era como estar ante el David de Miguel Ángel, pero con uniforme de carabinero.

Apartada la comparación que le venía a la cabeza cada vez que se topaba con el apuesto carabinero, la maestra se ajustó la ancha cinta sobre su pelo, y preguntó:

—¿Qué lo trae por aquí, capitán?

—Investigo sobre la familia Amodio. ¿Sus hijos pasaron por aquí? ¿Alguno sigue viniendo a clases?

—Pasar, pasaron. E irse, se fueron. Bastante pronto, por lo que vi en los registros. Yo solo atendí a la menor, un año, la que presenció el asesinato… ¿Le dijo quién lo hizo?

—Su declaración es todo lo vaga que cabe esperar; igual a la de su madre; lo encontraron muerto y punto.

—Esa señora tiene muchos hijos y por ende, mucho que perder.

—Todos tienen mucho que perder y al final, aunque guarden silencio, siempre terminan perdiéndolo —masculló el policía al tiempo que aplastaba una araña anidada en un desconchado de la pared, bajo el retrato del Rey de Italia.

—No debería sorprenderle, usted mismo me había dicho que siempre ha luchado por abrir el cepo que atenaza los labios de estas personas.

No era la primera vez que alguien no siciliano, al hablar con el capitán Taibi, lo trataba como si él no fuera de la isla. Los mismos isleños también lo hacían. Algunos se guiaban por su físico, tan alejado del arquetipo del hombre siciliano. Pero otros, como la maestra Rinaldi, lo hacían por su modo de pensar y forma de actuar, tan correcto, tan apegado a las reglas.

Era ese apego a las normas el que le complicaba tanto su vida como agente de la ley ya que su indetenible persecución de mafiosos la llevaba a cabo sin atajos y sin arbitrariedades. Él prefería recolectar pruebas y armar acusaciones irrefutables, rechazando el estilo de su padre y el jefe de su padre, Cesare Mori, que mandaba a la cárcel a los bandidos y a los mafiosos nada más atraparlos. Sus sumarísimos juicios eran simples pantomimas legales.

—Tiene razón, señora Rinaldi. —El policía miró hacia la puerta al captar algo con el rabillo del ojo—. Por cierto, como yo no cumplo código de silencio alguno, le diré que acabo de ver pasar a su imputado, fardo en mano y en sospechosa actitud de fuga.

XI

Lo que vio Alessandra Rinaldi al irrumpir en el austero y diminuto refugio la llenó de alivio. Aunque ese alivio llegó después del susto de su vida, al ver la negra boca de una enorme pistola apuntada hacia ella.

—¡Mi maestra! ¡Es mi maestra! —había gritado Fortunato con la boca llena de parte de los víveres que le había traído al soldado americano.

Tony bajó el arma con la que había apuntado a una señora baja, seria, entrada en años y con aires de autoridad magnificados por sus negras gafas de pasta.

—¿No dijiste que habías tenido la boca callada, niño? ¿Quién más lo sabe? —Tony miró a la recién llegada—. Perdón señora.

Guardándose para sí que había temido que su alumno hubiera sido reclutado como recadero de los secuaces de Don Petru, Alessandra cruzó el agujero que hacía de entrada al cabrerizo, puesto allí dos mil quinientos años atrás. El rústico refugio para cabras y pastores había caído en el olvido y había sido reconstruido infinidad de veces.

Aunque la cinta con la que siempre mantenía quieto su pelo rozaba la loza que hacía de techo, el metro y medio bajo ellas dejaba espacio suficiente para que la maestra se mantuviera erguida. Lo mismo Fortunato, al que todavía le quedaba un buen trecho sobre su cabeza. El que no habría podido ponerse en pie era Tony, situación captada en el acto por la mujer al ver cómo el soldado protegía uno de sus pies y, también, por el tosco bastón que tenía a su lado.

—¿Caminó con el pie lastimado desde Gela? Mucha prisa tiene usted por conquistar Sicilia, joven.

El exquisito inglés con acento británico del que Alessandra hacía gala desde niña dejó atónito al soldado, sobre todo por oírlo en un lugar tan rústico y apartado.

—No tiene que hablar así, Mae, es un compadre, sabe hablar como nosotros.

Ahora la que estaba atónita era Alessandra después del aviso de que el americano era capaz de hablar siciliano, el habla de esa tierra, una lengua tan denostada como la isla que la gestó y de la que ella, erudita empedernida, se había enamorado desde su llegada.

—¿Es eso cierto? ¿Cuál es su nombre? —dijo la mujer en siciliano.

—Lo hablo, sí, aunque lo tengo oxidado —Tony contestó despacio, con un acento raro a oídos de la maestra y el niño—. También hablo italiano. Y ya puestos, también domino la lengua del bajo Manhattan. Eso es casi otro idioma.

—Tonino, se llama Tonino —informó el niño.

—No chaval, ya te dije. Tony, solo Tony.

—Tony es diminutivo de Anthony, o sea Antonio, con diminutivo Antonino o Tonino. Tony y Tonino son equivalentes.

La indiferencia con la que fue recibida su explicación fue rota cuando el cabrito del rebaño entró a husmear.

—¡Beee!

Mientras el diminuto pastor salía a meter en cintura a su rebaño de cuatro cabras adultas más el curioso cabrito, dentro comenzó un enérgico intercambio de información.

El primer tema giró en torno al lugar en el que estaban y que solo quedó aclarado cuando Rinaldi, como maestra que era, transformó el arenoso suelo en un encerado y su índice en una tiza. Poco después un detallado mapa de Sicilia tomó forma, incluyendo la flecha del norte y las dimensiones generales, colocadas en millas y no en kilómetros para que el soldado entendiera mejor. Terminado el dibujo, Alessandra dijo:

—Usted no perdió la consciencia a bordo de ese avión solo un par de minutos. Su desmayo fue largo. El avión atravesó la isla de sur a norte, bueno, con una ligera inclinación hacia el este. Nosotros estamos aquí. —La maestra colocó su índice a la izquierda del círculo que representaba al volcán Etna—. Estamos más cerca del mar Tirreno que del Canal de Sicilia, en tierras de Villamonti. Este es el valle del río Troina, tributario del Simeto, que desemboca al sur de Catania.

Una vez Tony se convenció de lo mucho que se había adentrado en territorio enemigo, comenzó a esbozar un plan para regresar a sus filas. Cuando Rinaldi notó que el dolor del pie, la falta de sueño y el estrés nublaban el entendimiento del soldado, optó por ofrecerle una alternativa que no implicara su captura y posible muerte.

—Oiga Tony, atravesar Sicilia cojeando y vestido de paracaidista enemigo será difícil. La radio dice que la isla está llena de tropas italianas y alemanas y los suyos solo han conquistado una estrecha franja de costa al sur. ¿Por qué no hace antes una parada en mi casa? Le curaré el pie y daré ropa y comida… Ahí verá qué hacer después.

Tony no necesitó otros argumentos y aceptó la oferta. Acto seguido la maestra sentó al adulto y al niño ante sí y comenzó a mandar, cual diminuta y femenina versión del general Patton. El plan se basaba en hacer entrar a Tony en Villamonti, durante la más muerta de las horas de la noche, haciéndolo lucir como el sereno del pueblo, el renqueante viejo que a veces salía y a veces no, anacrónica

figura de otros tiempos y que le daba derecho a recoger unas monedas en el Palacio Comarcal. Garantizar que esa noche no saliera sería responsabilidad de una botella de licor de limón que Rinaldi reservaba para una ocasión especial.

—Fortunato, regresa las cabras a tu casa y luego ve a la mía. Te daré una capa para este señor.

—¿Fortunato? —El soldado miró al niño—. ¿No se llama Cumerdia?

—Todos lo llaman así, pero yo no. Jamás uso apodos.

—Mi hermana me dice Fortunato cuando se enoja. —El niño carraspeó y puso la voz ronca—. Fortunato Rizzo, te vas a enterar…

La maestra dio dos palmadas para centrar la atención tanto del grande como del chico.

—Repito, lleva las cabras al corral de tu casa, Fortunato. Después vas a la mía. Allí te daré una capa para el señor Tony.

—Sí Mae.

Rinaldi no corrigió al niño como hacía en clase para que dijera maestra en lugar de mae. Su pertenencia al grupo clandestino que acababa de fundar le daba ciertas prerrogativas.

—Ahora el juramento. Necesito un crucifijo. —Ella nunca había tenido ninguno—. ¿Tiene usted uno en esa cadena?

—No señora, solo mis chapas de identificación militar. Pero tengo una estampa que me dio mi madre antes de embarcarme a Europa.

Un colorido rectángulo de cartón pasó de un bolsillo de la guerrera a la mano de Alessandra.

—¡Ah! Santa Bárbara, patrona de la artillería. Muy acertado de su parte.

La mujer intercambió una mirada cómplice con el hombre y adoptó una pose majestuosa. Luego blandió la estampa, asegurándose de que los ojos de la virgen miraran a Fortunato.

—Ahora hagamos un pacto de silencio: juro que no diré que este señor es un soldado americano.

—Lo juro —dijo Tony.

—Lo juro —dijo Alessandra.

—Lo juro —dijo Fortunato.

—¡Beee! —dijo el cabrito asomado a la entrada, testigo del solemne momento.

XII

El repetitivo sonar de un claxon lejano, ametrallante y terco, penetró la espesura del agotamiento que atenazaba a Tony y lo arrancó de las garras de un sueño poblado de pesadillas.

—¿Qué diablos?

Tony se escuchó a sí mismo como si no estuviera en su cuerpo.

Tenía la boca pastosa y los sentidos embotados, como si hubiera estado toda la noche de juerga en el Café Society de Greenwich Village. Pero no, no estaba en Nueva York, ni en el piso de sus padres, ni en su habitación. Tampoco el ruido que lo despertó era como el que hacían los autobuses de la gran ciudad. La otra diferencia la sintió en su pie izquierdo. Al mirarlo lo encontró rodeado por una gasa empapada en algo que olía fatal.

«Es una cataplasma beduina», recordó haberle oído decir a alguien. «Con los camellos hace milagros».

Cuando al fin sus neuronas lograron estructurar un pensamiento completo, Tony dilucidó dónde estaba. Pero…, ¿cómo había ido a parar allí? Una vez el redactor del periódico de su universidad le había dicho que los accidentes ocurrían por una concatenación de pequeñas desventuras de las que, si solo una de ellas no ocurría, el barco no naufragaba, el avión no caía o el tren no descarrilaba. «O yo no estaba aquí, acostado y cojo, escondido en este pueblo de mierda», se dijo a sí mismo. Abofeteado por la realidad, Tony se despertó del todo y trató de incorporarse.

Acodado en una antigua cama de hierro Tony sacudió la cabeza para reordenar lo que sabía. Estaba en una habitación interior de una pequeña casa a dos plantas. Un aún inconexo recuerdo le dijo que el alcalde o alguien parecido se la había asignado a la mujer que le dio refugio por ser la maestra de la escuela local. Por lo visto la señora llevaba varios años allí a juzgar por los muchos libros y utensilios. Más allá de la puerta entreabierta se veía una estancia amplia, la más usada de la casa y que hacía las veces de salón por tener un sofá, una mesa con sillas, una cocina con su hornillo, estantes y una alacena. Todo rústico y funcional, con los tarros y cacharros no muy ordenados pero sí limpios. Tony supuso que la señora había dormido en la planta superior.

Decidido a tomar control de la situación, el soldado bajó con cuidado los pies de la cama y se preparó a probar suerte pero sin soltar la mano aferrada al cabecero, por si acaso.

—Si se va a poner en pie, use esa muleta, a Fortunato y a mí nos costó mucho traerla disimulándola con una escalera —dijo Alessandra Rinaldi desde la puerta, con su ajada cartera de maestra aún en sus manos después de una mañana de lecciones.

Tony miró a la señora. Sus gafas de pasta negra, las mismas con las que apareció en el refugio de cabras, le sirvieron de asidero para conectar con una realidad que parecía un extraño sueño.

—Fortunato… —murmuró el hombre con los sentidos cada vez menos embotados—. Fortunato también es Cumerdia…

—El niño que lo ayudó ayer. —La maestra intuyó el porqué del comentario—. Puede que le evoque otra cosa, Cumerdia significa

cometa en siciliano. Le dicen así porque el niño va de un lado para otro, como una cometa en una tormenta.

Un lejano recuerdo afloró en Tony, el de una romería en un parque neoyorquino con muchas banderas norteamericanas e italianas. Con tarantines, con tarantelas y con cometas, solo que a su volantín su madre le decía *cumerdia*.

—Pues sí que es inquieto el niño.

—Aunque usted ha obrado el milagro de tranquilizarlo, al menos el día de hoy. Sospecho que el pertenecer a nuestra pequeña red clandestina lo hace portarse bien en clase. Tenemos suerte de que los carabineros no sepan calar a los niños, si no ya habrían intuido que algo raro pasa en Villamonti.

—Carabineros… Son como nuestra Guardia Nacional —susurró el soldado del todo despejado.

—No estoy segura, los de aquí son militares, pero también policías. De haber aterrizado usted hace pocos meses no habría encontrado ninguno, pero acaban de instalar un destacamento permanente en nuestro pueblo.

Apoyada la axila sobre los trapos enrollados que acolchaban el travesaño superior de la muleta, Tony dio dos pasos por la habitación, mezcla de trastero, biblioteca y cuarto de huéspedes. Con alivio notó que, con esa ayuda, el pie no le dolía.

—Si no lo apoya y sigue con las cataplasmas verá que pronto se cura. Tuvo suerte, lo de su tobillo es un esguince, pero no de los peores.

—Oiga señora, creo que no le he dado las gracias. Sin su plan, sin su mapa del pueblo y sin la capa que me llevó el niño no habría llegado aquí.

—Tampoco sin mi licor de limón, que el sereno bebió como agua. La gente de aquí dice que él se coge cogorzas. Yo prefiero decir que su adicción le provoca melopeas, palabra que tiene doble significado. Uno es embriaguez y el otro canto monótono.

Los modos cultos de su anfitriona con su cartera de maestra en mano y polvo de tiza sobre su austero vestido y sobrios zapatos, le llevó de vuelta a las conversaciones con sus profesores de la *City University of New York*. La evocación se reforzó cuando Alessandra se acercó a una pila de libros de la que había caído un silabario de portada colorida y cargada de dibujos infantiles. Con mimo le sacudió el polvo y lo colocó encima de un tratado sobre faraones egipcios y el segundo tomo de la historia del Reino de las Dos Sicilias, las tres obras que coronaban la cima de una torre alta, una de las muchas que llenaban ese depósito de libros que ella llamaba biblioteca. Hecho esto, la mujer cogió una silla y un taburete.

Sentado frente a su anfitriona, Tony dejó que el pensamiento

anterior se expandiera en forma de palabras.

—¿Qué hace en un sitio como este? Usted no parece una maestra de párvulos. ¿Cómo es que sabe inglés? —preguntó en ese mismo idioma, que usó al no estar el niño—. Aquí dice que pocos italianos lo hablan —agregó al tiempo que señalaba la guía que sobresalía de uno de los bolsillos de su guerrera.

—Le contaré por qué, joven —dijo ella en inglés—, pero lo haré en siciliano.— La mujer cambió idioma sobre la marcha—. Los pueblerinos son muy perceptivos y hasta las paredes escuchan. No hable más en inglés aquí en Villamonti, lo digo por su bien.

—¿Por qué no en italiano?

—Aunque varios lo hablan y todos lo entienden, en este pueblo nadie lo usa… ¿Qué por qué hablo inglés? —Alessandra sentía la necesidad de contarle el plan que había urdido pero prefirió satisfacer antes la curiosidad de su invitado—. Aunque soy turinesa por mis padres; nací en Alejandría de Egipto. Por eso lo hablo.

—¿Nació en Alejandría de Egipto?

—Mi padre fue allí por trabajo. En Egipto viví feliz hasta que me mandaron a Turín a estudiar. La ciudad me pareció tan gris, fría y mortecina como su gente, así que me limité a estudiar y a acumular diplomas, entre ellos el de magisterio. Luego regresé para enseñar en una escuela de la comunidad italiana en Egipto.

—¿Y qué pasó? —Tony dejó que su anfitriona le pusiera el pie lesionado sobre el taburete.

La respuesta debió esperar. La mujer dejó en suspenso el relato hasta que, después de un breve salto a la cocina, puso entre las manos del soldado un rebosante plato con un tenedor clavado encima.

—¿Qué es esto? Huele que alimenta…

—Espaguetis con coliflor.

—¡Como los que hacía mi madre!

La boca ocupada del soldado garantizó ausencia de interrupciones durante un rato.

—Enseñé muchos años hasta que a Mussolini se le dio por llevar la guerra al norte de África. Mi familia y yo regresamos a Turín. Pero como la lobreguez piamontesa me deprimía, escapé. Esta fue la plaza de docente más al sur que conseguí.

Alessandra cogió el plato, salió a la estancia que hacía de cocina, salón y recibidor, volvió a servir y regresó.

—Ahora usted. Un yanqui que habla italiano, siciliano y que en vez de Antonio se llama Tony… —La maestra entrecerró los ojos y optó por lo básico—. Su nombre completo es…

La pregunta dejada en suspenso desencadenó en el paracaidista una respuesta automática, ideada para ser usada al entrar en un sitio donde nadie lo conocía, como la universidad y que luego le fue muy

útil cuando se alistó en el ejército.

—Soy Tony Damat, de Greenwich Village.

Alessandra Rinaldi, adalid del lenguaje corporal, de las inflexiones de la voz y de los mensajes entre líneas, asumió pose de maestra y, con semblante severo, dijo:

—Eso no se lo cree ni usted, jovencito.

Tony se sintió como un niño pillado con la mano dentro del bote de las galletas para las visitas.

—Me llamo Tony Damato, nací en Gansevoort Market, Nueva York, un barrio muy malo.

Las dos respuestas, la falsa y la verdadera, trasladaron a la mujer al pasado, a sus primeros días en Turín, ciudad extraña para ella pero en la que la extraña era ella. También recordó como se vio obligada a metamorfosearse para poder encajar. Dulcificadas postura y mirada, dijo:

—Por lo que tengo entendido, América es la tierra de las oportunidades. —Rinaldi apuntó hacia una de las torres del suelo, con decenas de revistas Time apiladas. Sin más miramientos y fiel a su legendaria franqueza, preguntó—. Dígame, ¿por qué oculta su ascendencia italiana?

El soldado, oficial de la Artillería aerotransportada del Ejército de los Estados Unidos, dio vueltas y vueltas a varios largos espaguetis. Pero no los comió de inmediato sino que los acercó a la cara para disfrutar de los olores mezclados del azafrán, el aceite de oliva, la coliflor y las pasas, los mismos que tantas veces inundaron la cocina de su infancia, insertada en un piso cuyos achaques, los propios de un edificio mal mantenido, no impidieron que su madre convirtiera en manjares lo poco que su padre aportaba.

Esa cocina, la misma donde su madre lo nutría con ternura, viandas, leyendas y fábulas sicilianas, era también el fogón donde su padre cocinaba la frustración de ser pobre en la tierra de las oportunidades. Esa desdicha, convertida en venenosos comentarios que Tony oyó como niño y adolescente, fueron un permanente intento de americanizar a su hijo para que lograra el éxito que él jamás alcanzó.

«Si no hablas como ellos, si no actúas como ellos, si no piensas como ellos, siempre serás un don nadie. Entrarás en el periódico sí, pero solo para limpiar la mierda de sus retretes y lo único que escribirás será tu nombre en el recibo cuando te den las cuatro perras de tu miserable salario».

Una vez las fragancias del aceite, del azafrán, coliflor y pasas convergieron como sabor único en su boca, Tony posó el tenedor sobre el plato, masticó, tragó y miró a su benefactora.

—Ehhh… No, no es que oculte mi ascendencia… Es para

abreviar, —hizo una pausa para dar más consistencia a la mentira que urdía—, así evito entrar en detalles al presentarme. La gente es muy curiosa, ¿sabe? Cuando conocen a un extranjero, y yo no soy extranjero, soy americano, ¿sabe?, lo ametrallan a preguntas: «¿hace cuánto vives aquí?; ¿es verdad que solo coméis pasta?; mi padre necesita un bedel para su oficina, ¿te interesa?». Por eso me presento así, solo por eso…

—Entiendo.

La maestra no quiso seguir hurgando a pesar de intuir que no le habían dicho la verdad. Recogido el plato y dado de beber a su refugiado, Alessandra tocó el acuciante tema del futuro inmediato y de cómo organizarse ambos para mantener oculta su presencia. Para ello expuso la piedra fundamental de su plan: «la mejor manera de esconder algo es ponerlo a la vista», pensó antes de proponer a Tony que asumiera la identidad de su hermano Valentino, desaparecido en Rusia el invierno anterior. «Tengo ropa suya aquí y algún documento antiguo».

Un rato después una tajante negativa dejó en claro las intenciones del joven.

—¿Quedarme escondido en este pueblo hasta que lleguen nuestras tropas? ¡De ninguna manera!

De nada sirvieron los argumentos en contra esgrimidos para que se quedara. Al del pie lastimado Tony respondió, con razón, que el pie estaba mucho mejor en comparación a cuando aterrizó; al plan de hacerse pasar por su hermano Valentino, Tony dijo que él no se pasearía por un pueblo mientras sus colegas combatían en el sur; sobre el problema de atravesar una isla plagada de controles en cada cruce de caminos, el soldado lo resolvería con una mezcla de astucia y oscuridad, como cuando entró en Villamonti.

—Sabe que si lo ven con ese uniforme le dispararán nada más verlo.

—Entonces me cambiaré de ropa y me pondré algo de su hermano.

—Entonces le dispararán por espía.

—De eso nada, ya lo dijo el chiquillo, hablo siciliano como todo un compadre, ¿no?

XIII

El tintinear del manojo de llaves de Alessandra cruzó notas con el entrechocar de los cachivaches de un vendedor ambulante, colgados de las maderas de un carro de dos ruedas tirado de una mula. Después del cruce de saludos la maestra miró a un viejo que cuidaba un rebaño grande de cabras, trepadas, hasta donde podían, en el escarpado promontorio de la ermita, el magno montículo a cuyos pies se alzaban

los edificios más importantes de Villamonti, el Palacio Comarcal, la escuela, el monasterio, la iglesia, el dispensario o los juzgados, casi todos cascarones vacíos y clausurados. Entre los pocos que seguían funcionando estaba la escuela, gracias al empeño con el que la maestra mantenía niños en los bancos de su aula.

Llegar temprano y prepararlo todo antes de la irrupción de los chiquillos era uno de sus momentos preferidos. Le encantaba sentir el frescor mañanero y ver cómo el sol iluminaba la ermita, el primer lugar de Villamonti en ser batido por la luz y el último en dejarse abrazar por las sombras.

Esa mañana su solitario ritual no le brindó el solaz de siempre. No paraba de preguntarse por dónde iría el americano…, o el ítaloamericano…, o el sículoamericano, aunque él solo se reconociera a sí mismo como norteamericano.

El batir de una desaforada carrera por el atrio de la escuela y una potente voz sacaron a la mujer de su abstracción. Provenían de alguien que nunca llegaba temprano, al contrario, siempre era el último ya que solo aparecía a clase iniciada con escusas la mar de inverosímiles.

—¡Maestra! ¡Maestra!

El uso de la palabra completa asustó a Rinaldi.

—¿Qué pasa Fortunato? ¿Qué haces aquí a esta hora?

—Los soldados polis pusieron preso a…

El niño interrumpió su atronador grito y, una vez inspiró hasta casi reventar sus pulmoncillos, agregó con el más tenue de los susurros:

—A Tonino.

Alessandra puso los libros que distribuía sobre uno de los pupitres.

—Termina de repartirlos. Di a los niños que sigan donde cada uno lo dejó ayer, que lean. Yo regresaré pronto.

Impartidas las instrucciones la adulta recogió su sayo y su cartera de cuero del escritorio. Una vez alcanzó la puerta, con la mayor solemnidad dijo:

—Hoy serás el delegado de la clase, señorito Fortunato Rizzo.

El pecho del niño volvió a agrandarse, esta vez no de aire sino de orgullo.

—Delegado de clase —murmuró con los ojos plagados de chiribitas.

XIV

Ir de la escuela a la nueva estación de los carabineros implicaba recorrer un corto trecho de calle, entrar en la plaza por la esquina de la iglesia; cruzarla en diagonal; alcanzar la esquina izquierda del

Palacio Comarcal y atravesar la puerta auxiliar del antiguo calabozo. No visitaba ese recinto desde que intentó usarlo como aula para enseñar a leer a los adultos del pueblo y librarlos del estigma de asistir a la escuela infantil, experimento que muy pronto fracasó.

Llegada a su destino la maestra se plantó en la abierta puerta. Tony estaba sentado al lado de un escritorio, con la muleta en vertical, sostenida con una mano. Sin reparar en si lo habrían interrogado o no, Alessandra dijo:

—¡Hermano! Te dije que no salieras sin mí, que te perderías.

—¿Hermano? —preguntaron a coro el cabo canoso y su colega, Pizzuto y Mazzola, los que estaban de servicio y los mismos que habían capturado a alguien que jamás habían visto. Ambos convinieron que era el sospechoso perfecto del asesinato del campesino.

Tan sorprendido como los carabineros, Tony mantuvo la línea de hacerse el atolondrado tal y como había hecho desde su captura, ocurrida pocos minutos antes.

La mujer se acercó a los dos policías. Su actitud conspirativa indujo a los hombres a inclinarse hacia ella, curiosos de escuchar lo que prometía ser una confidencia.

—Es que no quedó muy bien de Rusia, ¿saben? —susurró Alessandra—. Pasó mucha hambre, pasó mucho frío y caminó mucho. Rusia es muy grande.

La mujer señaló con los ojos la muleta, dando énfasis al chisme.

La confidencia pareció coherente a los uniformados. Cuando lo encontraron, el hombre estaba a la vera del camino. Desde entonces solo hablaba de lo bello que era el entorno, de lo caliente que era Sicilia y, también, que él no debía estar allí, que debía estar luchando con sus compañeros en otro sitio.

El cabo Pizzuto, el que estaba a cargo de la estación hasta el regreso del capitán y del brigada, dijo también en susurros:

—Un suboficial de Catania me contó que en marzo o abril comenzaron a llegar los primeros veteranos de Rusia. El cuartel los obligó a firmar una declaración para que no contaran nada de la derrota o de los prisioneros o de los muertos.

La mención de los miembros del ARMIR, la Armada italiana en Rusia, derrotada por los soviéticos y obligada a retirarse, llenó de pesar a Alessandra. Lamentaba usar el nombre de su hermano desaparecido en las estepas de ese modo, pero si en sus manos estaba evitar al menos una muerte más en esa desquiciante guerra, lo haría. Por eso estaba allí.

—Oiga señora —dijo el cabo—, llévese a su hermano y manténgale a raya, para nosotros dos era sospechoso del asesinato de Vincenzo Amodio. De gracias de que no le disparáramos. Hay

informes de paracaidistas enemigos infiltrados en retaguardia para tomar puentes y aeródromos. La orden es disparar y luego, si acaso, preguntar.

La mirada de Alessandra a Tony fue una regañina en toda regla.

—Vamos hermano, supongo que estarás hambriento. Coge tu muleta y regresemos a casa.

XV

La noche que pasó Tony en casa de su protectora fue muy útil para dar más solidez a su nueva identidad. La mañana siguiente un soldado con cara de niño y un suboficial algo gordo tocaron a la puerta y lo hicieron subir al vehículo más pequeño que jamás había visto. «Suba, el capitán nos mandó a buscarlo en coche por lo de su pie» le habían dicho al detenerlo de nuevo.

El panorama al recorrer una de las calles laterales de la plaza central lo desconcertó. El pueblo no era la aldea que se había imaginado. Alessandra se lo había dicho la noche anterior, pasada casi en vela leyéndole las cartas de su hermano con lágrimas en los ojos y hablando de él mientras buscaba documentos que apoyaran la precaria puesta en escena y que sin duda tendría que representar ante los carabineros, un público uniformado que no acostumbraba aplaudir, sino perseguir, apresar e, inclusive, matar.

Una vez el brigada escoltó a Tony hasta el escritorio de su capitán, fue a la pared junto al armero y arrancó la hoja del calendario del día anterior. La que quedó a la vista mostró el 16 de julio de 1943. Hecho esto giró la del quince y, tras leer la adivinanza impresa en ella, sonrió, la dobló y la guardó en un bolsillo de su guerrera. Cumplido el encargo de traer al forastero, el brigada y el novato abandonaron la estación.

—Buenos días señor Rinaldi, tome asiento. —El capitán Taibi señaló una silla ante su escritorio—. Veo que usted no es tan bajo como la maestra, nadie diría que son hermanos.

Tony entendió el comentario dicho en el pausado y bien pronunciado siciliano del carabinero, tan distinto al del niño o al de los dos policías que lo capturaron el día anterior.

—Sí, padre siempre dice que ella llegó a nuestra familia flotando en una cesta. —Tony echó mano de una de las respuestas ensayadas durante la noche.

—Por la estancia en Egipto. —El oficial trató de situar, en su mapa mental de Italia, el lugar de proveniencia de un acento tan extraño.

—Sí, y que de haber sido niño lo habría llamado Moisés… A madre no le hacía gracia el chiste —añadió Tony de cosecha propia.

La reprimida sonrisa del capitán Taibi indicó a Tony que había

comenzado con buen pie el interrogatorio disfrazado de encuentro de cortesía. Sus habilidades como cuentista le vendrían bien, sembradas en él por su madre y sus muchos cuentos populares, siempre sicilianos, afición que dio paso, como adolescente y adulto, a una fascinación por la lectura y la escritura.

Sentados uno frente al otro, el jefe de la estación entró en materia, ante los aguzados oídos del cabo Pizzuto y el soldado Mazzola, que se hacían los ocupados en labores que no avanzaban.

—Ayer mis hombres se tomaron una atribución que no era de su competencia. Usted debió pasar la noche en esa celda hasta que yo llegara de Troina. —Taibi señaló la gran jaula con un catre, un orinal, un aguamanil y un ventanuco enrejado—. Por lo menos no tuvimos que buscarlo en la espesura.

Los carabineros presentes entendieron la velada amonestación de su jefe.

—Mis documentos quedaron retenidos aquí, no podía ir a ninguna parte.

Taibi levantó una ceja, abrió el cajón superior de su escritorio y tomó el documento de identidad.

—¿Se refiere a esto? El Valentino Rinaldi de esta libreta de identidad era poco más que un niño cuando fue expedido. ¿Dónde está su credencial militar? ¿Dónde están sus papeles de viaje o excedencia? Siendo turinés, ¿cómo es que habla siciliano?

—Mi credencial quedó en una trinchera congelada junto al río Don y el resto me lo robaron nada más puse pie en el andén, en Catania.

El comentario evocó en Taibi los dolores de cabeza que los rateros daban a los carabineros en las inmediaciones de las estaciones y puertos que conectaban Mesina y Catania con la Italia continental.

—El siciliano lo aprendimos de niños. Nuestra nana era de Siracusa. Hablábamos más con ella que con nuestra madre. —Tony agradeció las previsivas elucubraciones hechas por Alessandra durante las horas previas.

Agotados los intentos por establecer una identificación satisfactoria y frustrados sus intentos de encontrar sospechosas inconsistencias, al capitán solo le quedó la opción de preguntar a Roma.

—Enviaré sus datos al Cuartel General del Ejército. Cuando corroboren su historia, le devolveré esta libreta de identidad. Mientras tanto no abandone el lindero comarcal.

Detrás del gesto de conformidad de Tony resonaban las palabras de Alessandra: «Si logramos sembrar una duda consistente, tardarán mucho en descubrirlo. Ese capitán tiene asuntos más acuciantes en mente que un traumatizado superviviente de Rusia».

Un saludo en tono fanfarrón adelantó el final de la conversación entre el policía y el falso soldado del ejército italiano.

—¡Vaya! Estos sí que son buenos días —dijo el cabo Pizzuto, que junto a su amigo Mazzola, interceptaron el paso de Rosalía, que había entrado en la estación con un atado de ropa en sus manos.

Los dos hombres no se dejaron engañar por el perenne semblante huraño de la joven. En las distancias cortas su juventud traspasaba su pátina de madurez prematura. Tampoco ayudaba el que la lavandera se resistiera a enganchar los últimos botones de su camisa, motivo del alboroto causado por Pizzuto y Mazzola.

Enfurecido, el capitán Taibi espetó:

—¡Cabo! ¡Soldado! Basta ya.

Luego, alisadas las arrugas de frente y rostro, miró a la mujer y le dio un billete que sacó del bolsillo.

—Gracias por traer la ropa. Déjela sobre esa caja.

Entre los ires y venires que siguieron en la reactivada estación, también hubo un discreto cruce de miradas, el de Rosalía y Tony, manifestación de un vínculo que, aunque ninguno de los dos era consciente de su existencia, lo percibieron, ya que provenía de la relación que cada uno tenía con Fortunato, hermano de ella y nuevo amigo de él.

—Oiga capitán, tenemos otro corro de curiosos, de esos que dan repelús —dijo el novato Parisi al regresar y atravesar la puerta.

Aunque el Fiat que trajo al desconocido había recorrido calles desiertas, los pueblerinos lo siguieron ocultos tras las rendijas de sus postigos. También lo comentaron de casa en casa y de callejuela en callejuela. El hecho de que los villamontesinos no fueran propensos a hablar no significaba que carecieran de curiosidad.

Libre de moverse en un pueblo del que jamás había tenido noticias e imposibilitado de viajar por una isla de la que le habían hablado toda su vida, Tony cogió la muleta, se levantó del escritorio y se dirigió a la puerta, contento de alejarse de la celda del fondo y cuyos barrotes le recordaban al canario que su madre tenía en la ventana, pajarillo que nunca salió de su jaula pero que siempre se sintió parte de un todo más grande.

Aunque la muleta no le era indispensable era clave en el plan de Alessandra. Tony no tenía dudas, la historia de ser un veterano de la invasión italiana de Rusia junto al aval de la maestra habían evitado que se convirtiera en el primer inquilino de la recién remozada celda.

Alcanzado el vano de la puerta la sensación de ser un canario enjaulado creció nada más salió de la estación. Fuera, alineados en un semicírculo ante la estación, decenas de villamonteses lo miraban con rostros adustos, enmarañados de arrugas, grietas que reflejaban un sufrimiento sin fin fueran viejos o jóvenes. Esos serios semblantes le

recordaron los que veía de niño en los entierros de algún miembro del barrio neoyorquino de la Pequeña Italia.

La alternancia del golpe seco de la punta de la muleta con el arrastre del pie bueno fue lo único que se escuchó durante el siguiente minuto.

Ninguno de los que presenciaron el andar de Tony mientras se internaba en la plaza pronunció palabra. Los villamonteses, como siempre, callaban. Los cinco policías, agrupados en su propio corro, lo miraban en silencio. Lo mismo Rosalía, llamada por todos Lía, que además de guardar silencio caminó por su cuenta, equidistante al gran corro de villamonteses, al pequeño corro de carabineros y al solitario forastero.

Un minuto después y ya dentro de la plaza, Tony se detuvo, invadido por una extraña sensación en la boca del estómago.

Sin saber porqué Tony recordó una conversación con un profesor de su universidad poco antes de obtener su diploma.

«La guerra en Europa trajo con ella una avalancha de elipsismo, señor Damat».

«¿Elipsismo?».

«Es esa melancolía que envuelve a las personas cuando se dan cuenta de que no van a vivir para ver el futuro».

Movido por la desazón y el recuerdo de esa charla, Tony miró a su alrededor hasta fijar la vista en la terraza de la casa contraria al Palacio Comarcal, más ancha, más alta y más ornamentada que el edificio gubernamental. Los ojos del soldado se cruzaron con otros potentes, interesados y vigilantes. Quien lo escrutaba tenía las manos apoyadas sobre el barandal. No era ni alto ni bajo y sus anchas espaldas estaban cubiertas con un traje de buena factura, complementado con un exquisito sombrero Fedora gris casi negro.

El hombre lo observaba con semblante serio pero no osco como el del resto de los lugareños aún concentrados frente al Palacio Comarcal. Se trataba de Pietro Costa, más conocido como Don Petru, al que todos y cada uno de sus cincuenta años le habían servido para hacerse a sí mismo y situarse allí donde estaba, en lo alto de la mejor casa del pueblo e investido de más poder que Bertu Gandolfino, el Jefe del Palacio Comarcal, y de más influencia que el aristócrata que ocupaba el castillo de Villamonti, el barón Carlo Bendicò d´Aragona.

El largo e inmóvil intercambio de miradas terminó cuando Pietro Costa se llevó la mano al sombrero Fedora, lo sujetó por su copa y lo levantó lo justo para saludar al recién llegado, volviéndolo a posar sobre sus grises cabellos.

Tony devolvió la cortesía con una inclinación de la cabeza al tiempo que su intuición le decía que ese era el hombre responsable de lo ocurrido en la granja donde se había escondido cuatro días antes.

XVI

El silencioso corro de pueblerinos no solo trajo recuerdos a Tony. Al verlo el capitán Settimo Diotisalvi Taibi también pensó en el círculo de muerte que una vez se formó alrededor de su padre.

Si bien no lo engendró, ese hombre lo había querido tanto como su madre, mujer en cuyo vientre tampoco había estado. Ambos lo acogieron sin reservas desde que las monjas del orfanato de Trapani les confiaron su cuidado.

Gestado, parido y entregado a las monjas por una noble norteña obligada por las circunstancias, el angelical bebé fue bautizado como Settimo por haber sido dejado ante la puerta un Domingo de Resurrección de 1907, con el cordón umbilical aún conectado a su blanca barriguita.

Conscientes de que los apellidos Bastardo o Espósito, que eran los que se asignaban a huérfanos abandonados, estigmatizarían a ese pequeño, la madre superiora le concedió el de Diotisalvi, Dios te salve, mucho menos usado. Los Taibi decidieron conservar tan bello apellido dejándolo como segundo nombre del pequeño Settimo.

La militancia antimafia de su padre y su prematura muerte a manos de sicarios lo impulsaron a formar parte de los carabineros. El joven Taibi entró en su Escuela de Oficiales poco antes de que Mussolini ordenara no aceptar más cadetes, celoso del fuerte espíritu monárquico de ese cuerpo militar, tan contrario a sus aspiraciones cesaristas.

«Sumisión incondicional a su autoridad, eso es lo que exige de todos aquí, incluyendo a nosotros los carabineros», pensó el capitán Taibi al notar como la voluntad, buena o mala, de Pietro Costa descendía y cubría a los de la plaza como si de niebla espesa se tratara.

Espantados por la figura de pie en la terraza, los pueblerinos se dispersaron. Lo mismo hicieron los cuatro carabineros subalternos, despachados por su jefe con múltiples tareas. La plaza quedó desierta excepto por Tony, que la atravesaba en diagonal alternando golpe con pisada y el capitán Taibi, aún de pie en la esquina cercana a su estación. Señoreado en su terraza Pietro Costa los escrutaba, escoltado por su séquito de hombres de honor, cada uno con una especialidad y de la que eran responsables. Tanu, apodado también Calvo, era su mano derecha. Tal y como había hecho Costa, Tanu había recorrido todos los peldaños de la pirámide mafiosa. Sus inicios se remontaban a la niñez, como recadero infantil de salteadores y bandoleros; al lado de Calvo estaba el Médico, cuyo desempeño como enfermero durante la Gran Guerra lo volvía muy útil a la hora de aplicar torturas; Pino, llamado Sibilino por su cara de serpiente, se encargaba del cobro de

protección y de las extorsiones; luego estaba Hombretón, el más alto y grande del grupo, adalid de los trabajos sucios y pesados tales como encargarse de un cadáver o arrancar un sembradío para castigar a un campesino; por último estaba El Viejo, un antiguo caporal venido a menos y ahora consejero de don Petru.

—Me están poniendo a Villamonti del revés. —El séquito de la terraza prestó atención sin tener certeza de a qué o a quién se refería su jefe, si a los carabineros, si al Estado o a la Providencia—. Abren una comisaría frente a mi casa; aparece un veterano de Rusia y se muere uno de mis inquilinos… Nada de esto es bueno, y menos lo último, que no debió ser.

Unos pocos y cortos pasos de los cómplices dejaron a Sibilino a la diestra de Pietro Costa, que seguía atento a Tony, quien ya iba por la mitad de la Plaza. Más allá el capitán hacía lo mismo, mirar a Tony y a los ocupantes de la terraza.

Nervioso por la mención del desastroso resultado del asunto del molino casero de Vincenzo Amodio, Sibilino dijo:

—Puse al novato en la cascada, Don Petru. Trabajará allí todo un año, para que aprenda.

La cascada, así la llamaban, era el lugar donde Pietro Costa molía grano. Para ello se servía de un antiguo molino que mandó a reparar, ubicado en un intrincado recodo entre las montañas, en la cuenca del río Troina, otra construcción que, como el cabrerizo de Fortunato, era más el tiempo que pasaba sumida en el olvido que el que estaba activa.

El capo gruñó. El Sibilino bajó aún más sus pequeñas orejas y amplió su explicación.

—La guerra no nos ha dejado aprendices, Don Petru. Pichones sí tenemos, pero aprendices no, solo nos queda ese.

La referencia a la cantera de niños recaderos, infantiles ganapanes como lo fueron en su momento todos los de esa terraza, indujo a Pietro Costa a sentar ejemplo para que los próximos aprendices no cometieran errores. De otra manera el futuro de su feudo no sería como lo había imaginado.

—Si en la cascada está, en la cascada se queda. Que no salga jamás.

Los del séquito se inquietaron. De estar en una ciudad, una sentencia de muerte como la que acababan de escuchar sería asunto cotidiano, pero no en Villamonti. Las miradas recayeron sobre Hombretón, el responsable de hacer cumplir ese tipo de mandatos.

—Entendido Don Petru… De la cascada no saldrá.

Los lugartenientes se encargarían de hacer saber a los pichones, el grupo del que surgirían los nuevos aprendices, cuál era el destino de todo aquel que desobedeciera al patrón.

La salida de Tony Damato por un lado de la plaza coincidió con la llegada por el lado contrario del Fiat de los carabineros. La brusca frenada y el presuroso andar del brigada hacia su capitán intrigaron a Costa, que los observaba desde su atalaya.

—¡Capitán! Ya sabemos lo que es, —El suboficial se cuadró al alcanzar a su superior. Una vez se alisó la guerrera y calmó su ímpetu, continuó—, sus sospechas sobre lo que había en el pozo eran ciertas. Recuperamos y juntamos las maderas rotas, incluyendo las que habían caído dentro.

Un rápido vistazo de Taibi al joven de uniforme sucio que entraba en la estación dejó claro quien había bajado al interior del agujero.

—¿Entonces?

—Armamos el rompecabezas y, sí, es, bueno, era un molino artesanal. La muela daba vueltas sobre el murete del pozo. Estaba bien hecho y era muy ingenioso. Vincenzo Amodio debe haber muerto por eso.

—Después de que el soldado Parisi se limpie y cambie, regresen y hagan un buen croquis de todo. Recuerden almacenar las piezas.

—¿También la muela, capitán? —El brigada no quería imaginar cómo la traerían al pueblo.

—Sobre todo esa piedra. Ya sabe cómo armo yo los casos, con evidencias contundentes, a prueba de futuras revisiones o apelaciones.

—Contundente es, señor. —El brigada echó de menos los modos de otros jefes, rápidos y arbitrarios, que lanzaban mafiosos a la cárcel como hacía Cesare Mori diez años antes—. Con permiso, mi capitán.

Respondido el saludo de su regordete y eficiente segundo, Settimo Taibi volvió a mirar hacia la terraza.

«Individuos como tú, Pietro Costa, siempre cometen algún error. Este era el que estaba buscando. Pronto estarás enjaulado dentro de este edificio, el del otro lado de la plaza».

SEGUNDA PARTE

I

Toni sabía que nunca olvidaría esos momentos, porque jamás se imaginó tener que esconderse dentro de un armario para escuchar radio.

Y, para colmo, al alcalde de su ciudad natal, Nueva York.

La situación, toda ella, le parecía surrealista. Se sentía como en el País de las Maravillas, el de Alicia, pero en el mal sentido, caído en él no por la boca de una madriguera, sino por la ovalada abertura del fuselaje de un avión, aparato que volaba maravillosamente solo, conducido por dos pilotos ya cadáveres y que lo llevó a un pueblo enclavado en ninguna parte, conocido por sus habitantes y desconocido por todos los demás y en el que escuchar radio era delito, siempre que se le prestaran oídos a estaciones fuera de la madriguera y no a la oficial, la que desde Roma transmitía las palabras del sombrerero…

Alessandra Rinaldi, acostumbrada desde niña a escuchar emisiones europeas en el Delta del Nilo, había enganchado en su receptor Marconiphone una cartulina con horarios y frecuencias en la que destacaba una con las iniciales FLG, estación que emitía las alocuciones que el alcalde de Nueva York ofrecía a los italianos, en su idioma. Mussolini no podía hacer nada para evitarlo porque eran retransmitidas por una poderosísima estación de la BBC situada en las Islas Británicas.

Gracias a emisiones como esa, a las de la propia BBC y de las norteamericanas NBC y CBS, Tony y Alessandra sabían que, tras nueve días de combates, la costa sur siciliana estaba en poder de los aliados y que, unas veces sin mayores contratiempos y otras a costa de encarnizados combates, grandes áreas del interior estaban bajo control de Londres y Washington.

«El plan es llegar a Mesina y cortar la retirada de los ejércitos italiano y alemán, para derrotarlos aquí y evitar que sigan luchando en la península», le había dicho Tony a Alessandra durante una de sus clandestinas escuchas.

Ese lunes él oyó la radio en solitario, dispuesto a hacerle un resumen cuando se encontrara con ella al terminar la escuela.

«Después de clases acompáñeme al castillo, cuatro manos cargan más que dos», le había dicho antes de marcharse, dispuesta a volver a pedir vituallas al dueño de todas las tierras a la redonda. El latifundio

de Carlo Bendicò D´Aragona era tan grande que ningún caballo era capaz de atravesarlo al galope sin morir en el intento.

Ese día dejaría la muleta en casa. Era lunes, inicio de una semana en la que, tenía la sensación, ocurrirían muchas cosas, aunque no la que él más deseaba, es decir, la llegada de las tropas aliadas. El pueblo en el que había aterrizado no tenía valor estratégico alguno. Eso haría que los ejércitos pasaran por otros lugares, con dos ejes principales a lo largo de las dos orillas que confluían en Mesina. También habría avances por el interior, pero a través de las tierras bajas. Lo importante para Tony era poder incorporarse a sus líneas, sin muletas, cuando el frente se acercara a Villamonti, fuera por el sur, cerca del curso bajo del río Troina, o por el norte, al otro lado de los montes Nebrodi, en la costa que miraba al mar Tirreno.

La puntada de su tobillo era incómoda, mas soportable. Su discurrir rumbo a la escuela, entre calles empedradas y casas erigidas con esas mismas piedras lo transportó a Nueva York, consecuencia de un irresistible impulso por enfrentar, en clave de comparación, italianidad versus americanidad.

Esa tarde de sol resplandeciente y brisa fresca, el crítico interior de Tony había regresado por sus fueros, decidido a destruir las incipientes simpatías que Tony comenzaba a sentir por Italia, Sicilia y sus gentes. El Tony crítico, que le hablaba con el mismo tono, timbre y cadencia de su padre, le recordó que Fiorello La Guardia, el alcalde de Nueva York, era un norteamericano de padre y madre italianos, sí, pero nacido en Nueva York como él, y no muy lejos de su barrio, el del matadero. En vez de hablar, comportarse y pensar como un inmigrante, Fiorello decidió salir del gueto y ser otro norteamericano más, ambicioso, perseguidor de un sueño americano que logró alcanzar, y no como su padre, que ni siquiera pudo hablar bien, entendiéndose por bien, hablar sin acento, tal y como hacen los norteamericanos. Lo que más corroía a ese crítico interior de Tony, ese ente que hablaba con tono, timbre y cadencia de su padre, era que no se necesitaba haber nacido en América para alcanzar el Nirvana estadounidense. El ejemplo estaba en su propia familia, porque el primo Ferdinand, nacido en Nicosía, un pueblo no muy alejado de Villamonti, a medio camino entre Troina y Enna, la capital provincial, era alguien que se había insertado tanto en esa sociedad que hasta una inicial había incorporado en su nombre, la J., porque Ferdinand J. Pécora sonaba, sin duda, mucho más americano, sobre todo para un juez de la Corte Suprema del Estado de Nueva York. «Tenéis que ser como él», repetía su padre cada vez que se emborrachaba, al lado del único cuadro que colgó en su vida, aquel que contenía la portada de la revista Time del 12 de junio de 1933, con el juez Pécora en ella, azote de los abusadores bursátiles, especuladores que cuatro años antes

habían llevado al país al borde de la bancarrota.

Cuando Tony llegó a la escuela y saludó a la maestra Rinaldi, su crítico interior bufó, se engrifó y corrió a refugiarse, espantado por la presencia de una mujer cuya objetividad, capacidad de análisis y falta de sesgo no le gustaban.

—Hola hermano.

Saludar así al soldado americano avivaba las esperanzas de la maestra de que Valentino, su verdadero hermano, siguiera vivo en alguna parte de la vasta Rusia.

—Hola…, hermana.

—Aún es pronto, Valentino, aprovechemos para dar un paseo, ¿cómo va el pie?

—Si voy despacio no pasa nada. ¿Iremos hasta el final del pueblo? —respondió Tony deseoso de reconocer el terreno y hacer algo útil para el futuro avance norteamericano.

—Encontrarás esto muy distinto a la gran ciudad.

Alessandra tuteaba a Tony fuera de casa y con gente cerca y usaba términos ambiguos para evitar indiscreciones ya que Nueva York era un nombre muy conocido en Sicilia desde hacía casi un siglo. Cuando el joven la ayudó a cerrar la alta puerta doble de la vieja escuela, un ligero tintineo en el pecho de Tony llamó la atención de la mujer. Después de acercarse a su protegido y dar dos toques con sus dedos en el pecho, preguntó:

—¿Qué suena allí?

Tony se metió la mano por el cuello de la camisa.

—Mis chapas de identificación.

—¡Guárdelas hombre! —susurró ella—. Las de nuestros militares no son iguales. ¿Por qué no las esconde en el baúl con el resto de su uniforme?

—No puedo. Necesito algo que me mantenga en contacto con mi ejército. Yo no debería estar aquí, sino allá, —Tony miró hacia el valle, hacia el sur—, con mis compañeros.

—Ya llegará el momento. Mientras tanto guárdelas bien y no deje que las vea nadie y menos los carabineros.

La cicerona se dispuso a mostrarle y a explicarle a Tony todo lo concerniente a esa particular ristra de casas y pequeños edificios -a ojos de un neoyorquino- que seguía la ondulante cresta que unía los tres promontorios que daban nombre al pueblo, la villa entre los montes, Villamonti.

—Como puede ver el pueblo termina aquí, literalmente —dijo ella de pie entre las últimas tumbas del cementerio, las de los más pobres, con un promontorio coronado con una cruz a un lado y un precipicio al otro.

—Ni queriendo se puede subir o bajar por aquí —dictaminó Tony

con ojo táctico.

—Bueno, bajar sí se puede. Hay un único modo, una manera muy trágica y que cada tanto alguien escoge.

El melancólico tono de la maestra y los ojos puestos en un saliente dejaron estupefacto al soldado que no entendía como, en ese maravilloso paisaje de montaña que aparecía ante él, las personas pudieran lanzarse al vacío en un desesperado e irremediable arrebato.

Visto el estupor del joven, Alessandra amplió el punto.

—Vivir aquí no es nada fácil.

—Pueblo chico, infierno grande.

—Sí y no. Ese refrán hace referencia a los chismorreos. Aunque aquí los chismes corren como en cualquier otro pueblo del mundo, nuestros sufrimientos son de otro tipo, usted ya lo vio con sus propios ojos.

—Lo del granjero y ese tal Don Pedro.

—En siciliano es Don Petru… Pues sí, lástima que usted no pueda dar testimonio, si lo hace, no lo darían por válido y para colmo lo arrestarían.

—Tampoco vinimos para eso. Los soldados aliados estamos aquí para derrotar a Hitler y a Mussolini, no a un mafiosillo del tres al cuarto.

—Al Tío Sam podrá parecerle un mafioso sin importancia, pero en Villamonti es todo un dictador. Le aseguro que actúa como tal.

El vagabundeo continuó y la conversación también, pero centrada en la descripción de la pequeña urbe.

Cerca de la salida del pueblo, marcada por el promontorio del castillo, Tony ya tenía un mapa mental del lugar: una vía principal, bastante horizontal por seguir la cresta, engarzaba lugares importantes como un mercado; el Palacio Comarcal que para él equivalía al ayuntamiento; una iglesia enorme con un monasterio caído en el olvido y sin novicios; la casa del mafioso, el que lo había saludado cuando quedó atrapado allí; un dispensario y un juzgado cerrados hacía años y, al final, la escuela de Alessandra y el cementerio, punto final de una carretera que ni en los mapas salía.

—¿El dispensario está cerrado? ¿No tenéis médico en un pueblo tan grande y aislado como este?

—No, pero tenemos barbero.

Tony tardó en conectar la espontánea respuesta de la mujer con las crónicas sicilianas de su madre, en particular aquellas en las que los barberos curaban a las personas.

Extendidas a ambos lados de vía Garibaldi cual costillas desde un espinazo, un sinfín de callejuelas y escalinatas se insertaban entre apretados racimos de casas, más pequeñas y miserables cuanto más abajo y alejadas estaban de la cresta.

Por último estaban esas tres moles que al neoyorquino recordaban rascacielos. El del cementerio marcaba el final de la vía Garibaldi y por tanto del pueblo. El del centro, con su ermita encima, tenía la plaza a sus pies. El otro, el del Castillo, señalaba la entrada a Villamonti. Era allí donde se descolgaba la empinada y serpenteante carretera de tierra que conectaba con las tierras bajas y el resto del mundo.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Tony al desembocar en un espacio empedrado y amplio, más no tanto como la plaza Cavour.

—Es la explanada del bus. La llaman así por ser el sitio donde da la vuelta. Esto que está aquí es la estación —contestó Alessandra de pie ante un bar con mesas delante, el único del pueblo.

—¿Cada cuánto viene el bus?

—No se sabe. Cuando se digna a aparecer se anuncia a bocinazos desde el inicio de la cuesta. Así avisa a los viajantes. A veces pasan semanas entre un viaje y el otro. En otras ocasiones llega un día sí y el otro también.

Dejada atrás la explanada del bus y las primeras casas, la vía Garibaldi dio paso al primer tramo de carretera, todavía horizontal y flanqueado por altas coníferas. Si bien los lugareños no lo consideraban parte del camino, tampoco creían que fuera parte del pueblo. Se trataba de la vía de los Pinos, el tramo que unía el pueblo con el promontorio del castillo.

Fue allí, a pocos metros del desvío hacia la casa del barón, el dueño de las tierras circundantes, que los dos caminantes vieron en la distancia a un hombre con su caja de herramientas. Alessandra advirtió a Tony:

—Tal vez escuche cosas que le resulten extrañas. Por favor no reaccione.

Sin tiempo para formular pregunta alguna, Tony observó que ya de lejos el caminante los saludaba y con gestos preguntaba que qué hacían allí, en la vía de los Pinos.

—Hola Gino —respondió Alessandra cuando los tres se detuvieron bajo un rayo de sol que se colaba entre el espeso ramaje—. Te presento a mi hermano Valentino. Vamos al castillo a pedir colaboración para mis niños.

—¡El soldado que estuvo en Rusia!

Ver tanta alegría dejó atónito al neoyorquino, que ya daba por sentado que la adustez era el único semblante de los pueblerinos. Pero el nexo que el recién llegado tenía con la maestra era aval suficiente para que el hombre pusiera de lado su permanente estado de desconfianza.

—No tenían que mandarte a luchar allí, camarada. Los bolcheviques no son nuestros enemigos, al contrario, tenemos mucho

que aprender de ellos, son nuestros hermanos.

Los ojos como platos de Tony reflejaban sus tiempos de universidad. Si bien allí asistió a no pocas tertulias y debates sobre política con asistencia de simpatizantes de izquierda, estaba seguro de que en Nueva York nadie usaba la palabra camarada ni llamaría hermano a un maldito ruso.

El mismo Gino, el hombre de la caja de herramientas, tampoco los habría llamado hermanos tan solo un mes antes. Pero la muerte de Vincenzo, el padrino de su hijo mayor, lo había afectado mucho, sobre todo porque sin querer había hecho que lo mataran.

Sin ser alto ni grande, Gino Licata era un hombre muy fuerte y no solo en lo físico, también en lo moral. Su pelo rizado negrísimo y poblado; bigote espeso; perenne sombra de barba sobre una tez olivácea curtida por el sol, hacían ver a ese hombre de treinta y siete años como un siciliano del montón. Sin duda lo sería de no haber usado sus habilidades aprendidas en la escuela -leer, escribir y sacar cuentas- para nutrirse a sí mismo con los pasquines y periódicos clandestinos que el chófer del bus le traía de contrabando de Catania o Mesina.

Ideas como las encontradas en L´Unità, periódico ilegalizado desde 1925, fueron las que lo convirtieron en el adalid de la solidaridad en Villamonti. Si bien contaba con la estima de los desposeídos, nadie opinaba cuando Gino les hablaba de cooperativismo y otras ideas similares. Lo que nunca rechazaban era la ayuda desinteresada del carpintero a la hora de reparar una puerta o un tejado con material que él cogía en secreto de los cobertizos de Pietro Costa o el barón Carlo Bendicò d´Aragona.

Regresado a la realidad gracias a un codazo de la maestra -que solo le llegó a la cadera-, Tony respondió:

—Hombre, llamar hermanos a los rusos…

Otro codazo cambió el rumbo de su respuesta y lo hizo optar por una menos comprometedora:

—Sí, tienes razón, no debían enviarnos a luchar en Rusia.

—Así que pediréis ayuda para los niños. Le digo algo, profesora, no se deje engañar por el barón. Le dirá que no tiene nada que darle, pero es mentira. Tiene todo preparado para su fiesta de cumpleaños. Hay comida para un regimiento. Acabo de terminar de armar mesas de banquete y soportes para toldos. Ese hijo de puta derrochará como siempre. Ahí es donde va a parar el esfuerzo de todos nosotros, en sus fiestas, en sus establos y en sus apuestas en los casinos de Francia… Él, el cura, Don Petru y sus hombres de honor son unos malditos explotadores.

—El que va a explotar eres tú, Gino, si sigues así de enardecido. ¿Qué te ha pasado? Nunca te he visto así, —la maestra ató cabos—, es

por la muerte de Vincenzo, estoy segura. Debes calmarte, recuerda que ahora hay carabineros permanentes en Villamonti. Si vas por ahí dando arengas como Gramsci, te fusilarán.

El carpintero llenó de aire sus pulmones, dispuesto a lanzar un largo reproche contra el Fascismo, el Ejército, la Policía y los Carabineros, pero se lo pensó mejor y solo exhaló. La energía sobrante la canalizó en un sonoro corte de manga dirigido hacia atrás, hacia el promontorio del castillo.

—¡Qué les den! Con perdón, profesora.

Dicho esto cada quien siguió su camino.

Llegados a la bifurcación que conducía a la morada del terrateniente, Alessandra invitó a Tony a mirar montaña abajo. El panorama sobrecogió al soldado al ser alguien acostumbrado a vivir en un bosque de edificios. En cambio allí se abría una vastedad que sus ojos jamás habían visto, rota solo por el Etna, el majestuoso volcán. El paisaje más cercano estaba copado por la carretera, infinita sucesión de eses, blanca serpiente de arena que giraba sobre sí misma, como toda empinada cuesta de montaña.

—Si se caminara recto se iría más rápido —observó Tony.

—Hay niños que juegan a eso, a alcanzar al bus cuando baja. A mí me pone de los nervios. —La mujer ahuyentó el mal fario con el gesto siciliano correspondiente, uno de los pocos que había adoptado desde que vivía en la isla.

La senda que los internó a la falda del promontorio trajo una desilusión a Tony. El castillo, ese que su imaginación había erigido con torres, almenas y hasta un foso con puente levadizo, no existía. Lo que quedaban eran las ruinas del altivo y compacto bastión, hogar de los primeros amos de la comarca.

Más allá, en una explanada usada en tiempos remotos como campo de equitación y justas, se alzaba ahora un gran cortijo, levantado con las piedras del castillo. El complejo tenía más de un siglo de existencia y había sido construido por el bisabuelo del actual aristócrata durante el período en el que Villamonti resplandeció. El cortijo reflejaba el amor de su promotor por los caballos ya que combinaba con buen gusto una suntuosa vivienda con una gran caballeriza, enlazadas ambas por un enorme patio central cerrado, delimitado por las cuadras, las dependencias de servicios y los dormitorios de la servidumbre. Las puertas de esas habitaciones no se asomaban directas al patio, sino a un corredor cuyo techo descansaba sobre decenas de columnas y que daban al patio el aire de plaza central de pueblo. El único modo de entrar o salir al complejo era un pasadizo insertado entre dos dependencias de servicio. El túnel estaba ubicado al frente de la escalinata de acceso a la mansión, con el gran patio en medio.

Dejándose guiar por Alessandra, Tony atravesó la entrada abuhardillada. Para él era como si ese túnel en vez de llevarlo al interior de un cortijo lo transportara a la plaza mayor de un pueblo hecho a la medida de una sola persona.

Una vez dentro de la plazuela, Tony giró sobre sus talones.

—Este conde debe ser millonario.

—Barón. No me atrevería a decir que es millonario. Rico sí, pero lo que es dinero en sí, cada vez tiene menos. Gran parte del que posee está empeñado. —Alessandra señaló con la barbilla hacia las puertas de uno de los corredores techados—. Se nota que este lugar vivió tiempos mejores porque parte de esas cuadras y habitaciones ahora están vacías.

En el momento que iba a comentar que le parecía inconcebible que el dueño de algo así pudiera tener problemas financieros, un hombre alto, de porte altivo, con facciones noreuropeas y cabello refulgente como la plata salió de una de las cuadras, con su exquisita vestimenta de equitación mojada y algo ensangrentada. Superada la línea de columnas, dos hombres se pegaron a sus espaldas, cada uno con una escopeta al hombro y con sus cañones dobles dirigidos al cénit.

Restregándose las manos en un trapo que le llevó a la carrera un mozo, el noble dijo a modo de saludo:

—La maestra Rinaldi. Y su hermano, supongo.

—Buen día, barón. Sí, es mi hermano —respondió mientras Tony saludaba con una ligera inclinación de la cabeza—. ¿Algún cuadrúpedo nuevo aquí en el castillo? —preguntó con los ojos puestos no en el trapo, sino en los dos guardaespaldas.

—¡Una yegua! Por fin logré el cruce que tanto ansiaba. Será portentosa. Con ella recuperaré el prestigio de mi yeguada. —El barón se interrumpió, consciente de que hablaba más de lo debido—. Otro buen ejemplar, como siempre.

El dueño de casa -y de casi todas las de Villamonti- dejó caer el trapo a tierra y se dirigió hacia las escalinatas de acceso a la vivienda. Al llegar al primer peldaño el trapo ya había sido recogido por una sirvienta y las huellas barridas por otra, lo que dejó la arena del patio lisa y pareja.

—¿Qué la trae por aquí, Rinaldi?

—Una contribución, barón. —La maestra se esforzó para mantener el ritmo marcado por esas finas y altas botas de equitación.

—Pues no vendría mal, maestra, dicen que usted sabe mucho… Tal vez podría incorporar alguna clase de disertación suya en mi fiesta de cumpleaños, como si fuera una cuentacuentos…

Al escuchar la irrespetuosa burla, Tony cerró los puños y apretó la mandíbula. Mas al darse cuenta de que el enfado había llamado la

atención de uno de los cuidadores optó por disimular y enmascarar su enfado con un falso dolor que lo obligó a cojear aún más.

Mientras tanto Alessandra sacó provecho de la burla.

—Acepto su propuesta, barón D´Aragona. A cambio de otra colaboración suya para alimentar a mis pequeños puedo declamar alguna obra en la fiesta. Estoy segura de que los poemas de Aldo Spallicci gustarán mucho a sus invitados.

Fastidiado por la mención al médico y poeta republicano y por la agudeza de alguien que no se amilanaba ante él, el barón se mordió la lengua para evitar decirle a esa mujer que sus esfuerzos por ilustrar a los hijos de los campesinos solo servían para volverlos disconformes con su sino. D´Aragona estaba convencido de que la escuela de Villamonti no formaba campesinos de provecho sino futuros proletarios conscientes de su propia infelicidad.

Pero D´Aragona prefirió contenerse. Si algo había sabido hacer la nobleza terrateniente siciliana era identificar los vientos de cambio y maniobrar para que ese mismo viento mantuviera henchida sus velas. Esa habilidad le permitía conservar sus privilegios sin importar que persona, que país, que religión o que ideología rigiera en la isla.

El barón era consciente de que Sicilia estaba siendo barrida, en ese verano de 1943, por un vendaval de cambios, con ráfagas que no solo soplaban desde Washington o Londres, también surgían de Moscú, el Vaticano, París y Roma. Centros de poder y pensamiento que empujaban sus torbellinos renovadores hacia la Sicilia profunda, en un intento, fútil a ojos de D´Aragona, de transformar una isla refractaria a los cambios.

—Creo que me veré obligado a rechazar su propuesta. —El barón forzó una sonrisa—. Le daré las viandas con la condición de que no se persone en mi fiesta y declame esos versos.

Hecha una seña al mozo del pañuelo para que se acercara y atendiera a la maestra, el barón Carlo Bendicò D´Aragona subió los peldaños y entró en su mansión. Camino a la despensa Tony notó como el guardaespaldas siguió atento a lo que hacían, listo a blandir contra él la escopeta que, por el momento, seguía apuntada contra las blancas nubes que sobrevolaban la villa de los tres promontorios.

II

Ver al hermano de la maestra hizo que Gino Licata recordara a su padre. La cojera; la actitud de no estar donde debía sino junto a los compañeros dejados atrás; el habla distinta… Así llegó su padre a casa cuando lo desmovilizaron en 1918, con el espíritu hecho pedazos. La única razón por la que esos pedazos no se habían desperdigado había sido la promesa de otorgarles tierras a los soldados, un ofrecimiento que se hacía en cada guerra que libraban los habitantes de esa maldita

península con forma de bota desde hacía más de dos milenios, con la gran diferencia que los únicos que honraron su compromiso fueron los romanos. Así le decía su padre cuando él, de adolescente, lo ayudaba a arar las tierras que en ese entonces pertenecían al padre de Carlo D ´Aragona, el anterior barón. Un pobre veterano de guerra que trabajaba, junto a su pobre hijo, las tierras de un rico terrateniente de sangre azul que se las dejaría a su heredero, también de sangre azul pero que Gino bien sabía era tan roja como la suya.

La frustración por el incumplimiento de la promesa hecha por Roma durante la Gran Guerra espoleó al padre a asistir a la manifestación de Catania de 1919. El veterano decidió llevar a Gino para que aprendiera a luchar por lo suyo sin saber que lo haría partícipe de una protesta que pasaría a la historia como la Gran Matanza de Catania.

Para desgracia de la familia Licata, el padre de Gino fue uno de los fallecidos.

Muerto el arrendatario las tierras que labraban fueron adjudicadas a otra familia. El desalojo fue ejecutado por el caporal que servía al barón de ese entonces, un hombre de honor encargado de administrar sus bienes y de librar al terrateniente del sucio y pesado trabajo de lidiar con lo que el noble consideraba un lumpen perezoso, quejica y desagradecido. Según el padre de Carlo D ´Aragona, sin su generosidad los lugareños morirían de hambre.

Obligado por la necesidad Gino se transformó, de un día para otro, en adulto y carpintero. El oficio no solo le sirvió para velar por su madre y luego por su esposa y dos hijos, también lo elevó un escalón en la pétrea escala social villamontesina, moviéndolo de la extensa base campesina a la de los artesanos. Gino era el único capaz de materializar, en forma de muebles, artefactos o mecanismos, las ideas del barón, de Don Petru, del abad, de los hombres de honor o de los pocos favorecidos del lugar.

Lo que no sabían los pudientes de Villamonti era que, así como Gino Licata se había convertido en un artista de las maderas y de los mecanismos, también se había convertido en un acérrimo comunista, hecho ideológicamente a sí mismo con los pasquines y periódicos traídos por su amigo el conductor del bus, junto a esporádicas asistencias a las asambleas clandestinas del partido en Catania.

Los constantes cambios de opinión del barón habían retrasado a Gino, deseoso de rematar el montaje de la lápida de su amigo Vincenzo. Para ahorrar tiempo decidió cortar camino al cementerio cruzando la plaza Cavour, ruta que no le gustaba porque pasaba entre la casa del mayor bribón de Villamonti, Don Petru, y la iglesia, guarida del cura, maniobrero de marca mayor siempre pegado a las faldas del barón o de su caporal. Para colmo, en una de las esquinas

de la plaza, los esbirros de Roma habían instalado un cuartel.

A Gino le dio mala espina ver como el carabinero joven, de pie ante la puerta de su cuartelillo, gritó algo hacia dentro nada más verlo aproximarse. Un instante después el brigada salió.

—¡Carpintero! Venga dentro, carpintero, necesitamos que le eche un ojo a los postigos.

Al entrar, agradeció el fresco ambiente del recinto a pesar de que su fachada recibía de lleno los últimos rayos del sol de la tarde. Dentro estaban todos los esbirros, incluido su jefe, el siciliano con pinta y modos de piamontés, a decir de los del pueblo.

Gino revisó unas contraventanas que funcionaban igual de bien como el día que las habían montado doscientos años atrás. Esto hizo que la mala espina de antes se le clavara aún más.

—Estas contraventanas están bien.

—Usted es Licata, ¿no? De nombre Gino y profesión carpintero —dijo el oficial desde su escritorio.

—Sí.

Obligado tanto por un gesto del oficial como por el arreado al que fue sometido por el voluminoso suboficial, Gino se acercó al escritorio. El brigada tomó posición a un lado de su jefe, un poco por detrás. En el escritorio de al lado los dos carabineros entrados en años ordenaban y abrían varios libros muy viejos. Una vez tomó asiento, el carpintero quedó enfrentado al oficial que lo escrutaba como hacía él al estudiar una pieza de madera en busca de nudos o grietas.

—Los postigos siempre estuvieron bien, ¿no es así? —Gino cubrió su preocupación con un velo de enfado.

—Idea de mi segundo. —El oficial ladeó la cabeza hacia el brigada—. Es del parecer, y no le resto razón, de que para ciudadanos como usted las citaciones a declarar son como intentar dar una cucharada de aceite de ricino a un niño. Hacen que desaparezcan.

—¿Ciudadanos como yo?

Esta vez el oficial miró a la pareja de carabineros veteranos.

—Sabemos por nuestro patrullaje previo a la creación de esta estación fija, que usted no es muy amigo de la autoridad.

Gino lanzó un bufido mezclado con carcajada, remedo de una respuesta que no serviría de nada darle a ese estirado capitán ya que ese «patrullaje» no era otra cosa que paradas que hacían el cabo y su colega o en el bar del pueblo o en la casa de Don Petru, aunque sí que reconocía que en ambos lugares no sería muy difícil obtener un perfil completo de cualquiera de los habitantes de la comarca.

En vez de eso, Gino prefirió replicar con una pregunta que molestaría a su interlocutor.

—Usted dice que no soy amigo de la autoridad. ¿A qué autoridad se refiere? Para no ser amigo de algo ese algo debe existir.

A sus espaldas el cabo Pizzuto y el soldado Mazzola miraron a su capitán con cara de «ya lo dijimos, es un comunista».

—Si quieres una prueba de autoridad *ex abrupto*, puedes pasar la noche en nuestro calabozo por falta de respeto a la misma —intervino el brigada, con la vista puesta en la anacrónica jaula que compartía espacio con escritorios, sillas, estanterías, el armero y los retratos de Víctor Manuel III y de Benito Mussolini.

—Propongo comenzar de nuevo —dijo el oficial, conciliador—. Soy el capitán Settimo Taibi.

—Gino Licata —contestó el lugareño, sin incluir la fórmula «para servirle» que usaba cuando conocía a alguien que podría convertirse en cliente.

—Queremos que nos diga qué cree que es eso. —El oficial apuntó con un índice hacia el calabozo.

El brigada cogió una larga llave, de las antiguas, colgada de un aro suspendido de una tosca alcayata tan antigua como la llave. Tras insertarla en el ojo de la cerradura, abrió la reja con su correspondiente y también decrépito chirrido.

Revolviéndose en la silla, Gino vio como el brigada levantó una gruesa lona. A la vista quedó algo muy familiar para él.

—Venga, entre, échele un vistazo a esto y díganos qué puede ser —dijo el brigada.

Sin ánimo a dejarse pillar dos veces por sorpresa, Gino prefirió observar desde fuera al tiempo que ponía cara de indeciso ante las piezas del molino que él mismo había fabricado un par de meses antes.

—Parece parte de un yugo —mintió.

Desde el escritorio el capitán observaba, atento a cada palabra, a cada inflexión, a cada gesto y a cada postura.

—Y, según tú, esta redonda piedra de un quintal es un cencerro —gruño el brigada.

—No. Tal vez sirva para que se clave más la reja y el cincel. —Gino, dio consistencia a su invención escudándose en la necesidad de todo labriego de que su arado abriera un profundo surco en la tierra —. Quien con burros ara, la tierra araña.

Después de dejar todo tapado y cerrado como antes, el brigada llevó a Gino hasta su silla.

—Nosotros tenemos otra teoría, —el capitán Taibi dejó la frase colgada entre él y el carpintero el tiempo suficiente para incomodar al artesano—, se trata de una muela y parte del mecanismo con el cual moler grano. Su compadre, el finado Vincenzo Amodio, operaba una molienda personal en su morada. Una molienda secreta e ilegal.

«Ilegal tu puta madre» quiso decirle Gino escudado tras un frustrado estornudo fingido. Consciente de que los carabineros

esperaban que dijera algo, los complació.

—Una muela de un mecanismo de una molienda secreta de Vincenzo… —repitió con su mejor cara de idiota.

Ansioso por usufructuar, de manera práctica, esa autoridad de la que estaba investido y que el interrogado tenía la desfachatez de poner en duda, el brigada rodeó el escritorio y se inclinó hasta acercar su boca al oído de Gino Licata.

—Basta de hacerse el tarado, en este pueblucho solo una persona es capaz de hacer algo como esto, y ese eres tú.

—Si se cuidan las cosas, duran, como esos postigos.

—Lo de siempre mi capitán, aquí la gente no habla y si lo hace, no dice nada.

Settimo Diotisalvi Taibi lo sabía. Pero los años, además de experiencia, le habían otorgado paciencia. Los mafiosos rurales, sus víctimas y sus contratistas -como parecía ser el caso de ese carpintero- estaban tan desacostumbrados a la presencia policial que un simple cambio en su rutina de vida los ponía nerviosos. También sabía que si alguien al margen de la ley se ponía nervioso, cometía errores, fallos muy provechosos para resolver casos y desarticular bandas, como la que campeaba allí, en Villamonti.

Con un tronar de dedos el oficial ordenó a los de la mesa de al lado que colocaran un libro abierto ante Gino Licata.

El carpintero tragó grueso al ver las páginas. Ese esbirro no solo hablaba bonito y lucía como los santos pintados en las paredes de la ermita del promontorio, el hombre era listo…

—¿Reconoce lo que ve en los dibujos, señor Licata?

—Son casas.

—¿Casas con una rueda de madera al lado tan alta como la casa? —El brigada dio un manotazo sobre el libro.

—Suboficial, vaya y averigüe si el jefe comarcal está en su oficina.

Aunque ocupaban el mismo edificio, para ir de la estación al Palacio tenían que salir y luego atravesar la entrada principal. Ambas puertas, la pequeña de la estación y la amplia y adornada miraban hacia la plaza, a su fuente central y, más allá, a la casa de Pietro Costa.

La pausa introducida por Taibi para desembarazarse de su brigada fue aprovechada por el cabo que, después de colocar otro libro abierto sobre la mesa, al retirarse rozó el hombro de Gino con la funda de su pistola.

El oficial tocó los bocetos de ambos libros y dijo:

—No son casas, son molinos de agua. Muy antiguos. Como es lógico suponer en Sicilia no abundan. Ahora se mueven con calderas a vapor.

—En este pueblo no hay una sola máquina de vapor —interrumpió el interrogado.

—No, los molinos industriales están abajo, en Mesina, Catania, Siracusa, Palermo y otras ciudades. Pero antes de eso las muelas debían moverse o con bestias o con viento.

—O con agua —completó Gino, para no parecer demasiado atontado.

—Estas viejas crónicas hablan de molinos accionados por agua en Sicilia. Eran unos pocos, situados al oeste del Etna, en los montes Nebrodi.

El carpintero prefirió quedarse callado, con cara de muñeco de palo.

—¿Ha visto alguno por esta zona? ¿Ha trabajado o restaurado alguno de ellos?

—De haberlos ya estarán destruidos, de lo viejos que son.

El capitán Taibi miró al carpintero. Esperaba una mentira por respuesta y mentira fue lo que obtuvo, pero así era el trabajo policial en esa tierra, parecido al de un daguerrotipista. Para armar un caso sólido, a prueba de tribunales de apelación comprados por los mismos mafiosos condenados, había que trabajar el daguerrotipo durante todo el tiempo que hiciera falta, para obtener una imagen clara y nítida, frágil como todo daguerrotipo que es negativo y positivo a la vez.

El problema era que esta vez la invasión aliada le quitaría el margen de maniobra al que estaba acostumbrado.

«Si la rueda de esos molinos las armó el mismo que fabricó los postigos de estas ventanas, sin duda seguirán en pie. Solo faltó alguien como tú para ponerlas en marcha», pensó el oficial al tiempo que archivaba lo conversado en su memoria.

—Es libre de irse, señor Licata.

El carpintero, malencarado y sudoroso, coincidió en la puerta con el brigada.

—Capitán, el Jefe Comarcal no está en su despacho, pero lo encontré en la notaría, junto a su ayudante.

—Bien, iré a hablar con él.

El último custodio del poder civil -antes de la recolonización emprendida en Villamonti por el capitán Taibi- tenía todo el parecido al farero de la más lejana y aislada de las Islas Egadas. El hombrecillo, bajo y avejentado para su edad, soportaba sobre sus hombros todo el peso de la administración de un Estado cuyo continuo retroceso solo dejó un racimo de oficinas solitarias llenas de registros, impresos, formularios, cuños y sellos, instrumentos que desde hacía muchos años solo eran usufructuados por las tres únicas personas con capacidad de realizar traspasos de propiedades o bienes en Villamonti, el cura, el barón y el caporal del barón, es decir, Pietro Costa.

Con los colores subidos al rostro, el Jefe de la Pedanía cerró de golpe un registro catastral, ocultando en su interior un papel lleno de datos por él recabados y que pronto estarían en manos de Pietro Costa.

—Capitán. Buenas noches. Ya casi nos íbamos a casa.

—Buenas tardes señor Pandolfino. —La reacción hizo que Taibi leyera los títulos de los libros de actas—. Tengo entendido que la comarca pertenece casi toda al barón.

—Con excepción de ciertas parcelas de la Iglesia, sí, son del barón —contestó el funcionario, preguntándose si el policía sabría algo del plan de futuro de Don Petru en relación a las tierras del barón.

—¿De la Iglesia? ¿Y lo de la expropiación de 1866?

—Ehhh… Tanto cambio, tanto cambio… Eso no llegó aquí. Esas normas no suben el monte.

«Subir el monte…». Otra vez la frase que tanto fastidiaba a Taibi, esta vez en boca de quien debía hacer cumplir esas mismas normas. Taibi sospechaba que en ese pueblo la repetían desde hacía generaciones.

—Da igual, no vengo por eso. Las tierras por las que pasa el río Troina, ¿son del barón?

—Sí.

—¿Hay molinos a lo largo de su cauce?

—¿Molinos? —El funcionario tragó gordo.

Ver al Jefe Comarcal con la misma cara de tonto exhibida por el carpintero tan solo unos minutos antes, enfureció a Taibi. Lo que esperaba de un miembro del gobierno era colaboración, no trabas.

La petición de una orden de registro de las tierras por las que discurría el río Troina encontró las mil y una excusas, a pesar de que, como único representante gubernamental, estaba más que facultado para firmarla.

Taibi estaba furioso, pero no lo exteriorizó. El asunto requería paciencia, no aspavientos. Sus primeros fracasos al perseguir mafiosos en Trapani le habían enseñado a instruir casos como se debía y que de nada servía tomarse la ley en sus propias manos.

Cuando el capitán de carabineros Settimo Diotisalvi Taibi salió del Palacio ya era de noche. Para ese momento sus hombres seguían el esquema nocturno, con uno de guardia en la estación y el resto en el dormitorio habilitado en la planta baja del edificio, ese del que apenas había salido dando un sonoro portazo.

Antes de regresar daría un paseo. Así la brisa proveniente del mar Jónico le apaciguaría el enfado. En momentos como ese se preguntaba por qué no fumaba más a menudo. De esa manera tendría cigarrillos consigo. Guiado por el ansia, el policía percibió olor a tabaco. Al buscar el origen descubrió una tenue lumbre flotando en la terraza de

la gran casa contraria al Palacio Comarcal.

Sabedor de quien la sostenía, Taibi susurró:

—No se saldrán con la suya, ni usted ni el barón. Buscaré la orden donde haga falta.

III

Si bien la ruta Troina-Enna no estaba asfaltada -como casi todas las carreteras de Sicilia-, el capitán Taibi se sentía muy bien al volante del Fiat 508 CM. La pista llana, bien compactada y sin baches le permitía alcanzar, y a veces superar, los sesenta kilómetros por hora, velocidad que bajaba a ritmo de caminante cuando encontraba desplazamientos de tropas o caravanas de refugiados civiles. Al carabinero le llamó la atención que los militares que se dirigían al sur, es decir, al frente, siempre eran italianos. Los que viajaban al norte siempre eran alemanes.

—Vamos a crear una línea defensiva en la base del Etna —le dijo un mayor alemán desde un todoterreno Volkswagen con el que se cruzó—. Vosotros los desgastaréis y nosotros los remataremos —agregó el alemán, de pelo tan claro, tez tan blanca y ojos tan azules como él mismo.

Detrás de esa columna alemana iba un rosario de coches y autobuses con civiles. En un principio Taibi creyó que eran refugiados, pero al observar el interior de los vehículos notó que eran personas pudientes, funcionarios y jerarcas fascistas cuyas camisas negras y brazos alzados coronados con manos extendidas habían quedado atrás, en poblaciones como Gela, Comiso, Vizzini o Ragusa.

Los movimientos de equipos y regimientos evidenciaron lo cerca que estaba la guerra. Eso no implicaba que los combates se propagaran rápido. Sicilia podía ser una isla muy difícil de atravesar siempre que cada puente y cada pueblo enclavado en la cima de una colina se convirtiera en una barrera infranqueable.

La visión de un pueblito montado sobre una colina rodeada de campos de trigo indujo al capitán a imaginarlo plagado de cañones que transformaban la villa en un formidable obstáculo para cualquier avance aliado. Pero eran solo suposiciones suyas porque el aislamiento en Villamonti más su obsesión por Pietro Costa le habían hecho perder el hilo de la invasión.

«Cómo me gustaría tener una radio en este coche», pensó.

Los olores de campo, el brillante sol de media mañana y la conducción agradable obraron el milagro de hacer que Taibi se relajara y se concediera una ligera divagación materializada en el recuerdo de una conversación que tuvo durante su servicio en Enna. En esa ocasión Taibi, reunido en la mesa de un bar con un informante venido de Chicago, escuchó algo que le pareció increíble:

«En los Estados Unidos hay coches con radio. Puedes conducir escuchando música o noticias».

«Me tomas el pelo», le había dicho Taibi.

«Se lo juro, general», así lo llamaba el ítaloamericano, «yo era el chófer del *boss*. Usaba la radio del coche para escuchar las carreras de caballos y los partidos de béisbol, así tenía siempre un oído puesto en su negocio clandestino de apuestas».

Aunque nunca había visto un coche con radio en el salpicadero, pronto comprobó que existían. Esos autos costaban casi el doble, solo por el detalle de tener receptor de radio.

Desde entonces ese se convirtió en el sueño de su vida.

«Esposa es lo que deberías tener, el coche ya te lo da el cuerpo de carabineros…», le repetía su madre cada vez que hablaba del tema cuando la visitaba en Trapani.

«Con todo respeto, madre, no quiero casarme con una mujer para volverla viuda».

Así como el mayor sueño del oficial era tener un coche vanguardista, su mayor pesadilla era que la Mafia atentara contra su madre para amedrentarlo, tal y como habían tratado de amedrentar a Cesare Mori con el cobarde asesinato del agente Taibi, uno de sus más estrechos colaboradores.

El crimen había ocurrido ante su mujer e hijo.

«Con un coche, ahora que lo pienso».

«Prométeme que no dejarás mafioso con cabeza», le había dicho su madre una vez, hacía años, cuando Settimo se presentó ante ella recién graduado de la Academia de Carabineros.

Cuando su hijo se entristecía ante la posibilidad de que su madre fuera asesinada como lo había sido su padre, ella siempre le repetía:

«Tu padre amaba esta tierra, aún más de lo que tú y yo la amamos. Ese amor, como todos en esta vida, exige sacrificios. Cuida de Sicilia como hacía tu padre. Si me matan mientras lo haces, no será por ti, ocurrirá porque Dios decidirá volver a juntarnos».

El eco de las palabras maternas enmarcó la entrada del capitán en Enna, ciudad que conocía bien por haber sido uno de los campos en los que más batallas había librado en su cruzada contra la Mafia, guerra a la que había decidido consagrar su existencia.

El policía percibió que Enna estaba rara. La sensación era muy parecida a la que precedía a algún atentado mafioso. Era como si las casas, calles, plazas y fuentes se prepararan para el inminente brote de violencia y consecuente baño de sangre.

«Espero que los americanos no la bombardeen, en el casco urbano no hay ni un solo cuartel», pensó al detener el coche al borde de la zona antigua. Taibi sabía que era más rápido recorrer a pie esas tortuosas callejuelas que intentar llegar en coche hasta el Despacho de

Justicia, máxime al haber tanto revuelo. Las veredas estaban atestadas de familias que iban y venían, esquivando a una que otra abuela sentada en su mecedora frente a la puerta de casa. El jaleo resultante llevaba adosado su correspondiente griterío al estilo siciliano.

Cuando el paso enérgico de Taibi lo llevó a una plazoleta, lo que encontró en ella le heló el corazón. Un condenado a muerte, muy pequeño, niño él, encaraba a un pelotón de fusilamiento conformado también por niños, unos meses mayores que él. Los verdugos apuntaban al reo con palos más o menos largos y más o menos derechos.

—¡Muerte a Mussolini! —gritaron desde el grupo de espectadores, también infantes y en el que además había niñas.

—Preparados, apunten… ¡Fuego!

Como profesional y especialista en violencia, Taibi concluyó que, para que el pequeño fusilado diera las tres vueltas sobre los talones que dio, las balas de mentira debieron golpearlo todas en el lado izquierdo de su pecho. Eso justificaba el teatral y dramático efecto peonza con el que el pequeño Mussolini murió.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —bramó el representante de la ley.

Obtenida una masiva huída por respuesta, Taibi reemprendió la marcha hasta que, pocos pasos después, escuchó un sollozo. El indicio lo llevó hasta una esquina tras la cual descubrió a una niña que se cogía una raspada y ensangrentada rodilla.

El policía miró alrededor en busca de alguien que se hiciera cargo de la accidentada. Pero todos estaban a lo suyo, agobiados por la invasión de turno. Tras dar una ojeada a su reloj de pulsera para comprobar si tenía o no tiempo, el policía primero bufó y después cargó a la niña.

—¿Dónde vives?

—Allí —Un delgadito brazo y aún más fino índice apuntaron hacia una travesía empedrada.

Repetida cuatro veces la pregunta y obtenida cuatro veces la misma respuesta, el capitán recorrió varias callejuelas hasta que, por fin, atravesó el dintel de una puerta. La fresca oscuridad del interior de la casa fue bien recibida por el militar.

«¿Hola?, ¿hay alguien?». El carabinero atravesó toda la vivienda hasta llegar al patio trasero.

Lo que vio a continuación lo sorprendió aún más que el fusilamiento del pequeño Mussolini. Como buen lector de evidencias que era, el policía supo que algo ilegal ocurría en ese solar.

El impacto de ver a un policía de aspecto tan imponente y norteño fue mitigado al instante por lo que llevaba en sus brazos. Las madres y abuelas sicilianas presentes también eran diestras lectoras de

indicios y expresiones corporales, sobre todo al ser miembros de un pueblo que era capaz de comunicarse sin palabras. De ahí que concluyeran, al primer vistazo, que el carabinero no venía en son de guerra.

—¡Marcela!

—¿Qué te hiciste? Ven acá que te lavo.

—Gracias por traerla, coronel.

—¿Quiere un café? ¡Lucía! Trae café y una silla.

La avalancha de comentarios y ofrecimientos, provenientes de ese corro de humildes mujeres, jamás habría ocurrido tan solo un mes antes. El ancestral retraimiento isleño había retrocedido, dejando libre un escondido espíritu dispuesto a escapar de su encierro de la misma manera que salía el genio de una lámpara frotada tres veces.

El motivo del jolgorio estaba claro y desperdigado por todo el patio en forma de tiras de tela blancas y rojas más rectángulos azules y estrellas blancas de cinco puntas. Centenares de ellas, entreveradas entre rollos de hilo, agujas, dedales y tijeras.

Aunque no se sentó, Taibi aceptó cuando alguien cambió a la niña por una taza de café.

Una vez la apuró, agradeció con una inclinación de cabeza. El capitán prefería no hablar ya que no confiaba en mantener separados su yo policía con su yo siciliano. El primero deseoso de intervenir y el segundo predispuesto a adaptarse y dar la bienvenida al nuevo invasor, en este caso norteamericano.

Vigorizado por el café de achicoria y por la energía de las costureras de la fábrica de fortuna de banderas yanquis, Taibi alcanzó el Despacho de Justicia.

La entrada y el atrio del robusto, feo y funcional edificio de estilo art decó que al Duce tanto gustaba era un reflejo en miniatura de lo que Taibi había visto en la carretera y en las calles de la ciudad. Del edificio salían individuos de todo pelaje con los brazos llenos de enseres, arrancados a un sistema de justicia colapsado, tal y como comenzaba a ocurrir con el resto del gobierno.

Azorado más por lo que esperaba ver que por la premura con la que subió las escaleras, el capitán irrumpió en la oficina encargada del combate al crimen organizado. Lo rápido que iba le impidió detenerse antes de pisar una alfombra de expedientes, legajos de papeles mantenidos unidos por cuerdas, cual paquetes de fiambre.

—Pero qué diablos…

—¿Teniente Taibi? —preguntó un ujier de tribunal que, ayudado por un bedel, cargaba una estantería vacía.

Sin tiempo ni ganas de preguntar si ese mueble sería usado en una barricada urbana o en el salón de una casa, el capitán señaló las insignias sobre los hombros de su uniforme de diario.

—Ahora soy capitán. ¿Dónde está el juez?

Un índice extendido de una mano que no aflojaba el mueble le indicó al militar que quien buscaba seguía en su puesto.

Cuatro pasos bastaron a Taibi para darse cuenta de su error. El juez no estaba en su puesto, al menos tal y como imaginó. Seguía en su oficina, concentrado en recoger sus efectos personales.

—Buenos días, señor juez.

—Buenos días carabinero Taibi. Creía que estaba en Troina. ¿O lo transfirieron al frente? Supe que estamos cortos de efectivos, aquí ya reconfiguraron todos los regimientos. Redujeron sus atribuciones policiales y potenciaron las de defensa del suelo patrio.

—Sigo en Troina, su señoría. Allí aún seguimos desarrollando trabajo policial. Espero que no cambie porque estoy en medio de un caso. Por eso estoy aquí, necesito que emita una orden de registro.

—Mmm… No hay nadie instruyendo nada en Sicilia. ¿No ve cómo está esto? Los americanos están a tiro de piedra de aquí. El Estado se desmorona, capitán. Lo hecho, hecho está y usted ha hecho más que nadie. Valga decir que de manera impecable, mejor que el mismísimo Cesare Mori.

Un estruendo de cristales rotos llegó desde la antesala del despacho. Al asomarse, juez y carabinero comprobaron que el ruido lo habían provocado los dos del estante al tratar de descolgar la llamativa y costosa lámpara.

—Ve lo que le digo, Taibi, Italia se desmorona.

El juez regresó a su escritorio para reanudar el rescate de su querido juego de plumas, tinteros y portapapel secante, todos en plata, aquellos con los que había firmado cientos de sentencias desde que sus padres se lo regalaron para que lo usara el primer día de trabajo, un año antes del cambio de siglo.

«Italia se desmorona». El contundente veredicto de aquel cuyas sentencias habían cerrado con broche de oro sus casos más recientes dejó a Taibi desconcertado, cual caballo de hipódromo al que se le quiebra la pata antes de la última curva para terminar sacrificado por la piadosa bala de un veterinario.

Cuando Taibi regresó a la triste realidad, notó como el juez le trepanaba el alma con su mirada sapiente e inquisidora.

Sin decir palabra el letrado volvió a colocar sus argentinos utensilios sobre el escritorio, se sentó y, después de sacar del primer cajón un folio en blanco y un sello oficial, preguntó:

—¿A quién quiere usted allanar, capitán?

IV

Obtener la orden de registro sin muchas complicaciones le había dejado tiempo de sobra. De haber tardado habría tenido excusa para

no estar allí, en ese pequeño bar, con una taza de café de achicoria entre manos. El brebaje no sabía mal gracias al buen hacer del viejo que lo preparó.

Aunque el barista reconoció a Taibi, aparentó no haberlo visto en su vida. La novedad era verlo enfundado en un uniforme de carabinero. Era imposible olvidar a alguien con aspecto tan elegante y facciones tan foráneas aunque todas las veces anteriores hubiera hecho tiempo vestido de parroquiano y sentado en el rincón más oscuro de su local.

Todos los que visitaban a Pascualina creían lo mismo, que sus subterfugios hacían que nadie reparara en ellos y se descubriera que eran clientes de una meretriz de altos vuelos, exclusiva y accesible solo a funcionarios y pudientes. Pero la cercanía de los americanos hacía que todos en Enna andaran de cabeza.

Acabada la segunda taza, el capitán Taibi dejó cinco liras sobre la barra, se ajustó la gorra de sobre ladeándola a la derecha, estiró su guerrera cogiéndola por el borde inferior y se dijo:

«Qué importa que sea de día. El juez tiene razón, todo se desmorona».

Esquivados unos carretones de madera cargados de enseres, Taibi alcanzó la otra acera y tocó a la puerta de una casa, de dos plantas igual a todas las demás, adosadas, de fachadas lisas y sosas, viviendas que, tal y como hacían sus dueños, se igualaban las unas a las otras para desvanecerse entre la uniformidad.

La puerta fue abierta por una mujer con vestido, delantal, pañuelo en la cabeza y plumero en mano.

—¡Settimo! Que sorpresa, eres la última persona que esperaría ver. Vamos, pasa, me pillas en pleno zafarrancho de limpieza. Deja que le sacuda el polvo al sofá para que te pongas cómodo.

Aunque no lucía maquillaje, ni vestido parisino ni medias de seda, Pascualina no deslucía. Al policía le gustó verla así, al natural.

Las visitas del hombre a la mujer ocurrían desde hacía mucho tiempo. El que Settimo Diotisalvi ejerciera su cruzada antimafia como si de un apostolado justiciero se tratara no significaba que él se creyera un policía monacal, y menos aún cuando desde muy joven fue blanco de miradas y coqueteos femeninos que lo llevaron a apreciar los placeres carnales muy pronto, gozos a los que él mismo había puesto límites al decidir que jamás convertiría a una mujer en viuda y a unos niños en huérfanos.

Los esporádicos encuentros con los placeres que solo una mujer podía darle hicieron que, al principio, frecuentara a una chica en Palermo, a otra en Mesina y a Pascualina en Enna. El paso de los años redujo a solo una las mujeres que visitaba, y si bien siempre mediaba una transacción monetaria entre ellos, el tiempo los convirtió en

amigos.

«¿Sabes, Settimo?», le había preguntado una vez mientras ella jugueteaba con los vellos de su pecho durante una de sus varias pausas de la noche. «Eres el único del que puedo decir que el roce hace el cariño».

Él sentía lo mismo, por eso estaba allí.

—Pascualina, ¿por qué estás limpiando? Deberías estar empacando… Es más, ya deberías haber evacuado. Los del Despacho de Justicia tienen un autobús que los sacará de Enna y puedo conseguirte una plaza.

—¿Irme? ¿Por qué?

—Porque el frente se acerca. Los americanos y los británicos siguen moviéndose de sur a norte. En uno o dos días estarán aquí. ¿No tienes una tía en Roma? El bus te llevará. Allí estarás segura, los aliados nunca la bombardearán.

Entendido el motivo de la intempestiva visita, Pascualina dejó el plumero en una mesa y, acercándose al militar, posó una mano en su mejilla.

—Caballero de gris uniforme… —Pascualina suspiró—… Roma la bombardearon ayer, querido mío.

A Taibi se le erizaron los pelos de la nuca, Italia no solo se desmoronaba desde dentro, los aliados ayudaban a que así ocurriera.

—Con más razón entonces debes escapar. Vete al norte.

La mujer bajó la mano y caminó por un salón cuyo lujo contrastaba con la fachada de la casa. Al pasar frente a una pintura de verdes prados de montaña, dejó salir algo que siempre había querido decir:

—Vayámonos los dos, Settimo. A un sitio en el que no nos conozca nadie y donde podamos comenzar de cero. Suiza estaría bien, tengo mucho dinero guardado allí.

Pocas veces el capitán había sido cogido tan de sorpresa… Dejar atrás la violencia, los asesinatos, la extorsión, los huérfanos, las viudas, las torturas, los juzgados, las traiciones, las pesquisas y, sobre todo, a aquellos repugnantes seres que provocaban todas esas desgracias; los mafiosos.

«Italia se desmorona». La voz del juez volvió a resonar en su cabeza.

Movido por la costumbre cuando se sentía nervioso, Taibi se ajustó el uniforme. Primero centró el nudo de la corbata, luego estiró la guerrera halando de su borde inferior y, por último, verificó que todas las tapas de sus cuatro grandes bolsillos estuvieran bajadas y cerradas.

Tres lo estaban. Pero otra no ya que de ella sobresalía un sobre blanco con una orden de registro dentro.

Ese documento representaba, para el capitán, todo por lo que había luchado, un Estado que debía no solo imponerse sobre aquellos que lo menospreciaban, sino pervivir, pasara lo que pasara e invadiera quien invadiera.

La triste mirada de Settimo fue una clara respuesta.

—Persigues a otro mafioso, ¿verdad? Tú nunca paras, querido. Vamos, ve a por él. Yo me prepararé para la nueva etapa de mi negocio. En dos días esta ciudad estará llena de nuevos clientes.

V

…Así, en la víspera de este veintiuno de julio que comienza, el grueso del Séptimo Ejército norteamericano ocupa posiciones consolidadas en las llanuras al oeste de los montes Sicanos, a la espera de la orden de su comandante, el general Patton, para liberar Trapani, Marsala y la ciudad más importante de Sicilia, su capital, Palermo.

Hasta aquí el reporte de la BBC correspondiente a las…

Tony apagó el receptor y cerró el armario. A su lado la maestra sostenía dos tazas de café, café de verdad, que ella reservaba para momentos especiales. Aunque Tony no creía que salir al campo de madrugada fuera un evento extraordinario, por lo visto ella estaba convencida de que así era.

Agradecido por el gesto, Tony tomó la taza entre sus manos y la acercó a la nariz. Su aroma era maravilloso. Nunca jamás volvería a beber una taza de café como si fuera agua, ahora que había estado diez días sin beberlo.

Disfrutado el primer sorbo, Tony observó que Alessandra seguía en camisón y gorro de noche, cubierta a su vez por una bata blanca. Por suerte Tony ya la había visto así antes, con ese gran parecido a un espectro, bajita, con un gorro en la cabeza también blanco y, sus grandes y negras gafas de pasta. De habérsele aparecido un año antes en la Casa del Terror del Parque de Coney Island, se habría muerto de miedo.

—¿Por qué tiene esa cara? ¿Acaso vio a un fantasma, joven?

—No, no… Ehhh… Las noticias. —Tony se ruborizó—. La BBC dice que mis compañeros están a punto de conquistar el extremo oeste de Sicilia.

—Conquistar no, liberar. Los británicos son muy dados a los eufemismos. A los palermitanos les da igual qué termino empleen porque están muy acostumbrados a ser invadidos… Perdón, a ser liberados.

Tony acabó la taza, la devolvió y se metió detrás de un biombo colocado en una esquina. Sobre él colgaban las piezas más rústicas y gruesas que Alessandra había encontrado entre los efectos de su hermano. Allí había calcetines, pantalones, camisa, jersey y boina,

todas en distintos tonos de marrón. El calzado era el mismo de siempre, un par de resistentes botas de cuero hechas por un zapatero italiano de El Cairo. «Son indestructibles», había dicho la maestra cuando se las dio. El paso de los días convenció a Tony de que así era.

Cinco minutos más tarde, plantado en medio de la no muy ordenada estancia donde su anfitriona cocinaba, comía y, sobre todo, leía, el ruralizado neoyorquino preguntó:

—¿Qué tal estoy?

—Mmm… Todo un pastor siciliano. Por favor ándese con cuidado. El ejercicio le vendrá muy bien a su pie, pero no abuse. Hágale caso a Fortunato.

—Esta guerra no está resultando, ni de lejos, como me la imaginé. Ahora me convertiré en el ayudante de un niño de diez años.

—Nueve. Aún no los ha cumplido.

—¿Cómo puede un renacuajo así pastorear solo por estos montes? Es una costumbre un poco salvaje, ¿no?

—Los antropólogos no estarían de acuerdo con usted, Tony. Cada sociedad tiene sus convenciones. En esta isla es costumbre pasar de la niñez a la adultez con un período de transición brevísimo. Nuestro querido Fortunato está en ese período, pero en máximo dos años ya hará cosas de adulto. Terminará convertido en uno si no logro mantenerlo en la escuela.

—Por eso no los ha mandado de vacaciones.

—Exacto. En una ciudad no podría hacerlo, pero, como dicen aquí, las normas no suben a Villamonti. El regreso a clases de mis primeros años era una sangría. Ayudar en los campos a sus padres hacía que muchos de mis niños no regresaran. Luego no los recuperaba. Recuerdo llorar a mares esos días.

—Pero son tan chicos…

—Usted se crió en una de las ciudades más avanzadas del mundo. A pesar de ello me contó que de niño vendía los bocadillos que preparaba su madre. ¿Qué edad tenía?

—La de Cumerdia, más o menos.

Alessandra prefirió guardarse para sí la pregunta de si eso le parecía salvaje. En su lugar prefirió instruir a su invitado, tal y como hacía con todo el que le prestaba oídos.

—Cuando un infante siciliano aprende a evitar aquello que puede poner en peligro su vida, está capacitado para ausentarse por muchas horas, fuera del paraguas protector de sus progenitores. Por esa razón y ya con seis años, los adultos dejan de llamarlos niños y los denominan muchachos. Ese cambio trae aparejado algo a lo que yo me opongo y me opondré mientras viva, la autorización otorgada por el uso y la costumbre para que se conviertan en aprendices.

—¡¿Un aprendiz de seis años?!

—Sí, esos pequeñines son muy bienvenidos en las minas de azufre, una de las principales actividades productivas de esta isla.

Tony sintió que le faltaba el aire. Cuando estaba a punto de sentarse, el murmullo creciente de dos decenas de pezuñas contra el empedrado de la calle ahuyentó la dantesca imagen que tenía en mente.

En la entrada abierta, Alessandra dictaba instrucciones.

—No lo hagas saltar como a tus cabras. Hazme caso, Fortunato. Mi hermano Valentino aún tiene el pie malo.

—Su hermano… —repitió el niño con sonrisa picarona.

—Shhh… Sí, mi hermano. —La maestra se señaló una oreja—. Regresa a tiempo para la última lección del día. Hoy practicaremos con las flautas.

—¡Flauta! —El redondo y pequeño rostro brilló tanto como su sonrisa.

«Así mantiene el interés de sus alumnos… Como me hubiera gustado tenerla de profesora en la Universidad de Nueva York», pensó al cruzar la puerta.

—Listo y a sus órdenes, señor Cumerdia.

Ya fuera del pueblo, Tony no salía de su asombro ante el control que el niño ejercía sobre su pequeña manada. Su yo urbanita era incapaz de percibir los matices en los toques que daba con su vara o en las inflexiones con las que decía sus nombres o les daba órdenes. Para el neoyorquino tal nivel de dominio rayaba en la magia.

Aunque se moría por conocer sus secretos, su yo teniente de artillería se impuso. Por eso convirtió el terapéutico paseo para fortalecer los músculos de su tobillo en un reconocimiento táctico en busca de posiciones dominantes y posibles emplazamientos de cañones y morteros, ya que nunca se sabía qué podía pasar.

Una vez el pueblo quedó atrás y se internaron en el boscoso valle del río, el pastorcito cambió el orden de marcha de su pelotón de balantes cuadrúpedos. La compacta formación urbana dio paso a un abierto rebaño. Al ver la maniobra Tony se convenció de que el niño era un diminuto y eficiente comandante de pelotón.

Alcanzada la cresta de una de las muchas ondulaciones del terreno, el amplio panorama desplegado ante Tony lo dejó boquiabierto.

—Para, Cumerdia, para. Dame un respiro, que quiero ver el paisaje.

El niño no entendió que quería hacer su amigo. Para él, que había crecido viendo cada mañana uno de los más maravillosos amaneceres del mundo, no veía nada raro en su entorno. En cambio Tony, que en su Nueva York natal solo veía el sol cuando saltaba de un edificio a otro, era un asunto muy distinto.

—Esto es maravilloso.

El primer rayo despuntado tras la imponente y lejana silueta del Monte Etna tiñó de naranja la cara del adulto, que era más alto. Unos segundos después, a medida que el astro subía y su luz se desparramaba sobre Sicilia, le llegó el turno a Fortunato, cuya piel comenzó a nutrirse de esa energía, como todo nacido en esa áspera y bella tierra.

Comprendido al fin que lo que tenía embobado a Tonino era la montaña y el sol que salía por detrás, el niño dijo:

—A veces esa montaña echa humo. Y si es oscuro se ve su fuego.

—Un volcán activo… —Tony recordó una película vista ocho años antes—. Un volcán situado al lado de una gran ciudad… El Etna y a sus pies Catania… Es exactamente igual a lo que vi en el cine. La película se llamaba *Los Últimos días de Pompeya*.

De lo dicho por el americano, el niño solo se quedó con Catania.

—Algún día iré allí.

—¿A Pompeya? Es una ciudad desaparecida por… —Tony se centró en su aquí y su ahora—. Olvídalo. ¿Qué me decías? ¿A dónde quieres ir?

Sentirse escuchado por un adulto que no lo corrigiera, riñera o le pidiera que se alejara era toda una novedad. Más aún que le preguntara por sus planes.

—Quiero ir… —El niño calló un instante. Luego levantó la cara, echó los pequeños hombros hacia atrás e inspiró—. Cuando sea grande veré mundo.

La solemnidad de su pequeño interlocutor inundó la mente de Tony de imágenes de exóticos paisajes como Japón, las islas de los Mares del Sur, Arabia o la Gran Muralla China.

—¿A sí? ¿Y a dónde irás?

El niño levantó el brazo y, con la vara de pastor como señalero, apuntó al este, hacia la falda sur del Etna. Una vez asumió la posición, respondió con voz grave:

—Iré a Catania.

La carcajada que quiso salir de la garganta de Tony por suerte no se materializó. El sentido común le advirtió, a tiempo, de que el chiquillo le había confiado algo muy importante para él.

La oleada de simpatía que sustituyó a su conato de risa dio paso a su vez a un profundo desasosiego al pensar más sobre el asunto.

«Al fin y al cabo estoy en el Mediterráneo», se dijo. «Ahora que lo pienso, un poco más allá, hacia el noreste, está Grecia». Tony juntó las piezas que se agolparon en su intelecto: el sol ya del todo despuntado; el niño; su sombra sobre la tierra de la ladera de una montaña; el fuego del Etna; la estrecha realidad de Villamonti plagada de difusas sombras; sus habitantes, entre ellos Cumerdia; Sicilia, la gran isla que

contenía el pueblo; el mundo entero, que a su vez contenía a Sicilia… En ese punto las imágenes dieron paso a la de su universidad, en Nueva York, en particular a la cátedra de Filósofos clásicos, el ágora donde se enteró de algo llamado la Caverna de Platón, esa mítica cueva mediterránea plagada de sombras y habitada por seres encadenados que creían que esas sombras eran su único mundo, incapaces siquiera de vislumbrar que más allá de la caverna existía una realidad inmensa, veraz, corpórea, auténtica…

Tony miró al niño con ternura.

—Seguro que sí, Cumerdia. Irás a Catania y más allá.

VI

Esa mañana las alturas aledañas a Villamonti no eran coto exclusivo de Fortunato, Tony y las cabras. Si bien un geógrafo no la consideraría grande, los cincuenta y un kilómetros cuadrados de cuenca del alto Troina representaban un reto para el capitán Taibi y los tres carabineros que lo acompañaban, el brigada, el cabo y el novato. Mazzola, el otro soldado raso a las órdenes del oficial, quedó a cargo de la estación.

Hacía mucho que el capitán no usaba el uniforme de campaña o de combate. De lejos no parecía diferente al de diario, pero de cerca y al tacto se notaba que estaba confeccionado con una tela distinta, espesa, resistente, siempre con ese indefinido color que unos veían gris y otros verde. Para el momento en el que la luz directa del sol los alcanzó, Taibi notó que el color estaba en consonancia con los arbustos y árboles de las tierras altas sicilianas, tan distintas a los parduzcos arenales que recorrió en Etiopía. Complementaban el uniforme de campaña el casco; el arnés porta munición; la camisa grisverdosa en vez de la blanca de diario y las polainas, que sellaban el ruedo de los pantalones con el fin de evitar mordeduras de serpientes o intrusiones de insectos pierna arriba.

El capitán no sabía si lo que más le molestaba era la gruesa lona del arnés o su pierna. El terreno irregular acentuaba el perenne recordatorio del lanzazo en su muslo, pero las bastas correas del arnés, con la cantimplora y los cargadores de repuesto de su pistola le daban mucho fastidio, sobre todo las dos que pasaban cerca del cuello.

—Lo que necesitamos es un guía, alguien que sepa moverse por este maldito laberinto —dijo el novato, el que abría la marcha.

El brigada bufó.

—Levante el fusil, carabinero, no es un bastón, llévelo cruzado ante el pecho, la mano en el cuello del arma, bala en la recámara, seguro quitado y dedo sobre el guardamonte —el suboficial espetó la recomendación del tirón, dicha y repetida cientos de veces—. Estamos en zona de posible actividad mafiosa, ¡atentos!

—Esto no sería un laberinto si tuviéramos el mapa —se quejó el soldado Parisi.

Taibi no contestó, la pérdida de ese plano que tanto le había costado encontrar cuando decidió abrir la estación de Villamonti lo molestó mucho en su momento, al descubrir que durante el trajín de la mudanza el cabo Pizzuto lo había colocado al fondo de una caja, bajo latas de aceite para limpieza de armas, una de las cuales estaba rota. Lo peor era que no había tenido tiempo de echarle un vistazo.

—Pues, si lo que buscamos es un molino de río, habrá que seguirlo *in extenso*.

—No necesariamente brigada Spadaro. Tratamos con individuos capaces de lo inimaginable, ¿no recuerda lo de la destilería en Nicosía?

—Ya llegamos al cauce, capitán —avisó el hombre de vanguardia.

Compactado de nuevo el grupo en la margen derecha del Troina, brigada, cabo y soldado miraron a su líder, a la espera de saber hacia dónde proseguir, si aguas arriba o aguas abajo.

Taibi meditó. Los ríos sicilianos no eran como los que había visto en la península o como los de los atlas de las bibliotecas. Eran pequeños, estrechos y de corto recorrido, muchos de ellos estacionales, simples desaguaderos invernales, en particular los que desembocan en el Tirreno. Solo unos pocos, cinco o seis, podían considerarse ríos como los que la gente considera tales. Entre ellos destaca el Simeto, el de la cuenca más extensa. Tras nacer en los altos de los montes Nebrodi, el Simeto recibía a su primer afluente importante, el Troina, el mismo en cuya parte media se encontraban el capitán y sus tres ayudantes.

—Hacia el sudeste las tierras se hacen menos abruptas. Eso dificultaría mantener una molienda en secreto. Iremos río arriba.

Recobrada la distribución inicial de soldado, cabo, capitán y brigada en retaguardia, la columna siguió la ribera, con las aguas a su derecha en su perpetuo viaje al mar Jónico. Su hipnótico murmullo invitaba al baño a medida que el calor y el esfuerzo de la ascensión apretaban.

—Capitán —dijo el soldado Parisi durante un alto para recuperar aliento y rellenar cantimploras—, ¿qué fue lo que descubrieron el brigada y usted en Nicosía?

—Cuéntelo usted, suboficial.

—Desmantelamos una red de bebidas espirituosas. Durante meses tratamos de descubrir por dónde entraban a la comarca, ya que dimos por sentado que era contrabando llegado de la península, o de España o hasta de la mismísima Inglaterra.

—Craso error —acotó el capitán con ganas de incitar a su segundo.

—Craso error cometido *in limine* de la investigación.

Las caras pensativas de los dos espectadores forzaron una explicación de su capitán.

—Lo que el brigada quiere decir con uno de sus queridos latinismos es que desde el principio de las pesquisas asumimos una premisa incorrecta.

Hecha la aclaración, Spanò remató la narración de una de sus misiones favoritas.

—El alcohol no venía de fuera de la isla. Ni siquiera venía de fuera de Nicosía. Lo hacían ellos mismos. —El brigada inclinó la cabeza en dirección a su superior—. El capitán, teniente en ese entonces, se metió el primero en una peligrosa red de túneles hasta dar con una destilería subterránea.

—Abastecida por su propio acueducto —completó Taibi—. Ese es el punto, caballeros, el molino no tiene que estar necesariamente interpuesto en el cauce de este río. Puede estar a cierta distancia, oculto, alimentado por alguna clase de conducto. Debemos estar alertas y escrutar las orillas. ¡Adelante!

A medida que las irregularidades del terreno encajonaron más al Troina, la marcha se volvió más difícil, el calor más agobiante, las moscas más persistentes y las manchas oscuras de los uniformes alrededor de cuello y axilas más amplias.

Al sudor y al zumbido de los insectos se agregaron los silbidos. Al escuchar los extraños sonidos, el capitán y su segundo se miraron uno al otro y asintieron.

—¿Qué es eso? —preguntó el novato.

—Chifles de alerta. Alguien está avisando de nuestra presencia —susurró el brigada. Verificad que los seguros de vuestras armas estén quitados.

—¿Serán americanos? —volvió a preguntar el mismo de antes.

—Yanqui no sube a Villamonti —contestó el cabo.

—¡Basta cabo Pizzuto! No quiero oír más esa cantaleta de que nada sube a Villamonti en boca de un miembro del cuerpo de carabineros.

El estallido del capitán dio alivio al enfado que sentía desde la madrugada, cuando la negligencia de ese mismo cabo los había dejado sin mapa de la zona.

Acto seguido y tras moderar su tono, Taibi explicó sin detener la marcha:

—Aunque parecen cantos de pájaros, son avisos. Los mafiosos de las ciudades usan señales visuales en sus cadenas de vigías. Un vendedor de cigarrillos se quita la gorra en una esquina, en la otra alguien se ata los cordones de los zapatos y así sucesivamente. Son más discretas que los silbidos. En el campo, y más aquí entre tantos

árboles y hierbajos, los chifles cumplen esa función.

—Tampoco hay americanos. No han pasado de Enna —agregó el brigada—. Aunque siempre podrían lanzar avanzadillas de paracaidistas. Villamonti no es un objetivo estratégico, pero nunca se sabe.

Otro modulado y cantarín silbido, esta vez más fuerte, silenció a los carabineros. A una señal de su capitán los hombres adoptaron una actitud acechante con sus armas apuntadas hacia la maleza.

Una hora más tarde los policías marchaban de a dos por ribera. El brigada y el cabo por la margen derecha y el capitán y el soldado por la izquierda. Entre ellos había poca separación porque el Troina, allí en su parte alta, se debatía entre ser río o riachuelo, con profundidades que no rebasaban la rodilla y anchuras que en algunos puntos podían superarse con un buen salto con carrerilla previa. Sin embargo su caudal aún era abundante, razón por la que el capitán mantenía la exploración.

Llegados a un recodo, el soldado dijo:

—Mi capitán, no podemos seguir por esta orilla, tendremos que cruzar al otro lado. Aquí delante está plagado de ortigas.

Treinta metros más adelante el capitán ató varios cabos. El quiebre en la dirección del Troina; la inusual poca profundidad del río en el punto donde lo había cruzado; la extensa mancha de ortigas…

—¡Alto! Regresemos al recodo.

Con las bayonetas caladas en el morro de sus fusiles usadas a modo de guadañas, los policías se abrieron paso entre las urticantes plantas. Los cuatro confiaban en que la espesa tela de sus uniformes y de las polainas les mantuviera la piel a salvo.

Cuando el fatigoso avance los alejó quince metros del Troina, el capitán dio con lo que le había originado la corazonada, el desviado cauce de un tributario del Troina.

Minutos después el grupo llegó a un molino tan entrelazado con su entorno que de no estar en su mira habría pasado desapercibido.

Adosada a la robusta construcción de piedra giraba una rueda de madera, impulsada por el agua del riachuelo al que se le había impedido alcanzar el Troina y obligado a seguir una canalización empedrada.

El lugar estaba desierto, pero varias colillas humeantes indicaban que sus operarios habían puesto pies en polvorosa poco antes. Las evidencias también mostraban un proceso de molturación continuado y eficiente a pesar de emplear medios tan rústicos.

Los carabineros se dispersaron. Taibi entró en el molino y comprobó que, por medio de ejes y engranajes de madera, el giro de la rueda exterior era replicado por una gran muela de piedra que daba vueltas sin nada que triturar entre sus dientes. A sus pies, ordenados

en filas, había celemines y fanegas, los primeros con trigo y las segundas con harina. Revisado el oscuro y fresco edificio de piedra el oficial regresó al caluroso y húmedo exterior. Allí fue alcanzado por el brigada.

—Más abajo hay otro molino como este. También está sin gente pero trabaja a pleno rendimiento. Más allá está la zona de carga y descarga. Transportan la mercancía con mulas que van y vienen por la ladera de la montaña. La ruta sigue la base de un desfiladero que oculta sus caravanas.

Oficial y suboficial fueron abordados por un muy excitado Parisi.

—¡Un muerto! Mi capitán, más allá hay un cadáver enterrado.

Poco después y con un pañuelo sobre su nariz, Taibi ordenó:

—Sepúltenlo de nuevo.

Mientras la tierra volvía a cubrir al cadáver, las conjeturas de los carabineros reunidos allí hicieron las veces de necrología.

—A este lo pillaron robando.

—O no pagó una deuda, los prestamistas son muy sanguinarios.

—Individuo muy joven, muerto por disparo en la nuca *in situ*. Diría que un aprendiz sacrificado por alguna falta grave en aras de sentar ejemplo.

—Y con la tumba a la vista para que sirva de advertencia. —El novato empujó con las botas la tierra que él mismo había retirado con sus manos.

—Menuda operación han montado aquí —agregó el cabo, flemático.

El capitán tocó con la punta de su bota un saco de trigo, dejado a medio camino entre la zona de descarga y el segundo molino.

—Por eso mataron a Vincenzo Amodio, por no traer su grano aquí.

—La mayoría de los postes, travesaños y ejes están hechos con madera oscura, o sea, vieja. Pero algunos son de madera clara. —El brigada preparó su dictamen—. Eso quiere decir que fueron sustituidos no hace tanto… Diría que hace un par de años a lo sumo.

—¿Voy a la estación a por los explosivos, mi capitán? —preguntó el soldado Parisi tan inquieto como antes—. Habrá que destruir esto, es ilegal.

—Los campesinos se quedarán sin trigo —acotó el cabo Pizzuto con el rostro pétreo.

El capitán se quitó el casco y, con el pañuelo que aún tenía en mano, se secó el sudor de la cara, el cuello y la cabeza. La pausa no solo le liberó de las flotantes briznas vegetales que se le habían pegado al rostro, también le sirvió para pensar y evaluar la situación.

—Cuando el verano apriete es casi seguro que el caudal se seque o baje tanto que no pueda accionar estos dos ingenios. Nuestro

objetivo no es capturar ni a los que trabajan aquí, ni a los que reciben la harina.

—Pero no llevar el grano a los molinos industriales les evita pagar impuestos —dijo Parisi—, son evasores.

—Impuestos… —repitió Taibi con una sonrisa tan sarcástica que puso la piel de gallina al novato—. La gente de este pueblo no hace sino pagar impuestos. Pero no al Estado, sino a esos tres paquidermos que los aplastan y someten.

—El barón, el cura y Costa —dijo el soldado Parisi.

—Pero no tenemos manera de relacionar a Don Petru con estos dos molinos —observó el cabo.

—No, pero estamos en mejor posición que antes. Los molinos están en tierras del barón. Además alguien reparó esto. Alguien muy habilidoso que puede atestiguar.

—Gino Licata, siempre que nos hable de *bona fide*.

—Ya buscaremos la manera, brigada.

—Señor, ¿voy a por los explosivos? ¿O traigo gasolina?

—No Parisi. El cabo Pizzuto tiene razón. Los lugareños están en pleno proceso de acopio de harina. Pronto no podrán moler más y, como ya dije, nuestro objetivo no son ellos, sino su opresor. Dejen todo como está y regresemos a la estación.

VII

Ese día el vagabundeo pastoril de Fortunato giró en torno a una cresta con vista al Etna. El niño había percibido que Tonino estaba embobado con el volcán y como la maestra había dicho que tenía un pie malo, decidió mantener a su rebaño en un mismo sitio aunque no dejaran arbusto o hierbajo vivo.

El primer palo despojado de hojas llamó su atención. Era muy recto. Sin pensarlo dos veces sacó de su bolsillo una navaja, la abrió, lo cortó en su base y comenzó a eliminar nudos y ramitas.

Al ver un cuchillo tan filoso en tan pequeñas manos, Tony suspendió su imaginario juego de baloncesto usando piedras en vez de pelotas.

—Menuda navaja, chaval, ¿de dónde salió? —preguntó Tony en su ya muy engrasado siciliano.

—Lía me la dio. Era de mi hermano mayor. Pero como se murió, me la dieron. Bueno, era para mi otro hermano, pero como también se murió, me la dieron a mí. Era de papá.

Tony recordó lo que Alessandra le había contado sobre las calamidades sufridas por la familia Rizzo como la pérdida prematura de los dos hermanos intermedios -uno por enfermedad y otro por accidente-, más la desaparición del padre en Grecia, uno de los muchos soldados perdidos durante la invasión ordenada por Mussolini

en 1940. Esos golpes sumieron a la madre en una tristeza tan profunda que todos en el pueblo pensaban que había perdido la razón.

—¿Dónde está tu papá, Tonino?

—En Nueva York.

—¿Tu pueblo mericano?

—Sí.

—¿Cómo Villamonti?

—Más grande.

—¿Cómo Catania?

Tony caminó hasta el borde de la cresta. El niño lo siguió. A lo lejos el volcán se alzaba imponente y, detrás de él, se podía entrever en la distancia la rugosa piel urbana de la antiquísima Catania.

—Nueva York comenzaría aquí y terminaría en el mar, más allá de Catania. Es la ciudad más importante de América.

Fortunato tardó en procesar tamaña inmensidad. Cuando el concepto encontró asidero en su mente, se giró hacia Tony y lo agarró con ímpetu del jersey.

—¿Me llevarás a Mérica contigo?

El arrebato cogió por sorpresa al adulto. Aunque solo llevaba en ese sitio poco más de diez días, parecían meses, sobre todo por el grado de compenetración alcanzado con personas como Alessandra o el chaval que tenía engarzado a su cintura. Pero la sola idea de llevar a un siciliano, por simpático que fuera, de vuelta a casa, distaba mucho del motivo que lo llevó a Europa.

Tony cogió al niño por los hombros y lo giró en dirección al paisaje.

—Cuéntame niño, ¿qué más hay a partir de aquí?

Cambiada sin dificultad la dirección de sus pensamientos, Cumerdia respondió:

—Árboles…, río…, arbustos. A mis cabras le gustan los arbustos. Menos los que pican si los tocas.

—O sea que no comen ortigas.

Tony se acercó al borde de la cresta. Ante él se abría una cuesta que muchos calificarían como un barranco.

—¿Y desde aquí se llega al río?

—A la parte pequeña sí. La parte ancha y honda está más lejos y se llega por un atajo. Me lo enseñó ella. —Fortunato señaló a su cabra más vieja, la jefa de su rebañito.

La maestra del pastor estaba trepada sobre una puntiaguda piedra con sus cuatro pezuñas encajadas en el vértice, el cuerpo en un inexplicable equilibrio y el cuello estirado. Todo para arrancar un tierno chufo de hojas altas de un arbusto. Al ver tan estrambótica maniobra Tony no quiso ni imaginarse cómo sería el sendero descubierto por el animal.

—¿Es difícil de recorrer?

—No, es facilísimo. —El niño se acarició las rodillas, que solían quedar lastimadas al recorrer el atajo.

Tony recordó que esos eran los datos que en la Escuela de artillería consideraban muy valiosos.

«Si en un despliegue se logra contar con guías o expertos locales del terreno, deberá hacerse uso de ellos o lograr que transfieran su saber al cartógrafo de la unidad».

—¿Me enseñarías ese atajo?

—¡Claro! —El niño no cabía en sí—. Conozco varios, los de subir y los de bajar.

El enérgico trinar de un pájaro que tenía un nido cerca del arbusto atacado por las cabras sobresaltó al niño. Después de mirar a un sol bastante alto en el cielo, gritó:

—¡Flauta! Mae dijo que hoy había flauta.

Apenas el pastor terminó de juntar su rebaño, se escucharon otros silbidos en la distancia.

—Esos pájaros suenan distinto —comentó el neoyorquino.

—No son pájaros, son señores.

Tony supuso que se refería a otros pastores. Esparcidos en una desordenada columna con el adulto en la retaguardia, el grupo emprendió el regreso.

Mientras deshacía el camino recorrido en la madrugada, el entorno entró con fuerza en el espíritu del forastero. El niño; su destreza al manejar el rebaño; las cabras; los aromas de la ladera; el sol que los calentaba con fuerza meridional y el canto de los pájaros se amalgamaron en un embrión de relato que, estaba seguro, más pronto que tarde escribiría. Con suerte terminaría en las páginas de una revista o hasta en las del New York Times.

La súbita detención de la cabra vieja, la que en la cresta había hecho equilibrismo sobre la piedra y ahora marcaba el paso del grupo, arrancó a Tony de su literaria ensoñación neoyorquina.

—¿Qué le pasa?

—Shhh —dijo el niño.

Alcanzada la líder de sus cabras, Fortunato se agachó rápido como un resorte, cogió al animal del pellejo del cuello y en cuclillas regresó sobre sus pasos con cara atribulada. El resto de los animales lo siguieron.

Contagiado por su reacción, Tony también lo esperó agachado.

—¿Qué pasa?

—«Ven Tonino, ven» —dijo el niño sin emitir sonidos, como cuando se conocieron.

Tony calló porque sabía que había momentos para hablar, otros para preguntar y, como decían sus instructores, prestar oídos a los

expertos locales. Aún así Cumerdia no dejaba de ser un niño.

—«Tú espera aquí, echaré un ojo».

Recorrido un trecho en cuclillas y otro reptando, Tony llegó hasta el lugar que puso en alerta al animal, una ligera elevación del camino. Lo que vio le dio la misma mala espina que a la cabra. Era un grupo de cuatro hombres curtidos de semblantes duros, que no soldados sino del tipo de aquellos que habían visto en el cobertizo de Vincenzo Amodio. Lo que más extrañó al paracaidista era verlos en un cruce de veredas en medio de la nada, sin ir ni venir, aguardando a alguien o a la espera de que sucediera algo.

El mismo paso de lagartija lo alejó del cruce y lo acercó al pastorcillo y su rebaño.

—«¿Quiénes son?

—«Hombres malos».

Una vez alejados, Tony quiso saber más.

—¿Malos por qué?

—Mae me dice que son de los que roban y matan. Que no es bueno estar con ellos ni dejar que me den dulces para llevarles paquetes.

El descubrimiento intrigó a Tony. Desde el incidente que presenció se había interesado en lo que él había bautizado como «los bajos fondos de Villamonti», maravillado y horrorizado a partes iguales una vez Alessandra lo puso en autos sobre el opresivo sistema imperante en un pueblo tan bonito. Era como estar en una de esas historias del Oeste en la que un rico abusón oprime a los habitantes de un polvoriento pueblo.

—¿Ahora cómo volvemos? —preguntó el adulto.

—Bajando y subiendo por el otro lado. —El niño señaló la cresta, aquella donde habían pasado casi toda la mañana.

—¿Uno de tus atajos?

—Sí.

—No tenemos otra. Pero vayamos poco a poco, señor Cumerdia.

VIII

Desconocedores de los caminos directos que convertían las dos laderas del pueblo en una tupida e invisible red de atajos, el capitán y sus tres soldados desanduvieron el camino recorrido. Tras atravesar de nuevo la pantalla de ortigas sembradas a propósito por los mafiosos; recorrer el Troina aguas abajo y trepar la montaña rumbo al pueblo, el grupo alcanzó la carretera principal, a poca distancia de la vía de los Pinos. Nada más salir de la espesura los carabineros vieron a tres jinetes que se acercaban. Como el aire de los equinos era lento y distendido -paso en vez de galope-, los militares no asumieron posiciones defensivas. Al ver que dos de ellos llevaban escopetas al

hombro, Taibi ordenó:

—Parisi, acuclíllese junto a ese árbol hombro contra el tronco. No los apunte, pero esté atento.

—Es el barón —anunció el cabo Pizzuto.

—Ya lo supuse, nadie por aquí tendría una montura como esa.

Era verdad, ese día el terrateniente había elegido un imponente caballo de silla blanco, nacido en Sicilia, toda una rareza, otro de los logros con los que su jinete, criador y dueño se ufanaba en sociedad. A ambos lados pero medio cuerpo atrás, los dos acompañantes montaban sendos alazanes, maravillosos ambos, pero que no eclipsaban al blanco semental.

El brigada gruñó.

—Esos dos son corsos. Además hay un tercero. Se turnan. Así siempre hay dos guardándole las espaldas a su patrón. Son unos elementos de cuidado.

Caídos en desgracia desde hacía mucho, la ferocidad de los nacidos en Córcega los había convertido en los mercenarios preferidos de los papas durante buena parte de la Edad Media. A partir de entonces su modo de vida se mantuvo ligado a la violencia fuera como bandoleros, contrabandistas o *garde du corps*, como en ese caso.

Acortadas las distancias, los dos grupos se detuvieron uno frente al otro.

—Buenos días. —Taibi hizo el saludo militar—. El barón D´Aragona, supongo.

—Sí, buenos días. Ahora me toca suponer a mí… Imagino que usted es nuestro nuevo jefe fijo de policía… ¿Qué hacía en mis tierras?

El barón controló un intenso cabeceo de su montura, cuya actitud era tan altiva como la de su dueño.

—Registrándolas. —Taibi hurgó en uno de sus bolsillos—. Y con éxito, valga decir.

El papel alzado hacia el barón continuó allí a un palmo del muslo del jinete, sin ser recogido.

Con un toque de sus espuelas, uno de los guardianes adelantó a su alazán. Obligado por las malas a retroceder, el capitán dejó que el corso cogiera el documento. Una vez revisado, con un gesto de asentimiento el guardia hizo saber a su patrón que el documento estaba en orden.

—¿A qué se refiere con éxito, capitán?

—A una molienda ilegal en el cauce del Troina. En realidad en uno de sus torrentes tributarios. Dos molinos en serie que trabajan a pleno rendimiento, supongo que procesa toda o casi toda la producción de la comarca, o de sus tierras, que viene a ser lo mismo. Eso sin hablar del cadáver enterrado que encontramos allí también. ¿Qué tiene que decir al respecto?

—Lo que siempre digo cuando se me pregunta algo relacionado con esta gente, que viven en su mundo, son refractarios a la ley, al orden, a la modernidad y a las maneras civilizadas.

—Eso no contesta mi pregunta. ¿Sabía o no de esa operación?

—Capitán, yo solo voy allí donde me llevan mis queridos caballos. —El aristócrata miró hacia la hondonada—. Jamás he recorrido ni recorreré esa selvatiquez.

—Allí hay dos molinos trabajando.

—¿Solo dos? —El barón dejó que su blanco caracoleara un par de veces, para que el animal -y todos los presentes- rebajaran el nivel de tensión—. Capitán, esta comarca y la que linda al norte, la de Cesarò, tenían la mayor densidad de molinos de agua en el temprano Medievo. El Troina superior era magnífico para eso. Por lo que usted dice sigue teniendo fuerza para mover moliendas. El primer molino de por aquí lo erigieron los normandos en el siglo XI.

El silencio y el ceño fruncido del oficial dejaron en claro que no estaba interesado en una disertación sobre arqueología industrial hidráulica. El aristócrata contestó la pregunta.

—No, no tenía idea de que alguno de esos ingenios todavía funcionara.

—Pero son sus tierras.

—Pero también le recuerdo, si sus subalternos no lo han hecho aún, que yo delego su administración. —El noble miró al cabo Pizzuto —. Hay un arrendatario que decide que se hace en ellas y quienes la trabajan. Mientras esa persona cumpla con lo estipulado en el contrato, yo no me inmiscuyo. Es un contrato escrito en el mismo papel y que lleva el mismo sello oficial que esa orden de registro.

Otro caracoleo del blanco pausó la conversación.

El capitán valoró su avance. Él sabía que las tierras estaban cedidas a Pietro Costa, que las administraba bajo una figura legal en apariencia, pero mafiosa en la práctica, fundamentada en deleznables actividades como el cobro de alquiler para cualquier cosa; el cobro de protección o la usura. Ahora tenía la certeza de que también obligaba a sus subarrendatarios a moler la parte de la cosecha que les correspondía en sus molinos. Los villamonteses vivían en una ratonera de la que no había escapatoria.

Las controladísimas vueltas del caballo, dignas de un encuentro hípico, dieron tiempo al barón para vislumbrar una salida a su propia situación ya que él, como todo el que vivía en Villamonti, también estaba sometido por Pietro Costa. Los caporales modernos eran muy distintos a los que sirvieron a su abuelo o a su padre. D´Aragona intuía que el suyo aspiraba a adueñarse de todo lo que poseía, tal y como otros caporales habían hecho en tierras palermitanas. Siempre bajo el amparo de una ley torcida a favor de quién ejercía mayor coacción.

Los veredictos de los jueces siempre favorecían a personas como Costa.

—Oiga capitán… —dijo el barón una vez inmovilizó al animal—, si tanto interés tiene en este asunto de los molinos, ¿por qué no asiste a mi fiesta de cumpleaños? Será pasado mañana.

Taibi encajó la sorpresa con un ajuste de su arnés. El aristócrata apuntaló la idea recién urdida.

—El contexto bélico en el que nos encontramos impedirá que asistan todos los invitados, pero algunos valdrán la pena.

El noble dejó de mirar al capitán y bajó la vista hacia el fondo de la cañada. Un instante después miró de nuevo a su interlocutor y, antes de lanzar al galope al blanco, dijo:

—En la reunión estará aquel con quien usted debería tratar esos asuntos. ¡Buenos días!

IX

Al capitán Taibi la guerra le parecía extraña. En ese mismo momento al sur y al oeste de la isla se libraban violentos combates mientras él se encaminaba a una fiesta recién duchado, bien afeitado y vestido con su mejor uniforme de diario. Incapaz de dejar el sentimiento de culpa decidió contrarrestarlo diciéndose que el caso en el que trabajaba lo obligaba a aprovechar cualquier oportunidad, como la de interactuar con los poderosos a los que les daba caza.

Decidido a no llegar al cortijo del Barón sin sus dotes de investigador a punto, el carabinero aprovechó la caminata para serenarse y concentrarse. El foco lo encontró al dejar atrás los áridos adoquines de la villa y se internó en la sombreada y fresca vía de los Pinos. Las impresionantes vistas a ambos lados de ese trozo de carretera también hicieron su parte. Alcanzada la bifurcación que llevaba al cortijo del barón, Taibi dio un vistazo a las ruinas del castillo, el que le daba nombre al promontorio que se alzaba detrás y con cuyas piedras fue construida la actual mansión del aristócrata.

Flores y más flores en multitud de arreglos decoraban las paredes y columnas del amplio cortil que se abría nada más atravesar el abovedado ingreso. Al fondo, opuesta al pasadizo de entrada, estaba la mansión, sobria en comparación con las del continente, pero suntuosa en la isla.

Esparcidos por el patio y protegidos del sol de la tarde por toldos suspendidos de cables tendidos de uno a otro lado de la plazoleta privada, los invitados departían. La mayor algarabía provenía del grupo arremolinado alrededor de los dos inmensos perros de raza del noble, criados, mantenidos y mimados con ese único propósito, el de ser admirados por las visitas. Otros saboreaban los manjares ofrecidos en las mesas y la mayoría solo bebía y conversaba. Lo que sí era

común en todos ellos eran sus nerviosas y periódicas ojeadas hacia el sur, como si esperaran la aparición, de un momento a otro, del ejército invasor de turno.

Taibi y varios de los presentes sabían que no sería así. Los reportes de las radios extranjeras o las furtivas llamadas telefónicas a los contactos que esas personas tenían les decían que, para ese 23 de julio, el frente había alcanzado Enna. Aunque esa ciudad era la capital de su provincia, la fiesta de la que ellos disfrutaban estaba en el confín septentrional. También sabían que entre ellos y los invasores norteamericanos se interponía una parte del ejército italoalemán.

Los invitados eran conscientes de que esa barrera solo retrasaría lo inevitable. Tarde o temprano Villamonti, al igual que lo había hecho Palermo el día anterior, formaría parte del territorio conquistado por los aliados.

—Buenas tardes, capitán. —Un hombre moreno, de refinadas maneras y de altura y edad parecidas a las de Taibi lo abordó—. ¿Supo que los norteamericanos instalaron un gobierno en Palermo? Es como un *déjà vu* de la llegada de Giuseppe Garibaldi en 1860.

Al oficial no le extrañó, lo mismo ocurrió en Etiopía cuando Italia sobrepuso su autoridad a la que ya existía.

—Capitán del Real Cuerpo de Carabineros Settimo Taibi, para servirle. —El policía rara vez usaba la fórmula completa cuando se presentaba, pero esa vez lo consideró necesario—. ¿Usted es…?

—Doménico, futuro barón de Campofranco. Somos vecinos de nuestro anfitrión.

—¿Dónde está su padre?

—En Suiza. Yo estoy aquí en representación suya. También para capear este temporal lo mejor posible.

El eufemismo molestó al carabinero que sabía que los terratenientes, obligados por su posesión de la tierra, no podían desentenderse de los acontecimientos. De ahí que, a lo largo de generaciones, hubieran desarrollado una gran capacidad de adaptación.

—O sea que su padre le encargó arriar la bandera del Reino de Italia e izar la norteamericana llegado el momento.

—O la británica —contestó el joven—. Nuestra tenencia está muy cerca del mar Jónico, por esa costa avanzan ingleses y canadienses.

La conversación se vio cercenada por la irrupción del más notorio camisa negra de Enna. El hombre era una copia bastante deslucida de Benito Mussolini. Tenía la cabeza rapada, camisa y corbata negras, pantalones pardos de montar y altas botas negras de cuero. El jerarca era el líder provincial de esa estructura paralela de poder creada por el Duce para restar el que tenían las instituciones tradicionales, en particular el Cuerpo de Carabineros, de fuerte tendencia monárquica.

—Taibi, ¿qué hace aquí? Debería estar en una trinchera en Enna, defendiéndola.

—Hace mucho que no estoy destacado allí. Mi base es Troina, aunque hace poco abrimos una estación aquí. —El policía rechazó una copa ofrecida por un sirviente—. Pero usted sigue comisionado en Enna. Ahora pregunto yo, ¿qué hace aquí?

El escaso y rapado pelo del paramilitar apenas mitigó el intenso enrojecimiento de su cabeza, toda ella colorada de cara a nuca, mas no de vergüenza, sino de ira.

—He sido convocado de urgencia a Roma, esto no es más que un alto en mi viaje a Mesina.

—Los aviones y submarinos aliados atacan ese puente naval. —El noble cogió la copa destinada al carabinero y despachó al sirviente como quien se quita de encima una mosca—. Hay rumores de que los alemanes ya usan esos ferris para replegarse a la península.

Taibi conectó lo que acababa de oír con el breve intercambio de palabras que tuvo con el oficial alemán en la carretera Troina-Enna. Los cañones de campaña que sus vehículos remolcaban sugerían que se atrincherarían en algún sitio, con el posible cometido de detener el avance aliado el tiempo suficiente para que el ejército alemán de Sicilia se replegara al continente. Si se ataban los cabos se podía concluir que era muy probable que el aliado alemán ya abandonara el barco, como las ratas…, o como ese maldito camisa negra.

De ser así Taibi entendió que pronto se quedaría sin tiempo para acabar con un mafioso que, sin que él supiera bien cómo, había logrado refugiarse en una burbuja ajena a las arremetidas de Cesare Mori y continuadas por jueces y carabineros, como él mismo. En los diez años de lucha antimafiosa Roma había puesto fuera de circulación a cientos de jefes y hombres de honor. Muchos estaban tras las rejas o huidos de la isla. Otros redujeron sus actividades delictivas a la espera de tiempos mejores. Pero una combinación de suerte y astucia había hecho que Pietro Costa capeara el temporal judicial, inmune a la guerra librada por el Estado en contra de la Mafia.

—¿Capitán? ¿Capitán? —El hijo del barón Campofranco sacó a Taibi de su ensimismamiento—. Este mensajero lo espera.

«Por lo visto estos nobles son muy dados a las ambigüedades porque…», se dijo Taibi a sí mismo «…llamar mensajero a este matón, es demasiado».

El tercer guardaespaldas corso, el que el policía aún no había visto, estaba a un lado del grupo, ceñudo, cejijunto y con una robusta escopeta de dos cañones colgada del hombro y apuntada al cielo, como era costumbre en las tres grandes islas del Mediterráneo.

—El barón lo quiere en la casa, sígame.

Aunque son pocos los asistentes a las fiestas de alta sociedad que se dan cuenta, su presencia está distribuida en círculos. El primero contiene a aquellos invitados que, si tienen suerte, solo saludan al anfitrión. Los del círculo intermedio pueden intercambiar un par de cortesías. El más pequeño y exclusivo está reservado a los contactos cercanos, la gente de confianza de aquel que da la fiesta.

En ese caso el círculo íntimo ni siquiera compartía el mismo espacio, el patio, sino que estaba resguardado en el lujoso salón de la mansión.

Dos secos golpes de la culata de la escopeta contra los azulejos del pavimento precedieron el carrasposo anuncio del guardia del cuerpo corso:

—El capitán Taibi está aquí.

Una rápida ojeada le permitió al policía corroborar que la situación del barón Carlo Bendicò D´Aragona era la misma que la de casi todos los nobles de Sicilia. La estancia, si bien fastuosa, presentaba unos pocos pero notorios puntos vacíos, allí donde hasta hacía poco colgaba un cuadro o estaba expuesta una escultura o campeaba una joya decorativa del tipo huevo de Fabergé. Estas ausencias eran señal de que su dueño se había visto obligado a empeñarlas o venderlas en procura de dinero en efectivo. Para Taibi el aristócrata de Villamonti seguía los pasos dados por muchos de sus colegas palermitanos cuya falta de liquidez los obligó a ceder patrimonio a sus caporales, servidores cuyos tejemanejes terminaron hundiendo a sus patrones.

Pero en Villamonti este proceso aún estaba en sus inicios. Sin embargo la disposición de las tres personas que lo esperaban dejaba muy en claro quien estaba a cargo, con Pietro Costa apoltronado en el centro del sofá más imponente que el policía hubiera visto jamás. A su diestra estaba el barón, sentado en una butaca a juego. A la siniestra de Costa, de pie, en el lugar donde debía estar el otro sillón, estaba el cura, con la misma sotana con la que recibiría al obispo, visita que jamás había ocurrido en su mandato y jamás ocurriría. Las vestimentas de los otros dos eran las mejores que tenían, con el traje de Costa -chaleco incluido- traído de Nápoles. El del noble venía de París, como todos los de su armario.

Una silla sin brazos esperaba por el capitán. Estaba al otro lado de la mesa baja, en la que reposaban cuatro pequeñas copas y cuatro botellas recién abiertas.

—Bienvenido capitán, tome asiento. —El barón señaló la silla—. Creo que aún no conoce a mis dos invitados.

Taibi apartó la silla y permaneció de pie. Prefería afrontar la elegante embestida sin ninguna muestra de debilidad o sumisión.

—Al abad ya le hice una visita institucional al iniciar operaciones

estables en Villamonti.

—A mí no me hizo ninguna visita institucional —dijo Costa con tono y semblante inescrutables.

—Usted no representa institución alguna.

Los esbozos de sonrisa del noble y del cura escoltaron, cual hojas de palma, la abierta sonrisa de Costa.

—Si la guerra sigue como parece, usted pronto dejará de representar a la suya. —Pietro Costa se echó hacia adelante—. Venga, aprovechemos que nos estamos conociendo para degustar los regalos que le traje al barón.

El cura asumió las veces de metre y, solícito, con un gesto hizo que una camarera los atendiera, pero la muchacha no supo que servir a cada quien.

La explicación corrió a cargo de Costa.

—Aquí tenemos whisky escocés. Este otro es un bourbon de… —Costa esforzó la vista para evitar colocarse las gafas—, de Kentucky. Los otros son un Jägermeister de la Sajonia y uno de nuestra tierra, un marsala.

Si bien estaba de servicio, Taibi supo que no era el momento para rechazar el pulso.

Poco después la camarera entregaba una copita de escocés al barón, una de licor de hierbas alemán al abad, un bourbon norteamericano a Costa y un vino dulce siciliano al capitán de carabineros.

Las cuatro copas de finos y costosos licores, casi imposibles de obtener en días como los que transcurrían, fueron bebidas despacio y en absoluto silencio, con Pietro Costa arrellanado en el centro del majestuoso sofá con la vista clavada en los azules ojos del capitán, que sostuvo, sin inmutarse, las tres miradas: la odiosa del abad, la taimada del barón y la cruel del mafioso.

Terminadas al mismo tiempo las cuatro copas, Taibi colocó la suya en la mesa, se irguió y con un simple «caballeros», abandonó el salón.

X

La bocanada de aire fresco de montaña que recibió al salir del pasaje abovedado del cortijo no mitigó el enfado que sentía Settimo Diotisalvi Taibi. Si bien recordaba haber tenido peores encuentros con mafiosos, llenos de insultos y amenazas explícitas, en esta ocasión el delincuente se burló de él tal y como un emperador romano se mofaba de un gladiador, sabedor de que el guerrero tenía la fortaleza y habilidades para destruirlo, pero consciente de que las circunstancias impedían a ese gladiador acercarse a él.

Las alargadas sombras de los pinos del sendero que llevaba del

cortijo del barón a la carretera yacían paralelas, contrarias al sol que las generaba, ya bajo en el horizonte. El continuo cruce de los claroscuros indujo a Taibi a meditar sobre su situación. La primera reflexión fue un reproche para consigo mismo, por no haber descubierto antes ese pueblo, a pesar de estar bajo su jurisdicción. Solo la casualidad y la curiosidad le habían hecho tomar ese deslucido desvío en las tierras bajas. Pero Taibi no era de los que acostumbraban llorar por la leche derramada, el tiempo menguaba para él, era cierto, pero también para los tres del salón porque los vientos de cambio soplaban para todos. En ese reino, el de Italia, en esa isla, Sicilia, y en ese pueblo perdido, Villamonti, todos sabían y esperaban la llegada de esos soplos renovadores.

Pudiera poner o no tras las rejas a Pietro Costa, los villamonteses necesitaban que cambiaran las cosas. El tapiz de información que él y sus hombres habían cosido con los retazos arrancados a la parca idiosincrasia de los pueblerinos dejó en claro la cruda realidad de que Villamonti vivía un total y absoluto feudalismo en pleno siglo XX, con un señor feudal que no era Carlo Bendicò D´Aragona, el noble de sangre azul, sino aquel que se hacía llamar Don Petru, el mafioso de negra alma.

La extorsión, piedra fundamental de toda actividad mafiosa variaba mucho de las ciudades al campo. El simple y claro cobro por protección que vio y combatió en Trapani al comienzo de su carrera se ramificaba y trasmutaba en el campo, fruto de una herencia de siglos. La extorsión en el agro siciliano había nacido con los caporales, capataces ascendidos a una suerte de administradores de las tierras de un noble. El poder de esos caporales creció con el paso de las generaciones ayudado por dos ausencias, la del latifundista, residenciado en alguna gran ciudad, y la de un Estado que encontró mil y un motivos para dejar el campo y a los campesinos a su suerte.

Ambos vacíos fueron ocupados por los caporales y por sus compinches, conocidos con el nebuloso nombre de hombres de honor. Los caporales del siglo XIX pasaron a ser los mafiosos rurales del siglo XX.

El tapiz informativo de Taibi reflejaba que Pietro Costa adjudicaba casas del pueblo o parcelas de tierra del barón a familias campesinas, cobrándole un alquiler pagadero en metálico, mercaderías, mano de obra o fanegas de grano. También cobraba un tributo a nombre del barón y otro para el monasterio del abad. Como guinda obligaba a esos campesinos a moler su grano en los dos molinos del río, y también cobraba por ello.

La tierra no era el único vehículo a través del cual Costa sometía a los villamontesinos, los favores, la usura o el chantaje engrosaban sus arcas o hacían más tupida la red con la que los tenía atrapados.

Ni siquiera el barón era inmune al poder de Pietro Costa. Agobiado por sus deudas de juego en la Riviera Francesa, Carlo Bendicò D´Aragona sabía que su caporal deseaba calzarse sus botas. Lo peor era que no podía hacer nada para prescindir de él. A pesar de eso la preocupación del barón no se comparaba con la de los campesinos o artesanos de Villamonti, cuya desesperación los mantenía al borde de un precipicio.

Las cavilaciones del capitán de carabineros lo ensimismaron tanto que no se dio cuenta del momento en el que había pasado del sendero a la carretera de entrada al pueblo. Al caminar por el despejado segmento previo a la primera casa, en la alta cresta y con amplias vistas a derecha y a izquierda, de pronto fue interceptado por un cabrito que despuntó de uno de los bordes. Medio minuto después el oficial trataba de mantener a raya un pequeño rebaño que amenazaba con alimentarse con su mejor uniforme.

—¡Shhh! ¡Shhh! —se escuchó decir a un sudoroso y casi ahogado Tony, de pie en el borde, lo máximo que podía decir después de haber subido a la carrera y de ganarle en mala lid a Fortunato, que llegó cinco segundos después.

—¡Eh! ¡No vale! Me hiciste la zancadilla.

—Cumerdia, —Tony resolló y señaló al bípedo acosado por los cuadrúpedos—, quítale las cabras de encima.

Un instante después y con su uniforme a salvo, el policía dijo:

—Te voy a detener por asalto a la autoridad, niño.

El susto reflejado en el pequeño y redondo rostro, fruto de una cándida pureza, mostró al carabinero que aún existía gente confiada y buena en el mundo, Villamonti incluido, y de que valía la pena luchar por ella.

—Tranquilo… —El policía interrogó con la mirada al adulto.

—Cumerdia —susurró Tony.

—Tranquilo Cumerdia, no lo decía en serio.

El niño igual mantuvo su rebaño lejos del policía soldado.

Taibi se acercó al borde del camino y se asomó hacia abajo. Al ver la pendiente entendió por que las cabras habían ganado la carrera.

—¿De dónde vienen? ¿Usted no tenía malo el pie?

—Venimos de las tierras bajas. Llevamos todo el día de cursión— gritó el niño al otro lado del camino, cerca del otro borde y de la otra pendiente, la que miraba hacia el cada vez más oscuro Etna.

—De excursión, se dice excursión. —Tony movió su tobillo izquierdo—. Ya casi no noto nada. ¿Y usted? ¿Cómo sigue su pierna? Mi hermana dice que tiene una herida de guerra.

Taibi se sorprendió. No solo porque casi nadie notaba su ligerísima cojera, sino porque había perdido la cuenta desde la última vez que un desconocido le hubiera preguntado con franqueza por algo

suyo.

«Cómo se nota que no es de aquí», pensó Taibi que atribuyó la cortesía a las raíces piamontesas del hermano de la maestra. De pronto sintió ganas de beber algo con alguien que no fuera un mafioso, un aristócrata, un cura vendido o un jerarca fascista.

El grupo se puso en marcha, con Cumerdia manteniendo sus cabras lejos del policía soldado.

—Oiga ¿ya terminó de pastorear? ¿Su hermana lo espera para cenar? Lo invito a tomar algo. Cerca de la entrada del pueblo hay un bar.

—¡El del autobús! —gritó Cumerdia.

—Donde da la vuelta —Tony repitió lo que le había dicho Alessandra.

—El bar funge de estación, allí esperan los pasajeros. Ese es otro de los misterios de este pueblo, no hay frecuencia fija, pero los lugareños saben cuando llega.

—El autobús avisa, piii, piii, desde abajo— explicó el niño.

—Madre mía, las cosas funcionaban mejor en Addis Abeba.

—¿Addis Abeba? ¿En Etiopía? —preguntó Tony, tenso por el ofrecimiento y sin posibilidad de rechazarlo so pena de levantar sospechas.

—Sí, ahí fue que me hirieron en la pierna. Un lanzazo.

—La guerra del treinta y cinco.

—La búsqueda de nuestro lugar bajo el sol… Como si en nuestra Sicilia no lo hubiera.

Llegados al bar, que no era sino la oscura primera planta de una casa más de Villamonti, levantada en la pequeña explanada donde el autobús podía girar sin tantas maniobras, los dos hombres despacharon al pastorcillo y a sus inquietas cabras.

—Aquí no puedes estar, niño.

—Avisa a mi hermana que tardaré un poco.

—Su hermana… Je, je.

—Calla, Cumerdia. Vete pitando de aquí. —Tony acompañó la orden con una juguetona patada en el pequeño y huesudo trasero de su compañero de excursiones.

XI

—Otra patada en el culo, hoy solo me han dado patadas en el culo —masculló Gino Licata a cinco pasos de su destino.

El carpintero llegó hasta una de aquellas casas que los de Villamonti llamaban «las de arriba» y que servían de morada para «los de arriba». Aunque al principio de los tiempos la cresta que unía los tres promontorios solo albergó humildes chozas, en 1943 servía de asiento para las viviendas de los privilegiados del pueblo.

La casa ante la que estaba, antigua pero acogedora, pertenecía a El Viejo, uno de los cinco ayudantes de Don Petru. Antiguo caporal de un pueblo del oeste en sus tiempos mozos, El Viejo burló redada tras redada del Prefecto de Hierro y solo encontró tranquilidad cuando Pietro Costa le devolvió un antiguo favor asumiéndolo como consejero en su feudo personal.

Una vez tocó a la puerta y tras ser voceado por la sirvienta que atendía a la familia, El Viejo salió a la puerta.

—Buena tarde patrón. —El carpintero llamaba patrón a todos los hombres de honor con los que hablaba—. El mayordomo del barón me dijo que lo de las mesas y toldos de la fiesta lo pagaría Don Petru. Para no molestarlo hablé con el patrón Tanu y él me mandó con vuestra merced.

—Gino… Buenas tardes, Gino. ¿De cuándo a esta parte Don Petru paga los muertos de otro? —El Viejo plantó dos juguetonas aunque enérgicas cachetadas en la cara de Gino, que a esa hora raspaba a pesar de haberse afeitado al alba.

—Pero el señor barón y Don Petru son asociados, eso me dijo el mayordomo «que le pague el socio del barón», eso me dijo.

—Gino, Gino… Zapatero a su zapato. El barón es el jefe de Don Petru. Ya sabes que nuestro patrón es un mandado, un trabajador como tú, como Tanu y como yo. Somos gente humilde, de pueblo. Nosotros no somos de sangre azul como el barón o como el capitán carabinero. No lo olvides, Gino.

Dicho esto, El Viejo lo cacheteó de nuevo y con cara de sufrido, le cerró la puerta en las narices.

Sin saber qué hacer a continuación y sin una lira en el bolsillo Gino se dirigió al bar. Allí podría calmarse, sobre todo si estaba alguno de sus amigos, que le devolverían alguna reparación gratuita en forma de trago, siempre que no se asustaran al verlo tan enfadado. Gino no podía y tampoco quería ocultar la rojez de su rostro, que mostraba dos tonos, uno tenía matiz de vejación, con una que otra veta de injusticia. En el otro la escala de los rojos variaba desde el carmesí corporal, el de los cachetazos, al bermellón colérico, brotado de lo más profundo de su ser. Gran parte de la rabia que sentía era miedo encubierto, miedo a caer en las manos del prestamista del pueblo, otro fiel sirviente de Don Petru. Por los favores que el carpintero hacía a sus vecinos, sabía que un par de familias estaban desesperadas, sin saber cómo pagar. Se sentía atrapado, que lo empujaban a pedir prestado a mafiosos que no le pagaban por su trabajo.

Cuando Gino entró en el rústico bar su enardecimiento no le dejó ver lo retraídos que estaban los parroquianos ni tampoco darse cuenta de que estaban arremolinados cerca de la entrada, lejos del oscuro

fondo, allí donde se había instalado el capitán de carabineros y el hermano de la maestra. De los dos forasteros el que hablaba era el policía, en voz baja. El otro apenas asentía o negaba con la cabeza.

Sin percatarse de los que estaban al fondo, Gino habló.

—¡Maldita sea! Me la jugaron otra vez.

—Calla Gino… —dijo el Limonero, el único del pueblo que no cultivaba trigo por lo irregular que era su parcela—. Tómate una grapa, anda.

La seña del cultivador de limones al dueño del bar fue acompañada con movimientos de mano y dedos que venían a significar «anótala en mi cuenta». Tanto él como los demás eran veteranos de la Gran Guerra, compañeros del padre de Gino. Una vez una copichuela llena quedó plantada delante del recién llegado, el Limonero supuso que el brebaje, tan candente que la mayoría lo tomaba a sorbitos, distraería a aquel que siempre le reparaba un mango roto o le sustituía el palo de una escardilla sin pedirle nada a cambio.

Pero la treta no funcionó. El carpintero pasó la grapa del vaso a su estómago en un santiamén. La lluvia interna de alcohol solo sirvió para avivar las llamas que tenía dentro.

—¡Se acabó! ¡Esto tiene que terminar! ¡Llevamos toda la vida como vasallos!

En la mesa del fondo la conversación terminó de golpe. El que hablaba, el carabinero, cambió su actitud relajada por otra de atenta alerta.

En la barra, el cultivador de limones insistió.

—Gino, calma, tómate otra.

—No, otra no —masculló el dueño—. Vete a casa, vete. —El del bar movió los ojos una y otra vez hacia la última mesa.

Los avisos de sus camaradas de que había moros en la costa fueron malinterpretados por Gino, que los confundió con aceptación de una vida de perenne esclavitud. Enardecido, el carpintero acumuló presión, como solía hacer el Etna antes de estallar, con la diferencia de que en vez de tener piedra fundida, en su interior bullía una amalgama de consignas ideológicas, odios de niñez, injusticias sociales y frustraciones laborales.

A los del bar el tiempo pareció detenerse. Aunque todos -incluido Tony- sabían que era rojo, siempre lo consideraron como un comunista de pico y pala más que de hoz y martillo. Para ellos Gino era un hombre bueno cuya tendencia a dar más de lo que recibía lo alejaba de otros modos de ver la vida, como la de los fascistas, los capitalistas, los monárquicos o los anarquistas. Lo que nadie esperó oír salir de su boca fueron frases como «…la opresión mafioso-fascista, sostenida por un Estado monárquico-católico, nos mantiene

humillados y sometidos…».

En medio de la ininterrumpida verborrea, entre susurros Tony preguntó al capitán:

—¿No se supone que los comunistas están proscritos en este país?

Aunque la inflexión «en este país» sonó extraña al carabinero, lo que le importaba era que la confluencia de tensiones y el tiempo menguante que se cernían sobre la isla comenzaba a hacer brotar esos valiosísimos imprevistos que facilitaban tanto la labor policial.

—Este no hace más que repetir las consignas de los pasquines o de periodicuchos rojos ilegales. A mí no me interesa un izquierdista rural muerto de hambre, yo voy tras alguien más importante.

Más allá, el activista seguía alimentándose a sí mismo, ante un auditorio acostumbrado a callar y a petrificarse cuando convenía.

«…debemos fundar un Estado obrero consecuencia de la toma del poder por parte del proletariado revolucionario…».

Oír ataques contra un Estado en el que él tanto creía y por el que tanto había trabajado para hacerle recuperar el terreno perdido en una Sicilia sometida por mafiosos y latifundistas, fue demasiado para el capitán Settimo Diotisalvi Taibi.

Las piedras con forma humana que asistían al exabrupto del carpintero solo movieron los ojos cuando el policía se alzó, caminó y se plantó delante del orador. El ardor que envolvía a Gino le impidió transmutarse también en piedra.

—Si tanto quiere cambiar las cosas aquí en Villamonti, ¿Por qué no me dice quién opera los dos molinos del río o quién mató u ordeno matar a Vincenzo Amodio o al chico enterrado en el molino?

La mención de Vincenzo, aquel queridísimo amigo de cuya muerte se sentía responsable por haberlo ayudado a montar su propia molienda, fue como una navaja clavada en una herida que supuró ganas de denunciar, allí mismo, a Don Petru y al barón, los dos cerdos oligarcas que todo lo controlaban y que a todos sometían.

Pero Gino se contuvo. Mordiéndose la lengua se dijo que el carabinero solo era un esbirro al servicio de otro cerdo, el mayor de todos, Benito Mussolini, el gran cerdo fascista.

El capitán Taibi leyó, en el áspero y curtido rostro que tenía a un par de palmos del suyo, que Gino estuvo a punto de decir lo que sabía. También notó el momento en el que prefirió callar, como hacían todos en esa isla acostumbrada al silencio perpetuo.

—¿Molinos? ¿Asesino? Yo no sé nada —El carpintero se dio la vuelta para dirigirse a la salida.

Taibi cogió a Gino de un hombro y lo empujó contra la barra. El sacudón produjo una miríada de tintineos producidos por los opacos y astillados vasos guardados detrás.

—¿De qué sirven tus arengas y tus anhelos por un futuro mejor si

no te ensucias las manos y me ayudas a encarcelar a los que os someten? ¿No dices que es hora de que el pueblo se levante?

Taibi miró a todos los del bar. Luego acercó su cara a la de Gino y dijo:

—¡Pues empieza tú!

La petición llegó tarde pues el carpintero ya se había convertido en piedra.

El enardecido, en ese momento, pasó a ser el capitán Settimo Taibi. Pero en vez de vociferar como había hecho Gino, el policía habló con un gutural tono que atemorizó a las piedras humanas que lo escuchaban.

—Malditos… Mil veces malditos seáis todos vosotros. Os quejáis de que el gobierno os abandona. Que no cuida de vuestras familias ni de vosotros, pero cuando aparece, cuando aparecemos para quitaros de encima al que os oprime, os escondéis, calláis, olvidáis… ¡Vivís sometidos porque os da la gana!

La abrupta llegada de un viejo labriego llamó la atención de los presentes. El hombre, pálido a más no poder y casi sofocado por la carrera que lo llevó allí, dijo:

—Una tragedia, pasó algo horrible.

XII

Tony salió el último del bar. Un ligero trote lo llevó a la altura del capitán Taibi que, a su vez, se dejaba guiar por los del bar, que no paraban de repetir el nombre de un vecino del pueblo.

Por lo que Tony suponía, a ese hombre o a su familia le había ocurrido algo. Aguzando el oído pudo discernir que se trataba de un tal Egidio. El qué pasaba, no lo decían, pero sin duda lo descubriría una vez recorriera ese entramado de callejuelas y peldaños encastrado entre casas cada vez más lejanas de la cresta, cada vez más pequeñas y cada vez más pobres.

La cacofonía de pisadas, toses, carraspeos y murmullos evocó en el soldado encubierto las congestionadas aceras de Manhattan. Hasta ese momento Tony estaba seguro de que no había urbe más compleja que Nueva York. Pero eso se debía a no haber estado nunca en Villamonti, pueblo lleno de enredos, obstáculos e intrigas, como las que acababa de experimentar en el cochambroso bar que, en ocasiones, hacía las veces de estación de autobuses, o de estación de autobús, uno solo y que aparecía cuando le apetecía. Allí, en ese lugar, un hombre mitad policía y mitad soldado, el mismo que de saber quién era Tony en realidad le descerrajaría un balazo, lo había invitado a beber un vaso de vino y comer una rodaja de pan con tomate al tiempo que se quejaba de lo difícil que era convencer a la gente para que denunciara a los mafiosos, delincuentes abusones que

los sometían. Más tarde vio como un comunista intentaba subvertir el sistema sin que su enemigo, el policía que le podía descerrajar un tiro por eso, le hiciera nada, salvo zarandearlo un poco.

A la silenciosa procesión de hombres se unieron más hombres y varias mujeres, todos con sus trajes de diario, oscuros y sobrios, las cabezas masculinas cubiertas con boinas o sombreros sencillos y las femeninas con pañuelos, siempre negros, siempre oscuros y siempre largos como sus vestidos o sus delantales. La cercanía de la puesta del sol hizo que más de uno llevara, colgando de la mano, una lucerna de aceite.

El magnetismo de la tragedia que se entreveía al final del camino era el mismo que atrajo a los villamontesinos durante el penoso andar de la jovencísima hija del finado Vincenzo Amodio doce días antes, cuando la muchacha entró al pueblo en busca de una ayuda que nunca encontró.

La casa de Egidio estaba muy abajo, cerca de los primeros sembradíos. A Tony le resultó fácil ubicarla por lo que vio al llegar y que jamás olvidaría, una anciana sentada en un banco de piedra e iluminada por el último de los rayos del sol, deshecha en lágrimas pero del todo inmóvil y silente, impactada por lo que había visto dentro.

Convencido de que al policía no le molestaba su presencia, Tony lo siguió cuando entró en la casa de Egidio. La vivienda era mínima, con todas las dependencias concentradas en una estancia, iluminada por una bombilla solitaria y colgante, único signo de modernidad y cuya luz se desparramaba sobre tres sangres que, después de desparramarse de sus cuerpos, se habían concentrado en un gran y unificado charco sobre el que, tan inmóvil como la anciana, colgaba Egidio, engarzado del cuello al techo tal y como la bombilla estaba engarzada de su metálico cuello a ese mismo techo.

Taibi, de pie a pocos pasos de la entrada, sostenía una tarjeta de identificación en sus manos. Después de dejarla en el mismo cajón donde la encontró, miró alrededor y dejó que sus pensamientos de buen sabueso investigador emergieran en forma de palabras.

—El fallecido, Egidio Di Marco, usó esa escopeta, —señaló con un dedo un arma tendida en el suelo—, para matar a sus dos hijos mientras dormían. Fue un asesinato piadoso. El primer tiro se lo dio al bebé, que nunca volvió del mundo de los sueños. El otro, el infante, murió mientras se despertaba y sin tener tiempo para saber lo que le ocurría.

—Eran tan pequeños… ¿Asesinato piadoso?

—El más rápido que pudo ejecutar. Para que no se enteraran. Su mujer, en cambio, si llegó a saber qué pasaba. Pero como ya no tenía cartuchos en la escopeta de dos tiros, la apuñaló en el corazón, para

que también fuera rápido.

Toni vomitó. Su vino y su pan con tomate se mezclaron con la sangre de los dos pequeños y la de su madre.

Tras secarse con la manga de la camisa, Tony preguntó:

—¿Por qué ese malnacido no recargó y se voló la tapa de los sesos?

—Por la culpa. Se colgó para poder ver lo que había hecho en su camino al infierno. Pero no era un malnacido. El fallecido estaba desesperado y quiso, a su manera, evitar sufrimientos a su familia.

—¡¿Pero qué está diciendo?!

Taibi retrocedió un poco para colocarse al lado de la puerta la cual, al abrir hacia el interior, les mostraba su cara externa.

—Estas manchas son las llamadas pinceladas de mierda, y son exactamente eso, brochazos dados con excrementos, una amenaza. —El policía retiró un sobre clavado a la madera con un puñal—. Esto nos dice el porqué: una deuda.

Taibi abrió el sobre y mostró varias decenas de liras en billetes.

—Es muy probable que el fallecido haya hecho un pago incompleto de una deuda a un prestamista. —El capitán se guardó para sí decir que sin duda era Costa o alguno de sus ayudantes—. Por lo visto se lo devolvieron con la amenaza de que si no pagaba completo atentarían contra los de esta casa.

La nueva arcada que sacudió a Tony solo extrajo bilis. Una vez escupió la amarga baba salió dando tumbos hasta sentarse al lado de la anciana de la cara arrugada y llanto silente. Desde ese banco de piedra y con la espalda apoyada a la fachada de la humilde morada vio un nuevo corro de pueblerinos, muy parecido al que estaba fuera de la estación de carabineros cuando fue puesto en libertad. Pero esta vez los rostros de curiosidad habían sido sustituidos por otros que retrataban rabia y tristeza.

Cuando Taibi salió de la casa, se detuvo. El policía estaba a un metro de Tony, erguido y vestido con su mejor uniforme, reflejo de un Estado que, tal vez por primera vez desde que esa callejuela había sido empedrada y desde que esa casa había sido erigida, se había hecho presente allí.

De pie en el vano de la puerta el capitán devolvió todas y cada una de las silenciosas miradas que lo fijaban. La de maduros artesanos y campesinos, muy viejos para estar en el ejército pero aún aptos para el trabajo; la de mujeres en pleno ejercicio de las atribuciones que la Sicilia de 1943 establecía para ellas, es decir, servir a sus maridos, criar a sus hijos y cuidar de todo y de todos en el ámbito de sus familias; luego había ancianos, que no por viejos habían dejado de bregar porque, para los pobres de Villamonti, el trabajo era vitalicio.

Transcurrido el largo intercambio de miradas, de la media luna de

pueblerinos brotó un hombre, conocido tanto del capitán como de Tony. Era el carpintero, encendido y conmovido a partes iguales después de que alguien le refiriera lo que había ocurrido dentro. Plantado como un toro dentro de una plaza, Gino inspiró a fondo, aprestándose a iniciar el más solemne e incendiario reclamo, la arenga magna, como aquellas que, alimentadas en su momento por sucesos fatales como ese, gente como Gramsci, Lenin o Trotsky habían logrado cambiar el curso de los acontecimientos.

Pero en el momento en el que abrió la boca para hablar, muchos brazos emergieron del corro y, cual tentáculos, lo envolvieron y arrastraron, haciéndolo volver a la grey, a la silenciosa grey que retomó su particular forma de protesta, mirar con rabia, tristeza y rencor al capitán de carabineros Settimo Diotisalvi Taibi, representante de ese Estado que, aunque se hiciera presente en Villamonti, no tenía el poder necesario para protegerlos.

Taibi era consciente de ese sentir colectivo. Lo peor para él no era que esos aldeanos lo creyeran incapaz de protegerlos, sino que estaban convencidos de que jamás lo intentaría.

XIII

El punto y final lo puso con muy poca luz sobre la mesa. La parte expuesta de la mecha de la lámpara de queroseno se había consumido casi toda, pero Tony no quiso accionar la ruedecilla que la controlaba por miedo a perder el hilo del cierre de su crónica, la última de las que había escrito durante su obligada estancia en ese surrealista pueblo llamado Villamonti.

Media vuelta del minúsculo volante metálico bastó para avivar la luz de la lámpara. Si bien tosca, era un magnífico sustituto de las bombillas, inactivas esa noche por avatares de una guerra muy cercana. El diario quehacer siciliano se complicaba, visto el rápido avance anglonorteamericano anunciado por los noticiarios radiofónicos.

El crecido fuego sin humo iluminó la estancia grande de la planta inferior de la casa de Alessandra, que a esa hora de la madrugada estaba tan apaciguada como las calles del pueblo. La nueva luz fue usada por Tony para separar los folios buenos de los malos. Con satisfacción calculó que el artículo podía tener unas mil o mil doscientas palabras. El texto sería muy bien recibido en el periódico de su universidad.

«Quién sabe, tal vez termine reproducido en el New York Times».

La imagen de su nombre estampado al inicio de un artículo de la primera plana del periódico en el que él tanto quería trabajar abarcó toda su mente. A medida que divagaba Tony transformó los folios descartados en redondas bolas de papel que le pidieron a gritos ser

encestadas en alguna de las cacerolas de la cocina de su anfitriona. El fantasioso Tony periodista del Times dio paso al Tony miembro de la selección nacional de baloncesto de los Estados Unidos de Norteamérica, aquella que con tanta contundencia había conquistado la medalla de oro en las Olimpíadas de Berlín de 1936, bajo las mismísimas narices del régimen nazista.

«Pobres alemanes, décimo quintos de diecinueve participantes», Tony lanzó una bola que, tras chocar contra el borde de una cacerola plantada sobre una alta alacena, cayó al suelo.

Sentándose más erguido, Tony apuntó mejor y susurró:

—Final electrizante, Canadá ataca señoras y señores… ¡No! Swanson le quita el esférico a Meretsky… La pasa a Piper… Piper esquiva a uno, a dos… Ahora recibe Ragland…, apunta…, lo bloquean, se la pasa a Tony Damato, la estrella del Grossevort Market, Tony apunta, no, cambia de opinión y decide ir a por todas, esquiva, rebota, va a pasar…, no, salta y… ¡Encesta!

Cuando la bola de papel entró en la abollada olla de metal, Tony se puso en pie, los brazos en alto, ovacionándose a sí mismo en voz baja.

—¿Esto es lo que hace usted de noche, joven? —preguntó Alessandra con su habitual y fantasmal estampa matutina.

—Es que no pude pegar ojo anoche. —El huésped se puso manos a la obra para recoger el estropicio de bolas de baloncesto de papel.

—Debí darle una tila anoche. Lo siento. Lógico no poder conciliar el sueño después de lo que presenció. —La maestra reparó en las hojas manuscritas del escritorio— ¿Puedo?

—Claro. Es texto en bruto, aún no lo he corregido. Tampoco estoy seguro si es bueno, no sé qué parte de mí lo escribió, la mente o el corazón.

La mujer no lo escuchó, absorta en la lectura. Con una seña le pidió que preparara café. El alba ya se insinuaba en la ventana. Sentándose cogió el lápiz para colocar un sinónimo aquí o cambiar una coma allá. Todas las intervenciones fueron menores. La erudita mujer sabía respetar el estilo del autor. Una vez terminó dijo:

—Lo felicito joven. Hizo bien en sacarse eso de adentro. No quiero decir que lo vaya a olvidar, pero así no se le enquistará en el alma.

—No estoy tan seguro, señora.

Tony echó las bolas de papel a una caja que era a la vez cesto de basura. Luego estiró el brazo para coger el pequeño y maltratado manual que había traído consigo desde que despegó de un aeródromo de Túnez.

—Fíjese, aquí dice que nuestros enemigos son los alemanes, junto a cualquier soldado italiano que respalde a Mussolini. Este manual

hace hincapié en que ningún civil es enemigo. También dice que todo soldado que atente contra mujeres, niños u hombres no en armas será severamente castigado. Pero en este pueblo no paran de aparecer muertos. Yo mismo vi como alguien era asesinado. El policía me dijo que habían encontrado a un muerto fresco en un molino del río. Ayer un padre se cargó a su familia y luego se colgó de una viga. Seis muertos en quince días y aquí no ha puesto pie un solo pelotón americano. Estas personas tienen al enemigo dentro.

El penacho de vapor de la cafetera y su correspondiente resoplido cortaron el creciente desespero de Tony.

—Siéntese joven, venga. Le serviré un café con galletas.

El frugal desayuno fue consumido en un respetuoso silencio, con el recuerdo de la familia Di Marco flotando sobre las palabras manuscritas.

—Usted tiene razón, el enemigo lo tenemos dentro. No solo son el Fascismo o la Mafia como usted bien expone en su escrito. Es el ansia de imponer en esta isla un pensamiento o un modo de vivir que le es ajeno. A mí me gusta llamarlo «nortificación del mediodía», entendiéndose por mediodía su acepción de sur. Lo mismo que sucede aquí en Sicilia ocurre en Egipto. Es un intento de transformar estos mediterráneos parajes en copias soleadas de Londres, París o, dentro de poco, Nueva York. Eso nunca ha funcionado y jamás funcionará.

Cuando Tony quiso rebatir con la idea de que una americanización de la isla no tenía que ser malo por fuerza, unos arañazos en la puerta interrumpieron el debate. Después de abrir para ver quién era, el salón fue invadido por el cabrito de Fortunato, que se abalanzó sobre la caja para dar buena cuenta de las bolas de papel.

Segundos después entró su pastor, que lo sacó a fustazos.

—¿Por qué no estás vestido, Tonino?

—Buenos días señor Tonino —corrigió la maestra—. Buenos días querida señora maestra —agregó.

—Buenos días Mae. ¿Por qué no te vistes Tonino? Vamos, ya casi amanece. —El niño se giró y repartió más fustazos a más invasores—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Repelido el conato de invasión, el niño cerró la puerta. De pronto su rostro se iluminó, señal inequívoca de que se había acordado de algo.

—¡Casi me olvido! Tengo un mensaje para los hermanos Rinaldi… Los hermanos… Je, je.

Tony y Alessandra se miraron. Ya se habían acostumbrado a la válvula de desahogo que el niño había creado para mantener el secreto a salvo.

—¿Qué mensaje?

—El niño hurgó en su bolsillo. Después de barajar cuatro papeles

doblados, extendió el que mostraba, escritas con no muy buena caligrafía, «Para la maestra y su hermano».

—¡No Fortunato! ¡No! —Alessandra cogió al niño de sus pequeños hombros y lo zarandeó con lágrimas en los ojos—. No puede ser… No me digas que ahora eres mensajero de Don Petru o de alguno de sus secuaces.

Recogido el papel del suelo, Tony lo desdobló. Un instante después, dijo:

—No, Alessandra, no lo mandan esos desgraciados. Lo firma Gino Licata. El carpintero, el que tuvo un encontronazo ayer con el capitán.

—¿Un mensaje del carpintero? —La maestra soltó al niño pero luego se lo pensó bien y lo abrazó—. Qué raro… ¿Qué pone en el mensaje?

—Es una convocatoria para una asamblea mañana después de la misa y cuyo objetivo es: —el joven se aclaró la garganta como aviso de que lo que seguía era una cita textual— constituir una cooperativa agrícola para vender nuestras cosechas a los americanos.

Los dos adultos se quedaron en silencio y sopesaron, cada quien a su manera, el mensaje.

La reflexión fue interrumpida por un casi ahogado Fortunato.

—Suélteme Mae.

—¡Ay, sí! Disculpa. Me diste un susto muy grande. Prométeme que nunca trabajarás para Don Petru ni para ninguno de sus adláteres.

—¿Sus qué?

—Sus ayudantes, sus hombres de honor —aclaró Tony.

—Lo prometo —dijo el niño, libre al fin.

—¿Los otros mensajes también te los dio Gino? —preguntó Alessandra, con la mano extendida.

Una vez revisados los destinatarios, la mujer se los devolvió al pastor reconvertido en cartero.

—Son las familias con casas aisladas, en los predios del río, donde Fortunato lleva a sus cabras. Seguramente Gino estará convocando en persona a los del pueblo y envía emisarios a los de los alrededores.

—Ese maldito rojo quiere montar la revolución de octubre, pero en julio.

La cara de pocos amigos de la maestra, silenció a Tony.

—Sal a pastorear, Fortunato. Cuando entregues esos mensajes asegúrate de que no haya nadie extraño a la familia. Y no le digas nada a nadie.

—Lo mismo dijo Gino. Me prometió caramelos.

—Yo también te daré caramelos. Ahora vete.

Cerrada la puerta la maestra se amarró bien la bata, se caló las gafas y dijo:

—Joven, su comentario, amén de injusto, raya en lo ridículo.

Imaginándose sentado en el rincón de los castigos, bajo el letrero «el tonto de la clase», un balbuceante Tony replicó:

—¿Por qué? Asambleas ciudadanas… Esas son cosas de comunistas. Ayer en el bar parecía el mismísimo Karl Marx. Y por si fuera poco, en la casa del que se mató estuvo a punto de hacer que lincharan al policía… No sé por qué no lo meten preso.

—Aunque lo trato de hace unos pocos meses, le puedo decir que el capitán Taibi tiene menos prejuicios que usted, joven. Ese hombre sabe que el verdadero mal de Villamonti lo representa Don Petru y su red, en la que también están el barón y el cura. Gino Licata no es la fuente del mal, es uno de los afectados de ese mal, como casi todos nosotros.

—Pero esas asambleas… Ayer dijo que el pueblo se debía unir para tomar por asalto el poder. Por algo se empieza, primero una cooperativa, luego el ayuntamiento y al final, Roma.

—Escucharlo a usted es como escuchar a Franklin Delano Roosevelt por la radio. Usted parece un loro enseñado a hablar en nombre del Tío Sam… ¡Despierte Tony! Un cerebro capaz de escribir un artículo como ese, —la maestra señaló la mesa—, es capaz de entrever los intersticios de nuestra sociedad, Sicilia no es Gran Bretaña, ni Francia, ni los Estados Unidos de Norteamérica. Esta isla es el crisol en el que se fundieron muchas culturas y del que surgieron unos seres únicos con sus ferocidades y sus responsabilidades, capaces de fabricar su propio destino, tal y como Gino Licata fabrica sus muebles o sus herramientas.

—Pero Sicilia tampoco debe convertirse en la Unión Soviética.

—Le doy la razón en eso. Le propongo una cosa, ¿qué le parece si mañana vamos a la asamblea y escuchamos lo que tengan que decir Gino y los que allí aparezcan?

XIV

Las cestas o fardos atados con cordeles que traían los que llegaban a la granja del fallecido Vincenzo, una hora antes habían llamado la atención del Abad mientras daba misa. Al religioso le había extrañado ver a sus feligreses cargados con las viandas que solían llevar a las romerías posteriores a una misa, algo que hacían en los días de fiestas populares, nunca durante un domingo común y corriente como ese.

Convertir la asamblea convocada por el carpintero en el equivalente laico de un festejo popular fue un asunto espontáneo, ayudado por el hecho de celebrarse en domingo, después de misa. De ahí el porqué la gente llegó a la granja de Vincenzo Amodio con sus vestimentas domingueras y con alguna vianda para compartir. Un regalo modesto, pero preparado con cariño.

Las familias se distribuyeron en el descampado entre el pozo y la

caseta, aquella desde la que Tony presenció el asesinato del dueño de casa. La ironía dictaba que el fallecido nunca había sido dueño de nada, solo un simple arrendatario, aquel que para vivir y hacer producir esa parcela debía dejarse la piel en ella, cosa que en el caso de Vincenzo había sido literal.

Pocas veces entre los villamontesinos aparecía tanto color, no el de las ropas de los adultos las cuales, si bien de mejor calidad que las de diario, sus tonos se mantenían cercanos al marrón o al gris. Otros, por respeto al sitio al que iban, optaron por el negro, para solidarizarse con la viuda de Vincenzo. El color lo daban los niños, cuyas ropas domingueras eran alegres y coloridas, brillantes bajo un sol de justicia que Gino Licata interpretó como buen augurio.

Mientras las personas escogían sitio para echar una manta y sentarse a escucharlo, el carpintero se acercó por enésima vez al pozo, allí donde estaba su mujer. Con paciencia infinita, ella le volvió a secar el sudor de la cara.

—Si tan nervioso estás, no haberlos llamado.

—Hay que hacer algo, me cago en Dios… ¿O quieres que a esos niños, —Gino miró hacia un grupo que jugaba—, les pase lo que a nosotros o lo que a sus abuelos?

El paralelismo de sus dos respectivos padres, asesinados por poderosos, con el de sus dos hijos, uno niño y otro adolescente, volvió a encarrilar el tambaleante apoyo de su esposa.

—Esa boca… No blasfemes y menos después de misa.

El reproche sirvió a la mujer de Gino para ocultar la aprensión que sentía. Sus preocupaciones iban desde el inocuo temor a que Gino metiera la pata delante de sus vecinos hasta las posibles y peligrosas reacciones de los señores de la cresta. Pero si Gino hablaba allí con la energía que traía al regresar de las asambleas clandestinas a las que asistía junto al chófer del bus en Catania, entonces no habría problema.

El temor a Don Petru y a sus asociados no era exclusivo de la esposa de Gino. Todos lo sentían, aunque también sabían que, ese día, el único que se la jugaba en serio era el carpintero.

Tony aprovechó el paseo para guiar a Alessandra, a Fortunato y a su hermana Rosalía a través de uno de los atajos aprendidos en sus excursiones pastoriles, que terminaba detrás de la cabaña. Al salir a campo abierto el chaval se detuvo en seco:

—¡Cuánta gente!

Acto seguido salió por patas para juntarse con otros niños que perseguían a una gallina.

Como neoyorquino del montón que era, Tony estaba convencido de que las reuniones multitudinarias solo se daban en eventos deportivos, presentaciones artísticas o días de fiesta, como el 4 de

julio. Ver personas de a pie para debatir un asunto trascendental para la comunidad era algo nuevo para él.

Por sugerencia de la maestra, el trío se ubicó cerca del pozo y de aquel que lideraría el ágora.

—¡Conciudadanos!

Después del grito Gino dejó transcurrir una larga pausa para que la gente dejara de conversar, tal y como había visto hacer en la ciudad.

—¡Conciudadanos!

La segunda pausa fue usada por los presentes para verse los unos a los otros y preguntarse, en silencio gracias a los gestos de rigor, qué significaba esa palabra tan rara.

—Conciudadanos, aquí donde estoy fue asesinado nuestro vecino Vincenzo, compadre mío en lo personal. Hace dos días Egidio fue atrapado por la sinrazón e hizo lo que ya todos sabemos. Luego nos enteramos que en las casas de los ríos, —Gino prefirió no llamarlas molinos—, apareció alguien enterrado. Estas desapariciones no son consecuencia de la invasión aliada, son fruto del sistema que nos oprime y que se asienta en lo alto de esta montaña.

Los asentimientos y murmullos de aprobación que Gino solía ver en Catania tras la introducción del orador no ocurrieron en esa campestre asamblea. El largo silencio fue roto por el Limonero, aquel que le había brindado la copa de grapa el día que sucedió lo de Amodio.

—Gino… ¿Por qué hablas tan raro?

Las sonrisas y una que otra carcajada fueron el bálsamo que destensó la situación. A partir de ese momento el carpintero, habló como siempre hablaba y se movió como siempre se movía. En su discurso Gino transformó en palabras el día a día de todos los presentes, una realidad de miedo, sometimiento, abuso, coerción, pobreza y abandono a su suerte.

Oír lo que ya se sabía no era novedad.

La novedad era oírlo decir en público.

Con la habilidad e intuición típicas de aquel que se había abierto camino a través de una vida plagada de obstáculos, Gino usó las penurias de los dos pueblerinos muertos como ejemplos, sabedor de que todos encontrarían uno o varios paralelismos con sus propias existencias.

—Aunque no apretó el gatillo, el prestamista del pueblo es el responsable de la muerte de Egidio y los suyos. Aquí todos tenemos o tuvimos deudas con él. Levantad la mano quién le deba algo.

Nadie se atrevió a manifestarse, aunque la platea estaba llena de deudores, moscas atrapadas en la red de Pietro Costa.

Gino echó mano de un tercer ejemplo, su propia experiencia de

vida.

—Todos sabéis que mi padre luchó en la Gran Guerra y que le prometieron pagarle con una parcela de tierra. Pero no cumplieron la promesa. Cuando bajó a Catania a reclamar el gobierno lo mató. A él y a otros ocho camaradas. Mi padre murió en mis brazos. —Gino colocó los brazos como si sostuviera a un moribundo. El gesto nubló varios pares de miradas—. A raíz de eso nos desalojaron de la parcela que labrábamos, como esta en la que hoy estamos, y nos mudamos al pueblo. Después me hice carpintero…, ¿para qué? Pues para seguir bajo las botas del dueño de la tierra, del que se la administra y también de aquel que se las bendice.

Gino tampoco se animó a nombrar ni al barón ni a Don Petru ni al abad, aunque tampoco hacía falta.

—Después tenemos esta finca. La viuda de Vincenzo, —todos giraron sus rostros hacia la casa—, tiene de plazo hasta hoy para irse. Ella y sus hijos subirán al pueblo, a vivir en la casa de Egidio, la que todavía tiene manchas de sangre en las piedras del suelo. ¡Y tendrá que pagar alquiler!

Un escalofrío recorrió todas las espinas dorsales de hombres y mujeres.

—Pero no podemos hacer nada, Gino, las cosas siempre han sido así.

El comentario, dicho con honda pesadumbre por uno de los hombres con menos edad entre los que escuchaban al carpintero, flotó un buen rato sobre todos.

Gino recurrió a una de las cartas que tenía bajo la manga.

—No todo es igual. Cada muchos años algo cambia. No para nosotros los pobres, sino para ellos. —Gino levantó un brazo y señaló hacia arriba, hacia la cúspide y sus tres promontorios—. Para nosotros nada cambia, somos como las abejas, que siempre trabajan y siempre dan miel sin importarles quién las explote.

El símil escogido inconscientemente por Gino no pudo ser más efectivo. Los rostros de esos sencillos pueblerinos se iluminaron en virtud de una comprensión de su propia situación nunca antes experimentada, fruto de una domesticación de siglos.

Visto el efecto en su auditorio, el orador se abalanzó a través de la brecha recién abierta.

—Los vientos de cambio soplan en Sicilia. La invasión de ingleses y yanquis hará caer a Mussolini, si no es que ha caído ya.

La observación fue recibida con un sinfín de comentarios hechos por unas personas a las que les parecía imposible que cualquier poderoso como el Duce, el barón o el mismo Don Petru pudiera perder su privilegiada posición.

Lo que no sabían los villamontesinos era que, ese mismo 25 de

julio y en esa misma mañana, el Gran Consejo Fascista estaba reunido en Roma para, al final de la jornada, deponer a Benito Mussolini.

—Si somos listos y jugamos bien nuestras cartas, podríamos dejar el apiario, volar hasta un árbol y… —Gino esperó hasta que sintió que la expectativa era máxima—, ¡construir nuestra propia colmena!

El aplauso general tomó a todos por sorpresa. Nadie, ni los que aplaudían, se creían capaces de manifestarse con tanta pasión y alegría por algo que no fuera una boda o un bautizo. El júbilo continuó cuando Gino transformó la metáfora de las abejas en algo concreto como una cooperativa agrícola.

Quien jamás creyó verse aplaudir ante la arenga de un comunista fue Tony. Estaba alegre no por sus reaccionarias ideas, sino por la perspectiva de una vida mejor para esas sufridas gentes.

Mucha suerte tuvo Gino Licata de que la maestra estuviera presente. Cuando el carpintero se enredó al explicar los beneficios de crear una cooperativa que gestionara la parte propia de sus cosechas, Alessandra salió en su ayuda. Una vez terminada la exposición y contestadas todas las preguntas, la «Cooperativa agrícola Egidio y Vincenzo» quedó constituida. Su propósito era «Gestionar la parte propia de sus cosechas, con el objetivo de venderla en las mejores condiciones posibles al Ejército norteamericano y británico. Los beneficios serían repartidos a partes iguales entre los cooperativistas».

El asegurar que el barón, el abad y Don Petru no dejarían de recibir sus tributos tranquilizó a muchos, lo que aumentó las adhesiones. La cooperativa funcionaría solo con la parte de las cosechas que pertenecía a los campesinos.

La asamblea terminó con una merienda colectiva y con todos, niños incluidos, ayudando a la viuda a mudarse colina arriba.

XV

El atajo monte a través no era una buena opción con peso a cuestas. Por esa razón Alessandra, Rosalía y Tony regresaron por el camino. La pista, aunque más larga, tenía menos pendiente gracias a las muchas eses que describía y que facilitaban la ascensión de buses, caballos, mulas y, como en ese caso, de personas.

Vista desde el pueblo la estirada ristra de villamontesinos lucía como una columna de hormigas, cada una con un fardo, un mueble, un candil, un taburete o un crucifijo de pared a cuestas. En medio de ellos avanzaban Alessandra, Rosalía y Tony, inmersos en una animada conversación. Separado de ellos Fortunato también colaboraba, pero en el pelotón infantil, que sin dejar de jugar llevaba su parte de la carga.

—Hemos sido testigos de un evento trascendental —dijo Alessandra con fatiga, desacostumbrada al esfuerzo físico—. No quiero

decir que esto equivalga a una toma de la Bastilla. Tal vez no trascienda allende este pueblo, pero eso no le resta importancia.

—O tal vez sí trascienda e Italia se convierta en una pequeña Unión Soviética —rebatió Tony.

—Pero usted aplaudió —se atrevió a decir Rosalía.

—El comunismo no me gusta, pero tampoco me gustan las injusticias. Esa era una de las cosas que más me gustaban de mi universidad, que…

Alessandra empujó a Tony por la espalda.

—Perdón hermano, se me resbalaba la caja —mintió la maestra —. A Valentino le encanta hablar de su universidad en Turín, un sitio en el que todos eran aceptados.

Tony captó el mensaje. Comprendió que con mayor frecuencia bajaba la guardia. Era como si llevara mucho tiempo en ese pueblo, con la confianza como para contar que el carácter abierto y tolerante de su universidad hacía que la llamaran la Harvard de los pobres. La Universidad de Nueva York se había ganado el apelativo por aceptar a inmigrantes, a gente de bajos recursos y hasta a judíos. Retomada la palabra, Tony concluyó:

—Aplaudí porque me alegra que esta gente haga negocios propios. Eso le dará algo de poder para no depender tanto del mafioso de la casa de la plaza.

—¡Shhh! —Rosalía miró hacia atrás. Luego gritó para disimular —. Fortunato Rizzo, como le hagas algo a ese crucifijo que llevas, te vas a enterar.

—No sería la primera vez —dijo Alessandra.

—Santa Madre de Dios —Rosalía se persignó.

—¿Qué pasó? —Tony cambió de hombro el voluminoso fardo de ropa que llevaba.

Deseosa de que la joven mujer ablandara la dura concha que siempre la recubría, la maestra pidió:

—Cuéntaselo, Rosalía, cuéntaselo a mi hermano.

La mujer miró al fondo de la gran olla que llevaba, como si de un pozo de los recuerdos se tratara. Mientras rebuscaba Tony la observó en detalle. Si bien sabía por Cumerdia que tenía veinte años, parecía mucho mayor, muy bella, pero también muy seria, siempre ceñuda, siempre alerta. Ese día, con su vestido de domingo encima descubrió que tenía una figura estupenda, con brazos y piernas tonificados por el trabajo duro. Cuando la chica comenzó el relato Tony estaba mirándole el escote.

—Una vez fuimos a la casa parroquial. Cumerdia tendría seis o ya siete. Llevamos una cesta con huevos. —Rosalía puso voz grave masculina—. De los más grandes, muchacha, de los más grandes.

Alessandra intervino para enmarcar la situación.

—Desaparecido el padre, a Rosalía, a su madre y a Fortunato les pasó algo parecido a la viuda de Vincenzo. Los desalojaron de las tierras de labranza que tenían asignadas.

—Pero nos dejaron los animales. Pasamos a una casa baja del pueblo, con corral grande.

—O sea que esto es sistemático, válgame Dios —observó Tony.

—Sigue Rosalía, sigue —pidió la maestra.

—Le llevamos los huevos al cura. Cuando puse la cesta en el escritorio y le pedí las dos liras, el muy sinvergüenza me dijo que hacía mucho que yo no ponía nada en el cepillo y que esa sería mi contribución… —El rostro de la mujer enrojeció, igual que el día de la anécdota—. Que Dios te lo pague —agregó con la voz otra vez ronca.

—¿Qué tiene que ver eso con un crucifijo?

—Que al verme salir de la casa parroquial llorando de la rabia, Cumerdia regresó a la casa parroquial, cogió un huevo y se lo tiró al cura.

—¿Y? —preguntó Tony, expectante.

—Que el muy desgraciado se agachó y el que lo recibió fue Jesucristo.

Rosalía se volvió a persignar y los tres adultos miraron al niño, que recorría el camino arriba y abajo, crucifijo en mano.

Las tres sonrisas que dejaron las ocurrencias de Fortunato, animaron a Alessandra a sondear a la hermética joven.

—Rosalía, ¿qué te pareció lo de allá abajo?

Al recibir un sonoro resoplido por respuesta, Alessandra pidió más concreción.

—¿Y? ¿Qué fue lo que no te gustó?

Después de pensarlo un rato, la chica se decidió.

—Yo voy a sus casas, ¿sabe? Voy a sus casas, cojo su ropa, la lavo junto a mi madre en el río, se las seco, la plancho, la doblo y se las devuelvo. A veces hasta se las meto en los cajones.

Cuando Tony se aprestó a preguntar qué tenía que ver eso con la cooperativa, una fulminante mirada enmarcada en gafas de pasta lo obligó a desistir.

—Quieres decir que conoces bien a los poderosos del pueblo.

—Los conozco. Los oigo… Sé lo que piensan de nosotros. No nos quieren. Son malos.

—Bueno, pero en esta carretera hay mucha gente —dijo Tony—. Eso se parece a las historias del… A las historias de los libros del Oeste americano, esas donde un pistolero abusón es vencido y expulsado por los del pueblo.

—Aquí no estamos en Tombstone, hermano —dijo Alessandra—. El abusón de Villamonti no está solo. Alrededor suyo pululan sus satélites, hombres despreciables. En el bando opuesto están los

pueblerinos que no tienen ni armas ni la costumbre de batirse a tiros.

La conversación llegó a su fin cuando el trío, después de tomar un estrecho sendero, llegó a una de las primeras casas en la linde del pueblo, aquella que solo dos días antes albergaba a Egidio y a su familia.

Fuera, apiladas en orden, estaban las pertenencias de los fallecidos. Después de que Alessandra, Rosalía y Tony dejaran su carga, alguien les dijo que había que volver a ayudar para llevar lo que estaba fuera al pósito del pueblo, para que fueran retirados por la familia de la difunta, que vivía en las tierras bajas.

—¿El pósito? —preguntó el neoyorquino.

—Es un depósito de grano —contestó la maestra.

—¿Vamos a meter estas cosas en un silo?

—No, no. Estamos en el Mediterráneo. Un pósito es un edificio, una casa grande en medio del pueblo, un almacén. En la asamblea se concluyó que, como lleva años sin usarse, allí se guardará el grano de la cooperativa.

XVI

«Eres un bueno para nada». Las palabras retumbaron dentro del baúl de los recuerdos del barón Carlo Bendicò D´Aragona. El viejo reproche, repetido mil y una veces por el anterior barón de Villamonti, Giancarlo D´Aragona, se sincronizó con el rítmico paso del caballo del aristócrata, el blanco, su montura favorita. Las ácidas críticas de su padre habían reaparecido con fuerza desde la mañana de ese miércoles, cuando recibió una nota de Pietro Costa invitándolo a tomar un digestivo después de almuerzo, para tratar el asunto de la cooperativa.

«Eres un bueno para nada. La finca va de mal en peor, los labriegos se alzan y para colmo eres tú el que va a casa del caporal en vez de que sea él quién se presente ante ti». Carlo Bendicò desechó la nueva crítica. Su padre no entendería que si trataba de cambiar el lugar del encuentro a su mansión, como la tradición mandaba, el caporal no se presentaría. Por más que le disgustara tener que ser él quien se desplazara, no podía darse el lujo de dejar que la iniciativa campesina echara a volar.

«Eres un bueno para nada, solo piensas en viajar y jugar en casinos». Esa mañana, junto a la nota de Pietro Costa, el barón abrió una carta de su mujer, enviada a través de Suiza, en la que le avisaba que ya no era bienvenida en los mejores hoteles de la Riviera Francesa. Las deudas de Carlo Bendicò en sus casinos habían descarrilado el tren de vida al que la mujer estaba acostumbrada.

Un suave tirón de las riendas detuvo al animal frente a la casa de Pietro Costa. Mientras uno de sus escoltas corsos tocaba a la puerta el

otro se encargó de los caballos. Ninguno de los dos guardaespaldas pudo pasar de la entrada donde, para más inri, fue recibido no por el dueño de casa, sino por uno de sus acólitos, el Viejo, el consejero de Don Petru.

El digestivo fue servido en la terraza, en la tercera planta, al abrigo de un toldo puesto para la ocasión. El barón disfrutó de las vistas, con la plaza a sus pies; el Palacio Comarcal enfrente; la iglesia con su vacío monasterio adosado y, sobre esos edificios el imponente promontorio central coronado por una pequeña ermita.

Sentado en la terraza estaba Don Petru, vestido como siempre, de traje, chaleco, corbata y sombrero, su característico Fedora gris oscuro casi negro. A su lado, en otro sillón, el abad se abanicaba envuelto en su sotana de diario.

Ante ellos, sobre una mesa baja, destacaba una colorida colección de botellas y copitas de cristal.

El saludo que recibió el terrateniente fue educado, pero sin la cortesía de ser hecho de pie. Una vez se acomodó en el sillón libre, tan cómodo como los otros dos, fueron atendidos por una sirvienta. Al quedar solos el anfitrión levantó la pequeña copa, dio un sorbo al licor de hierbas y dijo:

—Las ovejas de este pueblo llevan tres días descarriadas. Han tomado un camino jamás recorrido, y menos en rebaño. —Un segundo sorbo acabó el licor oscuro—. Una cosa es que de vez en cuando una, o tal vez dos, pierdan el camino y se rebelen… Pero tantas… Nunca había pasado.

Pietro Costa cambió de copa y se sirvió otro digestivo, un amargo Sabbenerica. Llevándolo ante su rostro no lo bebió porque primero quiso disfrutar de su aroma a alcachofas.

—Descarriadas sí, pero no por falta de pastor —dijo el religioso, que se dio por aludido.

—No me refiero a eso —contestó el anfitrión—, aunque los que no van a misa han aumentado, por cierto. Me refiero al asunto de la cooperativa.

—En esos menesteres el pastor es usted. —El barón acompañó el señalamiento con un movimiento de su copa, aún llena.

El cruce de miradas que siguió fue roto por el abad, que no paraba de servirse y beber un licor distinto cada vez. Tras probar uno de limón, espeso y fragante, dejó salir un pensamiento que su preocupación ya había rumiado a medias.

—Lo que tiene soliviantada a estas buenas personas es la lacra del comunismo. Ese capitán, —el religioso apuntó su barbilla hacia el otro lado de la plaza—, ese capitancillo solo pierde el tiempo persiguiendo fantasmas. Lo que debería hacer es fusilar a los alborotadores.

—Y dejarnos a nosotros sin peones y a usted sin feligreses. Sea

realista, abad —El barón probó por fin su amarga bebida.

—Que nadie se atreva a decir jamás que el abad de Villamonti carezca de piedad —dijo el anfitrión.

El comentario, ayudado por el licor amarillo, enrojeció al cura.

El barón alzó ambas cejas. Después se sirvió otro amargo para, como había hecho Pietro Costa antes, disfrutar de su aroma a almendras.

—Hablando de piedad, en pocos días el frente de la invasión alcanzará esta villa… Y en una guerra hay muertos y heridos.

Espoleado por el antiguo novicio que todavía llevaba dentro, el religioso intervino.

Pero… Eso es muy drástico… No, debe haber otras maneras. Hablaré con el carabinero. Estoy seguro de que lo convenceré.

—Si eso lo tranquiliza, abad, inténtelo, pero concuerdo con el barón, llegó el momento de fustigar a las bestias —el dueño de casa se levantó y puso fin a la conversación.

Un par de minutos después, cuando el reloj del Palacio Comarcal marcaba las cuatro, Pietro Costa, de pie ante la entorchada barandilla de hierro de su terraza, observó como el barón y el abad atravesaban la plaza, el primero rumbo a su castillo y el segundo camino a la estación de carabineros.

XVII

—Que alguien actualice eso, se va a hacer de noche y aún tiene la hoja de ayer. —El capitán Taibi señaló el calendario que aún mostraba el ya caduco martes 27 de julio.

—Es que solo las arranca el brigada, y como todavía no llega… —contestó el novato desde el armario del armero, concentrado en preparar fusiles y pistolas en caso de que les ordenaran bajar al valle para incorporarse al frente.

Mazzola, al que le había tocado hacer la ronda por el pueblo, se asomó a la puerta.

—Capitán, el abad pregunta por usted aquí afuera.

—Que pase.

—No quiere. Que por favor salga.

—Atento mi capitán, aquí nunca se sabe, susurró el joven.

A Taibi le habría gustado reprender al muchacho por pensar que el cura podía atentar contra él, pero de peores cosas había sido testigo en Trapani y Palermo. Consciente de que no era el caso, Taibi se levantó de su escritorio, se ajustó la corbata y la guerrera de su uniforme de diario, caminó hasta el calendario, arrancó la hoja del 24 de julio, la puso sobre la mesa de su segundo, se ajustó la gorra y salió.

—Buenas tardes abad, ¿qué puedo hacer por usted? —Taibi

acompañó el saludo verbal con otro militar.

—Mucho. Puede hacer mucho. —El policía notó el aliento del cura con su popurrí de aromas alcohólicos afrutados—. Pero no por mí, sino por las buenas almas de este pueblo.

El capitán sintió un hormigueo en el estómago. Había ocasiones en que hechos ajenos al trabajo policial generaban conversos, rara avis que se atrevían a denunciar a hombres de honor y, con suerte, hasta a un capo mafioso.

—Con gusto, ¿dígame?, ¿cómo podemos ayudar a los villamontesinos? —preguntó con cautela.

—¡Apresando a los perpetradores de ese engendro llamado cooperativa!

Taibi necesitó de varios largos segundos para extinguir el rayo de esperanza que le había brillado dentro y sustituirlo con una negra y densa bruma de perplejidad.

—¿Perpetradores de cooperativa? —El policía trató, sin éxito, de imaginar esas palabras escritas en un informe de instrucción.

—Bueno, sí… ¡A esos comunistas!

Taibi había escuchado lo de la creación de la cooperativa. Se lo había referido el brigada bien entrado el lunes. El capitán lo había archivado en su mente como un asunto propio de cualquier economía rural.

—Pero eso no tiene nada de ilegal.

—¿Cómo que no es ilegal?

Taibi ignoró el aspaviento con el que el religioso formuló la pregunta.

—Tiene muchos puntos comunes con las asociaciones autárquicas de antes de la guerra, con ciudadanos produciendo bienes a partir de sus propios recursos. Por lo que averiguó mi segundo, —el oficial señaló el Fiat que se acercaba—, los cooperativistas aportan materias que les son propias, aquellas que les quedan una vez descontados los tributos al caporal, al latifundista y al representante eclesiástico, en este caso usted, abad.

—No me hable en ese tono, señor carabinero —bramó el cura.

—Buenas tardes —El brigada se incorporó a la conversación e interrogó a su jefe con la mirada.

—El abad se personó para denunciar un foco de actividad subversiva comunista.

—¿Ah, sí? ¿Con pruebas concretas o solo *de auditu*?

El intercambio entre oficial y el suboficial fue seguido por los ojos del abad, que se movieron al son de sonoros bufidos.

—Me parece que la acusación es más de oídas… Y la relaciona con la nueva cooperativa de los parroquianos.

—¿Una cooperativa comunista? Esta mañana pasé por ahí y no vi

ninguna bandera roja ni ninguna hoz y martillo. El único pendón que detecté fue una pancarta, colgada en la fachada del pósito y que rezaba «Cooperativa Egidio y Vincenzo». Eso dice *ad litteram*.

Fuera de sí el abad arremetió.

—Ustedes están aquí como garantes de la estabilidad. Estas innovaciones no están bien vistas ni por Dios, a quien todos debemos obediencia, ni por Mussolini, a quien ustedes deben obediencia.

La mención con carácter coercitivo de dos autoridades que, en la escala de valores del policía, estaban por debajo del bienestar del ciudadano común, sacó a Taibi del terreno de lo pintoresco y lo lanzó de lleno al de la confrontación.

—Lo único que garantizo yo es el cumplimiento estricto de las leyes, las del hombre, las que velan por la buena convivencia. —Taibi luchó para mantener a raya la vehemencia—. Son esas leyes las que librarán a este pueblo del delincuente que lo regenta y a todos los que lo ayudan a mantener su reinado de terror.

Los azules ojos de Taibi clavados en los parduzcos del cura le dejaron claro que el policía lo incluía entre esos ayudantes.

—Yo…, yo no sé a qué se refiere.

—El tiempo se acaba, abad. Es momento de que me diga qué sabe sobre los molinos del río, sobre el molino casero de Vincenzo Amodio o sobre la deuda del pobre Egidio Di Marco.

El abad retrocedió un par de pasos. También, sin poder reprimirse, miró hacia el otro lado de la plaza, directo a la terraza de la gran casa.

—Yo no sé nada de eso. Si llegado el caso me enterara, sería en confesión y…

El religioso ni siquiera terminó la idea. Presuroso, emprendió camino hacia las escalinatas del monasterio.

Más allá, en la terraza, el Viejo, que había regresado junto a Don Petru, dijo:

—El carabinero se acaba de merendar al abad. A saber qué le sonsacó.

Cuando Costa se disponía a decir que primero se congelaría el infierno antes de que alguien en Villamonti hablara en su contra, un rítmico batir de cascos llamó su atención. Era una mula con un saco de grano encima y guiada por el arrendatario de una de sus parcelas. Al parecer, en su camino hacia el pósito, el hombre había decidido cortar camino atravesando la plaza situada frente a la casa de Pietro Costa.

Al verlo, el consejero dijo:

—Don Petru, esto pinta mal.

—Sí, Viejo. La semana pasada este pelagatos no se habría atrevido siquiera a cruzar la plaza. Ahora tiene la desfachatez de pasarme su

grano por la jeta.

XVIII

Esa tarde, como casi todas cuando estaba en casa, Pietro Costa salió a dar un paseo. Los pocos que podían darse tal lujo esperaban a que el calor aflojara para deambular por la plaza y rendirle pleitesía a Don Petru.

Ese día Costa estaba acompañado por Hombretón. No llevó un séquito más grande en vista de lo que estaba urdiendo.

El cruce de la plaza transcurrió como cualquier otro de sus paseos. Los viandantes lo inundaban de buenos deseos. Los más afines -o los que más le debían- le besaban la mano derecha, cortesía siempre precedida del usual:

—Le beso las manos, Don Petru.

Muy pocos eran los que no se la habían besado. El barón y el abad no lo hacían, pero solo por lo que representaban, es decir, la aristocracia y la Iglesia. La verdad era que nadie, ni siquiera ellos, estaban por encima de él allí en Villamonti.

Otros que nunca se la habían besado eran los tres carabineros llegados de reciente al pueblo, el novato, el brigada y el capitán. Los modos de esos tres advenedizos rayaban en la rudeza, no como los del cabo y su compañero, los de siempre, los encargados de personarse de cuando en vez en Villamonti y a los que en esas ocasiones les había cedido una de las casas altas para que pernoctaran.

Seguido por su escudero y guardaespaldas, Pietro Costa se internó por una de las calles que desembocaban a la plaza. Hacía mucho que no recorría las veredas del pueblo porque, al hacerlo le era difícil moverse por las muchas muestras de respeto que recibía.

Pero ese día el besamanos solo ocurrió en lo alto del pueblo. A medida que descendió, la gente desapareció, esfumada en casas o recodos del camino, deseosos de no cruzar miradas con el Don o con su guardián.

El pósito, el destino del paseante, no estaba lejos de la cresta. Casi dos siglos antes marcaba la linde del pueblo, en su ladera este, la que miraba al Etna. Pero en la quinta década del siglo XX estaba en pleno casco urbano.

El arribo de Costa coincidió con el cambio de cartel, ejecutado por dos niños hábiles trepadores. Después de descolgar la pancarta izaron y fijaron con ganchos una rústica tabla con la misma inscripción: «Cooperativa Egidio y Vincenzo».

—Buenas tardes, Don Petru.

El saludo, acompañado solo por un ligero toque de la boina, provino de un labriego, otro pelagatos igual de pelagatos que el que Costa había visto desde la terraza. También él entregó un saco de

grano en la cooperativa. El fardo fue recibido por un anciano cuyo dominio de la suma, resta y escritura lo había hecho acreedor del título de custodio de la cooperativa.

El anciano tampoco le besó la mano.

—Buenas tardes, Don Petru —dijo el custodio, sosteniéndole la mirada a Costa.

Ese cruce de miradas era la interacción que el dueño de Villamonti buscaba. Alguien a quien poder escrutar, alguien a quien poder tomar la temperatura de su talante.

Desacostumbrado a esa clase de pulso, el custodio se acercó al que trajo el trigo para disimular su incomodidad, su temor y su incapacidad para sostener más tiempo la mirada.

—Te ayudaré con eso.

Custodio y labriego llevaron el saco a uno de los dos montones que reposaban en el diáfano interior del edificio de piedra. Al fondo estaba el del grano. En el centro estaba el de las pertenencias de la familia de Egidio.

Pietro Costa no esperaba ver tanto grano.

En el pósito también había un catre y un aguamanil. Por lo visto el custodio pasaba allí la noche, en ese inhóspito almacén de techo alto.

Al salir Costa se entrecruzó con un nuevo cooperativista, un agricultor igual a cualquier otro de sus arrendatarios, muy mayor para servir en el ejército pero no tanto como para no trabajar sus campos.

—Buenas tardes, Don Petru —dijo el labriego al tiempo que tiraba de su mula, de su saco de trigo y de su recién ganada insumisión.

XIX

Tony se veía en la sala de redacción del New York Times con treinta y tantos años. A pesar de ello aparecía con sus mismos veinticinco actuales y con uniforme de teniente de artillería paracaidista. Un militar rodeado de periodistas en mangas de camisa que fumaban, maldecían y, tal y como él también hacía, con furia aporreaban el teclado de su máquina de escribir.

Al fondo, encerrado en una oficina con medias paredes de cristal, el editor jefe colgó el auricular de uno de los varios teléfonos de su escritorio. Un minuto después, plantado en el centro de la redacción, anunció:

—¡Atención señores! Ya se sabe quién ganó el Pulitzer. Fue… ¡Nuestro querido soldado!

Una lluvia de aplausos precedió a un sinfín de apretones de manos y de palmadas en el hombro. También hubo zarandeos, muchos zarandeos…

—¡Tony! ¡Tony! ¡Despiértese hombre!

«Alessandra Rinaldi tiene mucha fuerza para lo menuda que es», pensó al regresar de la Nueva York de sus sueños. «Será por lidiar con tantos mocosos».

—¿Qué pasa? ¿Ya es de mañana? ¿Tan rápido?

—No, es medianoche, vamos, Fortunato avisó que hay un incendio, su hermana lo mandó a que regara la voz. Hay que ir y echar una mano.

Cinco minutos más tarde la maestra y Tony miraban, asombrados, la fachada del pósito. La puerta y las dos altas ventanas a ambos lados le daban un aire de calavera, con boca y ojos de color naranja.

—Serán desgraciados —escuchó decir Tony a un recién llegado. Era Gino.

Pronto el trío fue alcanzado por Rosalía, Fortunato, el capitán de carabineros y dos de los suyos, el brigada Spadaro y el novato Parisi.

—Hay que organizar una cadena humana que traiga cubos con agua desde la fuente más cercana. ¿Dónde están todos? —bramó Taibi antes de acercarse a la puerta.

Tras una corta incursión dentro, el capitán explicó, entre ataques de tos:

—Hay una especie de pira. Todo el contenido del pósito está en el centro, incendiado. Esto fue provocado, no hay duda.

—Hay que apagarlo, capitán. Aunque las casas son de piedra, los tejados no lo son —explicó Alessandra con los cristales de las gafas tan naranjas como las dos abiertas ventanas.

—Las llamas aún no son inmensas, pero cuando todo en la pira arda, llegarán al techo.

—Yo iré a la fuente, a organizar el acarreo de agua. —El brigada echó a correr con una fuerza poco consonante con su tamaño.

—¡Eh! ¡Niño! Regresa acá.

El soldado Parisi corrió hasta la puerta y atrapó a un curioso Fortunato que solo había visto los incendios controlados de los campos de labranza.

—¡Capitán! —gritó el brigada con el poco aliento que le quedaba —. Me temo que no tendremos agua ni ayuda.

—¡¿Qué?!

—Las casas están cerradas y oscuras. Ni siquiera se asomaron ante mi llamado. Por si fuera poco en la fuente encontré a un hombre de honor. Aquí están todos acojonados, con perdón, mi capitán.

—Puede que se apague solo —dijo una vocecita—, como una hoguera en el campo.

El comentario del niño llevó a Tony hasta el barco que había transportado a su regimiento desde los Estados Unidos hasta el norte de África, paso previo a la invasión de Sicilia. Tony recordó que, durante una ejercitación de incendio a bordo, el contramaestre le

explicó que si el fuego ocurría en un pañol o en un compartimiento, una de las formas de apagarlo era cerrándolo herméticamente. La falta de aire extinguía el incendio.

—¿Hay más ventanas o puertas además de estas tres?

—No, no hay más, contestó el carpintero.

—Tenemos que cerrarlas. Tal vez tengamos suerte y ahoguemos las llamas.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Taibi.

—Me lo explicaron en el barco que nos transportó a… En un barco.

—Yo cerraré las ventanas de dentro —gritó Gino—. Vosotros cerrad las contraventanas.

—¡No! Las fallebas están muy altas para usted, las cerraremos Valentino y yo. —El capitán señaló a Tony—. Venga, pongamos en práctica su plan.

Sin más dilación los dos hombres atravesaron la negra humareda que salía por la puerta.

Una vez cerraron los postigos exteriores, Gino y Parisi se colocaron a ambos lados de la entrada, con sus manos en las gruesas argollas de cada hoja de la puerta. Dentro Taibi cerró muy rápido su ventana. Del otro lado Tony bregaba con un sistema de cierre desconocido para él y que solo pudo cerrar con ayuda de Taibi.

—Gracias —Tony tosió y con premura se metió dentro de la camisa las chapas de identificación, expuestas durante su lucha por cerrar las rústicas ventanas.

El fuerte crepitar de la mesa de la familia Di Marco, consumida por las llamas, desvió la atención del policía antes de preguntarse qué colgaba de la cadena del hermano de la maestra.

—¡Vámonos de aquí! —Taibi cogió del hombro a Tony y lo empujó hacia la puerta.

Nada más Tony y el capitán salieron, Gino y Parisi cerraron las gruesas puertas. Acto seguido el brigada usó su arnés para amarrar las argollas. Al mismo tiempo Rosalía, Alessandra y Fortunato colocaron tiras del delantal de Rosalía en las hendiduras de puertas y ventanas, rasgados con la navaja que el niño siempre llevaba encima.

—¿Funcionará? Ahora no vemos nada de dentro —preguntó el soldado Parisi.

—Los marineros dicen que sí, que sin aire el fuego se ahoga —dijo Tony.

—¡Tiene sentido! El fuego necesita oxígeno —explicó la maestra —, es como cuando alguien queda encerrado en un baúl. Después de un rato se muere.

—Siempre que este fuego no agujeree el techo —dijo el carpintero, retirándose hacia las escaleras de una vereda para ver el

pósito desde más alto.

La incertidumbre dio paso a la esperanza cuando de entre las rendijas tapadas con trapos dejó de salir humo.

El sentido común del capitán le aconsejó mantener cerrado el almacén hasta el día siguiente.

—Vigilaremos el sitio. Yo haré el primer turno de guardia.

Lo de los turnos no funcionó, porque ninguno de los bomberos de fortuna pegó ojo durante el resto de la noche. Poco tiempo después todos coincidieron con Taibi en el pósito, aún antes de que el alba iluminara la ennegrecida fachada del desafortunado almacén de grano. El amanecer hizo que Alessandra marchara a la escuela con Fortunato cogido de un brazo ya que el niño se resistía, deseoso de ver cómo había quedado el edificio por dentro; Gino anunció que visitaría a los cooperativistas y el brigada y el soldado Parisi marcharon en busca de información. El resto de pueblerinos prefirió no pasar frente al lugar y aquellos que vivían al lado del pósito salieron de sus casas, simulando tener prisa en un pueblo donde la puntualidad era un concepto desconocido.

Después de comer el pan y el queso dejados allí por Alessandra, Taibi miró a Tony y señaló la puerta doble.

—Venga Valentino, écheme una mano.

Destrancada la puerta el dúo entró con sus narices atacadas por un mordiente batiburrillo de olores. De entre ellos Taibi reconoció uno que siempre odiaba percibir. Era el infausto olor de una persona calcinada.

—¡Abra las ventanas, rápido! —ordenó el policía a Tony.

Cuando los rayos matinales hendieron el viciado y ennegrecido interior del almacén, Tony vio lo descrito por Taibi durante el incendio, sacos de grano apilados junto a los enseres de la familia fallecida.

En medio de la negruzca maraña estaba el custodio, retorcido y aún humeante.

—¡Oh, no! —gritó Rosalía desde la puerta.

—Llévesela de aquí y avise en la estación.

Una vez dado el recado, Tony acompañó a Rosalía hasta su casa. Aunque ya había estado allí con Fortunato, era la primera vez que estaba a solas con ella.

—Mi madre está lavando en el río.

Acomodados cada uno en un rústico banco, la joven y el forastero quedaron uno frente al otro, con la única mesa de la vivienda entre ellos.

—¿Quieres agua? —preguntó ella.

—No… Lo que quiero es…

Tony calló. En realidad no sabía lo que quería. Por una parte

deseaba incorporarse a su ejército y luchar contra soldados anónimos. Por otra deseaba permanecer en Villamonti para combatir a mafiosos concretos y conocidos. El enemigo de esas personas no venía de un país lejano, eran conciudadanos que sentían un profundo desprecio por sus propios vecinos.

—Lo que quiero es entender porqué vuestra propia gente os quema el grano y os mata.

—En el Norte también hay gente mala. Ni Roma ni Turín son tan buenas como las pintan. Lo dicen los que tienen familia allá.

El comentario de la chica aumentó su confusión. Era verdad, había malhechores en todas partes. Su propia Nueva York tenía mafiosos. Aunque en el fondo Tony sabía que no era lo mismo, Villamonti parecía un pueblo medieval, una Nottingham italiana regida por un Príncipe Juan que en vez de corona tenía sombrero Fedora.

—¡Tonino! —Fortunato atravesó el umbral como un pequeño y moreno rayo.

—¿No tenías que estar en la escuela?

El niño chocó sus manos dos veces representando el gesto siciliano que significaba «marchaos».

—La Mae nos mandó a casa. El policía soldado de ojos azules habló con ella y la hizo llorar.

—Se enteró de lo del custodio… —La joven se levantó y sirvió tres vasos de agua que puso sobre la mesa—. Ya lo decía yo el otro día. Aquí todo va mal. Aquí todo irá mal.

El estado de ánimo de su maestra, su hermana y de Tonino permeó en Fortunato y lo aquietó, algo pocas veces visto.

El largo silencio, roto solo por el ruido del niño al sorber el agua, finalizó cuando preguntó:

—Tonino, ¿por qué no nos llevas a Mérica contigo?

—¿Qué dices, Cumerdia? Anda, bebe y luego dale de comer a las gallinas.

Con la mirada clavada en el fondo del vaso, Tony sintió deseos de contarle a la joven quién era en realidad. Después de apurar su vaso de agua, respondió:

—Vamos, niño, te ayudaré a echar el grano.

XX

El Fiat 508 CM se oía sobregirado. Taibi conocía los modos de conducir de sus hombres y, ese en particular, denotaba preocupación de quien lo conducía.

Salidos en tromba de la estación, Taibi, el cabo Pizzuto y el soldado Parisi fueron recibidos por todo el sopor que podía ofrecer el comienzo de la tarde del antepenúltimo día de julio. Su esquina de la

plaza estaba tan desierta como las otras calles y veredas del pueblo, con sus piedras de pavimento y muros tan iluminadas que hacían daño a la vista.

El frenazo del vehículo, tan excesivo como su andar previo, solo sirvió para aumentar la ansiedad de los que esperaban.

—Traigo noticias, capitán —dijo el brigada bajándose del puesto del copiloto—. Pizzuto, Parisi, ayuden a Mazzola a descargar el coche.

Una vez el cabo Pizzuto ahuyentó la mala suerte con el signo siciliano correspondiente, preguntó:

—¿Nos ordenan bajar al frente?

—Ya estamos en el frente —contestó su amigo, el soldado Mazzola, el que torturó al Fiat con su agresiva conducción durante la ascensión desde Troina.

Instintivamente los tres carabineros que los recibieron miraron alrededor. Taibi en particular oteó hacia la ermita de la cumbre situada detrás de él.

—Déjeme hablar a mí —ordenó el brigada.

—¡Pedazo de ametralladora! —Los ojos del novato lanzaron chiribitas cuando abrió la puerta trasera.

—¡Cállense ya!

El mandato de Taibi trajo orden al grupo, que quedó a la espera del reporte del suboficial.

—Nicosía y Leonforte ya no aguantarán mucho más. El siguiente bloqueo será en Troina. —El brigada sacó un arrugadísimo pañuelo y se secó el sudor de frente y cuello—. Pero no será un bloqueo cualquiera, formará parte de un frente organizado, la Línea Etna, la llaman. Desde Catania hasta San Fratello. Troina está siendo fortificada. Hay un montón de alemanes con cañones, junto a nuestra división Aosta, de infantería.

El brigada entregó a su superior un sobre lacrado. Taibi lo abrió de inmediato.

—Un arco defensivo que comienza en el mar Jónico, bordea la falda sur del Etna, y sube hasta el mar Tirreno.

—La línea pasa por aquí —continuó el brigada—. Nosotros no iremos a la guerra, la guerra vendrá a nosotros.

Decidido a no realizar una reunión operacional al rayo del sol, el capitán ordenó a los suyos que metieran los pertrechos a la estación.

Una vez instalados y dispersos entre las mesas, el comandante de la Estación de Carabineros de Villamonti miró a las fuerzas que debían detener al Séptimo Ejército norteamericano en caso de que al general Patton se le antojara llegar a Mesina saltando de cumbre de montaña en cumbre de montaña.

—Bien señores, nos toca defender la cuenca del alto Troina —dijo el capitán mensaje en mano—. Cada pueblo de montaña hará lo

mismo, defender un pequeño sector.

Con su índice dirigido hacia la nueva ametralladora con patas plegables en el morro, el novato masculló:

—¿Tenemos que rechazar a los americanos solo con eso?

—Yo no debería decirle esto, soldado, pero esto no es más que un placebo para hacernos sentir parte del esfuerzo de guerra. Aunque aquí no lo dicen, —el capitán restalló el papel—, nadie espera que un ejército tan grande trepe las montañas cual cabras. Su avance ocurrirá por los caminos de las planicies que en este caso son las que están entre el Etna y la vertiente sur de los montes Nebrodi. Al norte no hay tierras planas, por eso seguirán el borde de la costa rumbo a San Fratello. Al este harán lo mismo, recorriendo la otra costa rumbo a Catania. Esas serán las tres plazas fuertes de la línea defensiva: Catania, Troina y San Fratello.

—Lo que no entiendo es por qué no nos bajan a Troina.

—Porque se necesita presencia en las montañas, que el enemigo vea que no están abandonadas. Haremos que sus aviones de reconocimiento nos detecten. De ahora en adelante patrullaremos, con casco en vez de gorra y fusil al hombro —dispuso el oficial.

—La guerra llegó a Villamonti… —El soldado Mazzola miró a su amigo, el cabo.

Pizzuto asintió y dijo:

—Eso acaba con el trabajo policial.

—De ninguna manera. —Taibi caminó hacia la reja interior, la del viejo calabozo incrustado dentro de la estación—. Se pueden y se deben hacer ambas cosas.

—Pero ya no hay tiempo, capitán. La guerra todo lo cambia, observó el novato Parisi, toqueteando la ametralladora.

—Sí y no… Cuando un Estado conquista o absorbe a otro o, inclusive, cuando se transforma, la mayoría de las veces las instituciones perviven, junto a lo que hay dentro de ellas. El ejemplo lo tenemos aquí mismo, en Sicilia. La unificación de Italia la subordinó a Roma en vez de a Nápoles. Ese cambio no trajo borrón y cuenta nueva para los delincuentes. Los presos siguieron estando presos.

—Y usted insiste en poner preso a Don Petru —dijo el cabo, serio.

—Yo no Pizzuto, el Estado. Para lograrlo falta poco, un testigo o una denuncia bastarán para darle solidez al expediente. Nuestro objetivo es marcarle una M de mafioso en la frente y meterlo en este calabozo para cuando los americanos entren en esta estación de policía. Ellos también combaten a los mafiosos.

—¿Por qué no matamos a Pietro Costa, capitán?, así nos aseguramos que no queda libre —dijo el novato casi en susurros.

—¿Para ser como ellos? No. Todos los mafiosos que he cazado

están pudriéndose en la cárcel porque ningún abogado o juez corrupto encontró brecha en mi instrucción. Tenemos que hacer lo mismo con Pietro Costa antes de que lleguen los americanos.

XXI

—¿Qué? ¿Se os acabaron los engaños para hacerme entrar en vuestro cuartel? —preguntó el carpintero, enfurruñado.

Escoltado por el brigada y el novato, de casco en cabeza y fusil al hombro, Gino entró en la plaza para atravesarla en diagonal rumbo a una de sus esquinas, aquella donde estaba la estación.

Poco antes de llegar al centro, cerca de la fuente, los tres se detuvieron al escuchar un sonido nuevo, extraño. Al principio los policías militarizados creyeron que se trataba del Fiat, pero al hacerse más nítido notaron que se oía de detrás de la ermita. El sonido provenía de más allá del promontorio.

—¡Un avión! —dijeron los tres a coro.

El primero en reaccionar fue el joven, que se descolgó el fusil del hombro para apuntarlo contra el aparato.

—¡Es americano!

—Y muy pequeño —añadió Gino.

—No dispares, soldado —dijo el suboficial—. Es de reconocimiento. Vamos, saludadlo, que vea bien que somos soldados y que las montañas no están abandonadas.

Completado un círculo alrededor del pueblo, el avioncillo de un solo motor y ala alta llevó su ronroneo hacia el norte.

—Creo que va a Mistretta. Deben estar averiguando por dónde corre la línea Etna.

Llegados a la estación, el carpintero dijo a modo de protesta:

—Si ya estamos en guerra, ¿para qué me quieren?

—¿A qué guerra se refiere, señor Licata? —contestó el capitán Taibi sentado en su escritorio—. ¿A la del Reino de Italia contra los anglosajones? ¿A la del Estado contra la Mafia? ¿O a la suya contra Pietro Costa y el barón D´Aragona?

—¿Mi guerra? Yo no tengo guerra con nadie.

A una señal del oficial Gino fue forzado a sentarse al otro lado de su mesa.

—Eso no es lo que se dice por ahí.

El capitán recurrió a su engaño favorito, el de los chismes o delaciones.

El carpintero guardó silencio, tan incrédulo como enojado.

Obligado a cambiar de estrategia, el policía dijo:

—¿Sabe quién vino por aquí?

—¿Quién?

La respuesta no la dio el capitán, sino su segundo, una vez colocó

su enorme humanidad al lado de Gino.

—El abad… Y no habló muy bien de ti ni de tu movimiento subversivo.

Las últimas palabras pusieron en alerta al luchador social. En las reuniones clandestinas de Catania siempre se decía que cuando los carabineros o los camisas negras tachaban a un camarada de subversivo, provocador o agitador, no tardaba mucho en desaparecer.

—Yo no soy sub… ¡Yo no hice nada malo! Solo juntábamos grano para vendérselo a los… —Gino entendió que no convenía decir el destino de la mercancía—, para venderlo por nuestra cuenta.

—Lo que hagáis con ese grano me tiene sin cuidado. Lo que me interesa son los motivos por los que usted creó esa cooperativa —Taibi se echó hacia atrás en la silla, y clavó sus ojos azules en el interrogado.

Tras una pausa, Taibi prosiguió.

—Usted creó esa cooperativa por la misma razón por la que le construyó un molino casero a su amigo, el fallecido Vincenzo Amodio.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué lo haría según vuestra merced?

—Porque le indigna como Pietro Costa trata a los villamontesinos. Costa y su socio el barón D´Aragona.

Gino puso cara de piedra.

—Usted tiene sentido de culpa, Gino, porque también trabaja para aquel que explota a las personas que pretende ayudar.

El interrogado plantó las dos manos en el escritorio y gritó:

—Yo trabajo para mí.

—Quieto carpintero, o te encierro. —El brigada lo cogió del hombro y señaló con la barbilla la puerta abierta de la jaula.

Con Gino tenso y nervioso como quería que estuviera, Taibi continuó.

—El único capaz de hacer que los ejes y norias de los molinos del río Troina funcionen tan bien es usted, señor Licata.

El capitán obtuvo otra cara de piedra.

—Oiga, usted no está aquí por lo de la cooperativa. Tampoco lo consideramos responsable por la persona que murió en el incendio. —Taibi cambió de tono y posición, mostrándose amable—. Ese asesinato, como el de Amodio o la tragedia de la familia Di Marco, son obra de una única persona, el mismo que opera los molinos del río. Ayude a sus vecinos ayudándome a mí a establecer quién es el responsable de esa molienda fraudulenta.

—Si dices que Don Petru es el que te paga cuando reparas los molinos del río, lo podremos meter en esa celda —agregó el brigada.

Esta vez Gino Licata no se mantuvo impertérrito. Una profunda inspiración, una mirada a la celda, otra al suboficial y una última al capitán denotaron una intensa cavilación.

—¿Acaso creéis que vuestros bonitos uniformes y bonitas palabras y bonitos papeles con sellos cambiarán algo aquí en Villamonti? Vosotros solo estáis de paso y cuando os vayáis a la ciudad con un mafioso engrilletado, otro ocupará su lugar.

Una vez calló, Gino se refugió de nuevo en su caparazón, endurecido por las muchas capas de desconfianza que tenía encima.

El siguiente manotazo sobre la mesa lo dio el capitán.

—¡Olvida el código de silencio! Te aseguro que cuando un mafioso cae, caen todos con él. Si atestiguas lo del molino o los préstamos de dinero o la muerte de tu amigo, acabaremos con Pietro Costa y todo su clan. Tiene que decidirse, Licata, ser valiente y actuar o quedarse escondido y asustado. Esta estación estará siempre y velará para que nadie tome el lugar de Don Petru.

Gino bufó, se levantó y se acercó a la puerta abierta de la estación. Antes de salir, se detuvo bajo el marco, miró al cielo y dijo:

—Los americanos acaban de pasar volando como si nada. ¿De verdad ustedes estarán aquí para siempre?

TERCERA PARTE

I

Los amaneceres en Villamonti, tenían una identidad distinta dependiendo de la estación. En invierno imperaban los de cielos límpidos, con alguna nevada excepcional que posaba sobre la cima de los tres promontorios tanta nieve como en el Etna, montaña que por su mayor altura estaba más acostumbrada a recibir los blancos copos. Los de primavera y otoño se caracterizaban por el colorido del entorno, vivo y alegre los primeros y monótonos los segundos. En los de verano el color saltaba de los montes al firmamento para crear alrededor del Etna un halo de intensos rojos y amarillos, promesa de días calurosos.

Pero el alba de ese miércoles 4 de agosto de 1943 trajo consigo algo nunca visto en la villa de los tres montes, un bosque de banderas andantes, telas de vivos colores que ondeaban al viento, atadas a decenas de astas sostenidas por manos curtidas, ajadas y maltratadas.

Uno a uno, una a una, labriegos, campesinas, tejedores y demás miembros de las casas más bajas del pueblo salieron de ellas, vestidos con sus ropas de domingo, cargados con sus cestas de romería llenas de viandas. Junto a la buena ropa y la buena comida aparecieron banderas, decenas de ellas, la mayoría con el tricolor italiano y otras rojas, algunas con la hoz y el martillo colocados allí donde quien cosió esos símbolos creyó conveniente. También había pendones alusivos a Sicilia, amarillos y rojos, casi todos con la trinacria, el símbolo de las tres piernas flexionadas en movimiento perpetuo, las tres espigas de trigo y la cabeza de Medusa al centro. No eran pocos en el pueblo que veían un paralelismo entre las tres piernas de la bandera siciliana y los tres promontorios de Villamonti.

Reunidos cada vez en mayor cantidad en callejuelas y escalinatas, las pobres gentes de las casas pobres confluyeron en la explanada del autobús. Aunque en las asambleas de los días previos muchos de los pueblerinos repitieron aquello de «la unión hace la fuerza», nadie se sintió con ánimos de congregarse en la plaza del pueblo y someterse, tan pronto, al escrutinio de Don Petru, del abad o de los carabineros.

Al hacerse presentes los primeros cañonazos del día, los participantes a la marcha miraron hacia las tierras bajas. Los ruidos de una batalla no cercana mas tampoco lejana se habían hecho habituales tras cinco días de constante retumbar, cual tormenta que no terminaba de llegar.

El tronar que, de tanto en tanto, subía desde las tierras bajas servía de acicate a los de la muchedumbre. Todos, en mayor o menor medida, cedieron y aceptaron los argumentos de Gino quien, tras su interrogatorio en la estación, se dio a la tarea de visitar casa por casa para anunciar que el ruido en la distancia no era sino el tren del progreso y de la modernidad. Dos días más tarde, cuando celebró la primera asamblea clandestina de Villamonti, en su casa y ante pocos asistentes, sostuvo que para el momento que ese tren llegara al pueblo debía encontrarlos en pie de lucha. En la tercera -y última- reunión el carpintero activista había logrado enardecer a los muchos presentes al proponer una toma de tierras, acción que se materializaría en ese claro amanecer del miércoles 4 de agosto de 1943.

Trepado a una farola, un bien vestido y mejor afeitado Gino Licata movió su boina para llamar la atención.

—¡Bien camaradas! ¡Marchemos! Por el camino se nos unirán las familias de muchas granjas.

Inmerso en la multitud Tony miraba con desconfianza un pendón rojo empeñado en acariciarle la cara.

—Podía haberse ahorrado eso de camaradas.

A su lado Alessandra, convertida en una pequeña aunque entusiasta portaestandarte de los colores italianos, contestó:

—Ya le dije que si esto era mucho para usted, podía quedarse en casa.

—¿Y dejarla a usted sola en esta Toma de la Bastilla? Si le llegara a pasar algo, señora, nunca me lo perdonaría.

—¿Qué puede pasar? La unión hace la fuerza. Además, yo no lo compararía con París. Si acaso más con la Moscú de los zares.

—¡Ay! Eso no ayuda, profesora. Si me viera el general Patton me degradaría y luego me fusilaría, por rojo. —Tony se quitó de la cara la bandera cariñosa—. O tal vez al revés, primero me fusilaría y luego me degradaría.

—Esto no es un asunto de ser rojo o ser azul, o ser fascista, comunista o capitalista como usted. Se trata de buena vecindad, sentido común y de despertar conciencias para cambiar una realidad nefasta.

—¿Pero no fue usted la que me dijo que Sicilia era la tierra del inmovilismo? ¿Qué cada invasor imponía unos cambios para que, al final, todo siguiera igual?

—Gino piensa, y me parece que algo de razón tiene, que cuando los americanos gobiernen la isla ayudarán a la gente de a pie. Usted mismo aplaudió y silbó cuando Gino dijo eso en la segunda asamblea.

—Bueno, sí, pero eso fue antes de que el miércoles dijeran que marcharíamos para expropiar tierras privadas.

Una enérgica interrupción frustró la aclaración de la maestra.

—¡Tonino! ¡Mira mi bandera, Tonino!

Un larguísimo y serpenteante banderín tricolor, cosido la noche anterior por la abuela de Fortunato, rodeó a Alessandra, a Tony y a Rosalía, recién incorporada a la marcha junto a su frenético hermanito.

Tony no pudo evitar admirar a la muchacha. Desde su arribo al pueblo la había visto ceñuda, malencarada, esquiva y enfundada en ropas de vieja, como él mismo le había comentado a su anfitriona.

«Es que esa chica ha sufrido mucho», le había dicho Alessandra esa noche.

Pero en la marcha Tony vio a una Rosalía distinta… Esperanzada, concluyó. Tal vez por eso lucía una falda en tono trigo maduro, blusa roja de escote en barco y cortas mangas abullonadas. Ese día el pañuelo no era oscuro ni le aprisionaba su frondosa cabellera negra, era claro, como la falda, y ondeaba al viento como un pendón más del reivindicativo movimiento.

Su hermano también iba con sus mejores pantaloncillos y camisa, el pelo bien peinado, húmedo del agua con el que la hermana había domado sus irredentos cabellos. Pero los zapatos y calcetines negros ya estaban sucios, de lo mucho que había revoloteado en tan poco tiempo.

Cuando la atención de Tony saltó del niño a la muchedumbre, su raciocinio quedó abrumado. Si bien en su Nueva York natal había mafia, las víctimas de esa mafia jamás se alzarían en masa en su contra. El mismo acto en sí habría sido considerado ilegal por el alcalde La Guardia, otro norteamericano con padres italianos, como él. La reacción de las fuerzas del orden no se haría esperar.

El pensamiento de los policías neoyorquinos reprimiendo a garrotazos lo que las autoridades de la Gran Manzana habrían considerado una guerra entre facciones, le trajo a la mente a los policías estacionados en Villamonti.

A voz en grito para hacerse oír entre las consignas e himnos que hasta Alessandra y Rosalía cantaban, Tony preguntó:

—¿Dónde están los carabineros? ¿Van a permitir así como así que esta multitud expropie al barón?

—El capitán y los suyos están de camino a los molinos del río. Les llevará más de medio día. —La maestra movió el asta de su bandera para compensar el haber dejado de cantar *La Internacional*.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Recuerde que formo parte del comité. Una de las acciones previas a la marcha fue hacerles llegar una carta anónima avisando que Don Petru iría a supervisar los molinos. Gino me dijo que en efecto los policías ya están recorriendo el río.

—Vaya, qué subversivos.

—Tranquilícese, joven. No pasará nada malo, esto es más un acto simbólico que una revolución. Si logramos sentar alguna clase de precedente para cuando los suyos gobiernen Sicilia, habremos ganado.

Tony prefirió no expresar sus muchas reservas, generadas por la dicotomía de su yo norteamericano, que él creía único y verdadero y su yo siciliano, emergido durante esas casi cuatro semanas. Por una parte deseaba que la espera terminase de una vez por todas, con su consiguiente reincorporación al Séptimo Ejército del general Patton. Pero por otra parte ardía en deseos de saber si esas buenas personas lograrían cambiar un destino que parecía ineludible.

II

Vistas desde la Planicie de los Caballos, las banderas lucieron como espigas de trigo que brotaron en esa fértil meseta y crecieron veloces. Los manifestantes llegaron a ella desde lo bajo para evitar el sendero principal, el que llegaba de lo alto y cuya serpenteante ascensión conectaba con las caballerizas del barón.

El polvo levantado por tantos pares de pies envolvió las telas, difuminándolas y otorgándoles aún más visos de espejismo, máxime cuando el creciente calor comenzaba a distorsionar lo que se veía de lejos.

Una vez llegados a la meseta, que no era del todo horizontal sino que seguía una ligera pendiente, los hombres mujeres y niños formaron un corro que dejó un amplio espacio circular alrededor de un carro siciliano, pintoresco y colorido, tirado por una mula y usado en fiestas y días de guardar.

Con algunos de pie y otros echados en la verde y mullida hierba reservada a los purasangres del latifundista, Gino subió al carro.

—¡Camaradas! Aunque aquí no estamos todos los labriegos y obreros de la comarca, cuando esta acción popular tenga éxito, otros se sumarán.

Alessandra susurró a Tony:

—En Villamonti no hay obreros, pero Gino ve esto como si estuviéramos en Milán o Génova.

Mientras, en el palco con maderas de colores, dos ruedas y una mula enganchada, Gino hablaba sin parar, cada vez más enardecido.

—Después de la toma de tierras de hoy, haremos que el jefe comarcal nos otorgue la titularidad de las tierras que trabajamos y por las que ni el barón ni su caporal nos dan justa retribución.

Convencida de que el líder no lograba transmitir el verdadero objetivo de por qué y para qué estaban allí ese día, en la Planicie de los Caballos, Alessandra se acercó a la pequeña y folclórica carreta.

Ayudada por Tony y por Rosalía, la maestra subió al improvisado estrado. Al verla los niños, que no habían dejado de revolotear, se

pusieron en primera fila y se quedaron quietos, sabedores de que cuando ella hablaba había que guardar silencio.

—Queridos vecinos… Queridos alumnos, —la chiquillada sacó pecho, en particular Fortunato—, gracias a Gino los villamontesinos estamos dando un gran paso en un momento muy propicio, un momento de cambio que, si logramos aprovechar, traerá beneficios también a nosotros, no solo a los ricos y a los poderosos.

La gente, emocionada por la arenga previa del carpintero, aplaudió a la maestra.

—Pero tenemos que ser cuidadosos con nuestras acciones y también con las palabras. Como dijimos en la última asamblea, lo que queremos es que cuando los americanos lleguen a nuestro pueblo encuentren una Villamonti distinta a la de siempre, con un orden social que nos beneficie y que sea ratificado por el nuevo gobierno, el de los americanos y el que venga después, que no sabemos cómo será.

La gente asintió sin enterarse del todo, pero convencidos de que había llegado el momento de hacer algo para no terminar como Vincenzo Amodio, como el custodio de la cooperativa o como la pobre familia Di Marco.

De pie en la carreta, junto a Gino, la maestra prosiguió:

—Lo que nos trae hoy aquí, en la mejor parcela de terreno de la comarca, no es una toma de tierras. No. No le expropiaremos al barón la Planicie de los Caballos, lo que haremos será… ¡Trabajarla!

Los aplausos tronaron más que el rumor de los cañonazos que llegaba de las tierras bajas.

—Aunque suene paradójico…

Gino carraspeó a su lado.

—Aunque suene raro, hoy estamos en huelga.

—Huelga al revés —agregó Gino.

—La huelga al revés es que en vez de no trabajar, los huelguistas trabajan. Se usa a veces en las fábricas del norte para meter en apuros al patrón con más mercancía sin vender y cosas parecidas. Nosotros lo que haremos será labrar esta magnífica tierra en la que solo pastan unos pocos caballos. La idea es sentar un precedente… Eh…, dar un aviso de lo que somos capaces.

—¡Y quedarnos con nuestras parcelas! —gritó alguien.

—Sí, esa es la idea. Para llegar a algún sitio hay que dar un primer paso.

—¡Bien camaradas! —interrumpió Gino— ¡A la huelga!

—¡A la huelga! —corearon todos— ¡A la huelga! Los niños formaron una única columna y marcharon, pisando la hierba con exagerados pasos marciales y con Fortunato como la locomotora del tren del progreso que esos huelguistas, campesinos vestidos de domingo, estaban convencidos llegaría de un momento a otro.

III

El sol siciliano de media tarde iluminó una Planicie de los Caballos muy distinta a la usual. A lo largo y ancho de la suave pendiente las banderas rojas y tricolores marcaban zonas de trabajo, cual estacas fronterizas. Dentro de esos cuadriláteros casi todo el pasto había sido segado y agrupado en balas de distintos tamaños.

El trabajo de ese día estaba casi concluido. Los labriegos más rezagados aún segaban, supervisados por los más rápidos que daban consejos no solicitados, dichos solo con el ánimo de pasar el rato y divertirse a costa de un vecino.

Los niños más grandes aún tenían trabajo que hacer, porque eran los encargados de atar los fardos de hierba, verde y jugosa, destinada a los caballos del barón por orden del Comité Central de los huelguistas.

«Recordad que esto no es una expropiación. Estas tierras y lo que ellas produzcan son del barón. Así verá que somos gente razonable», había repetido Alessandra en su rol de ideóloga de lo que ocurría en ese campo.

«Ideóloga no. Como mucho voz de la conciencia», había respondido la maestra al epíteto que con una sonrisa Tony le había endilgado durante el almuerzo de medio día.

Fortunato también trabajaba. Como sus brazos eran tan delgados, no lo habían puesto a atar balas como a los niños grandes. Pero al ser el portador de una afilada navaja recibió el encargo de suministrador de trozos de cordel para los amarradores, tarea que el niño había asumido con mucho orgullo.

—¿Así? —Fortunato desenrolló un trozo que iba del suelo a su cintura.

—¡Pero si no levantas un palmo del suelo!

—¡Cumerdia! Eso no llega, danos más, anda.

Tras pactar la longitud, Fortunato sacó su querida navaja, la abrió y, con un simple semigiro de su muñeca, cortó el trozo gracias a la filosa hoja.

La gente del pueblo decía que el hermano de Rosalía y su navaja eran tal para cual, pequeños y agudos. Justo esa cualidad, el ingenio del chiquillo, era lo que más apreciaba Rosalía, aunque nunca se lo decía, porque más que hermana, la muchacha ejercía de madre, visto el desgaste emocional de la viuda de Rizzo.

—«Cumerdia, cuando termines vienes conmigo, no te vayas a jugar» —le dijo Rosalía a Fortunato, en el lenguaje de las manos siciliano, con todo el campo de por medio entre ellos.

Dispersos en esa misma planicie, Alessandra, Rosalía, Tony y Fortunato contribuían a la huelga al revés, con la maestra siempre

cerca o sobre el carro, al igual que Gino.

—¡Atentos!

Si bien durante la prolongada y calurosa jornada se habían escuchado unos cuantos gritos, el timbre de ese aviso, cargado de premura y temor, paralizó el trabajo. Los campesinos alzaron sus rostros en busca de una explicación.

—¡Arriba! ¡Allí!

El brazo extendido de una labriega marcó el punto sobre el que convergieron todas las miradas, una ligera elevación en la parte alta del descampado, junto a la senda que conducía a las caballerizas del barón.

El jinete, bien iluminado por el cada vez más bajo sol siciliano, barrió con su solitaria presencia el ánimo festivo reinante. Su fornida figura, impecable traje y finísimo sombrero Fedora color gris casi negro en su cabeza materializaron su nombre en todas y cada una de las bocas de los que trabajaban la planicie.

—Don Petru.

Una vez notó que todos habían reparado en él, Pietro Costa se quitó el Fedora, lo mantuvo un momento sobre su cabeza y lo posó de nuevo.

El único que interpretó el movimiento como un saludo galante fue Tony. Los demás supieron que se trataba de una señal.

Acto seguido, del último recodo de la senda aparecieron, uno a uno y cual parada militar, una docena de jinetes, hombres de honor casi todos con excepción de dos de los tres *garde du corps* del barón.

El contingente de caballería mafiosa cambió la seriedad inducida por la aparición de Pietro Costa en miedo. Las madres vocearon a sus hijos y los hombres se miraron los unos a los otros y apretaron los mangos de sus azadas y hoces. En el centro de la planicie Gino subió de un salto al carrito cargado con agua y frutos secos.

—¡Calma! ¡Calma! Solo quieren asustarnos, no harán nada delante de tantos camaradas.

Ayudada por el carpintero, Alessandra subió y habló.

—Nos quieren provocar, no hagáis nada y finalizad el trabajo. Ellos se alimentan de nuestro temor.

La indecisión de los labriegos se reflejaba en el vaivén de sus rostros, unas veces dirigidos hacia el carro y otras hacia la cresta, donde los jinetes esperaban también trajeados de domingo, boinas en cabezas, riendas en mano, garrotes enfundados en las sillas y escopetas al hombro, todas con sus cañones dobles apuntados al cielo.

La Planicie de los Caballos, temporalmente rebautizada como la Planicie de los Labriegos, pareció detenerse en el tiempo. Ni las personas ni las monturas se movieron. Hasta sus colas quedaron quietas y verticales ya que inclusive las moscas habían dejado de

revolotear.

Los petrificados miembros de cada bando esperaron la señal de sus respectivos líderes para actuar. Pasados unos segundos que parecieron minutos, la señal se hizo presente, pero sin ser dada ni por Pietro Costa o Gino Licata. Llegó en forma de una larga y rimbombante ristra de ecos de cañonazos. Al parecer los que batallaban en las tierras bajas habían decidido en ese preciso instante atacarse con toda la fuerza de la que disponían en esa tórrida tarde del 4 de agosto.

Los vientos del cambio, los mismos que arrastraban hacia Villamonti los truenos de la guerra, soplaron con fuerza sobre la tensa planicie, inequívoco anuncio de que se agotaba el tiempo, tanto para forzar la transformación como para impedirla.

—Sacadlos de aquí —dijo Pietro Costa— ¡Que no les queden ganas de volver!

Dispuestos en una única línea, los jinetes espolearon a sus monturas que, cual desfile ecuestre, marcharon al paso aumentando distancia entre ellas para abarcar más terreno. Pocos metros después los caballos pasaron al trote. Una vez acortadas las distancias con los pueblerinos, las espuelas clavadas en carnes equinas marcaron el comienzo del galope, junto a un cada vez más fuerte batir de cascos y resollar de bestias.

Así como las banderas habían aparecido envueltas en un halo de polvo y luz matutina, los caballos irrumpieron entre los hombres, mujeres y niños envueltos en una nube de polvo y luz vespertina, pero con una gran diferencia; en vez de los alegres cánticos mañaneros, lo que imperó en ese momento fueron advertencias, relinchos, gritos, lamentos e imprecaciones.

Lo peor fueron los golpes, muchos golpes.

Mantenidas las escopetas colgadas tras sus espaldas por orden de Pietro Costa, los diez hombres de honor más los dos corsos blandieron garrotes y porras que se estrellaron en hombros, cabezas y espaldas de los labriegos. Las mujeres recibieron insultos y amenazas. Los niños por su parte fueron rociados con terribles gritos para impregnar sus almas con un imborrable miedo que evitara futuras osadías como la cometida por sus padres.

La caída de algunas cachiporras a tierra obligó a aquellos que las perdieron a sustituirlas con astas de banderas, arrancadas de la tierra y blandidas cual lanzas de caballero medieval, con las que golpearon las piernas de los que corrían, haciéndolos morder el polvo y gritar de dolor.

Convertidos en arreadores de seres humanos, los jinetes interpusieron sus monturas en el camino de los que trataron de abandonar la planicie. Las despavoridas carreras se entrecruzaron las

unas con las otras. Al coincidir en algún punto de la planicie algunos vecinos trataron de agruparse y cubrirse entre ellos. Esos conatos de resistencia fueron disueltos con furibundas embestidas de caballos.

No todos los agredidos corrieron sin orden ni concierto. Los labriegos que blandieron sus herramientas fueron castigados con dureza y muy pronto cayeron a tierra, bañados en su propia sangre.

Rosalía, por su parte, se movió rápido, de un lado al otro en busca de su hermano.

En la zona baja de la planicie Tony quedó atrapado por su propio asombro. Si las tres semanas que llevaba en Villamonti le habían parecido una eternidad, en ese instante el tiempo pareció ir hacia atrás, catapultándolo hasta lo más oscuro del Medievo.

«Esto es una guerra dentro de otra guerra», pensó al ver las siluetas de los doce centauros difuminados en la espesa niebla de gritos y lamentos, de insultos y ruegos, de pisadas de zapatos y martillar de cascos.

Aguzada la vista al máximo, el neoyorquino buscó a los tres que más le importaban del pueblo. Pero solo ubicó a su anfitriona. Alessandra seguía encima del carro, sujetada a su baranda de colores, con Gino en la otra banda dando rienda suelta a toda clase de improperios y maldiciones dichos con gritos y gestos.

Los insultos del cabecilla de la protesta llamaron la atención de uno de los jinetes, el maligno Sibilino. Cuando detuvo la carrera de su animal, llamó a uno de sus compañeros, a Hombretón, que movió su caballo hasta colocarlo grupa con grupa con la suya.

Al ver hacia donde apuntaba el brazo extendido del matón de cara afilada, Tony supo que los del carro estaban en peligro.

Lanzados a la carrera desde direcciones distintas, neoyorquino y jinetes se dirigieron hacia el carro siciliano. Aunque lo intentó, Tony no pudo llegar primero. Por suerte para los agachados ocupantes de la pequeña carreta, la asustada mula no paró de recular y avanzar. El errático movimiento frustró los garrotazos lanzados, que solo astillaron la baranda.

Atravesada la barahúnda de patas, relinchos, gritos y golpes, Tony alcanzó la parte trasera del carro y bajó a Alessandra asiéndola por la cintura. Acto seguido estampó un par de fortísimas palmadas en las ancas de los caballos de los mafiosos, acompañados de un grito al estilo *cowboy*, tal y como hacía de niño cuando jugaba en las calles del bajo Manhattan.

—¿Dónde están Rosalía y Cumerdia? —preguntó mientras los jinetes, lejanos ya, luchaban por recuperar el control de sus bestias.

—No sé, no lo sé —gritó Alessandra.

—Yo sí, allá está Rosalía —Gino apuntó con el brazo.

Separado del carro Tony silbó y gritó. Una vez llamada la

atención de la chica, mediante signos preguntó:

—«¿Dónde está Cumerdia? Tenemos que sacarlo de aquí».

—«Aún no lo veo. ¡Tengo miedo!» —dijo ella.

—Allá está, Valentino —gritó Gino, encaramado en la carreta.

Repetido el aviso con el gesto correspondiente, Tony y Rosalía fueron en su busca, preocupados al notar lo muy asustado que estaba el crío, sobre todo después de ver cómo un labriego era atropellado frente a él.

Encontrados a mitad de camino, los gritos unidos de Tony y Rosalía se hicieron oír a pesar del estrépito reinante.

—¡Cumerdia! ¡Ven aquí, Cumerdia!

De pie en la parte superior del campo, la que más jinetes galopantes tenía en ese momento, el niño se asió al llamado cual náufrago a una cuerda lanzada desde un barco. El asustado Fortunato, echó a correr con el rollo de cordel en una mano y la navaja abierta en la otra.

Unos pasos más allá el niño cayó al tropezar con un pequeño montón de hierba sin atar. Un instante después Cumerdia se levantó, deseoso de reunirse con su hermana y su amigo.

Pero la nueva carrera duró poco ya que el niño la interrumpió, se giró y comenzó a mirar entre la hierba recién segada.

—¡Mi navaja!

La búsqueda no duró ni un par de segundos. La herramienta misma llamó a su dueño gracias a un rayo de sol reflejado en su pulida hoja.

—¿Pero qué hace? Preguntó Tony, que aún corría hacia el niño.

El esprín del pequeñajo en pos de su navaja lo puso en medio del camino de uno de los mejores ejemplares del barón, jineteado por uno de los guardias corsos, que ni siquiera se enteró del atropellamiento.

Tony y Rosalía llegaron un instante después y se arrodillaron uno a cada lado del inerte cuerpecito tendido boca abajo.

Después de girarlo con cuidado, a Rosalía se le cortó la respiración al ver al niño terroso y ensangrentado.

—¡Cumerdia! ¡Cumerdia!

—¡No lo muevas! —Tony atrapó al vuelo la mano con la que la mujer quiso zarandear a su hermano.

Con los puntos básicos sobre primeros auxilios aprendidos durante su entrenamiento como paracaidista en su mente, Tony se centró en lo más importante.

—Aún respira.

—¿Y la sangre? ¿Y su brazo?

—La sangre viene de este corte en la frente, no parece grave. Arráncate un trozo de falda y tápale la herida.

Tony revisó el cuello y luego el resto del cuerpo encontrando que

el brazo derecho estaba doblado de manera antinatural, más arriba de la muñeca.

—¡Ve a por el cordel!

Tras una corta carrera la mujer regresó.

—Aquí está el rollo. Pero no encontré la navaja.

Mientras Tony improvisaba un entablillado usando trozos de astas, cordel cortado a dentelladas y su propia correa de cuero, unos agudos silbidos inundaron la planicie.

Un par de minutos después, de los trece jinetes, solo quedó uno presente, el que con un simple gesto desencadenó toda esa barbarie.

Poco a poco y uno a uno los maltratados labriegos miraron al jinete solitario. Una vez Pietro Costa se cercioró de haber captado toda la atención, puso la mano en el Fedora, lo levantó y volvió a posar en su casi calva cabeza, en otro saludo rebosante de amenazas.

IV

Los muelles de la suspensión del Fiat 508 CM por fin dejaron de rechinar cuando el soldado Parisi detuvo el coche al borde del campo. El lugar, nunca antes visto por los policías, les causó extrañeza por lo amplio y verde que era y, sobre todo, por las decenas de personas tendidas en él.

Tan pronto quedó aparcado, el pequeño vehículo pareció explotar cuando de él salió casi toda la guarnición de Villamonti, con excepción del cabo Pizzuto, dejado a cargo de la estación.

El brigada y los dos soldados rasos se mantuvieron por detrás de su capitán. Todos lo conocían lo suficiente para saber que estaba iracundo, y con toda razón.

—Nos la jugaron, capitán —aventuró a señalar el novato—. Nos alejaron del pueblo para que no supiéramos de esto.

Taibi no contestó. El plural usado por Parisi no aplicaba. Era él quien se había dejado engañar con el soplo falso del molino; era él quien, con sus hombres, había pasado casi todo el día en el río, guiado por su ansia de atrapar al mafioso de turno, confiado en que siempre los lograba meter una larga temporada tras las rejas gracias a su siempre minucioso e impecable trabajo policial.

Los cuatro policías se internaron en el campo. A su alrededor las familias se juntaban, ayudándose a sí mismas y sin prestar ayuda a personas ajenas, decididas a regresar a sus agobiantes burbujas personales.

—La unión hace la fuerza, ¡y una mierda! —escuchó decir Taibi a un labriego con la cara ensangrentada y que caminaba gracias al apoyo de su mujer y su hijo.

—¿Quién perpetró esto? ¿Quién los atacó?

El campesino miró al capitán de carabineros con sus amoratados

ojos. Su respuesta llegó en forma de un espeso y sanguinolento escupitajo lanzado contra la hierba.

—Siguen en sus trece. —El brigada se apartó para dejar pasar al renqueante labriego—. Primero muertos que delatores —agregó antes de ir en pos de un anciano que luchaba por ponerse en pie.

—Ese al menos camina, pero parece que otros no pueden —observó el soldado Mazzola.

—Lleven a los que estén peor con el coche —ordenó Taibi.

—¿A dónde los llevamos, capitán? —preguntó Parisi— ¿Al hospital de Troina?

—¡No! Troina es donde tienen bloqueado a los americanos —Taibi se señaló una oreja, haciendo referencia a los tronares provenientes del valle—. Llévenlos al dispensario de Villamonti. Mejor eso que nada.

—Habrá que sacar al barbero de la barbería, porque doctor aquí no hay —dijo Mazzola a Parisi—. Vamos novato, yo cogeré a los heridos de la parte alta del campo y tú los de la parte baja.

El brigada regresó con el capitán.

—Tengo información. Esto fue una toma de tierras o algo parecido. Esta es la mejor parcela del barón, reservada a sus caballos de raza. El carpintero trajo a los vecinos esta mañana, pero alguien los atacó.

—¿Quién? —preguntó el capitán.

—Alguien, solo alguien.

—Las marcas en la hierba y el estiércol regado aquí y allá sugieren un ataque hecho con varios caballos. Por otra parte, los afectados hablan de un único responsable.

—*Actio in personam* del administrador y cuidador de las tierras del barón…

—Pietro Costa.

—Con ayuda de sus hombres. Pero nadie aquí dirá nada —masculló el suboficial —. Jefe… ¡Allí!

Al ver hacia dónde señalaba su segundo, Taibi vio al carpintero.

—Vamos brigada, hablemos con el señor Licata.

Gino, como todos los que quedaban en la Planicie de los Caballos, había visto llegar a los uniformados. Pero, igual a todos los demás, decidió ignorarlos. Para él era como si no existieran.

Atravesar un campo con decenas de víctimas de agresión que no repararan ni en él ni en su segundo resultó, para Settimo Diotisalvi Taibi, impactante. Los urbanitas de Trapani, Palermo o Enna nunca desdeñaban a los agentes del orden, ni siquiera los malhechores. A medida que su cruzada personal lo llevó a perseguir mafiosos internándose cada vez más en la Sicilia rural, las personas se hicieron más desconfiadas, pero nunca desdeñosas.

Los villamontesinos, en cambio, eran distintos. Taibi se sentía, ante ellos y más en ese momento, como si fuera de cristal. Personas que no lo reconocían a él ni al Estado que representaba.

Gino, que hacía como si no los hubiera visto, siguió a lo suyo, ocupado en recoger los implementos de labranza y juntarlos al lado del malogrado carro con la mula.

Al llegar junto a la pequeña carreta, el brigada torció una de las maderas sueltas de la baranda lateral. El crujido de madera maltratada espoleó a Gino.

—¡Eh! No haga eso.

—Dime, pequeño Trotsky, —el suboficial quebró por completo el listón—, ¿estás satisfecho con lo que le hiciste a esta gente?

La arremetida cogió desprevenidos a los carabineros. El brigada no cayó a tierra gracias a que la carreta sirvió de empalizada, pero a su vez dio la oportunidad al fibroso carpintero para atenazar su cuello. Al sentir la fuerza con la que apretaba, el suboficial temió por su vida.

Taibi, curtido en infinidad de escaramuzas con individuos salidos de sus cabales, no se lo pensó y extrajo su pistola. Medio segundo después la tenía sujeta al revés, en lo alto, sobre su cabeza.

Un solo cachazo no fue suficiente. Solo el segundo golpe de su cachiporra de fortuna liberó a su segundo del mortal agarre del carpintero.

Boqueando cual pez en el fondo de una barca, el brigada reunió el mínimo de aire necesario para decir:

—Preso por ataque a servidor público.

Con la siguiente bocanada pudo agregar:

—*In flagranti*.

Visto lo crispado que estaba Gino, el capitán pensó que su nublado juicio tal vez hubiera amainado sus reticencias.

—Gino, ¿quién atacó a tus compañeros?

Arrodillado y con la mano en la cabeza Gino solo pudo incorporarse cuando el brigada tiró de él sin miramiento alguno.

—Responde al capitán, vamos.

Con sus ojos fijos en los de Settimo Taibi, el carpintero dijo:

—¿Capitán? ¿A cuál capitán?

V

Las sombras de las casas eran tan largas como las de las caras de sus moradores y tan oscuras como sus ánimas. La tarde se había hecho pesada, convertida en un ancla que al sol se le hacía difícil de arrastrar en su camino hacia el horizonte.

El que no pesaba como antes era Fortunato. Tony lo llevaba en brazos, sintiéndolo ligero, demasiado ligero, como si al estar despojado de su alegría el crío se hubiera hecho menos pesado.

Con su mejor vestido sucio y maltratado, Rosalía acompañaba a Tony en su descenso de escaleras y recorrido de veredas. Las callejuelas estaban desiertas pero en las casas había mucha actividad, sobre todo lamentos y recriminaciones.

Tras revisar por enésima vez la escayola del semidormido Fortunato, Tony pensó en voz alta.

—¿Le habrá arreglado bien el brazo ese hombre?

—Pues claro —contestó Rosalía—. Es el barbero.

—Por eso mismo.

La respuesta de Rosalía le recordó lo que a él le había parecido un chiste, que el médico de Villamonti era el barbero, algo que según Alessandra era un arcaísmo siciliano aún vigente en sitios aislados como ese. Por otra parte malo no debía ser, pensó el neoyorquino, porque convirtió el desahuciado dispensario en un verdadero hospital de campaña, rebosante de heridos de la Planicie de los Caballos.

—¿Segura que no quieres que lo lleve a tu casa? Imagino que querrá estar con su madre.

—No, con Alessandra estará bien. No quiero que mi madre vea a otro de sus niños así. Desde lo de mis dos hermanos nunca volvió a ser la misma.

Rosalía se arrepintió de dar tantas explicaciones. Evocar a los dos que debían estar entre ella y Fortunato le trajo a la mente sus prematuras muertes, uno por enfermedad y otro por accidente. El recuerdo la desesperó a tal punto que comenzó a golpearse la frente con la palma de la mano.

—¡No, no, no!

—¿Qué pasa Lía? —Tony la miraba desconcertado, incapaz de ayudarla por llevar al crío en brazos.

—¡Muerte! Todo en este pueblo es muerte… O abuso… O maltrato.

—Tranquila, es solo un brazo roto. No le pasará lo que a tus hermanos.

Tony quiso distraer a la chica con Fortunato, pero sabía que se refería a toda Villamonti. Aún así, gracias a su tono dulce y palabras susurradas logró que la chica lo siguiera hasta la casa de Alessandra.

—Mae… Mi brazo, Mae, me duele —lloriqueó Fortunato, pálido y apagado cuando Tony lo depositó en el sofá que Alessandra preparó a toda prisa.

—Rosalía, ¿sabes si el médico le dio algo para el dolor?

—¿El médico? —preguntó Tony.

—El barbero, no interrumpa.

—Una cucharada de algo, pero Cumerdia casi no tragó.

El frenesí se apoderó de la maestra que abrió y cerró todos los tarros de la alacena.

—Solo tengo ajo, pero necesitamos algo para la hinchazón. Dadle agua con azúcar, yo iré con la curandera, a ver que tiene.

Tony se mordió la lengua. Villamonti lo desquiciaba. Sus sentimientos para con el pueblo iban desde la más absoluta confusión, como la que le creaba su servicio médico; al cariño, en particular hacia las buenas personas de su parte baja, gente muy parecida a sus vecinos de Gansevoort Market, los últimos de Nueva York, los que vivían, casualmente, en el bajo Manhattan.

Una vez Alessandra salió con varios botes vacíos entre las manos, Tony preguntó a Rosalía.

—¿Curandera?

—La de las hierbas. Tiene remedios para todo. —La joven dio de beber al niño.

—Ah… De estar en Nueva York habría ido a una herboristería.

—¿Qué tiene que ver Nueva York? —preguntó ella, irritada.

—Tonino es mericano. —Fortunato paró de beber—. Antes vivía allá, pero vino en avión para vivir aquí.

—¡Ay niño! El barbero dijo que no, pero creo que sí te golpeaste la cabeza —dijo Rosalía antes de palpar el cráneo del chiquillo.

—No, Rosalía, no está delirando.

La chica detuvo la exploración y miró a Tony. Tras cavilar sobre el asunto prefirió aferrarse a lo conocido, es decir, a la versión de la maestra.

—Eres el hermano de Alessandra.

Tony se sacó la chapa de identificación de dentro de la camisa y se la acercó.

La chica interrogó con la mirada a Fortunato. El niño se ratificó.

—Sí Lía, Tonino es mericano.

—¿No eres hermano de Alessandra?

—No.

—¿Eres espía?

—No, llegué aquí por accidente. Cuando nos alcance mi ejército, me iré con ellos.

El chiquillo aprovechó el momento.

—¿Me llevarás a Mérica contig…?

Una puntada cortó su acostumbrada pregunta. El agudo dolor de su brazo herido lo puso aún más pálido.

—Tú ponte bueno, Cumerdia.

—Descansa hermano, Alessandra te traerá un remedio que te quitará el dolor y te curará.

Acuñado el chiquillo con varios cojines, Rosalía tomó asiento en la mesa, cerca del sofá. Tony también se sentó y con voz baja para no sobresaltar al niño dijo:

—Rosalía, de camino te sentiste mal, hablaste de muerte y de

abuso. Estoy de acuerdo contigo. Este pueblo está dominado por un solo hombre, Don Petru. Pero eso puede cambiarse.

El resoplido de la joven dejó claro qué pensaba al respecto.

—Te digo que sí, que las cosas cambian si alguien da el paso. —Tony puso la mano sobre el antebrazo de Rosalía—. El policía rubio, el jefe, se muere por encontrar a alguien que denuncie a ese asqueroso mafioso. Con decirle que Don Petru fue el que mandó a atacarnos esta tarde, ese tipo lo encerrará.

—Para que quede libre cuando los del valle lleguen, sí.

—No. Los americanos no vamos por ahí abriendo las cárceles. Mi ejército ya instaló en Palermo un gobierno especial, lo dijo la radio. Aquí llegará nuestra ley y nuestro orden. Será como en Nueva York. Créeme cuando te digo que Nueva York era como Villamonti, pero el alcalde La Guardia encerró a un montón de mafiosos.

Rosalía lo miró sorprendida, como si hubiera escuchado un espejismo en vez de verlo.

—El alcalde La Guardia es como yo, Rosalía, hijo de italianos. Los mafiosos que él y la policía de Nueva York atrapó también eran italianos, es más, sicilianos.

—¿Y los puso presos?

—Están pudriéndose en la cárcel.

El interés de la muchacha le dio alas al neoyorquino.

—Te cuento más. Un primo mío es juez de la Corte Sup… Es un juez muy importante, se llama Ferdinand Pécora. Lleva años metiendo a ladrones y estafadores ricos y poderosos en la cárcel. ¿Y sabes dónde nació?

—¿En dónde?

—En Nicosía.

—En Nicosía… —repitió ella con ojos soñadores.

—Si yo pudiera testificar, ya lo habría hecho. Pero no puedo, no serviría y el mafioso quedaría libre. —Tony tomó aire—. ¿Qué te parece si, cuando llegue Alessandra, subimos a la estación y le dices al policía que Pietro Costa ordenó que le hicieran eso a Cumerdia?

Rosalía miró hacia lo que el índice de Tony apuntaba. Al ver el bracito de Fortunato envuelto en una enorme escayola, sopesó la propuesta. Un momento después dijo:

—Sí, iré contigo.

VI

Como maestra contratada por el gobierno, Alessandra tenía una casa asignada por el Palacio Comarcal, situada en una de las dos pendientes, la de poniente, la que a esa hora recibía de lleno la dorada luz de un sol cercano al horizonte.

Lo que más llamó la atención a Tony mientras acompañaba a

Rosalía a través de la plaza Cavour fue ver el promontorio de la ermita. Parecía hecho de oro, con la cruz de la pequeña capilla de su cima envuelta en chiribitas.

Otro que ya lanzaba destellos era el vano de la puerta auxiliar en la fachada del Palacio Comarcal, la de su esquina izquierda. La luz de sus bombillas internas compensaba las crecientes y cada vez más oscuras sombras.

Tony anunció su llegada y la de Rosalía con tres toques en el marco de la abierta puerta. Al entrar Rosalía se sobresaltó al ver al carpintero encerrado en la jaula adosada a la pared del fondo.

—¡Gino!

—Tranquila, Rosalía. Tu declaración ayudará a que salga libre —dijo Tony a su lado.

—¿A qué declaración se refiere?

La voz, surgida de detrás de la puerta, volvió a sobresaltar a la joven, que no supo qué decir a ese carabinero, el soldado Mazzola. Para Rosalía le era familiar ya que, junto al cabo, visitaban el pueblo de cuando en cuando desde hacía varios años. Los otros, por contra, habían llegado junto al oficial rubio.

—La señorita quiere hacer una declaración importantísima —intervino Tony—, quiere hablar con el oficial al mando.

El carabinero no respondió, limitándose a escrutar a Rosalía con deseos de leerle la mente.

La respuesta la dio el otro policía presente, el novato Parisi.

El capitán está arriba, hablando con el Jefe Comarcal.

—¿Una declaración sobre qué? —preguntó el que peinaba canas, muy serio.

—Va sobre lo que pasó hoy en la planicie. —Tony tomó de los hombros a Rosalía y la condujo a una silla, sentándola para que mirara hacia la puerta y la ventana en lugar de la celda—. ¿Puede alguno de ustedes ir a por el capitán?

—¡Sobre lo de la planicie! —El novato cogió su casco y se lo puso —. ¡Por fin! Ahora mismo voy a por él.

Fuera se escuchó el ruido del Fiat que se detenía. El coche había estado muy atareado durante la tarde, convertido en ambulancia de fortuna.

A la salida del novato siguió la del soldado Mazzola que caminó hasta la ventanilla del coche, conducido por su amigo, el cabo Pizzuto.

Al quedar solos, Gino dijo:

—Andaros con ojo. Estos no son de fiar.

—El oficial se toma su trabajo en serio —Tony miró al encarcelado.

De la puerta llegó el sonido de muchos pasos.

—Hay muebles con sus maderas relucientes que dentro están muy

apolilladas —contestó Gino con premura.

El primero en entrar fue el capitán Taibi, seguido muy de cerca por el cabo Pizzuto, ambos azorados por haber llegado a la carrera. Nada más apareció el comandante, Tony fue a su encuentro, interceptándolo junto a la puerta. El cabo esquivó a su superior y se adentró en la estación, hacia la silla donde esperaba una muy nerviosa Rosalía.

—Buenas tardes, capitán —Tony susurró cerca del oficial—. La chica está dispuesta a declarar sobre lo que usted necesita, pero vaya despacio, está asustada.

Taibi asintió y siguió adelante. Al ver que el cabo se inclinaba para decirle algo a Rosalía, el capitán ordenó:

—Apártese, cabo, deje que hable yo con ella.

El carabinero apretó los dientes y, de mala gana, dio un paso atrás. Acto seguido estiró un brazo hacia una bandeja con frutas y pan, destinada al prisionero.

—Buenas tardes. —Taibi se quitó el casco—. Dígame, ¿cómo está su hermano? El barbero me dijo que usted y Valentino le habían hecho un buen entablillado y que su brazo se curará.

—Sí, está bien.

Rosalía estrujaba la tela de su falda de domingo, sucia y arruinada tras la pavorosa tarde que habían vivido. Necesitada de un asidero miró a Tony, que le hizo señas de que confiara, de que todo iría bien. Luego miró a Gino que, con disimulo, puso la punta de un índice bajo el ojo derecho, mandando el mensaje de que estuviera atenta.

—Me alegro por el niño. Ahora ayúdeme a castigar al responsable. Ayúdeme a encarcelar al que le partió el brazo.

Rosalía bajó la vista. Sus manos no cesaron el martirio de la tela.

La pausa fue aprovechada por el cabo, que se acercó manzana en mano.

—La señorita está cansada y hambrienta.

En vez de darle la fruta entera, el cabo sacó de su bolsillo un objeto alargado de madera, que un segundo después se había transformado en una navaja.

«La navaja de Cumerdia», pensó la chica con los ojos fijos en la herramienta.

—Tenga jovencita. —El hombre cortó con gran parsimonia un gajo, justo frente a su cara, dejando el trozo atrapado entre su pulgar y la brillante hoja de la navaja de su hermano—. Tenga, no querrá que me corte el dedo con esta navaja tan filosa, ¿verdad?

Los ojos del carabinero taladraron los de la mujer.

Rosalía cogió el gajo, pero no lo comió. Un escalofrío le recorrió la espalda erizándole todos los vellos del cuerpo. Quería huir, correr a

casa de Alessandra y abrazar a Cumerdia, el único hermano que le quedaba.

—Señorita, —con un ademán Taibi alejó al cabo—, ¿qué tiene que decirnos?

Cuando Rosalía miró al capitán, no pudo evitar ver detrás de él al cabo flanqueado ahora por su amigo, el soldado Mazzola. Pizzuto blandió la navaja de su hermano y cortó otro gajo con un lento movimiento circular, igual al que ella hacía para degollar a un cerdo cuando necesitaba desangrarlo.

Rosalía se quedó sin aliento. La estación daba vueltas a su alrededor, con los rostros de Pizzuto y Mazzola flotando inmóviles en el tirabuzón.

—Lo que quería decir es… —la joven señaló a Tony—, lo que quería decir es que ese hombre es un soldado americano, un espía.

A Tony se le heló la sangre.

Taibi sintió un nudo en la boca del estómago.

Los dos de la manzana, sonrieron.

Gino lanzó un juramento.

El novato se abalanzó sobre Tony, y le sujetó ambos brazos tras la espalda.

Con el estómago pegado a la garganta como si de repente le hubieran quitado el suelo que pisaba, Taibi sacudió la cabeza para reordenar sus ideas. El sacudón mental sacó a flote un pensamiento errante, uno que nunca había terminado de materializarse como percepción: haber visto a Valentino meterse una cadena dentro de la camisa cuando luchaban por apagar el incendio en el pósito.

Movido por una frustración que estaba a punto de volverse ira, el capitán se plantó frente al inmovilizado Tony y, tras meter la mano por el cuello de su camisa, sacó la cadena y las chapas que colgaban de ella.

—Teniente Tony Damato, *US Army*.

—Oiga, yo… No, no soy espía. Lo que quiero es acabar con ese hijo de puta del otro lado de la plaza… ¡Rosalía!

Con los ojos convertidos en dos finas rayas azules, Taibi miró a Tony. Después a la chica. Por último, dio un puñetazo sobre una mesa y dijo:

—¡Enciérrenlo con el comunista!

VII

Taibi salió y se adentró unos pasos en la plaza vacía y, al menos en ese momento, callada gracias a una pausa entre los que guerreaban en las tierras bajas. Deseoso también de un paréntesis, el oficial centró su atención en el espectáculo que ofreció el último rayo de luz al dejar de iluminar la cúspide del promontorio de la ermita. La huída del sol

por el oeste despojó al crucifijo de la capilla de su fulgor dorado, devolviéndole su viejo y gastado color gris de siempre. El triunfo de las sombras intensificó la sensación de ahogo que lo oprimía. A pesar del sofoco Taibi sintió la necesidad de fumar pero, como solo lo hacía en eventos sociales, no llevaba pitillos encima. Al ver salir al novato que escoltaba a la chica a su casa, pensó en gritarle y pedirle uno, pero no quería volver a hablar con Rosalía. Su instinto le decía que la chica se había personado con intención de denunciar a Pietro Costa pero, al momento de hacerlo, se había arrepentido. No cabía duda de que ese malnacido tenía a todos, de una manera o de otra, en su puño. Villamonti había sido dejada a su suerte demasiados años, situación que un mafiosillo del tres al cuarto aprovechó para crecer y evolucionar hasta un punto que ningún gran capo de Palermo había alcanzado.

—¡Parisi, regrese pronto! —Taibi señaló la estación—. También busque al brigada, tendremos una reunión en un rato.

El capitán sabía que debía planificar sus siguientes acciones. Era menester procesar al carpintero pero… ¿Por hacer qué? ¿Intentar cambiar las cosas? Ese hombre luchaba contra Pietro Costa, igual que él mismo. Pero lo había hecho saltándose la ley, al estilo de Cesare Mori. Por mucho que Taibi admirara al Prefecto de Hierro, admitía que sus salvajes métodos dejaban cabos sueltos que los mafiosos aprovechaban para regresar, tarde o temprano, a las calles. Pero los que, inspirados en sus campañas, cazaban mafiosos sin violar los dictámenes de la ley, lograban hacer que les impusieran penas durísimas e inapelables.

Taibi era uno de ellos. O lo había sido hasta ese momento.

«¿Por qué no matamos a Pietro Costa, capitán?», había preguntado una vez el soldado que en ese momento acompañaba a la chica.

Ahora entendía el porqué de los métodos de Cesare Mori. A veces no quedaba otro remedio…

Taibi escuchó el sonido de varios pasos provenientes de la vía Garibaldi, la que conectaba con la vía de los Pinos, la entrada a la villa.

—Vaya, vaya… Si es nuestro respetado oficial de carabineros. Buenas noches, capitán —dijo Pietro Costa.

Taibi no respondió de inmediato, pero sí apretó los puños al tiempo que lamentaba que su adversario lo encontrara así, en ese estado de ánimo. Para colmo el muy insolente también vestía de domingo, como todos los de la Planicie de los Caballos, pero con pantalones y botas de montar. Detrás suyo dos esbirros le cubrían las espaldas, cada uno con boina y escopeta de dos cañones al hombro, con sus bocas dirigidas al cada vez más oscurecido cielo.

El capitán inspiró hondo. Las botas y los pantalones de equitación lo enfurecieron, algo bueno para él, ya que el brote de ira alejó su abatimiento.

—De buenas no tienen nada, Costa.

—Don Petru para usted —interrumpió uno de los cuidadores del veterano caporal.

Un gesto de su jefe silenció al guardaespaldas.

—¿Decía, capitán?

—Ha sido una tarde terrible para mucha gente del pueblo, así que hoy no fue un buen día para nadie.

—¿Se refiere a la pelea entre los expropiadores? —Costa señaló hacia el norte con un gesto tan desdeñoso que a Taibi le recordó a un actor en la piel de un emperador romano—. Sí, lo supe mientras paseaba junto al barón. Unos alborotadores intentaron apropiarse de un campo y terminaron luchando entre ellos.

El capo rural se abrió la chaqueta y, después de enganchar ambos pulgares en los bolsillos de su chaleco, añadió:

—Me enteré que encarceló al responsable, un agente del Partido Comunista ni más ni menos, aquí en Villamonti. —Costa se persignó —. Usted cerró el caso en un abrir y cerrar de ojos. Mis felicitaciones, capitán.

—Gino Licata está en custodia por falta de respeto a un agente, una falta menor. Aquí no hay caso cerrado, al contrario, el ataque a los campesinos de hoy solo añade un cargo más al verdadero responsable de los muchos crímenes que se cometen en este pueblo, — Taibi acercó su cara a la de Costa—, aún estoy a tiempo de atraparlo.

—¿Tiempo?

El mafioso se puso una mano en la oreja, a modo de bocina. La casualidad quiso que justo en ese momento una ristra de retumbos de cañonazos subiera desde el valle y quedaran atrapados entre las cuatro bandas de la plaza, paseándose como ecos sobre las cabezas del capitán, del mafioso y de sus dos guardianes.

—¿Qué tiempo, capitán?

La mano del carabinero se desplazó hasta la funda de su pistola.

«¿Por qué no matamos a Pietro Costa, capitán?», pensó el Taibi pistolero, un aspecto del oficial que solo salía a flote en combate.

«Ningún conquistador abre las cárceles de los lugares recién conquistados» contestó, dentro de sí, el Taibi investigador. «Solo hay que meterlo en el calabozo e instruir un expediente».

El capitán dio dos pasos hacia atrás, señaló las botas y dijo:

—Estoy seguro de que si llevo su calzado a la Universidad de Palermo me dirán que tiene tierra de la Planicie de los Caballos. —El repentino chispazo energizó al policía—. Cuando los del pueblo sepan que está en la cárcel, lloverán las denuncias.

Las carcajadas de Pietro Costa tomaron el lugar de los truenos de los lejanos cañones.

—Yo sé cómo procede usted. Necesita una orden para quitármelas… ¿Quién se la dará? ¿El Jefe Comarcal? Ya usted sabe que no. ¿La buscará en Enna donde su amigo el juez? Esa ciudad ya está en manos de los yanquis. Tampoco creo que estos dos caballeros dejen que me las arranque, pero…, pongamos que se las doy ahora mismo, —Costa adelantó una bota, ofreciéndosela a Taibi—, ¿a Palermo? El mismísimo Patton lo fusilará cuando llegue allá.

Pietro Costa dio dos pasos adelante colocando él, esta vez, su cara a un palmo de la del carabinero.

—Ya se lo dije en la mansión del barón, que cuando la guerra nos alcanzara, usted dejaría de representar a ese gobierno que usted tanto ama. En Villamonti la ley soy yo.

La aplastante afirmación fue ratificada por un gran cañonazo lejano, refrendado con la más amplia y cínica sonrisa de Pietro Costa.

La ofensa añadida a la injuria fueron los resortes que hicieron saltar la mano derecha del policía la cual, tras describir un amplio arco, se estrelló, abierta y contundente, contra la mejilla izquierda de Pietro Costa.

Las seseras de los guardianes tardaron más de la cuenta en procesar lo que acababan de presenciar. Nadie en Sicilia, ni siquiera los locos de un manicomio, se atreverían a abofetear a un capo. Aún así la parálisis duró muy poco. Recuperados, ambos echaron mano de sus escopetas.

—Quietos —ordenó su protegido.

Sin hacer caso al gran picor que sentía en la mitad de su enrojecido rostro, Pietro Costa llevó muy despacio la mano hasta su Fedora, se descubrió un instante y, antes de reiniciar la marcha, dijo:

—Buenas noches, Settimo Diotisalvi.

VIII

«Más idiota, imposible», se dijo otra vez Tony. También se preguntaba cómo había terminado allí, vestido de gañán, en una jaula adosada a la esquina de una comisaría cochambrosa, si es que a ese corral con varios escritorios, unas sillas, un armero y un retrato de Mussolini colgado en una desconchada pared podía llamarse comisaría. O estación, como le decían esos policías militarizados llamados carabineros. O militares policíacos… Fueran militares o fueran policías lo importante era que lo habían hecho prisionero. Pero no por lo que había venido a hacer, que era combatir lo que representaba el que aparecía en el retrato de la pared. Estaba en esa cárcel por involucrarse en otra guerra, interna, toda italiana y en la que él no tenía nada que ver.

O tal vez sí porque, al fin y al cabo, sus padres habían nacido en esa comarca.

Con la mente dándole vueltas, Tony se puso en pie sobre el catre para asomarse al ventanuco. Aferrado de los barrotes, miró la calle oscura y tomó una honda bocanada para que el fresco aire de medianoche diluyera la desazón que sentía. La blanca luna que señoreaba en lo alto también contribuyó a serenarlo.

Un súbito barullo al interno de la estación llamó su atención. Al parecer los carabineros habían logrado, por fin, establecer conexión telefónica con su centro de mando.

—¿A dónde llaman? —le preguntó Tony a Gino.

—Troina —contestó el carpintero, telegráfico como siempre desde que compartían celda.

—¡Silencio! —El cabo Pizzuto, casco en mano, se acercó y lo estrelló contra los barrotes —. Los prisioneros no deben hablar entre ellos.

Con lo amplio que era el espacio entre las negras barras, Tony se vio a sí mismo con los brazos fuera y estrangulando a ese carabinero. Tanto él como el otro soldado viejo los habían incordiado en lo que llevaban de noche.

—Ya contestan, capitán, pero no se entiende nada. Creo que es un alemán.

El joven extendió el negro y robusto auricular hacia el oficial.

—¿Hola? ¿Estación de carabineros de Troina?

Después de varios intentos fallidos para hablar con algún oficial italiano, Taibi tapó la bocina y dijo:

—Este no me entiende. ¿Seguro que es nuestro cuartel de Troina, Parisi?

—*Spreche Italienisch Offizier*.

—¿Qué? —los carabineros preguntaron a coro, con sus rostros vueltos hacia la celda.

—Hablar con oficial italiano —aclaró Tony—, bueno, creo. Antes de venir nos dieron un manual con cosas básicas para la invasión.

Repetidas, sílaba a sílaba, las tres palabras a medida que Tony las dictaba, un minuto después el capitán al fin fue atendido por un teniente coronel del ejército italiano.

Tony siguió con interés la mitad de una conversación que le permitió hacerse una idea de qué ocurría colinas abajo.

—Sí, somos un destacamento de carabineros.

—Villamonti, en la cima de una montaña… Al nornoroeste de su posición.

—Los americanos avanzaron hasta Troina —Taibi repitió en beneficio de sus hombres, que lo miraban expectantes—. Pero están embotellados.

—Sí señor… Sí… Entendido.

Taibi colgó el teléfono. Al hacerlo su mirada se cruzó con la de Mussolini, dándose cuenta de que ese retrato llevaba más de diez días colgado en un sitial que no le correspondía, tomando en cuenta que el 25 de julio había sido destituido y luego arrestado. Pero ese no era el momento de quitarlo, debía mantener la cohesión entre sus hombres en medio del derrumbamiento del Reino de Italia.

—Aunque lo ve improbable, debemos estar vigilantes ante cualquier maniobra de flanqueo contra Troina. Allá abajo llevan una semana deteniendo al ejército norteamericano, —Taibi miró al paracaidista—, pero el pueblo está reducido a escombros. El teniente coronel no cree que aguanten más de un día.

Las palabras fueron un bálsamo para Tony que, sin darse cuenta, se encontró asomado de nuevo por el ventanuco. Atraído por una figura que se movía entre las sombras de la medianoche, pegó su cara contra las barras.

Entre los escritorios, la conversación prosiguió.

—¿Qué sucederá con nosotros cuando Troina caiga, capitán? —preguntó el novato.

—Llegado el momento tendréis libertad para escoger, lo prometo. Podrán escoger retirarse hacia Mesina o quedarse aquí. Yo seguiré con el mismo plan mientras pueda.

—Dudo mucho, señores carabineros, que puedan retirarse —dijo Tony desde arriba del catre.

—Ilústrenos, prisionero, no nos deje *in albis* —dijo el brigada—. ¿Por qué no podríamos retirarnos?

Tony señaló al exterior, entre las barras del ventanuco.

—Porque los hombres de Costa acaban de sabotearles el coche, señores.

El novato reaccionó como una centella. Se había encariñado con el Fiat como un jinete con su montura. Su intempestiva carrera hacia la puerta lo llevó a encontrarse, cuando la abrió, con las dos redondas bocas de la escopeta del Sibilino.

El impacto a quemarropa de la nube de perdigones inició un efecto dominó que, primero, catapultó el cuerpo varios metros hacia atrás y derribó al cabo Pizzuto que quedó sentado con la espalda contra la jaula y el muerto sobre sus piernas.

Experto en el ignominioso oficio de ser blanco de emboscadas, aún antes de que el atacante entrara en la estación Taibi ya había desenfundado su arma y disparado hacia la puerta. Sus dos primeros cartuchos acabaron con la vida del Sibilino, mas el tercero, terco y algo defectuoso, se atoró dentro del complejo mecanismo del arma y la encasquilló.

Movido más por el ansia de venganza que por la conveniencia

táctica, el segundo hombre de honor, el que seguía al Sibilino, buscó el origen de los disparos que acabaron con la vida de su compañero, encontrándolo en Taibi, que ya bregaba con su Beretta para destrabarla.

Con también muchos tiroteos en su haber, el brigada desenfundó, apuntó y disparó, acabando con la vida del otro atacante un instante antes de que apretara el gatillo de su escopeta.

Los disparos de las pistolas y la escopeta llenaron el ambiente de una espesísima nube azul, cuyo acre olor se mezcló con otro, metálico, emanado de la sangre de tres fallecidos. Con su arma aún encasquillada dirigida hacia uno de los escritorios, Taibi ordenó:

—¡Atranque la puerta, Mazzola!

El interpelado, que a su vez había desenfundado, no obedeció. El soldado de pelo cano miraba a los dos atacantes con semblante más de enfado que de alarma. Acto seguido apuntó su pistola contra el capitán y dijo:

—Don Petru le manda saludos.

Taibi se transportó a las calles de Trapani. A una en particular. A aquella en la que la Mafia había asesinado a su padre por hacer lo que él hacía en Villamonti y sin otro motivo que tratar de librar a Sicilia de ese flagelo.

Lo peor era que su madre volvería a experimentar otra terrible pérdida.

Mas el estruendo de la detonación no provino del arma del cabo, sino de la del brigada, a cuyos rápidos reflejos el capitán quedaría por siempre agradecido.

—Licenciado *in articulo mort*…

Tres disparos seguidos truncaron el último latinajo del brigada, asesinado por el único subalterno que le quedaba al capitán, el cabo Pizzuto.

Sin dar tiempo a que el otro traidor le apuntara la pistola, Taibi se abalanzó contra él y le sujetó la mano que sostenía el arma. El forcejeo por su control dejó en claro que ambos tenían fuerzas similares, lo que anunciaba un pulso prolongado.

El primero que inclinó la balanza a su favor fue el cabo gracias a un contundente rodillazo en el muslo derecho del capitán, aquel que siempre lo martirizaba.

La caída de Taibi hacia delante obligó al cabo a retroceder un par de pasos para poder descerrajarle un tiro en la nuca.

«Don Petru me pagará más por ese detalle», pensó el cabo antes de sentir cómo tiraban de su uniforme hacia atrás, hacia la celda.

—Ven acá, maldito traidor —masculló Tony con la boca pegada a una barra y los brazos extendidos hacia afuera.

Dispuesto a matar al entrometido yanqui, el cabo se giró, intento

que empeoró su situación al dejar un brazo entre dos de los barrotes, dándole la oportunidad al carpintero de meterlo dentro de la celda y quebrarlo sin mucho esfuerzo.

Al restallido del húmero siguió otro, el de la pistola del brigada, recogida por Taibi y disparada a quemarropa en la sien del cabo.

De pie de nuevo sobre el catre, Tony advirtió:

—Cierre la puerta, capitán, vienen más cabrones.

Una vez las ventanas y la puerta quedaron cerradas, Tony, Gino y Taibi se vieron las caras al tiempo que sus torsos subían y bajaban, en un intento de insuflar el aire que les hacía falta para aquietar corazones y ordenar ideas.

El primero en decir algo fue Gino.

—La madera de esa puerta y de esa ventana es buena y gruesa, pero nada que un hacha afilada no pueda cortar.

El carabinero asintió. Luego miró su armero.

Tony intuyó lo que bullía en la mente del policía.

—Si su intención es dar batalla, capitán, debería soltarnos. Yo vine a Sicilia para liberar al pueblo de cabrones como Hitler y Mussolini. Pero este pueblo tiene su propio cabrón, y quiero ayudar a liberarlo, —Tony señaló a Gino—, y creo que él también.

Gino confirmó mientras se limpiaba las salpicaduras de sangre con la manta del catre. Cuando su cara quedó limpia, se la pasó a su compañero de celda.

De pie entre los escritorios, el carabinero se tomó unos segundos para cubrir con dos de los cascos dispersos por la estación, los rostros del brigada Nicola Spadaro y del soldado Enrico Parisi. Sin más tiempo para lamentar su pérdida, Taibi sopesó su situación. Estaba sitiado, sin efectivos, en inferioridad de fuerzas y con dos enemigos de su enemigo dispuestos a echarle una mano. Con la cojera acentuada por el rodillazo, se acercó a la pared donde colgaba la llave de la jaula. Al cogerla aprovechó y también descolgó el retrato de Mussolini, lanzándolo boca abajo sobre uno de los charcos de sangre.

—Si me vienes con eso de la unión hace la fuerza, te pego un tiro, carpintero —dijo Taibi mientras abría la cerradura.

La siguiente puerta abierta por Taibi fue la del armero.

—¿Con esto pensaban detener al ejército norteamericano? —Tony señaló el interior del pequeño armario.

—Claro que no, solo debemos…, o debíamos retrasar un intento de flanqueo. No es mucho para combatir a su gente, pero bastará contra los hombres de Costa.

Con un ojo pegado a una rendija de la ventana, Gino aprovechó el claror de la luna para escrutar la plaza en la oscuridad de la noche. Aunque escaso, el alumbrado público también lo ayudó al quedar encendido por el olvidadizo sereno, que cada tanto incumplía la orden

de oscurecimiento.

—Yo solo veo escopetas en manos de esos tíos.

—No nos confiemos, cada tanto roban material en nuestros parques. Algo más podrían tener.

—Esta no está nada mal —Tony cogió la ametralladora con bípode adosado en la punta.

—Métanse granadas en los bolsillos —ordenó Taibi—. Valentino, usted nos cubrirá desde la ventana para que el carpintero y yo salgamos. Usted, —El policía señaló a Gino—, irá a la derecha. Yo a la izquierda. Cuando encontremos reparo cubriremos al ametrallador para que salga. Trate de ganar la fuente, americano. Con fuego cruzado tal vez salgamos de esta.

Mientras Tony se metía una pistola Beretta en el cinto, Taibi cogió una subametralladora modelo 1938 para él y le extendió otra a Gino.

—Yo prefiero pistola, no sé usar eso.

—Coja muchos cartuchos, entonces.

El siguiente puñado de minutos fue empleado por el capitán de carabineros para cerciorarse de que sus nuevos reclutas supieran cargar y recargar armas con las que no estaban familiarizados. También comprobó que tuvieran municiones de recambio y los obligó a colocarse cascos, aunque ninguno de los tres optó por abrochar los barbiquejos, cuyas tiras de cuero permanecieron libres y oscilantes a ambos lados de sus mejillas.

Con la mano en el cierre de la rústica puerta, Taibi, con una inclinación de su cabeza, ordenó a Gino que apagara la bombilla que pendía sobre ellos. Un instante después el carpintero se colocó a sus espaldas, pistola en mano. Unos metros a su derecha el neoyorquino esperaba de pie, junto a la ventana cerrada y con la enorme ametralladora sostenida en vertical.

Tras quitarle la anilla a una granada, Taibi abrió el cierre de la puerta y tensó todos y cada uno de los músculos de su cuerpo.

—Buena suerte, señor Licata. Buena suerte, señor Rinaldi. La explosión será la señal de salida.

—Si salimos de esta deberá llamarme Damato. Señor Damato.

—Trato hecho.

Tal y como esperaba el carabinero, la explosión frente al palacio comarcal deslumbró a los sitiadores cuyos ojos estaban acostumbrados a la oscuridad y obligó a sus reflejos a actuar al margen del raciocinio. El resultado fue que, por un instante, los asaltantes perdieron su actitud acechante.

Una vez fuera y dispersados a cada lado, tanto Taibi como Gino se encontraron en el borde de una plaza tan desnuda como la superficie del mar y sobre la que, cual espectros en la noche, un semicírculo de

secuaces de Pietro Costa se recuperaba del sobresalto producido por el estallido de la granada, ocurrido lejos de ellos, en tierra de nadie.

En el momento en el que el más rápido de ellos blandió su escopeta contra Gino, una lengua de fuego salió de la ventana de la estación, brillante, amarilla y repetitiva. La sucesión de balas transferidas del cargador al aire que circundaba la estación fue hecha con mesura. El barrido de un lado al otro de la plaza hirió de muerte a Tanu, el más cercano de los colaboradores de Pietro Costa. Agotado el primer cargador Tony lo cambió, retiró el arma del marco y salió de la estación lo más rápido que pudo, con un saco de munición de recambio terciado en un hombro y una subametralladora en el otro.

«Mi primera batalla en Sicilia y lo hago como combatiente italiano», se dijo Tony, arrepentido por olvidar calentar su pie izquierdo antes de correr con tantas cosas encima.

El silbido de varias balas a su izquierda lo forzaron a echarse sobre el rústico embaldosado de la plaza. El ardor en sus palmas, codos y rodillas lo devolvió a sus primeros días en el *US Army*.

«¡Contesten el fuego!» ordenó una voz dentro de ese recuerdo, la de su malencarado sargento instructor.

Al recordar otra orden, la impartida por Taibi sobre alcanzar la fuente para disparar desde allí a los hombres de honor, Tony reptó en redondo y dijo:

—Que le den a la fuente, está muy lejos.

Encarado el enemigo y desplegado el bípode, Tony puso la mejilla contra el arma, apoyó la culata en su hombro derecho y enganchó el gatillo. Su dedo se movió lo justo para dejar ir dos o tres balas por ráfaga.

Varios metros más allá el capitán Taibi se levantó del suelo. Erguido cual alto era, se puso la compacta subametralladora contra la cadera y, al igual que su compañero yanqui, encaró a los hombres de honor y avanzó sin reparar en los disparos que pasaban a uno y otro lado.

Diagonal a los dos militares Gino salió de detrás del malogrado Fiat y, pistola en mano, se unió a sus compañeros de lucha.

La trifulca que siguió fue una mezcla de sinrazón y nervios de acero. Ni los de un bando ni los del otro se les ocurrió abandonar una lucha desarrollada en terreno abierto, donde las sombras imperaban, rotas por los fogonazos de tantas y tan variopintas armas.

Los buenos reflejos, el entrenamiento militar y la cabezonería decantaron la victoria del lado de la recién nacida coalición anti Pietro Costa.

—Está sangrando, carpintero.

—Me rozó o me entró un perdigón en el brazo. De esto no me voy a morir, al menos hoy, se lo aseguro.

—Terminemos de cruzar la plaza y acabemos con ese cabrón —espetó Tony.

—No, Rinaldi… Eh, no, Damato.

—Tony, dígame Tony.

—No lo mataremos. Lo encerraremos. En lo que esté entre rejas llegarán las denuncias. Siempre sucede. Este ataque me da la justificación suficiente.

—Aquí están casi todos los hombres de honor de Costa, hasta el Viejo, —Gino escupió sobre el cadáver del asesor de Costa—, al que no veo es a Hombretón.

—Lo suele usar de guardaespaldas —dijo Taibi.

Con las armas recargadas y siempre blandidas, el trío cruzó la plaza, entró en la mejor casa de Villamonti y, después de revisarla, la encontró abandonada.

Después de arrancar varias tiras de un impoluto mantel, Gino se las enrolló en el brazo y dijo:

—Habrá huido.

—De esta casa sí. De Villamonti no. Él, como todos, está a la espera de que el pueblo quede bajo el nuevo gobierno de los americanos. —Taibi ayudó a amarrar el vendaje improvisado—. Se habrá refugiado en alguna guarida.

—Esto no me gusta ni un pelo —dijo Tony, muy nervioso—. Tengo muy mal presentimiento.

—Una venganza —murmuró Gino—. Es muy capaz.

—La maestra —susurró Taibi.

Los tres hombres atravesaron a la carrera el gran vano del ingreso del caserón, dejándolo tan abandonado como cuando entraron.

IX

La siguiente puerta abierta confirmó los temores de Tony. El salón de la casa de Alessandra estaba revuelto, iluminado por una única bombilla y con un desorden que no era el usual, sobre todo el mostrado por varias torres de libros, derruidas, con los ejemplares regados y pisoteados.

La imagen del sofá vacío asustó a Tony.

—¡Cumerdia! ¡Cumerdia!… ¡Alessandra! ¡Rosalía!

Dispersos por la planta baja los tres hombres revisaron muebles y rincones.

—Aquí está. —El capitán salió de la habitación de Tony con el niño en brazos—. Está bien si no contamos lo del brazo. Solo muy asustado.

El policía depositó con mucho cuidado al niño en el sofá y le tocó la frente. Al no sentirla caliente señaló con su cabeza el suelo. Gino recogió una manta, la sacudió y la tendió sobre el tembloroso chaval.

—¿Qué pasó Cumerdia? —preguntó Tony— ¿Dónde están Alessandra y Rosalía?

—Don Petru y su amigo grande se las llevaron. Mae me escondió antes de que rompieran la puerta.

—Hombretón —señaló Taibi—. Eso quiere decir que las tomaron como rehenes.

—Las llevarían al molino —opinó Gino—. Tenemos que ir ya mismo.

—¿De madrugada? Por mucha noche clara con luna que haya, la ruta es difícil y larga. —Taibi caminó adelante y atrás—. No. Casi no tiene compinches. Necesita reagrupar fuerzas… Habrá ido a la mansión del barón.

—Me duele… —Fortunato se quejó.

El policía paseó la vista sobre el mesón donde la dueña de casa preparaba la comida. Sobre ella había varios paquetes con hierbas, una cabeza de ajo, un mortero sucio y vacío y un cuenco con agua caliente. Junto a ellos un tarro aún recibía el goteo de un colador puesto sobre su abertura.

—Niño, dime. ¿La maestra te dijo qué estaba preparando?

—Remedio para mi brazo.

—¿Este? —El policía señaló el tarro lleno a mitad con un líquido oscuro que despedía un fuerte olor.

—Sí.

—Taibi lo probó. Era alguna clase de preparado de hierbas.

—Huele como algo que me dieron en Etiopía cuando me recogieron con una lanza clavada en la pierna. Le daremos un par de cucharadas y luego avisaremos a una vecina para que lo cuide. Después iremos a la estación a pertrecharnos antes de ir a rescatar a las señoras.

Tony colocó un jersey enrollado bajo el brazo escayolado del niño y dijo:

—Yo me ocupo de Cumerdia. Adelántense ustedes a la comisaría.

Dos minutos más tarde Tony daba leche al niño para suavizar el terrible sabor del preparado hecho por la maestra. Una vez colocó una manzana en su mano buena, abrió el arcón de la ropa del hermano de Alessandra y se abrió paso hasta alcanzar el fondo. Sacadas una a una las prendas, Tony notó que el uniforme con el que había llegado a Villamonti había sido lavado y doblado con mimo por su anfitriona. Cuando la resistente tela de su camisa, pantalón y guerrera del *US Army* cubrieron su cuerpo, las sintió familiares, pero no tanto como la ropa de Valentino que yacía sobre la cama. Sobre su guerrera de cuatro bolsillos colocó y abrochó el ancho cinturón plagado de faltriqueras que a un lado tenía una cantimplora y al otro la funda para pistola. Tan pronto se calzó y amarró las botas de campaña, sobre

ellas colocó sendas polainas, verdes, dentro de las cuales quedaron atrapados los ruedos de sus pantalones.

El final de su reencarnación como teniente del Trigésimo Septuagésimo Sexto Batallón de Artillería Paracaidista del Ejército norteamericano debía ocurrir con el cambio de casco. El italiano debía dar paso al suyo, el yanqui, también verde, también redondeado y también destinado a evitar que le volaran la tapa de los sesos. La diferencia era que uno había sido fabricado para salvar cabezas italianas y el otro para salvar cabezas norteamericanas.

Tony sostuvo un casco en cada mano. Mientras los sopesaba se transportó al salón de su piso familiar en el bajo Manhattan. Un espacio único, como el de casi todas las casas de Villamonti, donde él y sus dos hermanos y sus dos hermanas crecieron al son de las narraciones de su madre sobre la bella Sicilia y sus pintorescos habitantes, historias que luego no pudo contar más, prohibidas por su padre cuando decidió que sus hijos debían volverse más americanos que el Tío Sam.

Tony miró a Fortunato, se puso el casco italiano y dijo:

—Este es más cómodo.

Con la pistola no tuvo ninguna duda porque, al abrir la caja donde la había ocultado, las distintas piezas de la desarmada Browning tenían manchas de óxido. Sin una limpieza a fondo se encasquillaría. Por eso la Beretta ocupó la funda que colgaba del cinto del paracaidista.

—Tonino, ¿me llevas a Mérica contigo?

La voz del niño sonaba empalagosa, somnolienta.

Tony lo arropó mejor.

—Duérmete Cumerdia, le diré a la vecina que cuide de ti.

X

La desierta vía Garibaldi resonaba ante la marcha de los tres hombres. El eco de sus pasos había sustituido al de la batalla del valle, pausada a esa hora, en lo más profundo de la madrugada.

Nervioso ante lo que pudiera suceder en la mansión del barón, Gino dio rienda suelta a la sorpresa que lo había atenazado minutos antes mientras se rearmaban en la estación de carabineros:

—Todo este tiempo creyendo que era un camarada y resulta que es un capitalista con casco italiano, pistola italiana y uniforme americano. Nacido en América de padres sicilianos. Un estudiado de universidad que termina como soldado. ¿Está seguro de no tener un pariente comunista? ¿Algún primo, quizá?

—Acuérdese de lo que le dije, carpintero, —El capitán Taibi no logró, esa vez, mostrar rostro severo—, si hace apología roja, lo encierro.

—Había dicho que le pegaría un tiro. —Tony sonrió y manipuló la pistola que sustituyó a su Browning— ¿Cuántas balas tiene la Beretta?

—Los cargadores tienen diez proyectiles.

—La siento más ligera que la mía, que pena no haberla podido limpiar estos días.

Aunque no llevaban la ametralladora pesada con bípode, el trío iba más preparado que la primera batalla gracias a los arneses con linterna, cantimploras con agua, granadas y municiones para cada pistola. Cuando el reloj de Taibi marcó la quinta hora del quinto día de agosto, el grupo superó la primera casa del pueblo, recorrió la vía de los Pinos y se adentró en el sendero privado del barón.

Con las ruinas del castillo y el promontorio de fondo, Taibi examinó el camino de tierra con su linterna.

—Pasaron por aquí. Dos juegos de marcas de zapatos grandes junto a otras dos más pequeñas. No hay duda, se refugiaron en el cortijo del barón.

—Pero es muy grande… ¿Dónde las tendrán? ¿En la mansión o en las cuadras? —preguntó Tony.

Gino chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Le aseguro que ni en las cuadras ni en los almacenes ni en los talleres. Están muy cerca de donde duermen los sirvientes. Estarán en la casona, se los digo yo.

Una vez la finca estuvo a la vista Taibi volvió a tomar la palabra.

—Penetrar allí no será nada fácil. La entrada de la mansión da a un patio cerrado al que se accede por un pasadizo —dijo Taibi agazapado en la oscuridad.

—Que tiene una verja y probablemente un centinela —añadió Tony.

—Yo arreglo cosas en esa casa desde hace años. Sé como colarme. Pero es un camino para gatos o monos.

—¿Qué? —preguntó Tony.

—El carpintero quiere decir que solo puede ir él —explicó Taibi —. Bien, señor Licata, ábranos paso. Estaremos atentos, en lo que oigamos algo, intervendremos.

—¿Cómo abriremos la verja? —preguntó Tony.

—Solo tiene una tranca, sin cerradura —susurró Gino.

Poco después, en un mundo coloreado en los más oscuros tonos de grises y bajo un cielo que insinuaba el cercano amanecer, los tres se desplazaban de lado, con sus espaldas pegadas a una de las paredes externas del cortijo. Sobre ellos aparecían, de vez en cuando, los altos ventanucos que ventilaban o iluminaban las cuadras, depósitos o talleres.

—¡Aquí! Esta es la lumbrera por la que entraré —avisó Gino.

—Pero está cerrada.

—Tiene un gozne roto, puedo desencajar la contraventana.

La apertura requirió, además de sigilo, que Gino pusiera un pie en cada hombro, uno del teniente norteamericano y otro del capitán italiano, obligados por la acrobacia a mantener sus pistolas en sus fundas. Nada más Gino se escabulló dentro, los dos oficiales se fundieron con la negrura. Poco después tomaron posiciones delante de la entrada del pasadizo que, en efecto, estaba cerrado y con uno de los fieros corsos de guardia.

Del otro lado del ventanuco Gino se movió con gran cautela por estar en el taller del herrero, lleno de implementos del oficio, todos metálicos y todos ruidosos en caso de que alguno cayera por accidente.

Por ser una cuadra convertida en taller, la puerta tenía dos tramos independientes. Después de abrir con cuidado la media puerta inferior, Gino asomó la cabeza. Tanto el pasillo con columnas que rodeaba el cortil como el patio estaban desiertos. El único movimiento era el de un guardia corso que, pistola en mano y escopeta al hombro, hacía guardia en las escalinatas de entrada a la mansión. Al pie de las mismas un caballo ensillado aguardaba a un jinete. Gino supuso que sería para el barón.

La presencia de ese vigía angustió al carpintero. Sabía que podría moverse sin ser visto por el pasillo de las cuadras aledañas al taller, pero no por el que estaba frente a la fachada de la casa del barón. Apenas se acercara a la boca interna del pasadizo sería descubierto por el guardaespaldas.

Necesitaba resolver el embrollo en el que se encontraba. Como hombre acostumbrado a reparar cualquier implemento por arruinado que pareciera, cuando el carpintero escuchó el bufido de un caballo, encontró la solución.

Pegado a la pared, sigiloso y con las columnas usadas como pantallas para pasar desapercibido, Gino recorrió el pasillo lateral del cortil al tiempo que abría, muy despacio, los cierres de las puertas de las cuadras. Una vez todas estuvieron destrancadas, abrió de par en par una de ellas, entró y gritó como un desaforado.

La carrera del primer caballo fue acompañada por media docena más a los que se unió el que esperaba ensillado, perseguidos por el carpintero que azuzaba sus carreras con más gritos y un par de disparos al aire.

Convertido el patio de tierra en una versión en miniatura del Coliseo Romano, el vigía de la verja corrió hacia dentro, hasta la boca interna del pasadizo.

Cubiertos por el estruendo de relinchos, pisadas de cascos y coces que Gino se empeñaba en mantener activo con su carrera y con sus

gritos, Taibi y Tony abrieron con cuidado la verja y penetraron en la galería. Al fondo, de pie y con la escopeta apuntada contra el batiburrillo equino, el guardia corso del pasadizo se dispuso a abatir al asaltante nada más lo tuviera a tiro.

Agolpados de pronto en una esquina, los caballos del patio dejaron de correr por un momento. El repentino cese del barullo recordó al vigía del pasadizo su responsabilidad principal, la verja.

Tras girarse de golpe el corso percibió entre las sombras a dos figuras uniformadas que se acercaban a él. Sin pensar y sin preguntar, el guardia disparó.

Una afortunada combinación de reflejos y cercanía a su atacante salvó a los dos oficiales. Los reflejos fueron los que hicieron que cada uno se zambullera a un lado. La cercanía fue la responsable de que la nube de perdigones aún no estuviera dispersa cuando pasó entre ellos.

El corso no tuvo tiempo de desplazar el cañón doble contra uno de los dos y descerrajar el segundo cartucho. Cuatro balas, dos por la derecha y dos por la izquierda, entraron por su bajo abdomen, cruzándose por detrás del esternón. Los estragos en su torso lo mataron antes de que cayera a tierra.

Tony y Settimo Taibi se incorporaron y avanzaron hasta el inicio del pasadizo. Asustados por los cinco estruendos del túnel, los caballos volvieron a correr en círculos, cual carrusel de feria.

Al ver a sus compañeros Gino salió del tirabuzón animal y gritó:

—Hay otro en la entrada de la casa.

Sin más remedio que rodear el patio por los pasillos laterales bordeados de columnas, Gino y Tony se agazaparon tras la primera columna a la izquierda de las escalinatas de acceso a la mansión. Taibi tomó la misma posición, pero en el lado derecho.

Para ese momento el centinela de la mansión no estaba solo. El alboroto y la escaramuza del pasadizo atrajeron al tercer guardia corso. La veteranía de los dos mercenarios, su buen atrincheramiento en la entrada de la casona y sus disparos con pistolas y escopetas dejaron claro a Taibi que, para forzar el bloqueo, debía recurrir a fuerza bruta. A voz en grito Taibi se dirigió a Tony:

—Teniente, ¿qué le parece si jugamos al beisbol? Lo haremos a la cuenta de tres.

—¿Qué dijo? —preguntó Gino.

—Creo que quiere que usemos granadas.

—¿Granadas yo?

—Déjamelo a mí.

El plan del carabinero acabó con el bloqueo. La bomba de mano del capitán italiano más las dos que arrojó en sucesión el teniente norteamericano hicieron añicos el atrio de la mansión, junto a sus dos cancerberos.

Con el camino libre el trío atravesó el destruido recibidor y penetró en la casa. Al llegar al salón, escucharon una potente y familiar voz.

—Dios los cría, y ellos se juntan.

Dichas las palabras se encendieron las luces. El panorama era inquietante. Hombretón, el último hombre de honor disponible, estaba de pie en el medio de la amplia estancia con una de sus manazas sobre el cuello de Alessandra, que a su vez estaba maniatada con una cuerda. Pietro Costa estaba sentado en el sofá regio, el mismo donde, días atrás, habló con el capitán. A su lado y también maniatada, una preocupada Rosalía preguntaba con la mirada por su hermano.

—Pierde cuidado, Lía, Cumerdia está bien —dijo el yanqui.

El intento de Tony y Taibi de separarse de Gino para dispersarse y no presentar un único blanco fue detenido al instante.

—Un paso más y los niños de este pueblo se quedan sin maestra —amenazó Costa.

Para ratificar lo dicho por su jefe, el matón sacudió a su rehén. El vaivén la hizo parecer más pequeña aún comparada con su captor.

Costa blandió su pistola contra los rescatadores.

—Érase una vez un carabinero, un soldado americano y un comunista que, al darse cuenta de que habían perdido, dejaban sus armas en el suelo.

Tony miró a Taibi dispuesto a hacer lo que fuera con tal de salvar a las dos mujeres.

Taibi no movió ni una ceja ni apartó la mirada de Costa.

—¿Para que su fábula termine con cinco cadáveres en esta mansión? No gracias, preferimos seguir apuntándolos, si no le molesta.

—¡Claro que no! Aunque mi hombre de honor y yo preferimos apuntar a las señoras, si no le molesta a usted tampoco. Así podremos esperar a que su querido gobierno se desmorone, perdón capitán, me corrijo, usted lo llama Estado, así me lo comunicaban el cabo Pizzuto y el soldado Mazzola.

—Que ya son cadáveres, por cierto.

—Lo supuse. Usted y sus nuevos reclutas pelean bien, lo reconozco. Veo que no le quedó otra que aliarse con los enemigos de su Estado para darme la caza… ¿Con qué propósito? Usted se jacta de defender al pueblo y lo único que hace es dejar un reguero de destrucción y muerte. ¿Qué lo hace diferente de aquellos a los que persigue? ¡Usted es tan arbitrario como Cesare Mori!

—Si lo que intenta es provocarme, se equivoca. Lo de hoy han sido operaciones policiales legales. Estoy… Estamos aquí para detenerlo por asesinato y secuestro, ¿qué le parece?

El intercambio de tensas cortesías fue interrumpido por la

inconfundible voz del barón D´Aragona, que apareció en el salón proveniente del interior de la residencia.

—Mi querido capitán, usted alega asesinato y secuestro. ¿Qué le parece una denuncia por allanamiento y destrucción de morada? —El aristócrata se acercó a un mueble bar adosado a una pared— ¿Alguien quiere un trago? Yo me serviré coñac.

—Los delincuentes perseguidos en flagrancia no necesitan órdenes de registro. Estas dos señoras están aquí en contra de su voluntad y vinimos para rescatarlas. Por cierto, eso lo convierte en cómplice, barón.

—¿A quién le presentará el caso? —El barón levantó la copa a modo de brindis— ¿A los americanos?

—Yo daré fe —intervino Tony.

—Oh, joven… Los fallecidos Pizzuto y Mazzola nos dijeron que usted solo es medio americano —dijo el barón—. Si fuera por completo americano sabría que sus compatriotas le colocarán la etiqueta de fascista a nuestro íntegro carabinero.

Llevada al límite de la situación y enardecida al escuchar lo que consideraba una calumnia, Alessandra dijo:

—¡El fascista es usted!

Hombretón, irritado, volvió a sacudir a la señora.

Revolviéndose sobre sí misma, Alessandra se giró y propinó un fortísimo puntapié en la espinilla de su captor. Doblado hacia delante por el agudo dolor, el grandullón abrió la mano. Al sentirse libre la maestra corrió hacia el más cercano de sus rescatadores, que era Gino.

Recompuesto en un santiamén, Hombretón levantó su pistola y disparó contra la que huía.

Visto el peligro que se cernía sobre Alessandra, el carpintero se abalanzó sobre ella, la envolvió entre sus brazos y, con la energía que lo caracterizaba, se dio la vuelta. La bala se encajó en su espalda.

Los siguientes dos disparos también fueron hechos por el Hombretón, dirigidos contra Taibi y Tony. Pero su apuesta para resolver la tensa situación con solo tres balas pecó de optimista y solo sirvió para que él y sus dos contrincantes se enfrascaran en un nutrido intercambio de disparos.

Mientras los tres hombres luchaban por dejarse fuera de combate, el barón se sirvió otro coñac; Alessandra logró desatarse para dar los primeros auxilios a Gino y Pietro Costa se escabulló, arrastrando consigo a Rosalía a través del malogrado atrio de la mansión.

XI

—Este no secuestrará más maestras —Taibi dejó de apuntar a Hombretón una vez se cercioró de que estaba muerto.

—Dio la vida por su jefe, increíble —murmuró Tony que ya había

bajado su pistola.

Anulada la amenaza los dos soldados se acercaron a Gino y a Alessandra. Al llegar a su lado se agacharon y se quitaron los cascos para dar respiro a sus sudadas cabezas.

—¿Cómo está? —preguntaron a la maestra.

—Saldré de esta —contestó Gino.

—Yo también lo creo —dijo la mujer con sus manos firmes sobre un trozo de mantel colocado sobre la herida.

El barón, que no se había movido del mueble bar, tomó un sorbo de coñac y dijo:

—Me aseguraré de que el carpintero sane. Necesito que arregle mi atrio.

—Iros ya —dijo Gino con gran dificultad—. Ese cabrón no debe ir lejos.

—Vale. Rescataremos a Rosalía y meteremos a ese desgraciado en la cárcel —aseguró Tony.

—O lo dejaremos tieso, como a este mafioso. —El capitán pateó los dos cascos— Vamos, teniente, ¡sígame!

Pistolas en mano los dos soldados echaron a correr rumbo al pasadizo del cortijo. La creciente luz del amanecer permitió a Tony correr sin temer a torcerse el tobillo de nuevo. Tan pronto llegaron a la vía principal se detuvieron al borde, asomándose a la ladera que de sus pies, descendía hasta las tierras bajas.

Taibi levantó un brazo y apuntó hacia un caballo que giraba en uno de los muchos meandros del camino, esa blanca serpiente de tierra que, retorcida sobre sí misma, ayudaba a los viajantes a subir hasta Villamonti o, como en este caso, permitía a Costa abandonarla.

—Qué raro, no va al galope —dijo Tony—. No está lejos y lleva a Rosalía consigo.

—El caballo no está bien. Gino los hizo correr como locos en el cortil. Aún así va muy adelantado y no le daremos alcance.

—No si seguimos la carretera. Pero si cortamos camino, sí.

Taibi estudió la pendiente que se abría a sus pies.

—Le recuerdo que no soy Cumerdia. Ni tampoco una cabra.

—Pero es soldado. También policía. Y ese que escapa es un maldito mafioso.

Un instante después Taibi se dejaba guiar por el aprendiz de Fortunato, que mucho había asimilado de su diminuto maestro.

Los dos oficiales alternaron segmentos de empinada pendiente con tramos de aplanada carretera. El descenso en línea recta acortó las distancias muy rápido aunque dejó raspaduras en sus manos y manchas de tierra en sus uniformes cada vez que resbalaban o perdían pie.

El estresado caballo, desacostumbrado a llevar a dos personas

extrañas sobre su lomo, solo notó a los perseguidores cuando estuvieron muy cerca.

Atravesado por sorpresa frente al animal, Tony alzó los brazos y gritó. Los aspavientos del recién llegado, unidos a un mecánico rumor que llegó de más abajo de la cuesta, asustaron a la bestia que no tardó en tirar a Costa y a Rosalía al suelo.

Alzado sobre sus cuartos traseros, el rampante caballo mantuvo a raya a los dos soldados. Costa aprovechó la pausa para ponerse en pie y levantar por las malas a la joven.

Una vez el caballo abandonó a la carrera el recodo en el que se encontraban, Pietro Costa quedó frente a sus enemigos. Entre ellos se interponían cinco metros de distancia, Rosalía y tres pistolas, pero la de Costa tenía el cañón apretado contra la espalda de la mujer.

—¡Ríndase Costa! Ya no tiene a dónde ir. —Tony miró al carabinero en busca de confirmación y apoyo.

El policía permaneció callado, con el brazo extendido y el arma apuntada contra Costa y Rosalía.

—Capitán, dígaselo, ya no tiene ni un solo ayudante vivo. No tiene banda, no tiene nada.

—Precisamente —respondió el capitán con voz fría—. Él es el único que queda —agregó antes de poner el ojo en la mira y el dedo en el gatillo.

Un pensamiento asaltó a Tony. La actitud del capitán le recordó la respuesta a una pregunta que formuló en su adiestramiento, sobre la muerte de civiles durante la guerra.

«Se tratará de no causarlas, a menos que impidan la consecución de un objetivo».

Movido por la revelación de que Taibi dispararía aún estando Rosalía en medio, Tony arremetió contra el carabinero. Ante la sonrisa burlona de Costa, capitán y teniente se trenzaron en un forcejeo en el que cada quien luchaba por controlar la pistola del otro. Pocos segundos bastaron para dejar en claro que el fugaz entrenamiento como paracaidista poco tenía que ver con media vida de irrupciones en guaridas, persecuciones, emboscadas y arrestos.

El bien plantado rodillazo de Taibi junto a un sonoro cachazo en la cabeza dejaron a su contrincante en el suelo. Mientras Tony bregaba por reincorporarse, el carabinero encañonó de nuevo al mafioso parapetado detrás de Rosalía. En el momento usado para afinar la puntería, Taibi calculó que el medio cargador del que disponía sería suficiente para abatir a las dos personas y poner fin a los sufrimientos de Villamonti.

—Jamás se atreverá a apretar el gatillo —dijo Pietro Costa.

El baño de luz que llegó del sol que surgía tras el Etna no pudo disipar las sombras que atenazaban el entendimiento del policía. Su

apego a las normas expiraba, tal y como hacía el agonizante Estado al que servía. Ya no habría nadie que le recriminara el sacrificio de una vida siempre que esa vida contribuyera al bien de los villamontesinos, exceptuando su propia conciencia. Taibi se dispuso a soportar esa culpa toda la vida.

—Lo siento mucho Rosal…

Taibi no completó la frase. Numerosos impactos de bala surgieron como géiseres en la tierra del camino, en el espacio que separaba al carabinero del mafioso y la mujer.

—¡Quietos! ¡Que nadie se mueva! —se oyó decir en inglés.

La orden fue repetida en italiano, con fuerte acento estadounidense.

Surgidos del borde de la carretera, un grupo de soldados yanquis irrumpió, se apoderó de las pistolas de Costa, Taibi y Tony y los mantuvo apuntados.

—Usted es americano —dijo uno de los recién llegados.

—¡Claro que soy americano!

—¡Mayor! Aquí hay uno de los nuestros.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó un oficial tan alto como Taibi y Tony, con el pelo castaño más largo de lo habitual y barba de dos días.

—Teniente Tony Damato, señor. Del Trescientos setenta y seis de Artillería Aerotransportada. Caí en este pueblo por error.

—Pero ese batallón se lanzó el segundo día.

—Sí señor, desde entonces estoy aquí.

—¡Joder! ¿Y qué diablos hace en esta montaña?

—Estábamos atrapando a este peligroso mafioso, mayor.

—¿Estábamos?

—Sí, el capitán y yo.

El mayor miró a su alrededor. Sus hombres se levantaron de hombros. Un sargento, que masticaba un apagado puro, dijo:

—Cuando nos acercábamos en silencio lo vi pelearse con el capitán. Aquí hay gato encerrado, mayor.

—Tony, no deje que lo liberen —pidió Taibi.

—¡Cállese espagueti! —dijo el soldado que apuntaba al carabinero.

—No le diga así, es un oficial —reclamó Tony, molesto.

—No tenemos tiempo para chorradas. Llevamos toda la noche perdidos, tenemos que encontrar el maldito monte San Basilio cagando leches —espetó el mayor—. Suelten a los civiles y amarren al oficial a un árbol, no podemos llevar prisioneros.

Taibi vio a Tony con la preocupación reflejada en el rostro. Aunque no entendió las palabras, sí captó su sentido.

—Mayor, este hombre es un asesino, jefe de una banda mafiosa.

Después le daré detalles, pero el capitán, —Tony señaló a Taibi—, llevaba meses tras él. Yo me uní a darle caza.

—¿Mafioso? Yo soy de Chicago…

—Y yo de Nueva York, mayor. Pero este es peor que Capone o Luciano, se lo aseguro. Este maldito se cree el rey del pueblo.

Al sentirse blanco de todas las miradas y centro de la conversación, el perspicaz Costa tomó la palabra, acompañándola con gestos exagerados y semblante suplicante.

—No mafioso, no. Yo soy antifascista. Libertad para el pueblo. Él es fascista. —Costa escupió a Taibi en la cara—. ¡Yo soy partisano!

Tony no recordaba haberse sentido tan furioso. Sin pensar arrebató su pistola a aquel que se la había confiscado y, en un abrir y cerrar de ojos, puso su cañón entre las cejas de Pietro Costa.

—¡Quietos! —El mayor detuvo a los suyos antes de que dispararan sobre Tony.

—Eres una víbora inmunda. El capitán tiene razón, eres el último mafioso que queda en Villamonti.

El sargento del puro masticado se acercó a su jefe.

—Mayor… ¿Qué hacemos?

—Dejar que las cosas se asienten solas.

Tony miró a Taibi y a Rosalía. Ninguno de los dos se pronunció en contra, ni con palabras ni con gestos.

El dedo del teniente pasó del guardamonte al gatillo. Fue el único movimiento hecho por todos los que estaban allí, en ese recodo de la carretera.

«¿Qué diablos pasa aquí?», Tony recordó la pregunta previa del mayor… Lo que pasaba era que él había llegado a Sicilia para ayudar a restablecer la libertad eliminando a Hitler, a Mussolini y a todos sus jerarcas. Pero, aunque eso ocurriera, los villamonteses, en particular Rosalía, Alessandra, Gino y Cumerdia jamás serían libres, porque siempre habría un Don Petru que los mantendría subyugados.

A menos que… A menos que lo matara.

Hasta que apareciera un nuevo mafioso y el ciclo volviera a empezar.

—Usted tiene razón capitán —dijo Tony en siciliano—. No en lo de matar a este maldito cabrón, sino en lo de hacer que se pudra en la cárcel.

Tony bajó el arma y se la tendió al mayor.

—Consérvela, teniente.

Tony metió la Beretta en su funda.

—Le propongo algo, mayor. Yo los guiaré hasta el monte Basilio. A cambio le pido que deje un par de hombres a cargo del pueblo. —Tony señaló hacia arriba, justo en el momento en el que la cruz de la ermita resplandecía, batida por el primer rayo de sol—. No tendrán

problemas. En el pueblo no hay soldados italianos.

—De paso querrá que custodien a su mafioso, supongo. —El mayor se quitó el casco y se rascó la cabeza—. En caso de hacerlo, el capitán quedaría prisionero.

—Claro. Pero que le permitan hacer el papeleo. Así podrán juzgar y encerrar a ese cabrón.

El mayor se dirigió al sargento:

—¿Le apetece ser el liberador de…

—Villamonti —susurró Tony.

—…Villamonti?

—¡Joder! ¿Puedo hacer un desfile de la victoria? Déjeme a Kentucky y a Macarroni —dijo el sargento con el índice apuntado a dos soldados, uno de ellos ítaloamericano, como Tony.

Una vez tomada la decisión, los estadounidenses trajeron sus dos jeeps, dejados más abajo antes de emprender su silenciosa aproximación. Mientras descargaban armas y municiones de los vehículos, Tony se acercó al carabinero y a la chica.

—Lía, saluda de mi parte a Cumerdia y a Alessandra. —El soldado quiso darle un beso en la mejilla, pero ella dio un paso atrás, avergonzada y arrepentida—. Verás que todo mejorará.

—Eso espero Tonino.

El capitán Taibi se cuadró con un sonoro choque de tacones.

—Ha sido un placer conocerlo, teniente. Muchas gracias por su ayuda.

—Tal vez nos veamos cuando todo acabe.

—Quizá, nunca se sabe.

Un apretón de manos culminó la despedida.

—Usted dirá, teniente. ¿Dónde se toma el camino que usted conoce? —preguntó el mayor.

Tony se arrimó hasta el borde de lo que para los norteamericanos parecía un precipicio.

—Por aquí. Sugiero que se amarren bien las botas.

Dicho esto, el nuevo guía se descolgó ladera abajo ante la atónita mirada de sus connacionales.

XII

En el transcurso de una mañana Tony cambió una cumbre por otra. En la que dejó atrás, la cima de los tres promontorios, había sido testigo de un tipo de violencia que no esperaba encontrar en Sicilia, la civil, ejercida entre los mismos habitantes de un pueblo en apariencia bucólico.

En la cúspide del monte Basilio Tony se encontró, por fin, con la violencia prevista, la militar.

El imprevisto encuentro con el teniente paracaidista y su inusual

conocimiento del abrupto entorno al noroeste de Troina permitieron al mayor y a su pequeño grupo del Vigésimo Sexto Regimiento de Infantería reforzar, in extremis, una posición desde la cual los aliados podrían cortar la ruta de evacuación de los italianos y alemanes atrincherados en ese pueblo. Desde el 31 de julio la Décimo Quinta División de Granaderos alemana, apoyada por soldados y artilleros de la División Aosta italiana, habían mantenido bloqueada a la Novena División norteamericana. Por seis días el flanco sur de las fuerzas del general Patton había sido detenido en ese valle. Pero la consolidación de la posición aliada en lo alto del monte Basilio cambió la situación.

Para evitar quedar atrapados, los defensores se retiraron, en absoluto silencio, durante la noche entre el 5 y el 6 de agosto.

Con Troina en su poder, los norteamericanos continuaron su avance por las tierras bajas encastradas entre los montes Nebrodi y el grandioso Etna.

Poco después, el 7 de agosto Tony fue integrado en la vanguardia del flanco sur del avance norteamericano, la del ejército que recorría el interior de Sicilia, en dirección noreste por el cada vez más puntiagudo extremo final de la isla.

Su traslado al grupo de cabeza obedeció a su dominio del idioma y, sobre todo, de la idiosincrasia. Sus intervenciones con un megáfono de latón evitaron más de una escaramuza con defensores italianos dejados atrás por sus aliados alemanes en su veloz retirada hacia Mesina. Una vez allí los germanos abordaban los ferris que, menos de media hora después, los depositaban sanos y salvos en la punta de la bota italiana.

Donde no hubo negociación alguna que evitara combates fue en Randazzo, el siguiente pueblo importante después de Troina. Allí los alemanes y sus mortíferos cañones de ochenta y ocho milímetros volvieron a detener a los aliados durante días. Solo la acción combinada de la Novena División norteamericana y la Septuagésima Octava División británica -junto a muchos demoledores bombardeos aéreos- acabaron con toda resistencia.

Mas Randazzo resultó ser una vía sin salida, al menos para unos ejércitos tan grandes, incapaces de atravesar las tortuosas gargantas de los montes Peloritani, la prolongación siciliana de los Apeninos peninsulares. En vista de ello Tony, junto a la Novena División, cruzó los montes Nebrodi para incorporarse al eje principal del general Patton, el que progresaba de oeste a este por la costa norte de Sicilia. Lo mismo ocurrió con la división británica, que se unió al grueso del ejército de Montgomery, aquel que avanzaba de sur a norte a lo largo de la costa oriental siciliana.

Ambos ejércitos tenían como meta alcanzar Messina para evitar que las fuerzas italianas y alemanas continuaran cruzando el estrecho

hacia la península. El objetivo de conquistar esa ciudad antes que el otro originó una apuesta entre Patton y Montgomery, competición que todo soldado norteamericano y británico hizo propia.

Transferido a la nueva vanguardia, Tony fue testigo del vertiginoso avance de los últimos días, con sus limpiezas rápidas de campos de minas; voladura de puentes por parte de los que se retiraban; colocación velocísima de puentes de campaña; escaramuzas en recodos de caminos; pequeños desembarcos anfibios para flanquear a los bloqueadores y, también, algún exitoso llamado a deponer las armas voceado en italiano y en siciliano por Tony y su megáfono.

Marchar en vanguardia tuvo recompensa para Tony Damato, teniente de artillería paracaidista, ya que fue uno de los primeros soldados aliados que puso pie en Mesina.

Patton ganó la apuesta. Su ejército llegó primero a la meta.

Por desgracia para los aliados, el objetivo de capturar a la mayor parte de los defensores no se logró. Más de setenta mil italianos y de sesenta mil alemanes cruzaron el Estrecho de Mesina, poniéndose a salvo con gran parte de sus pertrechos, lo que incluía centenares de vehículos y decenas de cañones y carros blindados. El ejército evacuado fue usado para prolongar la guerra en Italia por más de año y medio.

Conquistada la isla, el general británico Harold Alexander, Comandante del Mediterráneo, se vio en la necesidad de gobernar un territorio que ahora dependía de los aliados. Para ello los previsivos estrategas habían activado una organización, llamada AMGOT, acrónimo que significaba Gobierno Militar Aliado de los Territorios Ocupados, que ya funcionaba en Palermo cuando Tony puso pie en Mesina.

Cuando el caso del paracaidista que había estado casi un mes detrás de las líneas enemigas llegó a oídos del Estado Mayor del general Alexander, solo un par de consultas bastaron para que el teniente Tony Damato fuera transferido al AMGOT, en su oficina de Catania, la encargada de gobernar el oriente de la isla.

XIII

Por suerte para Tony, una de las primeras acciones del AMGOT en Catania había sido recolocar los postes con las señales de dirección. La ciudad era muy distinta a Nueva York, en particular por su ausencia de calles y avenidas paralelas. También por el tamaño de sus edificios, más bajos, pero más bonitos.

A Tony le gustaba conducir él mismo el jeep, solo. No quería un soldado armado a su lado a la hora de apaciguar los exaltados ánimos de los empleados públicos. Todos los operarios exigían soluciones a problemas a veces reales, a veces ficticios. Algunos contratiempos eran

nuevos, provocados por la invasión. Otros eran antiguos, heredados del moribundo Reino de Italia.

Ese día le había tocado lidiar con uno de los nuevos, provocado por el mismísimo gobierno aliado.

«A menos de una semana de entrar en Mesina y ya la liamos parda», se dijo Tony en ruta desde el Banco Central a la sede catanesa del Gobierno Aliado.

Tony recordó su conversación con el gerente del banco. Estaba furioso por la emisión del nuevo dinero de los aliados, la lira americana, o amliras, como ya las llamaban los sicilianos.

«Será un completo desastre», había dicho el funcionario, «está devaluando a la lira… Ya nadie querrá nuestro dinero».

A Tony le habría gustado decirle que él no sabía nada de Economía. En realidad él no sabía nada de sistemas de transporte público, ni de distribución de agua, ni de suministro eléctrico, ni nada de eso. Fiorello La Guardia, el alcalde de Nueva York, seguro que sí, pero Tony Damato, licenciado en Humanidades y teniente mientras durara la guerra, no. No tenía idea de cómo administrar una ciudad y menos una isla.

Pero órdenes eran órdenes y las suyas eran de actuar como apagafuegos institucional, como un vocero militar. Aunque Tony había concluido que más que portavoz, era un escuchador designado, alguien que, al oír las quejas de las personas, contribuía a que se tranquilizaran.

«Oiga», le había dicho al gerente del Banco Central, «¿usted cree que el presidente de los Estados Unidos está equivocado? Yo creo que no. Tenga confianza y mantenga la distribución de los nuevos billetes, ya verá cómo todo se soluciona».

El hombre había accedido y reanudó el reparto de las amliras, aún olorosas a tinta, entre los distintos bancos de las zonas recién conquistadas. En Palermo y el occidente de la isla circulaban desde hacía semanas.

El teniente tomó una ancha avenida flanqueada de árboles muy verdes, resistentes al tórrido verano mediterráneo. El largo trecho sin los escombros que los bombardeos habían dejado en las calles estrechas relajó su conducción y su pensamiento, que pronto voló a los montes Nebrodi y a uno en particular, el de los tres promontorios.«¿Cómo estarán mis amigos?», pensó Tony con los rostros de Cumerdia, Alessandra, Gino, Rosalía y hasta el del capitán Taibi en la mente.

«¿Mis amigos?», se preguntó, al tiempo que sentía como la sangre le subía a la cara, ruborizándolo.

Tony no tuvo tiempo de contestar su propia pregunta. Al fondo de la avenida, allí donde se suponía que él debía introducir su jeep por

las estrechas calles de la zona más antigua de Catania, se topó con un gran tumulto de personas gritonas y enardecidas.

El centro del vórtice humano estaba en la parte trasera de un camión del ejército norteamericano. El vehículo, que desde que había sido desembarcado en Cassibile el 10 de julio había transportado hombres o municiones, ahora cargaba paquetes de alimentos destinados a los cataneses.

De pie sobre la pequeña plataforma trasera mantenida en horizontal por dos cadenas trincadas a sus extremos, un sargento y un soldado pedían calma a la turba sin éxito alguno.

Lejos, y sin posibilidad de avanzar, Tony se subió al capó del jeep. Desde allí vio como tres hombres se acercaron al camión. Caminaban sin dificultad alguna porque los lugareños, al reparar en ellos, les franqueaban el paso.

El aspecto de los hombres puso en alerta a Tony. El primero iba trajeado con un Fedora negro con cinta gris oscuro en la cabeza. Los otros dos iban en mangas de camisa pero con chalecos y boinas. Lo que echó en falta Tony fueron las escopetas colgadas de sus hombros, pero caminaban como si las tuvieran.

Tan pronto alcanzaron la plataforma, la multitud guardó silencio. Los soldados, intrigados, preguntaron que quienes eran. El jefe del grupo se sacó un papel doblado del bolsillo interior de su chaqueta y lo entregó al sargento.

Cinco minutos después detrás del camión se habían organizado dos colas, una larga y otra corta. Sobre la plataforma el sargento y el soldado asintieron, aliviados.

El reparto de alimentos comenzó sin el más mínimo inconveniente. En silencio. Con orden y ante la airada mirada de Tony. Una vez acercó el jeep al camión preguntó:

—Sargento, ¿qué pasa aquí? ¿Quiénes son estos?

—No lo sé muy bien, mi teniente. El papel dice que son vigilantes colaboradores —dijo el militar con fuerte acento texano—. Si estuviéramos en mi tierra diría que son como *marshals*. Lo que de verdad importa es que funcionan. La cosa se estaba poniendo muy fea.

El sargento extendió el papel al oficial.

Sobre la plataforma, el del sombrero Fedora enviaba a las personas a la cola larga o a la corta en base a criterios que los tres norteamericanos allí presentes eran incapaces de descifrar. A su lado los dos de las boinas repartían los paquetes.

—Son hombres de honor, maldita sea —masculló Tony.

—¿Qué, señor?

—Nada sargento. Continúe con el reparto.

Tony devolvió el papel, arrancó el jeep y lo sumergió en las intricadas callejuelas de la zona vieja, sometiéndolo a un trato tan

duro que su motor a mala pena pudo resistir.

XIV

Instalada en unas antiguas dependencias aduanales cercanas al puerto, la sede local del Gobierno Militar Aliado de los Territorios Ocupados no tenía muchas oficinas. Sus funciones, en esos primeros días, se centraban más en supervisar y controlar lo ya existente que en impulsar un nuevo sistema. Eso, tal vez, vendría después.

La veloz aproximación del jeep puso en guardia a los centinelas apostados a la entrada del AMGOT. Solo después del frenazo entendieron que se trataba del ayudante del comandante local. De haber podido subir con el vehículo a la segunda planta, Tony lo habría hecho. Aún así trepó las escaleras como si aún lo condujera, a la carrera y a los saltos.

Aunque Tony no se solía anunciar con el furriel del comandante, el que entrara sin siquiera dar sus tres acostumbrados toques molestó al secretario militar.

—No entre, ¡el coronel está en una reunión!

El aviso fue ignorado. La abrupta irrupción de Tony cortó de cuajo una conversación entre su jefe y un desconocido de aspecto elegante. Eran el Jefe del AMGOT en Catania y un enviado especial del Cuartel General del AMGOT en Palermo. Sentados a cada lado del robusto escritorio de roble los dos miraron al teniente con más curiosidad que molestia en sus rostros.

—¡Coronel! Está pasando algo muy grave —espetó el recién llegado.

El ceño fruncido de su jefe bastó para que Tony rectificara. Una vez se cuadró y saludó, se explicó.

—Disculpen la intromisión. Coronel, el reparto de alimentos lo controlan civiles. Tienen algo parecido a un salvoconducto o a una autorización expedida en Palermo.

—Sí, teniente, y mañana comenzaremos a expedirlas aquí también… De eso hablaba con el señor…

Tony interrumpió a su superior.

—¿A expedirlas nosotros también? Coronel, ¡son hombres de honor!

—Precisamente, son gente honorable —dijo el enviado con modos que a Tony parecieron de abogado neoyorquino.

—¿Honorable? —Tony cerró los puños—. ¿Honorable?

El joven se acercó al escritorio. Después de refrenar un irresistible impulso de dar un puñetazo sobre su superficie, agregó:

—¡En esta isla hombre de honor es sinónimo de mafioso!

—Este es mi ayudante, el teniente Tony Damato —dijo el coronel a modo de excusa.

—¡Ah! El que estuvo un mes tras las líneas enemigas —dijo el enviado—. Entonces usted más que nadie sabe que los mafiosos son profundos antifascistas. En Palermo hemos averiguado que desde 1925 luchan contra Mussolini y sus escuadrones. Como bien sabe, teniente, el enemigo de mi enemigo…

Tony se sorprendió del alcance del malentendido. En vista de ello trató de calmarse para presentar argumentos sólidos que pudieran contrarrestar tamaño equívoco.

—Oiga señor…

—Davenport, Mark L. Davenport.

—Oiga señor Davenport, es cierto que el Fascismo los perseguía, pero no por cuestiones políticas o ideológicas. Tampoco era el Fascismo en sí, los perseguía el Estado y lo hacía con carácter policial. Los mafiosos sicilianos son como nuestros mafiosos de Nueva York o Chicago, delincuentes.

—Teniente, ¿ha estado en Palermo?

—No.

—¿Ha estado en sus cárceles? ¿O en sus tribunales?

—No, tampoco.

—Yo sí. Las cárceles estaban llenas de hombres de honor que no pasaron por los tribunales. Yo eso no lo veo muy policial. —El enviado se arrellanó en su silla—. ¿Dónde pasó el mes tras las líneas enemigas?

—En Villamonti.

—Villamonti… Me suena… ¿Una ciudad?

—No.

—¿Capital de provincia?

—No, un pueblo de montaña.

—Pequeño, supongo.

—Sí, pero…

El enviado lo interrumpió.

—Pero usted quiere trasladar su opinión personal, forjada en una aldea, a toda la isla.

—Lo que ocurrió allí ocurrió en toda la isla —replicó Tony—. Son ustedes los que no entienden. Yo mismo ayudé al carabinero local a poner tras las rejas al mafioso del pueblo. Un verdadero malnacido, igual a los de Palermo. Ese capitán y otros como él estaban a punto de acabar con la Mafia cuando invadimos. Nosotros solo tenemos que terminar el trabajo.

—¡Basta ya, teniente! —intervino el coronel— ¿Cree acaso que el AMGOT se equivoca? Cálmese, ya verá como todo irá bien.

—Mi coronel…

—Mi coronel nada. Esa gente, esos hombres de honor, son antifascistas y sean mafiosos o no lo sean ponen orden en el reparto de alimentos y en otros asuntos parecidos. No se diga más. —El coronel

cogió un documento de su escritorio y lo extendió hacia Tony—. El señor Davenport trajo esta lista de nombramientos. Asegúrese de que sea procesada y de que todas esas designaciones temporales se hagan oficiales y permanentes.

El teniente cogió el papel. Cuando sus ojos recorrieron las dos columnas que contenía, un escalofrío recorrió su espalda.

Sin cuadrarse, Tony salió de la oficina a la carrera.

Los dos guardias de la entrada volvieron a sobresaltarse cuando el teniente salió, saltó sobre su jeep y partió, apartando transeúntes a bocinazos…

XV

Rodear el monte Etna le llevó a Tony más tiempo del esperado. Aún así estimó que llegaría a destino todavía de día.

Alcanzada la desviación que buscaba, detuvo el jeep. A pesar de no haber estado nunca allí sabía, por lo que le habían contado, que era muy difícil descubrir la bifurcación. Al menos antes, porque ahora estaba despejada, libre de maleza y con un poste recién colocado en cuya flecha, apuntada hacia los montes Nebrodi, se leía «Villamonti». Tony aprovechó para quitarse la gorra un momento, secarse el sudor de la frente y volver a colocársela.

Concluida la pausa hombre y máquina dejaron atrás la carretera del valle. Varios minutos después el camino abandonó toda rectitud y horizontalidad. Una vez iniciada la ascensión, la alargada sombra del vehículo dejó el suelo y se proyectó contra las cada vez más abruptas y cada vez más verdes colinas.

Llegado a un sinuoso meandro de la arenosa serpiente sobre la que rodaba su jeep, Tony clavó los frenos. Era el lugar donde habían interceptado a Pietro Costa tan solo veinte días antes.

«Parece que fue hace una eternidad», se dijo.

Más allá el pueblo se enseñoreaba encima de él, bañado en pleno por las últimas luces de un sol en sus últimos días de agosto.

Superado el tramo final de la empinada cuesta, el jeep agradeció alcanzar la vía de los Pinos, la casi horizontal y arbolada entrada al pueblo.

Al pasar por el cruce que llevaba al cortijo del barón, una gran silueta llamó su atención. Era el caballo blanco del noble, con su dueño encima de él, ambos imponentes, ambos inmóviles en una pequeña plataforma natural adosada al promontorio del castillo.

Tony detuvo el vehículo y ambos hombres se miraron, cada uno sobre su montura.

No hubo gesto alguno, solo dos pares de ojos puestos los unos sobre los otros, furiosos los del paracaidista, altivos los del aristócrata.

Un momento después Tony prosiguió la marcha y entró al pueblo.

Al llegar a la explanada del bus vio al esquivo colectivo aparcado frente al bar, que esa tarde hacía las veces de estación.

Al lado del sufrido y sucio vehículo una pasajera dictaba instrucciones desde el suelo al colector, de pie sobre la baca del techo. La mujer estaba empeñada en evitar que sus muchos bultos cayeran durante el viaje.

—¡Alessandra! —Tony detuvo el jeep y se apeó—. ¡Alessandra! —repitió y fue a su encuentro.

—¡Joven Damato! Dichosos sean mis ojos.

Maestra y soldado se fundieron en un prolongado abrazo.

—¿Cómo está usted? ¿Cómo están todos? ¿Nos sentamos en el bar? Venga, le ofrezco algo.

—No, Tony, prefiero seguir de pie. Me esperan muchas horas en este y otros buses. Será un largo camino hasta Siracusa.

—¿Siracusa? ¿Se marcha de Villamonti?

—Sí. En Siracusa tengo amigos que pueden subirme a algún barco que me lleve a Alejandría de Egipto.

—A Egipto… —Tony miró hacia el sudeste, pensando en tanta lejanía—. Pero, ¿qué será de la escuela?

—Cerrada hasta nueva orden. El nuevo jefe comarcal me despidió.

—Pietro Costa —masculló Tony, con la imagen de la lista que le había entregado su jefe grabada para siempre en su recuerdo.

—No son las únicas malas nuevas que tengo, mi querido Tony. —Alessandra le señaló al conductor que faltaba una valija por subir a la baca—. Al final la cooperativa se consolidó, pero la gestiona el barón.

—¿El barón? —Tony apretó la mandíbula—. Lo acabo de ver en plan gran señor.

—Creo que no le durará mucho. Con su caporal en el vértice del poder civil, será cuestión de tiempo que pierda sus tierras, como les sucedió a los latifundistas palermitanos.

—Pietro Costa tendrá absoluta impunidad.

—Y que lo diga, joven. Tiene tanta, que hasta mandó a asesinar a Gino.

—¡¿Qué?! ¿Gino está muerto? Cuando lo dejé estaba herido, pero no parecía grave.

—No lo estaba. Gino resistió bien y se recuperaba. Pero hace poco apareció muerto en su cama, ahogado con su propia almohada y con una nota prendida en su pecho que decía «por revolucionario y comunista».

Tony se quitó la gorra y se atusó el cabello, mucho más corto de lo que Alessandra estaba acostumbrada a verlo.

—¿Quién lo mató? A Costa no le quedaron secuaces y no creo que lo hiciera él mismo.

—Nunca faltan candidatos. Siempre hay canallas dispuestos a arrimarse a un poderoso, y Costa lo es aún más gracias a los norteamericanos.

—Maldita sea… ¿Y Lía? ¿Y Cumerdia? ¿Y el capitán Taibi?

—El capitán está preso, aquí, en su propia estación y a la espera de juicio.

—Amañado, imagino.

—Imagina bien, Tony. Debería pasar a saludarlo.

La maestra inspiró hondo, impregnándose de las sensaciones que el aire villamontesino le brindaba, sentires que sabía nunca más disfrutaría.

—Rosalía regresó a su quehacer de siempre, a lavar y planchar ropa ajena, pero triste y marchita, casi tanto como su madre. Nuestro querido Fortunato está bien dentro de lo que cabe. Su bracito se está curando a pesar de lo mucho que se mueve por el pueblo. Lo que me duele es que no siga en la escuela, ese niño podía llegar lejos.

La maestra notó una protuberancia rectangular en uno de los bolsillos de la guerrera del soldado.

—¿Me da un cigarrillo, por favor?

Tras encender dos, soldado y maestra dieron varias caladas en silencio, recostados contra el flanco del autobús.

—Estamos listos para partir, señora —anunció el conductor.

Los cigarrillos a medio fumar fueron echados al suelo. Tony los aplastó con su bota.

—Fue un placer conocerlo, joven. Espero algún día leer algo suyo en el New York Times.

—O en el Alejandría Times, si es que existe.

—No se llama así, pero me encantaría. —Dos besos y otro abrazo marcaron la despedida, un saludo que jamás se repetiría.

Minutos más tarde la explanada ya no acogía al bus, sino a un pequeño jeep que, a marcha muy lenta, la abandonó en dirección a la plaza Cavour.

XVI

Al aparcar en el cantón de la plaza correspondiente a la estación de carabineros, Tony vio mucha actividad. En primer lugar una mula, tirada por un niño arriero, remolcaba al Fiat. Dentro del vehículo un campesino accionaba el volante. Tony supuso que era el padre del pequeño mulero y recordó lo que le había dicho Alessandra sobre el cierre de la escuela.

Más allá de la mula y el Fiat una cuadrilla barría la plaza. Otra colocaba guirnaldas en farolas y en las ventanas de las casas; en la baranda de la terraza de la mansión urbana de Costa y a lo largo del balcón del Palacio Comarcal. En las escalinatas del monasterio y en las

de la iglesia, varios niños ataviados con sotanas barrían bajo las órdenes del abad, feliz por tener tantos nuevos seminaristas.

Tony entró en la estación sin tocar. Dentro, sentado en el antiguo escritorio de Taibi, estaba un hombre de honor, con su escopeta colgada del respaldo de la silla. Más allá, en la jaula, Taibi se acercó a la reja.

—¿Qué quiere? —dijo el custodio, sin levantarse.

—Hablar con el capitán.

—No puede.

Tony se acercó, puso sus manos sobre la mesa, se inclinó y con su cara cerca del otro dijo con voz muy queda:

—Fuera de aquí.

Sin ánimo de comenzar una pelea que su nuevo jefe tal vez no aprobaría, el custodio abandonó el recinto no sin antes coger su arma y cerrar la puerta.

De pie, uno al frente del otro, los dos soldados se saludaron. Tony con su uniforme de diario del Ejército norteamericano y Settimo Taibi con su equivalente del Real Cuerpo de Carabineros del ya desmembrado Reino de Italia.

—Capitán.

—Teniente.

—Me alegro de verlo, aunque me habría gustado encontrarlo en su escritorio y no en su celda.

—Ya ve, las cosas no salieron como esperábamos… ¿Supo lo del nuevo jefe comarcal de este pueblo?

—Me enteré hace unas horas. Estoy en el AMGOT de Catania. Me ordenaron hacer oficial su nombramiento.

—Por eso engalanan el pueblo, para la…

—¿Coronación?

Taibi sonrió, pero a medias. El chiste tenia gusto a hiel.

—Una palabra muy apropiada. Su sombrero Fedora es, a todas luces, una corona.

—Oiga capitán, estoy seguro que desde el AMGOT podremos interceder por usted. Me encargaré de que anulen su proceso y pase con el resto de militares prisioneros de guerra. Cuando todo acabe quedará en libertad.

—No teniente, déjelo así, que siga la pantomima. Me declararán culpable, me degradarán y me dejarán ir. De la manera que usted propone sus ansias de venganza quedarán intactas y tratarán de asesinarme o, lo que es peor, atentarán contra mi madre.

—Bastardos.

—Costa jugó muy bien sus cartas, escondiéndose en este pueblo fantasma a la espera de ese gran cambio que mantuviera todo igual. Lo que vivimos en este pueblo fue una oda a la inmutabilidad.

Tony sintió como si una gran losa se posara sobre él. Asiéndose de dos de los barrotes, dijo:

—Emprendimos la invasión aeronaval más grande de la historia…, ¿para qué? —Tony chocó la frente contra la reja. Su gorra de plato cayó al suelo—. ¡Para que Sicilia siguiera igual!

—Oiga, esta es una tierra dura, pero si se la conoce, de ella se logran sacar grandes cosechas. —Taibi sacó una mano de la jaula y la posó sobre el hombro de Tony—. Aquí en Villamonti se preparó y abonó el terreno. Y se plantó una semilla.

—¿Cree usted que germinará?

—Solo el tiempo lo dirá.

El capitán dio dos palmadas en el hombro de su colega norteamericano. Luego ambos se separaron de la reja y Tony recogió su gorra del cada vez más oscurecido suelo de la estación.

—Pero el pueblo. La gente que vive aquí…

—Esta cruz es nuestra, no suya. No cargue con ella. Usted hizo lo que pudo, anímese.

Tony dio vueltas a su gorra.

—Si se empeña en salvar a alguien en este pueblo, llévese a Rosalía y a su hermano.

Las vueltas cesaron de golpe. Tony miró a su interlocutor con ojos ensombrecidos.

Perspicaz como siempre, el capitán habló.

—Oiga Tony, tras su partida averigüé que la muchacha lo delató porque uno de mis hombres corruptos la amenazó con hacerle daño al pequeño. Fue coaccionada.

Tony suspiró. Oír eso era un alivio y daba respuesta a una pregunta que lo acompañó durante su vertiginosa carrera hasta Mesina.

La mano extendida del capitán Settimo Diotisalvi Taibi fuera de la jaula indicó que el encuentro había llegado a su fin.

—Capitán.

—Teniente.

Al dejar la estación el custodio regresó a ella, escopeta al hombro.

Esa vez Tony no abordó el jeep. Por robusto y potente que era, el tortuoso camino de escalones y pasadizos cuesta abajo era demasiado para el vehículo, en particular durante el camino de regreso.

Alcanzada la última casa de la parte más baja de Villamonti, Tony tocó a la puerta. La respuesta no llegó del interior, sino del corral situado a un costado.

—¡Voy!

Limpiándose las manos en un sucio delantal, Rosalía apareció, con vestido, pañuelo de la cabeza y blusa cerrada hasta el cuello. Todos negros. Tony quedó impactado, la mujer parecía haber

envejecido quince años.

—Hola Rosalía.

—Hola.

—¿Cómo estás? ¿Cómo están tu madre y Cumerdia?

—Mi madre mal. Lo de Cumerdia en la Planicie de los Caballos la sacó de quicio. Bueno, más de lo que ya estaba.

—Siento oír eso.

—Cumerdia está bien. Acaba de ir al cementerio. Todos los días le pone una flor a Gino. Ya ha puesto tres. —La mujer terminó de limpiarse las manos y las dejó entrelazadas sobre su regazo—. A Gino lo mataron.

—Sí, ya supe, una lástima.

—Se lo buscó. Todos nos buscamos lo que nos pasó.

—No digas eso, Lía. Si queremos que las cosas mejoren, hay que probar cosas nuevas.

La chica separó las manos y luego las movió para preguntar con ellas:

—«Pero, ¿qué dices?».

Luego, acercándose a Tony, agregó con palabras:

—En Villamonti nada mejora, nunca.

El soldado guardó silencio. No podía rebatir eso. Pero sí que podía mejorar la situación de al menos tres villamontesinos.

—Rosalía, veníos conmigo a América. Tú, tu madre y Cumerdia. Así mejorarán las cosas.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Casándote conmigo. Trabajo en el nuevo gobierno aliado en Sicilia y no me será difícil organizar una repatriación para los de mi familia.

La mujer se puso pálida y retrocedió hasta pegar su espalda a la pared de piedra de la casa. Sus manos se dieron a la tarea de estrujar el percudido delantal mientras su pensamiento se dedicaba a la sucia tarea de reconstruir cómo había traicionado a aquel que tenía enfrente.

—¿Casarnos?… No… No puedo.

—Lía, si es por lo de la estación, no te angusties. Supe que te habían amenazado con malograr a Cumerdia.

La mujer no escuchaba, solo prestaba oídos a una voz interior que le decía que con una traición no se empezaba un matrimonio.

—¡No! Yo nací aquí y aquí moriré. De Villamonti no me marcharé. Nunca.

La gutural sentencia le erizó a Tony los pelos de la nuca.

La voz interior de la mujer cambió de mensaje.

«A Cumerdia, que se lleve a Cumerdia».

—Pero puedes llevarte a mi hermano —dijo a continuación.

Las palabras fueron acompañadas por topetazos en la pierna de Tony. Era el cabrito, el miembro más pequeño del rebaño del niño, escapado del corral.

La tensión del momento disminuyó durante la cacería del inquieto animal, que ya no estaba tan pequeño como el día que Tony lo vio en el cabrerizo, recién aterrizado en la comarca en compañía de su querido amiguito.

Una vez el cabrito volvió al redil, Tony dijo:

—Está bien, Rosalía, me llevaré a Cumerdia.

XVII

La ruta hacia el cementerio obligó a Tony a regresar sobre sus pasos. Sus ganas de caminar durante la que podía ser su última tarde en Villamonti le hicieron renunciar a usar el jeep. Al adentrarse en la plaza notó que estaba desierta y con las farolas encendidas. Por lo visto el sereno, aquel que Alessandra había emborrachado para franquearle el acceso a Villamonti, no esperó hasta la puesta del sol para encender el alumbrado público.

El soldado tuvo un *déjà vu* mientras atravesaba la plaza. Movido por esa sensación alzó la vista hacia la terraza de la gran casa de Pietro Costa, engalanada como el resto de edificios, mas la encontró vacía. Intranquilo como aquel día de julio que sintió su mirada, se giró hacia el balcón del Palacio Comarcal.

Pietro Costa estaba allí, fijándolo con esos ojos duros y correosos. El soldado cerca de la fuente y el mafioso en las alturas. No había nadie más en la plaza, solo ellos dos.

El largo intercambio de miradas terminó cuando Don Petru, que exhibía una media sonrisa, se llevó la mano a su sombrero Fedora gris oscuro casi negro, lo sujetó por la copa y lo levantó lo justo para saludar al que pronto abandonaría el pueblo. Luego lo volvió a posar sobre sus grises cabellos.

Esta vez, a diferencia de su primer encuentro en esa plaza, Tony no inclinó la cabeza y se limitó a continuar su camino rumbo al confín del pueblo, iluminado por los últimos fulgores de la cruz de la ermita.

XVIII

«Escuela cerrada y cementerio abierto», se dijo Tony al pasar frente al pequeño ateneo que con tanta dedicación Alessandra se había empeñado en mantener activo, ahora clausurado por decisión de un mafioso convertido en rey del pueblo por avatares de una guerra.

Si bien Rosalía no le había dicho dónde estaba la tumba de Gino, Tony dedujo que estaría entre las más altas, la de los pobres, aquellas engarzadas en la ladera del tercer promontorio coronado, también,

por una cruz grande, de madera, usada en los ritos de Semana Santa.

La larga jornada, los duros pedales del jeep y las empinadas cuestas villamontesinas habían resentido el tobillo izquierdo de Tony, cuya curación a medias le dejaría secuelas de por vida.

Fortunato estaba sentado en una tumba, la más alta y la más arrimada al precipicio, el lindero cuyo más allá era la nada.

El chiquillo trabajaba tan absorto que no notó la llegada del adulto. Estaba como Tony lo había visto casi siempre, con su sufrida ropa de pastor y escolar y con raspones en sus rodillas. Pero esta vez llevaba un cabestrillo mientras, con su mano buena, arrancaba malezas con su querida navaja.

—Hola Cumerdia.

—¡Tonino!

El niño soltó la herramienta y corrió al encuentro del soldado que lo esperó con los brazos abiertos.

—Tonino, el policía soldado de ojos azules me dio mi navaja; la Mae se marchó; no tenemos más escuela; una cabra va a tener un cabrito; ¿viste mi escayola?

—¿Te duele?

—No, mira como muevo los dedos.

El niño movió los cinco dedos, sucios como de costumbre y aprisionados en su rígido guante de yeso.

La redonda cara del chaval resplandecía, mas no por la amarilla luz del atardecer que todo lo iluminaba, sino por la gran alegría que sentía.

Tony caminó hasta la tumba de Gino. Puso en su sitio la flor y recogió la navaja. Después de plegarla la metió en uno de los bolsillos de los pantaloncillos del niño. Luego, de pie y cogidos de la mano, Tony y Fortunato observaron el sobrecogedor paisaje. Ante ellos las sombras acorralaban a las luces las cuales, con medio sol oculto tras el horizonte, apenas alcanzaban los puntos más altos de la comarca.

El largo y acompañado silencio precedió una pregunta.

—Tonino, ¿me llevarás a Mérica contigo?

—Sí, te llevaré a América.

—¿Me volveré mericano como tú?

El soldado se acuclilló frente al chiquillo.

—Sí Cumerdia, serás americano porque vivirás en América. Pero aquí dentro, —Tony tocó el corazón del niño—, aquí dentro siempre serás siciliano.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Las personas que me conocen -familiares, amigos, lectores de mis libros u oyentes de mi pódcast de Historia están al tanto de mi estrecha relación con Italia.

Mi pasión por ese país alpino, mediterráneo y peninsular nació durante mi formación como oficial de marina de guerra, llevada a cabo en la *Accademia Navale di Livorno*, el alma mater de su *Marina Militare*.

Entre los afortunados que en el verano de 1982 formamos el grupo de recién llegados -los novatos-, estaba Nazzareno, siciliano, natural de Licata y graduado del bachillerato humanístico.

Nazzareno fue el primer amigo que hice en Italia.

Gracias a nuestras conversaciones y a sus invitaciones a pasar vacaciones con su familia en Licata, estreché vínculos con Sicilia y entré en contacto con un concepto por el que siempre me interesé: la *sicilianidad*.

Si bien ninguna idiosincrasia es sencilla, la siciliana destaca por su complejidad, fruto de las muchas y diversas invasiones que ha sufrido la isla, fuente de inspiración para contadores de historias tales como Leonardo Sciascia, Andrea Camilleri, Giuseppe Tomasi di Lampedusa, Giuseppe Pitrè, Giuseppe Tornatore, Luigi Pirandello, Stefanía Auci y Simonetta Agnello, autores que me motivan y de los cuales he aprendido y continúo aprendiendo.

Hace varios años, cuando decidí unir mi interés por la historia bélica con mi fascinación por Sicilia, surgió el embrión de una historia que, una vez desarrollada, se convirtió en el relato que espero haya sido de su gusto, querido lector.

POST SCRIPTUM

A continuación una breve explicación de algunos aspectos históricos mencionados en la obra:

376º Batallón de Artillería Aerotransportada. Reactivado el 25 de marzo de 1942, varios meses más tarde fue agregado a la 82ª División Aerotransportada del general Omar N. Bradley.

Tras los duros combates del primer día de la Invasión de Sicilia (Operación Husky), el general Patton decidió reforzar el sector central de su frente con dos mil paracaidistas de su reserva concentrada en Noráfrica. Durante la noche del 11 de julio de 1943 al 376º Batallón de Artillería Aerotransportada -junto a otros regimientos paracaidistas- le fue ordenado saltar sobre el aeródromo de Farello, cerca de Gela, que para ese momento ya había sido conquistado por los norteamericanos.

Cuando los aviones C-47, cargados de paracaidistas, llegaron a la costa sur siciliana, fueron confundidos con aviones alemanes y atacados con fuego antiaéreo proveniente de buques y baterías costeras. De los 144 aviones 23 fueron derribados y 47 dañados. Los paracaidistas perdieron un diez por ciento de sus efectivos y quedaron muy desorganizados.

Caporal. Término escogido por el autor para sustituir en esta obra al término *gabellotto* ante la ausencia de una traducción exacta. Según el diccionario Treccani, se define *gabellotto* como «derivado de *gabella*. En Sicilia, arrendador de una finca agrícola, que con frecuencia la subarrienda en pequeñas parcelas o la organiza en diversas formas de coparticipación».

El gran poder que los *gabellotti* amasaron a finales del siglo XIX los elevó al rango de autoridad plenipotenciaria del lugar administrado. El paso del tiempo los convirtió en los primeros mafiosos.

Carusos. La tradición siciliana establece tres categorías infantiles: los «niños» -entre 0 y 5 años- llamados *bambini*; los «muchachos» -entre 6 y 14 años- llamados *carusi* y los «jóvenes» -entre 15 años y la adultez- llamados *picciotti* (o pichones en castellano).

Desde tiempo inmemorial las familias pobres sicilianas hacían trabajar a sus *carusi*. El ejemplo más notorio fue el de los niños que trabajaban en las minas de azufre, algunos con solo diez años.

Cesare Mori. 1871 - 1942. Nacido en la norteña ciudad de Pavía, de adulto ingresó en la Escuela de Oficiales del Ejército. Tras su matrimonio, en 1898 colgó el uniforme militar para hacer carrera como policía. Cuando sus traslados lo situaron en Sicilia, Mori actuó con un rigor poco común.

Su fama como acérrimo antimafioso llamó la atención de Benito Mussolini. El Primer Ministro había decidido, después de una visita oficial a la isla, poner remedio a la Mafia, sobre todo al darse cuenta del gran poder que ostentaba en Sicilia, contrario a sus propios intereses.

Mori recibió poderes extraordinarios en 1925 con un telegrama, enviado por Mussolini, que textualmente decía: «vuestra excelencia tiene carta blanca, la autoridad del Estado debe ser absolutamente, repito, absolutamente restablecida en Sicilia. Si las leyes actuales en vigor la obstaculizan, no será problema, promulgaremos leyes nuevas».

Si bien sus métodos poco ortodoxos y duros pusieron en serios aprietos a la Mafia, nunca la erradicó tal y como promulgó el régimen Fascista. Durante la época de la gran represión de Mori muchos mafiosos emigraron o se escondieron, a la espera de tiempos más propicios, como el que les otorgó la Segunda Guerra Mundial.

Informe Scotten. Es un reporte de seis páginas desclasificado bien entrado el siglo XXI. Fue escrito por William E. Scotten, un diplomático estadounidense que, por haber sido vicecónsul en Palermo antes de la Segunda Guerra Mundial, fue convocado por el Gobierno Militar Aliado de los Territorios Ocupados (AMGOT) para efectuar un diagnóstico sobre la Mafia en Sicilia.

El resultado de su gestión quedó plasmado en un reporte llamado «El problema de la Mafia en Sicilia», con fecha 29 de octubre de 1943.

Después de presentar la historia de la Mafia y su estado en 1943, Scotten propuso tres posibles líneas de acción:

1) Actuación directa y enérgica para mantener a la Mafia bajo control.

2) Una tregua negociada con los capos mafiosos.

3) Abandono de todo control relativo a la Mafia.

Sobre qué decidió hacer el AMGOT no hay registro oficial, pero el reinado de terror impuesto en Sicilia durante la segunda mitad del siglo XX es una contundente prueba de que, tras la Segunda Guerra Mundial, la Mafia resurgió, y con más fuerza que antes.

Nota: entre la ingente cantidad de información recopilada para realizar esta obra, se encuentra un facsímil del Informe Scotten. Si usted, estimado lector, desea uno, solo tiene que pedírmelo a través de alguna de las vías de contacto mencionadas al final del libro.

Italianos en Egipto. Presentes en la región desde los tiempos del Imperio Romano, Egipto siempre tuvo una colonia permanente de naturales de la península itálica, primero como representantes comerciales de sus repúblicas marineras, luego de los reinos previos a la unificación y, finalmente, del Reino de Italia.

En los años treinta del siglo XX la comunidad italiana en Egipto era muy próspera. Sus sesenta mil integrantes vivían en armonía con el país que los acogía sin dejar de lado la cultura y modo de vida peninsular.

Sin tomar en cuenta a los ejecutivos y técnicos de empresas transnacionales italianas enviados por motivos de trabajo, en la actualidad quedan solo unos pocos cientos de verdaderos ítalo-egipcios, como aquellos que sirvieron de inspiración para la creación del personaje de Alessandra Rinaldi.

Mafia. Son asociaciones criminales secretas caracterizadas por tener ritos de iniciación; pactos de silencio (*omertà*) y otras reglas o ceremonias muy complejas que recuerdan a las logias militares feudales.

La Mafia surgió en la Sicilia de la segunda mitad del siglo XIX como una evolución de la intermediación rural de los capataces (*gabellotti*). La labor del *gabellotto* consistía en administrar las tierras de un latifundista ante los campesinos arrendadores. La ausencia de una autoridad efectiva del neonato Reino de Italia en la Sicilia profunda permitió a esos capataces controlar, a través de la intimidación y la violencia, la cosecha; la mano de obra; la distribución del agua; la molienda y demás aspectos del mundo rural.

Extendida a las ciudades, la Mafia continuó, con altibajos, su expansión por Sicilia y fuera de ella.

Gracias a su gran capacidad de adaptación la Mafia aún existe, al menos al momento de la publicación de esta obra.

Operación Husky. Fue el nombre en código que el Alto Mando aliado dio a la Invasión de Sicilia. En su momento constituyó la mayor operación anfibia de la historia, superada solo por la Invasión de Normandía. Esta operación surgió en respuesta a las exigencias de Stalin de abrir un segundo frente que facilitara el contraataque soviético en el Frente Oriental.

La invasión de la isla y su conquista seis semanas después, provocó tanto la caída del dictador Benito Mussolini como la rendición del Reino de Italia, situación que derivó en la división del país, con el sur en poder de los aliados y el norte bajo tutela alemana.

Uno de los hechos más notorios de la Operación Husky fue la rivalidad de los dos comandantes en el terreno. Ambos generales -George Patton, norteamericano y Bernard Montgomery, británico- se

propusieron alcanzar el puerto de Mesina antes que su contrario.

La carrera fue ganada por George Patton por unas pocas horas de diferencia.

Real Cuerpo de Carabineros. Llamados hoy día «Arma de Carabineros», es una de las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas italianas con atribuciones policiales y de defensa de las fronteras. En guerras como la de Etiopía o las dos mundiales, estuvieron desplegados en el frente de batalla donde luchó codo a codo con regimientos del ejército.

Fue -y sigue siendo- uno de los enemigos más temibles de la Mafia, junto a jueces y policías. De ahí los muchos atentados sufridos por sus integrantes.

Los carabineros italianos tienen equivalentes en otros países tales como los Carabineros de Chile, la Guardia Civil de España o la Guardia Nacional de Venezuela.

Troina. En esta obra es el nombre que recibe un río, un pueblo y una batalla.

El pueblo. Es la localidad más importante del confín nororiental de la provincia de Enna. Está inmersa en los montes Nebrodi, situación que brinda a sus habitantes veranos moderados, inviernos con nevadas esporádicas y un entorno boscoso, uno de los pocos de la isla. Para el momento de publicación de esta obra su ayuntamiento intenta contrarrestar la despoblación ofreciendo viviendas a la venta por el simbólico precio de un euro.

El río. El Troina es uno de los afluentes más importantes del río Simeto. La energía de sus aguas en su curso superior activó decenas de molinos, el primero de ellos construido por los normandos en el siglo XI.

La construcción de una presa en 1952 dio lugar a un embalse artificial, llamado lago Ancipa, situado a pocos kilómetros al noroeste de Troina.

La batalla. Considerada como una de las más difíciles de la Operación Husky, la Batalla de Troina concedió a las tropas del Eje un tiempo precioso para realizar un mejor repliegue a la península. El bloqueo ítalo-alemán solo terminó cuando una maniobra de flanqueo amenazó su vía de escape.

El pueblo de Troina quedó devastado como consecuencia de esta batalla.

Villamonti. Pueblo ficticio situado en un lugar muy concreto: en los predios del curso alto del río Troina, a poca distancia de la actual presa San Teodoro, es decir, al lado del lago Ancipa.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

NOVELAS Y RELATOS:

Colección «Historia, magia y misterio» (Amazon - 2021).

Relatos de misterio, suspense y aventura ambientados en un contexto histórico o relacionados con un hecho del pasado. Los libros -en versión papel y electrónica- están disponibles en Amazon:

La otra Batalla de Inglaterra
El fantasma español en el castillo escocés
Poltergeist en la base naval
Tomo recopilatorio

La tarde de los torpedos (Amazon - 2020).

Novela de acción y aventura basada en hechos históricos que tiene como punto focal el audaz ataque del submarino alemán U-331 contra el acorazado HMS Barham durante la Segunda Guerra Mundial.

La obra está disponible en Amazon tanto en versión electrónica y de papel (tapa blanda y tapa dura).

A la sombra del púlsar (Amazon - 2015).

Novela ambientada en la Segunda Guerra Mundial robusta, dinámica y adictiva. Narra las peripecias de cinco treintañeros españoles contemporáneos en…, ¡en la Segunda Guerra Mundial! Personas de hoy que viajan atrás en el tiempo y se ven forzadas a enfrentarse y adaptarse a un mundo que literalmente se viene abajo.

Una novela con cinco personajes principales, vívidas batallas y multitud de tramas paralelas que angustian, entristecen, divierten y exaltan al lector.

La obra está disponible en Amazon (ebook y papel).

ENSAYOS:

El Mediterráneo en la Segunda Guerra Mundial. Operaciones de superficie, submarinas y antisubmarinas (Ediciones Salamina - 2018).

Ensayo que revisa a fondo el Mediterráneo como teatro bélico naval de la Segunda Guerra Mundial y que demuestra que en ese pequeño mar ocurrieron batallas tan masivas y virulentas como las que se libraron en el Atlántico y el Pacífico. Fue catalogado por la Revista General de Marina como *Un libro con explicaciones dignas de los manuales de cualquier escuela naval*.

El ensayo -solo en versión de papel- está disponible en Amazon y en la tienda electrónica de Ediciones Salamina.

Los Raids de la Décima Flotilla MAS - Acciones de comandos navales italianos en el siglo XX (Ediciones Salamina - 2017).

Primer ensayo original en castellano sobre la Décima Flotilla MAS, el primer grupo de operaciones especiales de la historia y que sirvió de modelo para grupos modernos tales como los Navy Seals, los SAS británicos o los GEO españoles.

Es de hacer notar que la obra fue recomendada públicamente por Arturo Pérez Reverte durante la presentación de su novela «El italiano» en septiembre de 2021.

El ensayo -solo en versión de papel- está disponible en Amazon y en la tienda electrónica de Ediciones Salamina.

CONTACTO

Estimado lector, si desea mantener contacto allende esta obra tiene tres opciones: escuchar los episodios de mi programa de historia militar; escribirme o apuntarse a mi lista de correo.

Sea como sea, siempre trato de contestar a cualquier mensaje. A continuación las opciones antes mencionadas:

Lista de correo disponible en este enlace
Correo Electrónico: zafarranchopodcast@yahoo.es
Twitter: @MachCinco y @Zafarranchopod
Facebook: Esteban Pérez - Zafarrancho Pódcast
Instagram: @estebanperezbolivar
y @Zafarranchopodcast
LinkedIn: Esteban Pérez Bolívar
Web de autor: www.estebanperezbolivar.com
Web del pódcast: www.zafarranchopodcast.com

En caso de que le interese mi programa de historia militar, puede escuchar o descargar gratuitamente todos los episodios de Zafarrancho Pódcast. Accederá a los audios con una simple búsqueda en la red o desde este enlace.

Si este relato le ha gustado, estaré muy agradecido si deja una valoración en Amazon. Las estrellas son útiles, pero las reseñas escritas, así sean de pocas palabras, tienen más efecto y contribuyen a difundir esta obra.

Muchas gracias por leer *Adiós Mafia, hola Mafia*.